



Publicaciones de la Academia Ecuatoriana  
Correspondiente de la Española

---

REMIGIO CRESPO TORAL,  
Individuo Correspondiente de la Academia  
Española, Rector de la Universidad del Azuay, etc.

## SELECCION DE ENSAYOS



EDITORIAL ECUATORIANA  
PLAZA DE SAN FRANCISCO, 41.  
QUITO, 1936.



## PROLOGO

---

### REMIGIO CRESPO TORAL

Su nombre no es familiar ni entre gente de letras, fuera de cierto círculo. Evoca en ciertos lectores bien informados el recuerdo de algunos poemas, de dos o tres estudios notables, de una incontestable nobleza de espíritu, de una extraordinaria pureza de lengua; ensayos ocasionales, pero hechos para durar; de esos que entran sin ruido pero de lleno en la historia de la literatura de América.

Para el lector de novedades, su nombre es el de un ilustre desconocido, sin mayor importancia. A diferencia de tantos agentes viajeros de sus propios libros, aquel gran letrado, autor de una docena de volúmenes en prosa y verso, no se ha preocupado de que su obra trascienda o permanezca confidencial. Ha publicado, a instancias de sus amigos, tan sólo cuatro. Y los ha publicado en Quito o en Cuenca, que es una manera elegante de quedar inédito. El resto de su producción, esparcido, sepultado está, en pequeñas revistas locales, o en folletos de circunstancia.



¿Desdén? ¿Orgullo de solitario? Nó. Desprendimiento natural, negligencia pródiga y desmemoriada; pero también, prueba de alma más alta que sus obras, insensible a las vanidades profesionales.

¿Se trata de un *amateur* de talento, de un simple aficionado intermitente? Letrado fervoroso y asiduo, no desampara la pluma ni el libro, asiste desde su rincón al espectáculo del universo.

Si hubiera querido ayudar él mismo a su suerte, una edición más difundida, más asequible de «MI POEMA» (1885), habría bastado a hacerle llamar desde entonces el Núñez de Arce americano, sin que la parte, mínima, accesorio, de imitación juvenil pudiese haber obscurecido la revelación de un talento de la misma naturaleza y de un arte del mismo temple que los del maestro que acababa por entonces de conquistar el mundo hispánico de su época con *IDILIO*, *LA PESCA*, *MARUJA*, esos ensayos de naturalismo idealista, diafanizado en poesía.

El joven montañés de los Andes, Remigio Crespo Toral había, pues, cantado como por instinto escenas y paisajes de sus campos, coloreándolos de una sensibilidad poética, de emoción personal al mismo tiempo que común a todos los suyos, y que, con sólo, o por sólo ser la más natural y propia, sorprendió como un hallazgo: realidades inmediatas, sensibles para

todos y apenas, delicadamente, transfiguradas; recuerdos de infancia, navidades rústicas, bíblicas faenas de la siembra y de la cosecha, primeros arrebos...

Comprendiéndose en seguida, a su alrededor, que un poeta había aparecido, cuya poesía brotaba conjuntamente del alma y de las cosas, e iba de las cosas al alma o del alma a las cosas; ya nó de los libros al papel, conservando, sin embargo, el sello de una cultura tradicional que le abría el paso del clasicismo al romanticismo.

En otras circunstancias, menos aislantes, el eco de su canto natal habría cundido, repercutido, multiplicándose, en una de esas ondas de unánime simpatía como hemos visto a veces propagarse por el Continente, reveladoras de un estado preestablecido de receptividad poética (MARÍA, TABARÉ, etc.) Su gloria hubiera fijado tempranamente un precioso instante de su inspiración espontánea, si bien con detrimento acaso de otros dones más altos y más viriles, desarrollados más tarde, libres de todo halago exterior. Su soledad fecunda maduró en paz, en profundidad, toda su rica naturaleza interior.

Floreciendo en toda libertad, su talento refleja su vida y carácter. Es una figura mistraleana.

Yo no tengo el honor de conocerle.

Un día iré, lo espero, a rendirle homenaje en su *buen retiro*, perdido entre dos cadenas de

montañas, desde donde cubre de armonías y ennoblece de inteligencia una tierra a medias inculta, en la que él va despertando la conciencia de belleza propia; ejemplo que asegura cómo, aun en medio de comarcas semibárbaras, la grandeza espiritual es posible, y cómo las letras tienen sus nidos de águila entre montes. Su ciudad nativa, la docta y lírica Cuenca, asilo del pensamiento estudioso y de la cultura desinteresada, le sirve de marco adecuado y le debe nuevo lustro.

Su ciudad le ciñó el laurel apolíneo. Consagrado «Poeta Nacional», el poeta cívico prendió en él el mismo ardor potente y concentrado de un Quintana, de un Núñez de Arce — a quienes se asemeja por más de un aspecto, y de los más nobles, y de quienes difiere en particular por un horror filosófico al espíritu revolucionario. Inflamado de ímpetu tirteano, fué hacia el tumulto de la plaza pública, más de una vez. Poeta oratorio, de ardiente y concertada elocuencia, diríase, sin embargo, que sólo gusta de veras de la perfección serena y de la paz del alma.

Gentilhombre campestre, poeta bucólico, a la vez cristiano y clásico, romántico y pagano en medida muy personal; ha bañado sus valles y aldeas en idilio místico, de emoción católica ingenua, evocando la solemnidad del culto en el grandioso escenario de los Andes bárbaros, componiendo en torno, bajo el signo de las mu-

sas sapientes, una especie de reino bíblico y helénico, pretérito y actual. Es la atmósfera de *MI POEMA*, que él llama suyo por excelencia. Y ésa es su vida.

Pero tiene otros aspectos. Aquel, no de historiador, propiamente, sino de escritor retrospectivo, de vuelo a grandes alas sobre fondo histórico, es el que, personalmente, me interesa más, como tengo en más al prosista que al poeta.

Hablemos más de éste que de aquél, ya que así lo quiere el mayor renombre que le han granjeado sus versos, donde menos se sabe catar la excelencia marmórea de la prosa.

Cuando vaya yo a verlo, lo encontraré, sin duda, volviendo a caballo de la labranza. Reconoceré sin vacilación al anciano erguido, de airoso porte castellano, todavía robusto y bello que me han pintado; y afeccionaré en seguida su viril candor y su bondad soberana. Me dirá las bellezas de su terruño y de la vida del campo, que él ve con ojo virgiliano y describe con pincel aéreo, en versos que ondulan como trigales.

Qué número ya sin número de tardes no habrá vuelto, en efecto, cabalgando plácido, por el sendero habitual, como rodeado y seguido de versos en ronda incesante, levantados a su paso como enjambres vivos de entre las flores del campo. Imagínolo yo, en el suave delirio crepuscular, tejiendo y destejiendo en su mente, ebrio de música silenciosa, estrofas casi inasibles. Al

aparearse en el patio de la vieja hacienda, no corre sin duda a fijar sobre el papel los alados versos que le asediaron por el camino encantado: a su memoria acudirán mañana y los contemplará dorados por el sol nuevo; y nosotros los veremos, años más tarde, en sus geórgicas y sus églogas. Aquella es hora de platicar con sus gentes, labriegos,—poetas al natural,—ancianos, niños, caminantes. Es la hora patriarcal, como hay todavía tantas, de veras, tan de veras americanas, gracias a las antiguas costumbres tan españolas de convivencia con los indígenas en los campos.

Llega la noche: la lámpara vigilante, insomne, hará surgir para él, del seno de los libros mágicos, los mundos muertos o lejanos, las vidas desaparecidas o imaginadas, Grecia, Roma, las Indias, la España, y los grandes siglos y todos los mitos y todos los problemas del destino humano.

Porque este poeta tiene—y en él embebe su poesía—el gusto de la historia y de su filosofía. Ha leído mucho, comprendido todo, meditado el resto. Las pasiones humanas entreabrenle perspectivas a lo infinito. De aquel su rincón perdido en un repliegue de montañas arduas, se eleva, se evade, contempla. Si él estrecha voluntariamente el círculo de sus predilecciones, no es por mediocridad de aspiraciones, ni por adherencia instintiva y hosca a su campanario. Ese es su

*invenit portum*, la convicción del hombre para quien la literatura no debe ser un simple punto de vista o manera de ejercitar el espíritu, sino un lazo viviente del alma con la tierra que es parte de nuestro ser, que nos pertenece de nacimiento y nos rodea de cosas que se parecen a nosotros mismos, las únicas que uno penetra y ama verdaderamente.

Nadie mejor que este perfecto humanista podía abarcar la cuestión de la universalidad de la literatura, aún en lo que tiene de origen local. Suyo es el doble mirador en que es preciso colocarse. Remigio Crespo Toral, el crítico, ha publicado justamente un ensayo sobre este tema que le es caro en especial cuando se dirige a los jóvenes: la nacionalización de la literatura. Vicia cuestión que se plantea dondequiera, y sobre todo donde se descubren horizontes nuevos; y ya bastante debatida, pero todavía mal definida por mal planteada.

Desde 1886, joven aún, Crespo Toral había proclamado, como una necesidad íntima de verdad, como una prenda de sinceridad, para que se nos pueda creer, la urgencia de hablar de lo propio: el regreso al país natal, la búsqueda de fuentes vírgenes en nuestra tierra aún inexplorada. Más recientemente, con la amplitud magnífica de su experiencia en el oficio y de su vasta lectura, ha reanudado la exposición de ideas a las cuales había querido, a su vez, dar cuerpo y

alma en sus obras de imaginación, señaladamente en la **LEYENDA DE HERNÁN** y en ciertas piezas breves, pero ejemplarizadoras, y capitales dentro de su producción.

A pesar de su exhortación y de sus preferencias, los diferentes géneros de poesía — universal, nacional, personal — encuentran todos, en su obra misma, adecuada justificación. Y, para mi gusto, en lo que a su obra poética concierne, están muy por encima de sus poesías de la tierruca, digámoslo así, esas meditaciones poéticas, esos cuadros en que la fuerza dramática de la historia, la desgracia o la pasión del genio, dan a su concepción cosmopolita, una altura que nada local delimita. Su **DANTE**, su **MOZART**, la serie de **LOS INMORTALES** o de **LOS GENIOS**, todas esas composiciones que podríamos llamar poesía sapiente, de síntesis crítica y lírica — con las cuales logra a su manera una **LEGENDE DES SIÈCLES**, en pequeño — pueden releerse con un interés más permanente que su poema novelesco de **HERNÁN**, por ejemplo, con todo de haber vertido ahí, con una fuerza descriptiva y lírica nada común, la esencia de la vida peculiar a su país y a su generación. Relatos como éste parecen pertenecer, a mi juicio, a una literatura de curiosidad episódica y relativa, de orden inferior al vuelo de su espíritu por sobre las edades y las fronteras. Nada más amplio, por lo demás, como movimiento y libertad de inspiración, que esta

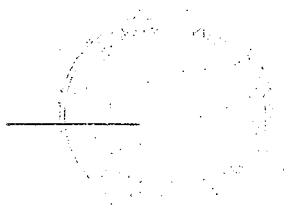
espiral por donde el nimen asciende al amor y a la contemplación de lo general y abstracto, y el corazón descende, como cautivo de un encantamiento, a la realidad más consubstancial de cosas que no pueden enajenarse.

Aquel que no conoce sino su aldea, no conoce su aldea, ni se conoce a sí mismo; pero, asimismo, el eterno viajero que sin cesar cambia de país, no se apegá sino a su sombra. Preciso es que algo nos mantenga, cuando todo se acaba en nosotros.

La hora de este poeta, en el sentido histriónico de la fama, ha pasado, dicen. El lo lamentará menos que nadie. Y luego, *multa renascitur...* Y todavía, bajo la cabeza laureada y nívea, el corazón se le hincha de savia lírica y sus versos cantan, con inigualada pureza, temas eternos. La constante inconstancia de las estaciones harále reverdecer una y otra vez, en manos de las sucesivas generaciones.

GONZALO ZALDUMBIDE.

París—1927.







## TABARE

POH DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

### I

Lentamente, pero sin esfuerzo, va brotando en la América española el germen de la poesía local, ahogado casi siempre por las exuberantes e inútiles vegetaciones de la imitación: la imitación ciega, que ha sido para casi todos los americanos el único sistema de procedimiento, singularmente en el terreno de las artes.

Y en este brote espontáneo y valiente del genio nacional, es curioso observar cómo las obras originales han nacido más pronto y con más energía vital, precisamente en las regiones donde el acumulamiento de varios pueblos y razas bajo las tiendas del progreso parece que no diera aire sino a la Musa cosmopolita, que canta la efímera alianza de los humanos ideales, confundiendo los diversos órdenes del sentimiento y la belleza bajo un cetro duro e igualitario, que mata la ingenuidad de la concepción artística y el amor a los propios lares.

A las orillas del Plata, donde se improvisan las colonias y peregrinan todas las razas del globo, a pesar de que hasta se ha proclamado allí la rebelión contra el vínculo sagrado de la lengua castellana, encontró tierras propicias la semilla del arte americano, del arte sincero, que

hoy va copiando el color y la vida, las costumbres y la naturaleza del Nuevo Mundo, llamado por ello a grandes destinos literarios.

Ha muchos años, escribía D. D. F. Sarmiento, acerca de la aurora del arte nacional en las privilegiadas naciones del Plata: «¿Cómo hablar de Ascásubi, sin saludar la memoria del montevideano, creador del género *guachi-político*, que a haber escrito un libro en lugar de algunas páginas como lo hizo, habría dejado un monumento de la literatura semibárbara de la Pampa? A mí me retozan las fibras, cuando leo las inmortales pláticas de *Chano el Cantor*, que andan por aquí en la boca de todos. Echeverría describiendo las escenas de la Pampa, Maldonado imitando el lenguaje lleno de imágenes campestres del cantor popular; yo (¿por qué no he de decirlo?) intentando describir en *Quiroga* la vida e instintos del pastor argentino; y Rugendas, el verídico pintor de costumbres americanas: he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica de la vida bárbara del gaucho...» (1)

Aunque desiguales estos principios, demostraron que, junto a los grandes ríos del Sur, es donde se estableció la Musa americana, levantando los toscos pero arrogantes muros de la ciudad nueva y del hogar emancipado.

Posteriormente, aunque otros poetas como Olegario V. Andrade siguieron la marcha triunfal de un famoso extranjero, príncipe de los genios, Víctor Hugo, y aunque el cosmopolitismo se extiende y se agigante pretendiendo dominar en la sociedad como en los cuerpos literarios, sin

---

(1) Viajes por Europa, etc.

embargo, la obra de Ascásubi y de Echeverría se ha continuado por vates de la potencia intelectual de Guido Spano, del sentimiento y ternura de Méndez, de la visión histórica de Gutiérrez, del colorido espontáneo de Obligado y de la poderosa imaginación y arte purísimo de Juan Zorrilla de San Martín.

Este noble uruguayo es uno de los pocos y grandes poetas hispanoamericanos; y su poema *Tabaré*, de igual índole que *Gonzalo de Oyón* y *La Virgen del Sol*; hijo, como éstos, de aquella *Atala* inmortal, fecunda madre de tantos y hermosos poemas, es más completo que el admirable episodio de Arboleda, más sentido que la leyenda de Mera, más sincero y original que el idilio de Chateaubriand.

## II

Allá, en la tierra de los inmensos ríos, en los tiempos en que América veía pasar uniforme su salvaje primavera y levantarse el sol y la luna sobre los horizontes, en la plena libertad de la barbarie, junto al *Uruguay* afluente del *Plata*, el río como mar; del Uruguay,

serpiente azul de escamas luminosas  
que sin dejar sus ignoradas cuevas,  
se enrosca entre las islas, y se arrastra  
sobre el regazo virgen de la América;

en aquellas vastas regiones, donde la grandiosa naturaleza prospera en el silencio, sin que el trabajo mancille todavía las selvas vírgenes; vive y domina una raza

que aparece desnuda en las riberas,

Es la raza *charrúa*, una de las que presto luchará con los portentosos extranjeros, que vestidos de luz y árbitros del fuego y de la muerte, montados sobre animales desconocidos, ya han lanzado las naves conquistadoras en las ondas del sagrado río...

*Caracé*, el viejo cacique,

en cuyo cuerpo  
las heridas se cuentan,  
como las manchas en la piel del tigre.

*Caracé*, el más fiero, el más temido y respetado, congrega a las tribus y se apercibe a la pelea; porque ya la nave del conquistador, a manera de piragua inmensa, ha cruzado por las islas del *Paraná-guasu*. En torno de *Caracé*, los tributarios se preparan; y ocultos en el bosque de la ribera, centellean y fosforecen sus ojos, aguardando el momento de la celada. Los hombres blancos, con el regocijo de llamarse dueños de la nueva y hermosa tierra, saltan a la orilla, plantan en la arena el pendón de la patria y atruenan con vítores la soledad. Los indios a un tiempo lanzan una lluvia de saetas; los españoles huyen unos, otros caen muertos sobre sus negras armaduras;

y los guerreros blancos  
huyen despavoridos por las breñas,  
sangre dejando en la salvaje playa  
y una mujer en la sangrienta arena...

¡Desventurada y hermosa mujer, primera gota de llanto que derramó España sobre la América virgen! Pálida como el lirio, queda a discreción del vencedor. *Caracé* la contempla con avidez; y, señor del botín, la hace suya.

¡Noche aquella de infinita tristeza: hasta el  
silencio llora, junto,

al tálamo sangriento de la selva...!

Cayó la flor, la blanca flor entre las algas  
del río y se hundió en el profundo légamo. En  
un sepulcro, en una noche de dolor, se ha engen-  
drado enfermo un lirio, del mismo perfume de la  
flor caída: lirio amarillo y triste como las flores  
que crecen a la sombra, en las entrañas del  
bosque.

La española esclava interroga al cielo y mira  
en el límite lo invisible, el vacío de la esperanza,  
la silueta de los recuerdos; y las plegarias, en  
forma de elegías, suben luego por las alturas...

¿Después? Un niño llora en los brazos de la  
cautiva, semeja un lirio pálido. Se parece a su  
madre que, en los ojos, copia la luz del cielo. Se  
parece a su padre; allí está en su frente estrecha  
el ceño del hijo de las selvas: es *Tabaré*.

La madre, desventurada víctima en las sal-  
vajes orgías de su terrible dueño, llama a la  
muerte, refugio del dolor sin consuelo; pero, al  
mismo tiempo, se abraza al hijo de sus entrañas,  
que lo retiene a la tierra. Le quedan su hijo y el  
cielo: ya el Uruguay le ha dado el agua sagrada,

Y el indio niño siente en su cabeza  
de su bautismo el fecundante riego.

Pero el dolor vence al amor y tortura el  
cuerpo desvalido: la española se sienta a morir;  
lucha con las sombras que caen sobre sus ojos,  
por ver a su hijo por última vez; y al cabo son-  
riente se duerme en el regazo eterno. Regresa

el cacique ebrio, y mira dormido al niño sobre la madre que duerme. ¡Qué sueños—el de la inocencia y el de la muerte!...

La conquista y la colonización, encomendadas al esfuerzo y al cetro de los soldados y administradores de España, se desarrollan vigorosas en el suelo americano. Junto al fortín construido por los guerreros en el desierto, se improvisa la ciudad.

Allá, a orillas del Uruguay, se levanta *San Salvador*, hacinamiento de cabañas, estacadas y bastiones. Muchas veces construida, otras tantas convertida en hoguera, volvió a erguirse sobre sus cenizas, encima de cimientos amasados con sangre. Allí está, como negra fortaleza, la casa del adelantado, Juan de Ortiz, en torno de la que una escasa, pero valerosa guarnición vela acosada por los tigres de la selva y por los tigres de la tribu.

El *charrúa* no vencido acecha y se prepara. Las sombras de cien guerreros muertos, la de *Sapicán*, a quien venció Blasco de Garay, la de *Abayuba*, de *Añagualpo* y *Yandinoca*, de *Magaluna* y *Gualconda*, de *Terú* y *Liropeya* discurren airadas, buscando vanamente su arco perdido entre los juncos o su maza hundida en el fondo de las aguas.

Don Gonzalo de Orgaz, bizarro mancebo, manda la plaza: le acompañan su esposa doña Luz y su hermana la encantadora huérfana Blanca. Audaces como españolas, vinieron tal vez incitadas por las leyendas del heroísmo y atraídas por la vorágine de lo desconocido... Es una tarde, tarde de triunfo en San Salvador. Don Gonzalo, con diez arcabuceros, logró sorprender y rendir un grupo de salvajes... Allí

vienen, indolentes y altivos; y entre ellos uno, endeble y triste, hermoso y pálido, mezcla de salvaje y de español, copia en sus ojos el azul del cielo y enseña en su cuerpo amarillo las nobles venas, por donde discurre sangre de otra raza... Es Tabaré. Blanca lo mira, y en la noche sueña que llora por el salvaje enfermo.

Tabaré, ser extraño, loco o endemoniado, vaga taciturno por el pueblo; y aunque sus ojos encontraron alguna vez los de Blanca, parece huir de ella, buscando el olvido y la desesperación. La quisiera mirar, pero cierra los ojos... para ver su imagen en la sombra, iluminada por los destellos de una imposible esperanza.

Pero el amor ha encendido sus ocultos y primeros fuegos. Blanca sigue soñando; y rebelde a su timidez, habla un día a Tabaré...

¡Tú hablas al indio, tú que de las lunas  
tienes la claridad!...  
porque tu alma para el indio es negra,  
para el triste cacique guaraní.

Animado por la mirada de compasión y ternura de Blanca, Tabaré se desborda en los acentos de la más genial y dulce poesía:

Yo sé que tú el secreto  
conoces de mi ser,  
y sé que tú te escondes en las nieblas;  
todo lo sé.  
No ha pasado una luna  
después que yo te vi;  
mira como está enfermo el indio bravo,  
sólo por ti.

Y, después, recuerda a su madre, que era hermosa como Blanca; se agolpa la ola de llanto



a su garganta; y sintiendo luego la pesadumbre de lo imposible y el contrario hervir de dos sangres en sus venas, huye bruscamente, buscando por refugio la soledad y el silencio. A manera del ciervo, corre a lo más oculto, con la saeta en el corazón: allá en la espesura, se lamerá a solas sus heridas.

En estas escenas de amor y lucha, de esclavitud y venganza, aparece el misionero, embajador de la paz y amigo de todas las razas: el padre Esteban, que compadece a Tabaré y ama a todos los hombres. Tabaré, atormentado por sus ensueños, a merced de su pasión insensata, espiritual e imposible, busca la sombra, y, sin sentirlo, sus pasos le guían a la morada donde duerme Blanca. Los soldados le sorprenden: van a atravesarle los hierros de los atalayas; el padre Esteban se interpone, y el indio es salvo. Al día siguiente, don Gonzalo, temeroso de las raras tentativas y misteriosos pasos de su prisionero, le otorga libertad: «Vuelva—dice—el hosco tigre a su guarida y a su salvaje independencia...»

Ya se aleja Tabaré, se despide del misionero, y es su despedida tan triste como la muerte. ¿Por qué, si recobra su libertad, se conmueve y llora? ¡Blanca! Blanca asoma en el momento supremo.

Trae un ramo  
de margaritas en la blanca falda,  
alza tímidamente la cabeza  
y baña a Tabaré con la mirada.

La despedida es tan triste como la muerte. Blanca se encamina hacia su morada, mezclando plegarias a la amargura de aquellos adioses; y el

charrúa esconde la frente en el sayal del misionero, deja allí lágrimas que queman; se desprende del monje; clava la mirada por última vez en el punto en que Blanca desapareció como visión fugitiva; y, a modo de fiera perseguida, se interna en su selva: por largo espacio, se oyen sus quejidos como los del tigre herido...

El indio torna al bosque, y errante y ciego, vagando al acaso, siente extrañas fantasías, y escucha el oculto idioma de los seres y las mil voces de la naturaleza. Exánime, casi loco, le embarga algo desconocido, y cae... cae sobre el sepulcro de su madre, donde la solitaria cruz abre los brazos...

Los charrúas, aunque vencidos, no cejan, han evocado los nombres de los muertos guerreros, han celebrado las fiestas preliminares de la guerra; han festejado el horrendo funeral de sus ritos de sangre. Se juntan y aperciben a la pelea: los acaudilla *Yamandú*, el gigante, el invencible, cuyo cuerpo es una sola cicatriz.

San Salvador descansa. Es de noche; el centinela duerme sobre los bastiones, mientras los indios se arrastran como culebras, y con paso sigiloso, llegan, cubren las estacadas, y lanzan una nube de saetas. Cunde la algazara, vomitan fuego los arcabuces, el incendio abrasa los pajizos techos, la campana de la capilla suena a rebato. ¡Los indios, los indios! Don Gonzalo, como valiente y caballero, deja a su esposa, abandona a su hermana; y se pone al frente de los defensores, — la cota mal ceñida, mal ajustado el yelmo... A poco, allá por la sombra y a la luz del incendio, huye alguien, un gigante: es Yamandú... ¿Por qué huye, cuando le sonríe el triunfo? Ha tomado ya su botín; y se aleja car-

gado de él, al bosque de los talas, a su choza salvaje, llevando una cautiva. Es Blanca, que

lleva tan sólo de su lecho tibio  
las desceñidas ropas;  
entre los brazos negros del charría,  
se ven alas de un nido de palomas.

A poco, se alza la aurora sobre el horizonte, y los indios, dando alaridos, abandonan el incendiado pueblo; y a lo lejos, se ve subir por las lomas al indio y la española.

Cuando don Gonzalo lo sabe, a despecho de su valor, siente vacilar su razón, y acaba por jurar venganza y muerte. Piensa en Tabaré, el de las nocturnas celadas, y lo señala para alimento de su ira. Congrega a sus hombres de armas, y se prepara a arrasar hasta el inmenso bosque: se trata de Blanca,

que no está muerta, ¡ni siquiera muerta!

Y es preciso luchar, salvarla o morir.

Yamandú avanza en tanto hacia su selva a gozar del hermoso botín. Blanca, insensible y en el sueño del supremo dolor, deja caer sus brazos y la negra cabellera desde los hombros del salvaje. Llegan, y Yamandú depone la dulce carga.

Hundida entre la yerba,  
como una garza herida yace Blanca;  
sus manos han caído  
sobre el blando regazo en que desmayan.  
Ann ríe su labio; es esa tregua  
que el colmo del dolor presta a las almas...

Su cabeza ocultada  
en los brazos que oprimen las rodillas;

todas las líneas de su cuerpo pálidas  
forman un nudo estrecho y tembloroso  
que se ve entre la grama,  
al través del cabello, que la envuelve,  
como el ramaje al ave amedrentada;

Nudo ajustado apenas, que la mano  
de un niño desatara;  
que defender no puede en aquel bosque  
el tesoro que guarda.

Un instante más ¡y el armiño será manchado y deshojada la azucena sobre el cieno! Mas un rumor se escucha, rumor que cada vez se acerca; se agitan las ramas, lanza la española un grito mezcla de espanto y de triunfo; y Yamandú, súbitamente ahogado, se desploma, y su cuerpo gigantesco queda tendido sobre la yerba. ¡Es Tabaré! Con insólito valor, e iluminado por una inspiración invencible, ha forzado la marcha y sorprendido al cacique Yamandú, y en el momento preciso, le ha muerto. Carga el inmenso cadáver y lo esconde entre las zarzas: han triunfado el honor de Blanca y el respetuoso amor de Tabaré...

Pero Blanca, recuperado el sentido y presa aun de las nieblas de un estupor extraño, tiembla otra vez, porque se cree a discreción del vencedor; y aunque le ama, teme a su dueño, a quien ruega, en nombre de aquellas santas creencias de su madre, y le pide la devuelva a su hermano don Gonzalo y a su hogar de San Salvador. El indio, sintiendo hervir las memorias de la infancia y las encantadoras leyendas de su madre, estalla en querellas de infinita ternura, de afecto purísimo y espiritual; y, en los más hermosos y sinceros acentos de la pasión, promete a Blanca llevarla a su hogar, y lo jura en

nombre de su madre; y palpando lo imposible de su dicha y lo supremo de su dolor, no aguarda otro término a tan agitadas horas que la muerte:

No se abrirá dos veces con la aurora  
la flor de *guabiyá*;  
no mojarán dos lunas en el río  
su temblorosa luz.

Y ya el charrúa el sueño que no acaba  
comenzará a dormir,  
pues siente ya en sus huesos mucho frío:  
¡El frío de morir!

Tabaré, llevando en sus hombros a la española, camina largo espacio por el bosque, siguiendo el derrotero hacia San Salvador. Entretanto, avanza por opuesta senda don Gonzalo de Orgaz con sus hombres de armas: mensajero del cielo, les acompaña el padre Esteban. Inmóvil, al pie de un ombú solitario, está don Gonzalo, furioso en la impotencia de su venganza. Volverá a la villa sin su desventurada hermana; tornará a su casa, sin haber lavado con sangre su ignominia.

Mas, ¿qué? Allá entre los árboles aparece un indio, conduciendo a su espalda una mujer. ¡Hermosa mujer, pálida y casi muerta por la emoción! ¡Es Blanca! ¡Es el indio de los ojos azules!

Don Gonzalo salta como el león sobre su presa; sus armas al chocar en los troncos de los árboles atruenan los ecos de la selva; se oye en seguida un grito, luego clamores de dolor; y a poco Tabaré yace, el pecho atravesado, sobre un charco de sangre. La espada de Gonzalo aun caliente cambió en rojo su color; y Blanca lanzando gemidos, quejas y plegarias, estrecha al

indio, que levanta los marchitos párpados, para mirarla por última vez. Sus ojos no se abrirán ya, se apagaron para siempre, a tiempo que escucha, al derrumbarse en el regazo eterno, su nombre que brota con sollozos de los labios de la enamorada castellana.

Sobre ese cuadro de horror, como un rayo de sol en la sombra, luce la bendición del padre Esteban, su plegaria por la raza conquistada se eleva a los cielos... Y Tabaré queda

callado para siempre, como el tiempo,  
como su raza,  
como el desierto,  
como tumba que el muerto ha abandonado,  
iboca sin lengua, eternidad sin cielo!

### III

He aquí el poema. La sencillez de la fábula, lo sentido y humano de las situaciones, los primores del diseño y el paisaje—todo esto informado por una sublime tristeza—impresionan tan vivamente, que no hay sin duda obra americana, después de la *Maria* de Isaacs, que exceda a Tabaré en lo lisonjero del éxito.

Leyenda estrictamente nacional, utiliza las tradiciones locales, estudia las viejas costumbres y resucita una raza; pues tomando del suelo y del idioma no muerto aún los perdidos átomos, recompone esa raza de hijos de las selvas, que hablan la lengua pintoresca de los que viven en el seno de una grande y majestuosa naturaleza, que es su Dios y su culto. Tarea inmensa, difícilísima, accesible sólo a los grandes talentos la de traer a nueva vida las extintas generaciones; tarea casi imposible, si éstas fueron tribus dis-

persas, que dejaron apenas sutilísimo polvo en la historia, y a quienes hay que hacerles hablar en un idioma cultísimo, de índole completamente distinta del suyo.

Don Juan Zorrilla de San Martín ha vencido tantos y tan graves tropiezos, logrando interesar a sus lectores, por la savia vital que ha infundido a sus *charrúas*, que no son ejemplares de un museo antropológico ni cráneos desenterrados en las ruinas, sino seres con lenguaje propio, religión y costumbres y leyes. Al mismo tiempo, recordando las hazañas de la conquista española, ha vestido con el ropaje de la fábula y cantado en numen sonoro a aquellos guerreros famosos, al misionero que proclama la igualdad de los hombres, aun en medio de las luchas del rudo avasallamiento del continente; y a esas hermosas y valientes castellanas, que trajeron el amor cristiano a las soledades y desiertos, donde el hogar y la iglesia se levantaron simultáneamente, como cimiento de la ciudad. El padre Esteban y Blanca, los más bien formados caracteres del poema, aquél defensor del vencido y padre de la tribu y de la colonia, y ésta, amante de un salvaje, simbolizan la unión de conquistados y conquistadores; y, en la serena región del arte, las dos razas se perdonan, se aman y bendicen.

Si se quiere más hermosa, pero indudablemente más triste la otra española, Magdalena: la tragedia de su afrenta, el nacimiento de Tabaré, el bautismo del salvaje niño: aquellos días de eterna soledad de la esclava del feroz guerrero de los bosques; la muerte al fin de esa mujer sin ventura, todo aquello es hondamente poético, y, a no dudarlo, lo más bien diseñado y sentido de la narración.

*Tabaré* es la elegía de una raza. A esos guerreros coronados de plumas, de cabellos como las fibras de la palmera, de pómulo saliente y ojos de mirar avieso y sombrío, a pesar de su inferioridad, les compadecemos, admiramos su valor y lloramos su exterminio. En los inmensos bosques de las *ceibas* y los *talas*, no quedan ya ni huellas de sus primeros dueños: sólo vaga la austera salmodia del poeta, sobre el polvo del charrúa:

¡Héroes sin redención y sin historia,  
sin tumbas y sin lágrimas;  
extirpe lentamente sumergida  
en la infinita soledad arcana!  
ni las manchas siquiera  
de vuestra sangre nuestra tierra guarda.  
¡Y aun viven los jaguares amarillos,  
y aun sus cachorros maman!...

El señor Zorrilla de San Martín pretende para sí mayor gloria y juzga haber entrado con *Tabaré* en las regiones de la epopeya. (1) Si por epopeya entendemos aquella narración grandiosa y semidivina, en que, mezcladas la religión y las tradiciones, forman el poema de la Patria, *Tabaré* es apenas una página. Ni es dado a un solo hombre, en estos tiempos de pequeñez y personalismo, juntar en una obra los ideales de un pueblo: aquellos genios felices que lo fueron por la sociedad que les escuchó y estimuló a cantar no volverán talvez. Ahora la epopeya se va formando por muchos y a retazos, en la variada forma del romance y de las leyendas. Muchos rapsodas, al andar de los tiempos, serán, unidos, los autores de las epopeyas modernas, que se

---

(1) *Tabaré*.—Notas: voz. «*Tabaré*».



coleccionarán y admirarán, allá en remotas edades.

No logran privanza los poemas épicos: la leyenda, forma más adecuada y natural de la poesía narrativa, sobre todo en estos siglos de realidad y naturalismo, prevalece en todas las literaturas. Así que *Tabaré* no se considerará indudablemente una epopeya, en el viejo sentido de la palabra y tal como lo han apuntado algunos críticos y sin duda lo cree el autor: *Tabaré* es una leyenda, y según sus intenciones no podía aspirar a más. Que esta leyenda, con todas las de la tierra americana, forme después la epopeya del Nuevo Mundo y nuestro poema nacional, es cosa distinta; lo contrario sería algo como llamar epopeya a los *Romances del Cid*, y no a todo el grandioso *Romancero* castellano.

El poeta, para levantar más alto el tono y dar a su obra carácter y lozanía, arrancándole de las regiones del idilio y de la selva encantada del autor de *Atala*, debía buscar un hombre, para personificar en él la raza muerta. «Era imposible que, al asomarse el poeta al abismo en que duerme la estirpe indómita el sueño de la tierra; que al llamarla a gritos desde el borde lejano, le hubiese contestado desde el fondo una voz de mujer. Eso habría sido el idilio salvaje, la leyenda vestida de plumas de colores. El poeta llamaba a la epopeya». (1)

Pero, desde Ercilla hasta nuestros días, los cantores de las razas americanas, españoles o hijos de españoles, han encontrado, para ser sinceros, un tropiezo en la propia sangre de sus venas. Ni los héroes de la *Araucana* ni los cha-

---

(1) Idem., idem.

rrías de Zorrilla de San Martín atraen del todo la simpatía profunda con que el arte reviste a sus creaciones; y si es más amable Tabaré, es porque la mitad de su sangre es castellana; y porque bajo la estrecha frente y contrastando con los abultados pómulos del habitante del desierto, resplandece el color del cielo, símbolo de las grandezas de una raza superior. Y precisamente, queriendo cantar el bardo uruguayo a los aborígenes de la patria, infiel a su propósito, traicionándole el corazón y el numen, puso el cielo en los ojos de su salvaje, y en su alma el espiritualismo cristiano, los arranques del caballero, la altanería española y los lejanos pero hermosos destellos de la santa creencia de la infortunada Magdalena. Así que Tabaré es más bien castellano que charrúa: casto, soñador, abnegado,—ese carácter no desafina cerca del padre Esteban, y se explica bien por él la pasión de Blanca, amante del salvaje de ojos azules. El poema es español, ha vencido la sangre que corre en las venas del poeta: aunque quiso cantar éste una raza americana, ha glorificado algunas de las excelencias de la estirpe conquistadora; de los salvajes puros y netos, allí están las huesudas y horribles figuras de *Caracé* y *Yamandú*; mucho impresiona el valor de la tribu que defiende su tierra; admira, sí, ese lenguaje que penetra los más ocultos senos de la naturaleza. Pero el poema no es charrúa, es castellano, por el sacrificio de Blanca, por lo *imposible*—según el poeta—del carácter de Tabaré, y por la piadosa compasión del misionero.

Desengáñese el señor Zorrilla de San Martín y desengáñense todos los poetas americanistas a este tenor: no es posible ni lo será nunca

crear personajes amables, hermosos y vivos entre los hijos del bosque y en los linajes degenerados: es necesario acudir a la caridad del misionero y al amor del español, para levantar de su ínfima condición a seres inverosímiles como Tabaré.

Y al estudiar a este personaje, nótese la endeblez de tal creación. El autor lo llama bien ser imposible, y al llamarlo así lo condena por su propia boca. ¿Qué objeto tuvo el poeta en crear ese tipo enfermo y neurótico? Bien que, como hijo del dolor, haya participado un poco de la dolencia de su madre. Pero no cumplía a los fines del poema, hacer un Tabaré fantástico y miserable. ¿Por qué no vaciar en él la osadía castellana, junto con la fiereza del charrúa, los ensueños de la raza blanca, dentro de las pasiones sinceras del salvaje? El autor tiene que contradecirse, cuando hace que aquel Tabaré, a quien puede abatir un soplo, estrangule con sus manos y en un momento al gigantesco Yaman-dú; y a poco, haga una larga y penosa jornada, llevando en hombros a Blanca. ¿Por qué no le armó siquiera de una maza o una flecha, en ese instante solemnísimo, en que a primera vista repugna que un ser raquítico estrangule a un coloso? Para todo esto, ¿no habría sido mejor, más conforme a verdad, más puesto en los recursos del arte, dar energía, vigor, sangre y carnes al salvaje hijo de española? Este tipo original, participante de la índole de entrambas razas, habría sido admirable y perfectamente humano. Con enmendar muy poco, *Tabaré* saldría natural, y las mejores situaciones del poema no quedarían violentas, patentizando que hubo

sombras y vacilaciones en el momento en que el singular personaje brotó de la cabeza del poeta.

En esto, la imitación de Chateaubriand ha perdido a sus continuadores: se creyó imposible producir emoción estética, sin hacer protagonista de la leyenda a un cacique o a una bella e inverosímil moradora de los bosques; y de ahí el que hermosísimos poemas y novelas americanas carezcan del sentido práctico y de la luminosa y concertada disposición de la fábula, que debe inspirarse en la lógica del arte y fundarse en los hechos históricos, sin acudir a los convencionalismos de escuela y a las ideas preconcebidas.

En cuanto a la ejecución, ni los retóricos más exigentes negarán que *Tabaré* se ha formado mediante los procedimientos de arte exquisito y por un ingenio que ha ascendido por todos los círculos del puro deleite de la belleza.

Nada más fatigoso que la vieja manera de narrar, siempre uniforme y pesada. *Tabaré* ensaya un modo nuevo y original: se forma de cuadros, cuya sutilísima coordinación está al alcance sólo de los iniciados en los secretos de la composición; mezcla con peculiar maestría la acción humana a los fenómenos de la naturaleza; y combina de tal modo el paisaje con la narración de una sola pieza, que logra imprimir movimiento inusitado al conjunto. ¡Qué hermosura a veces en esas audaces exploraciones de la fantasía por los mundos del símbolo y de la imagen! ¡Con qué soberanía agota el poeta los primores de la dicción y las figuras, sorprendiendo siempre y fatigando en ocasiones la imaginación del lector, cegado por explosiones de luz y por una cascada de colores!

Tomadas al acaso, vayan estas magníficas estrofas:

La nave avanza altiva,  
llega a la costa y agarrando al río  
por la erizada crin, en él se asienta.

El poeta hace justicia a España, que descubrió y venció a América, nacida de Atlántida, el continente náufrago:

España va, la cruz de su bandera,  
de su incomparable hidalgo,  
la noble raza madre, en cuyo pecho  
si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

El pueblo altivo, que en la edad sin nombre  
era el cerebro acaso  
del continente muerto,  
ya sumergido en el abismo Atlántico,

que, no teniendo en sí, para el cadáver  
de aquel coloso espacio,  
dejó asomar, sobre la vasta tumba  
miembro insepulto -- el mundo americano.

Cuán hermosamente llama a los recuerdos

esa flotante ebullición sonora,  
que en el aire semeja  
de mil voces distintas y lejanas,  
los ayes, las palabras o las quejas,  
que a extinguirse temblando a nuestro lado,  
como heridas, se acercan.

Para los que suponen el arte un procedimiento casero y al alcance de todos, este poema sería detestable. El arte deja mucho que adivinar; y precisamente las obras inmortales han menester lectores artistas, que sorprendan las

reticencias del genio y abracen el conjunto y los pormenores, sigan el vuelo audaz de la fantasía y ahonden la profundidad del pensamiento. Creer que todos los trabajos del ingenio son de una sola índole, valdría como reducir la literatura únicamente a la popular y corriente, dejando fuera de los límites del arte precisamente lo grandioso: aquello en que la profecía, el misterio, la visión de lo sublime forman la cumbre a donde puede ascender, en los momentos felices, la humana inteligencia. Si hay poemas de claridad tan pura como la *Odisea*, existen otros de tan sublime claroscuro como *La Divina Comedia*; Shakespear creó caracteres llanos en *Otelo* y arcanos y espantables en *Hamlet*; Calderón compuso comedias de capa y espada y aun de costumbres, y diseñó las magníficas y aterradoras situaciones de *Segismundo*.

No por esto se juzgue que es fácil salvar las dificultades en tan escabroso sendero. Para probarlo, ahí está *Tabaré*. Sus nimios detalles, sus ampliaciones llevadas quizás hasta el fastidio, ya la escabrosidad del pensamiento, ya cierto lirismo inoportuno y la vaguedad de la imagen son defectos que no rara vez deslustran la obra. Y esto, cuando se nota una sobriedad sin duda exagerada al tratarse de diseñar situaciones principales. El desenlace mismo del poema está trazado con rapidez que degenera en flojedad; y falta algo que remate la narración como guirnalda de oro: precisamente allí se advierten el prosaísmo, la debilidad de las formas y el poco vuelo del pensamiento.

Más reparable la oscuridad que afea muchas estrofas; y lástima que un ingenio que parece tan claro y un habitante a perpetuidad en las mora-

das de la hermosura, caiga en esa enfermedad del conceptismo, que va invadiendo ya el vergel de las musas. Muestra de tales caídas, entre otros, son estos versos:

— ¿Quién ata a las pasadas sensaciones  
en *haces de quimeras*,  
que, al *roce* de un recuerdo no *buscado*,  
juntas en el cerebro se despiertan,  
y *no pido en un medio indefinible*,  
¿con nuestras *almas piensan*?

— La corriente del tiempo,  
en *brazos del pasado*,  
como el cadáver de otros tantos hijos,  
ha dejado *lós años tras los años*.

Por lo que mira a la interpretación de la naturaleza es por donde esta hermosa leyenda se recomienda más. Gran poeta el que ha sabido dar vida e insólita belleza a las cosas. Los bosques y las aguas, los astros y las nubes, los juncos de la ribera y los *camalotes* flotantes de las islas se mueven y hablan: los ha animado el genio.

A este propósito, oíase al poeta: «En lo que se refiere a la forma, ¿será digna de ser tenida en cuenta por la crítica la labor que he condensado, no ya en la estructura de la estrofa, pero sí en la de la frase, que he arrancado al estudio de la lengua *tupí*, procurando desentrañar el pensar y el sentir del indio, de la índole del idioma, y buscando el medio de hacerle hablar *tupí en castellano*. Creo que he andado, al escribir esta obra, por sendas no holladas, u holladas poco por plantas humanas...» (1)

---

(1) Idem, idem.

Y es verdad: el señor Zorrilla de San Martín, explorador en las regiones del arte, ha abierto nueva senda; y cábele el honor de haber conseguido envidiable originalidad. Y la ha conseguido sin esfuerzo, dentro de la libertad del numen y mediante la observación de la prima materia de que ha formado su poema: «En sus páginas respiran las auras uruguayas; su leyenda es nacional; sus alboradas y sus siestas y sus tardes son las tardes y siestas y alboradas de la patria...»

Así es como he soñado, al tratarse de la formación de una poesía nacional: aquel, ese el sendero que, en mis ilusiones de amante de las letras, adivinaba. El poeta uruguayo, siguiendo la tradición de los *payadores* de su tierra, jurando las banderas del eximio cantor de *Santos Vega*, ha abierto un mundo nuevo a los exploradores que vendrán más tarde; exploradores que como dueños se apoderarán de la hoy ignota región, y la sabrán aprovechar para todas las manifestaciones de la belleza. ¡Con cuánta oportunidad, el cantor del Plata, con cuánto derecho llama a sus compañeros de la lira, para descifrar el misterio y la oculta hermosura de la naturaleza:

Hermanos del dolor, bardos amigos,  
trovadores galanos de mi tierra,  
que me seguís en la jornada oscura,  
al través del misterio de la selva:

    ensayad en el alma  
el acorde atonal: la noche llega.

El acorde que suena cuando el ave  
vuelve en silencio al nido que la espera;  
y hasta el lirio más pálido del campo,  
para dormir en paz su broche cierra,  
    y su perfume virgen  
con el amor de otros perfumes sueña.



Léanse, estúdiense aquellas estrofas, y se encontrarán cada vez maravillas; ¡cómo se ha agotado el lenguaje oculto de los seres; cuán bien se animan y hablan los árboles y las flores; con qué esmero y cautela se emplean las voces güaranís, tan dulces y pintorescas! Y todo es creado y sentido por el poeta; nada procede de las fuentes de la imitación, se debe sólo a la observación admirable de la naturaleza en esas magníficas regiones del Plata: observación sobre la que una fantasía verdaderamente oriental ha derramado los colores del iris. Se describe con singular hermosura y fidelidad hasta los objetos más humildes:

La pesada cabeza  
inclina el cardo seco; de su blanda  
plumazón se desprenden las semillas,  
como enjambres de estrellas apagadas.

Los insectos se cuelgan  
en sus hilos de plata,  
o trepan por sus redes, que parecen  
hebras de sol, o cristalinas arpas.

Con colores no aprendidos, describe así el  
sol y los cielos:

En la nube de bordes inflamados  
de su argentado disco  
el sol oculta una mitad; la otra  
alumbró el campo con su tenue brillo.  
Al desprenderse entero de las nubes  
desciende como el ígneo  
escudo de batalla de un arcángel,  
que cruza lentamente lo infinito;  
dejando tras de sí por los espacios  
sobre un campo rojizo,  
trozos inmensos de armaduras de oro  
y jirones de púrpura encendidos.

En tan grande y difícil labor, no puede el genio triunfar de los obstáculos provenientes de su propia flaqueza. Lo que ve el genio con claridad no logra a veces explicarlo en la forma adecuada ni vaciarlo en la imagen oportuna; y de esta manera, se producen el simbolismo falso, la vaguedad, las manifestaciones todas del culteranismo; que existirá siempre en las literaturas, mientras la retórica, y la natural poquedad del numen lo lleven a lo absurdo y a lo monstruoso.

Sobre todo, en el siglo presente, desde Víctor Hugo, cuyos indiscretos imitadores propagan principalmente los extravíos de ese genio poderoso; el paisaje, las imágenes tomadas del mundo material vienen entrando en una oscuridad de conceptos y figuras, que no está lejos el día en que imperen sin oposición los novísimos culteranos. Se extrema la interpretación de la clara y sencilla naturaleza; se procura amontonar primores de engañoso resplandor con menoscabo de la lógica y del buen sentido: se escribe buscando los pensamientos audaces, las imágenes deslumbradoras, sin cuidar de la limpieza y corrección del período. En este derroche de luz y colores, la filosofía se queda a medio camino y el arte se resiente de adornos rabiosos y oropeles de mal gusto.

Mucho se puede reparar en este punto al cantor de Tabaré, quien, no es posible negarlo, ha abusado, de la imaginación, dejándola vagar a discreción del albedrío. Para muestra de lo apuntado, bastan algunas estrofas:

El himno de sus olas  
resbala melodioso en sus arenas,  
mezclando sus solemnes *pensamientos*  
con el del blando acorde de la selva...

-- Huía la sonrisa de los cielos  
en los *labios del sol* que la llevaba,  
a imprimirla en la faz de otro hemisferio.

-- Los *invisibles labios de un ensueño*  
parecen apoyarse en su mejilla,  
y comprimir su boca  
con los *pliegues del llanto o la sonrisa*.

-- El Uruguay en vano  
sale a su encuentro y *ladra* bajo de ella (la nave);  
en vano con sus olas encrespadas  
sus costados airado *abofetea* (!).

El señor Zorrilla de San Martín, para justificarse, dirá que adrede quiso copiar la manera de las charrúas, desentrañándola del figurado y poético guaraní; qué haciendo hablar a esa fenecida tribu, debió usar lenguaje impregnado del sentimiento de la naturaleza, que para un salvaje es el Dios, el alma y el espíritu de todas las cosas; y que por lo mismo, según la creencia de de un hijo de las selvas, *las aguas meditan, los aires piensan, las sombras ruegan...*

¡No! A tanto no puede conducirnos el análisis, que aquello sería confundir los órdenes del universo. La antigüedad clásica animó las cosas inanimadas; y pobló de seres, de misterios y ocultas armonías los bosques y las fuentes, el mar y la tierra. Y ese procedimiento es bello, porque obedece a la lógica con que deben ejercerse las facultades creadoras. Pero dar alma y pasiones a la materia, sin descubrir sus semejanzas con el mundo del espíritu; y hablar de lo inanimado como si se tratase de las almas, sin encontrar los términos de la comparación y la sutil correspondencia de la realidad con las imágenes de la mente, vale tanto como abrir entrada a la mansión tenebrosa del *Polifemo* y *Las Sotiledades*.

#### IV

Algo más de lo conveniente ha corrido la pluma. ¿A quién no le costará trabajo dejar una amable labor? ¡Triste despedirse de tan hermoso poema!

Había que detenerse en él; porque, tratándose de obras de índole esencialmente local, cumple a un crítico americano publicar sus excelencias, determinar los verdaderos caracteres que han de distinguir al arte nacional y plantar la barrera, a fin de que el genio no se extravíe en sus creaciones, tanto más difíciles, cuanto que se aventura en mundo nuevo, y no cuenta para ello con predecesores que hayan formado escuela y puesto los jalones que señalen la gloriosa derrota en el inexplorado océano.

La versificación del señor Zorrilla de San Martín es irreprochable: ni arcaica ni realista, no recargada de adornos ni llana como prosa familiar. El poeta, bien que con más variedad y soltura y mezclando los metros con suma discreción, ha seguido al Duque de Rivas; y *Tabaré*, como *El Moro Expósito*, es el triunfo del romance castellano. El romance bien manejado es, a mi ver, la forma más adecuada de la poesía narrativa: el martilleo de los consonantes fastidia quizás en las obras de largo aliento y convierte el relato en pesada armazón. No dudo que el genio puede triunfar de todo, dando aun a la rima perfecta la variedad seductora, el movimiento y la armonía que no cansan, sin humillar el pensamiento con las ligaduras de la estrofa. Sin embargo, van ganando cada día terreno el romance

y aun el verso suelto: la idea misma prevalece y es señora absoluta en estas formas, más bien que en las estancias consonantadas, en las que se pone y es necesario poner mucho esmero, tal vez en perjuicio del concepto. En *Tabaré* no se echan de menos el ritmo y la seducción de las cadencias: con el romance, ha logrado mejor éxito el poeta; y ha impreso en sus estancias cierta dulzura y las ha revestido de una vagarosa armonía, que nos hace amar esas rimas, en que tan bien se amolda el pensamiento.

El señor Zorrilla de San Martín es joven aún, y, desde sus primeros años, poeta distinguido, polemista y batallador y personaje político. Estudió en Chile, señalándose en los círculos literarios de esa noble e inteligente nación. Creyente sincero, su espíritu se mueve en una atmósfera de ensueño místico y de inefable quietismo; su dogma social e íntimo, el que le consuela en la lucha y en el dolor, es el de la Providencia, regazo blando y definitivo de un alma que no ha dudado nunca.

Sus primeros ensayos, publicados en Chile, merecieron el aplauso de crítico tan concienzudo como Rómulo Mandiola; y desde entonces, al par que al arte cristiano y a la propaganda católica, sirve a los patrios ideales y preludia ensayando los acentos de la Musa histórica e íntima.

Los jóvenes poetas sigan al eminente bardo uruguayo, estudien su leyenda; y vayan formando de ese modo conciencia artística y genuina originalidad. Obras así tan sinceras y hermosas influyen poderosamente y determinan el nacimiento de otras, en honra del continente y para desenvolvimiento adecuado del progreso intelectual.

*Cuenca, agosto de 1893.*

# CIENT AÑOS DE EMANCIPACION

(1809 - 1909)

## INTRODUCCIÓN A UN PROGRAMA POLÍTICO

### I

Va pasada ya una centuria desde que la América española lanzó el primer manifiesto solemne y ejecutó el acto inicial de su emancipación. A una ciudad de segundo orden de las colonias cúpole adelantarse en el movimiento, cuyas sacudidas en todas partes se manifestaban ya y se generalizaron luego desde 1810, hasta que, en los campos de Ayacucho, se arrolló para siempre la bandera española; y una constelación de naciones ingresaba en la familia internacional, con la locura y los arrebatos de la juventud y trayendo a la escena cien colores y blasones en sus banderas y sus escudos y un universo de ensueños para la vida constitucional.

En cuatro siglos, estas vastas Américas fueron hacienda y feudo de Europa: de España e Inglaterra, señaladamente. Antes, algunas colonias inglesas habían guerreado y héchose reconocer como Estados Unidos independientes; y al andar de los años, aquella confederación debía ser la más poderosa gente de la tierra, que inclinaría el imperio y la superioridad hacia este lado del Atlántico.

La formación de las nacionalidades no proviene del acaso: el nacimiento de éstas obedece a las leyes de la naturaleza. Las naciones como los individuos se generan, nacen y mueren, dentro de la actividad divina y en la libertad humana.

A los cien años de emancipación, ¿cómo se presentan las naciones hispanoamericanas ante el tribunal de la historia? ¿Cómo aparece nuestra Patria, la antigua Quito, el Ecuador actual?

Al paso que las colonias inglesas independientes han prosperado hasta llegar al prodigio, cuando en ellas inmensas urbes cuentan apenas sesenta o cien años de vida y todo el territorio se halla como un jardín, limpio, cruzado de caminos, animado por redes y corrientes eléctricas, para luz, para energía, para vida intensa, cuando hasta la aldea goza de los beneficios de la cultura moderna, en la América del Sur y del Centro aun vegetan ciudades de cabañas y puertos de pescadores en perezosa existencia. Los pueblos desunidos, las naciones dispersas, ni hay homogeneidad que forme el imperio, ni patriotismo que engendre acciones heroicas y conquiste la grandeza.

## II

¿Nacimos antes de tiempo? Fuimos y aun somos ineptos para la vida independiente?

Creiose, a principios del siglo XIX y por severos filósofos, que los americanos, los aborígenes sobre todo, eran seres inferiores, colocados en una escala étnica muy baja, y una excepción en la jerarquía racional. El padre Feijóo tuvo que rectificar, en su *Teatro crítico*, la general

creencia europea de la precocidad y pronta caducidad del talento y discurso de los criollos. Aquello se creyó una forma de degeneración. Los pensadores anglosajones y alemanes fueron más lejos en su juicio; y Pauw sostuvo que el clima del nuevo mundo había viciado completamente las cualidades y contribuido a la degeneración de los hijos de los europeos nacidos en tierra americana. Pauw avanzó más, hasta sostener que todas las especies trasplantadas del antiguo al nuevo mundo habían sufrido una transformación desfavorable.

Mas la historia del siglo XIX ha desvanecido aquella extraña conjetura, y los invariables principios de la filosofía que explica los acontecimientos no han encontrado una excepción en América.

Las colonias inglesas, en toda la última centuria, patentizaron que no sólo es absurdo lo aseverado por el seudofilósofo prusiano, sino que lo vasto de la tierra y los dones todos de la naturaleza en aquella acumulados pudieron de suyo engendrar tanta fuerza, tanto vigor de inteligencia y tantos grados de superioridad moral y material, como los que han engrandecido a una nación americana: los Estados Unidos, en donde el trasplante del hombre europeo, en vez de traer degeneración de la raza, la ha enaltecido, por el trabajo, el bienestar y la ciencia.

¿Tal vez el hombre latino, el español principalmente, fué y es aún incapaz de adelanto, en el nuevo mundo?

La historia de media centuria enseña que hasta los latinos, los portugueses, los mismos españoles, han podido sostener el decoro de la nacionalidad y la dignidad de la estirpe, y eso en medio



de las corrientes de la asimilación. Nadie negará que Brasil es un gran pueblo, que la República Argentina es una obra maestra del progreso latino, que Méjico ha solidificado las instituciones y ha realizado la civilización, más por el orden que por la libertad. Chile, desde Portales acá, es un país constituido, patriota hasta el delirio, fuerte como hecho de una pieza, rico y venturoso. Colombia mismo, ese Don Quijote de la libertad y los ideales y ensueños de política romántica, aunque desfallecida por sus luchas gigantescas, conserva la flor de la cultura, las letras, la pasión por el arte y la limpieza de la pluma. Costa Rica ha demostrado cómo, en un pequeño territorio, se puede constituir venturoso un pueblo, en el regazo de la paz y sin enojosos problemas que resolver.

Que los demás países americanos no hayan sido ni sean aún felices, ello se debe a causas diversas y a situaciones no estudiadas todavía. No se ha visto que sea tan dichoso un padre de familia, que deje a todos sus hijos en honrada casa y quieta prosperidad. La paz no es con todos, ni en toda tierra arraiga desde luego la felicidad.

### III

Según lo anterior, ¿fué o no fué un beneficio la emancipación?

¿Se podrá asegurar que la emancipación fué un mal? ¡No, que el nacido, nacido queda, aunque enclenque y sietemesino! La personalidad, ya individual; ya colectiva, es siempre un bien; y sería blasfemar contra las obras de Dios maldecir del día en que vinimos a la luz.

Además, en condición de entidad soberana, hay más cohesión en los elementos sociales que la que pudo haber bajo el gobierno metropolitano. Regidos y administrados desde muy lejos, la justicia se daba tarde, mal o nunca; la colonia no tenía más valor que el de la mina que da oro a sus señores; y no se adivinaba entonces, ni en el más distante límite del horizonte, la posibilidad de la autonomía, tal como Inglaterra supo darla a sus posesiones de ultramar, o la emancipación, así como le concedió el Portugal al Brasil, trasladando a éste lo mejor y lo más noble de su solar europeo.

Bajo el Gobierno español, ni habríamos sido mejores, ni prosperado más, pues todos los vicios consuetudinarios en América arrancan de España, y el individualismo cerrado y la insolencia revolucionaria, españoles fueron, y de España vinieron con el mismo Cortés, con Balboa, con los Pizarros, con Carvajal: Gonzalo Pizarro fué el primer revolucionario y el primer *insurgente*.

En cuanto a las letras, es incuestionable que la condición de la colonia habría dilatado el progreso de aquellas aquí, a lo menos en el sentido de darlas color local y dulce sabor a la tierra propia.

Pero demos que con España hubiésemos llegado a donde nos hallamos, o quizás a mejor condición y estado; ¿no es compensación ese *delito mayor*, pero honroso, de *haber nacido*, como sociedad soberana? Somos de los ínfimos en el senado de las naciones; ¡pero somos!

Quizás la independencia resultó prematura: no surgió como resultado de una corriente espontánea. Se la forzó a nacer, pues que no brotó de las masas, sino de los espíritus escogidos, de los

criollos ilustrados y aun de algunos españoles vecinos de América que la amaron como tierra suya.

Además, las colonias españolas no se independizaron como el Brasil, en manos de la monarquía, plano inclinado y natural de la sujeción a la libertad. El salto mortal de la esclavitud a la licencia trajo el largo y cruento desequilibrio con que las Repúblicas latinas de ultramar han escandalizado al mundo. La República demanda altísimas virtudes en los que, ora en la obediencia, ora en el poder, mantienen a nivel las diversas corrientes de la soberanía. Ni los elementos sociales, ni los antecedentes de la educación, ni la necesaria base económica hacían de las colonias de España pueblos aptos para ser gobernados por un Washington. Fraccionadas en castas, con la mala semilla de lo que las leyes y los sociólogos españoles llamaban *mestizos*, no fueron amaestradas por un Franklin ni un Jefferson, ni habían practicado como los americanos del norte las artes y la policía de la libertad. Conocían la libertad por el nombre y no por sus frutos; la vieron al través de la ilusión; y no la habían tenido en la ciudad propia, donde hubiese escrito, enseñado, sufragado. Llegó como extranjera, y pocos supieron cortejarla y poquísimos servirla y amarla. Los indios, los semisalvajes del bosque y la montaña y los mestizos levantiscos y soberbios no practicaron, no pudieron practicar la libertad. En términos, que continúa en las costumbres el régimen colonial; y pudo escribirse lo que escribió un patriota quiteño en 1809: *último día del despotismo y primero de lo mismo*: matador epígrafe del libro de nues-

tra independencia escrito al frente de su primera página.

Mas, sin que nuestros padres lo quisiesen, sin que nuestros próceres lo sospechasen, nos sobrevino un diluvio de males: era la disconformidad entre la ley y el estado social. Había que acomodar, en lentos y dolorosos ensayos, las instituciones a las costumbres; más bien, hubo que formar las costumbres para la constitución, ya que no se hubo escrito la constitución para las costumbres. Eran los estragos de la ideología política, los peligrosos engaños de la retórica constitucional; y, ¡doloroso es decirlo! muchos de nosotros descendientes de los grandes poetas de espada como Bolívar y de los poetas estadistas como Olmedo aún somos indignos de la República; desde el fondo de las revoluciones y desde el ~~humus primitivo de la selva y la cordillera~~, el ciudadano no llegó a merecer la virtud de la democracia: de ella tomamos solamente la facilidad de la licencia, no la tolerancia ni la fraternidad; la pasión por la libertad, no su blando lecho y su coimada mesa.

Nosotros no hemos hecho la historia, nos la dieron hecha. Más todavía: nuestros libertadores y padres de la patria la crearon, empujados por la corriente avasalladora de sucesos y opiniones invencibles. Ellos se propusieron hacernos felices, bajo la paternidad del gobierno local, transmitido por el sufragio y fundado en la probidad. Desde Bolívar y San Martín, desde los honrados patriotas de Quito, Caracas, Santiago, Charcas y Buenos Aires, que formaron los Cabildos y las Juntas que organizaron la independencia, una ilusión hermosa pasó por todos los cerebros de los hombres de armas como Miranda,

Sucre, Belgrano, O'Higgins; de los sacerdotes, como Cortés, Madariaga, Ildalgo, Henríquez, hasta los escritores, estadistas y oradores, como C. Torres, Zea, Nariño, Espejo, Rivadavia, Bello. El ensueño republicano se miró, durante las primeras victorias de la magna guerra, como una próxima realidad. Los primeros esfuerzos de organización del gobierno demostraron cuán lejos estaba de llegar al fondo la revolución que había conmovido las viejas colonias inexpertas aún para obedecer y para intervenir en las funciones de la República. Muy pronto asomó su pálida faz el terror democrático y lanzaban su caballo alborotados capitanes en cien turbios Rubicones. La escuela de Septiembre, la de los sombríos destinos, mataba de dolor a Bolívar, asesinaba a Sucre y trazaba con el hierro los nuevos límites de muchos Estados. Como una lamentación se escucharon las palabras últimas y el clamor de desengaño de los próceres colombianos, y quedaron como visión horrible los fulgurantes apocalipsis de Bolívar.

Lo que quisieron nuestros mayores, lo que se anheló conquistar con ríos de sangre, lo que ellos intentaron dejar en herencia a sus hijos no fué una realidad; lo fué para algunos más tarde; y para muchos de nosotros no llega todavía. Al frente de estos países en los *tristes destinos* —¡compensación cruel y burla de la fortuna!— están las antiguas naciones colombianas; y sobre ellas, ¡oh terrible providencia!, Venezuela, ¡el cerebro y el brazo, el Sinaí y el Calvario de la Revolución!

#### IV

Pero no es buena práctica lamentarse de desastres y cruzarse de brazos. Aquellos no son irreparables; ya que de su estudio viene la precaución para el porvenir. Nunca es tarde para la enmienda y menos tratándose de naciones, llamadas a vivir largamente. La caída misma trae la redención; y alguna vez, un escritor de la posteridad podrá repetir la paradoja: ¡Dichosa caída que nos trajo tal regeneración! Las naciones pecan algo más de setenta veces siete, que siempre podrán alcanzar misericordia.

A los cien años de existencia nacional, observemos lo que hemos mejorado, lo que de nuestro progreso se debe a la independencia y lo que nos cumple hacer para la felicidad social. Tentemos las heridas, estudiemos la enfermedad con serenidad imparcial y con convicción de que no son irremediables nuestros infortunios. Vive nuestra nación; y, aunque pobre y desvalida, no seamos tan menguados, que por tal la despreciemos: antes bien, las desventajas de la patria muevan nuestro corazón a añadir la ternura y la compasión al deber del amor filial.

#### V

El primer elemento de una nacionalidad es el territorio. ¿El Ecuador lo tiene definido y cierto? El mayor de nuestros conflictos existe aún. El Reino de Quito que, histórica y jurídicamente, constituye la República ecuatoriana, como tal Reino y con los linderos de la Audiencia y Presidencia coloniales, se proclamó inde-

pendiente. Después, se adscribió a Colombia, en ejercicio de su soberanía; y disuelta Colombia, recobró su personalidad como nación y sus primitivos límites territoriales.

El Ecuador, aún menos afortunado que el Paraguay, que el Uruguay, que las pequeñas Repúblicas de Centro América, se ha mantenido trabajosamente, oprimido por constantes usurpaciones, al Norte, al Sur, y sobre todo en la Región Oriental.

Tuvo que perder primeramente su derecho al triángulo del Apaporis, por donde avanzaban en marcha dos, veces secular el Imperio y los Estados Unidos del Brasil. Luego, ha sentido la constante presión y conquista del Perú, que nos arroja de nuestra propia casa, y, ante el juez mismo llamado por él y por nosotros para dirimir la contienda, nos desafía en el terreno de las armas y nos niega la entrada al Marañón, a ese río nuestro por la historia y los sacrificios de siglos. Colombia también avanza con sus linderos en el Pacífico y en el Amazonas, allá, más allá de lo que sus propias leyes declararon y sus tratados reconocieron.

A los cien años, nos encontramos con que el Ecuador no tiene fronteras. Estas nunca pudieron definirse mejor que en los primeros años de independencia; pero, sea que las revoluciones nos empequeñecieran, sea que el padre de nuestra República, extranjero como era, no tuvo para ella el afecto que inspiran y determinan las empresas duraderas, no obstante haber él luchado y vencido por nosotros, es lo cierto que, desde 1832, hemos venido postergando la demarcación con el Perú; y esta nación artera y suspicaz por carácter y por sistema pidió primero

los límites de 1821, después los de 1832, después los de hoy. Su *statu quo* ha sido una marcha de conquista. Ayer no más, estábamos los ecuatorianos en el Mazán, muy cerca de la desembocadura del Napo y hoy nos mantenemos a la defensiva en el Aguarico. El Perú nos invade, el Perú pretende anular nuestra nacionalidad; y cada año se señala por un acto nuevo de su usurpación.

Por el Norte, hemos concluido con un tratado nuestra delimitación, sancionando las mutilaciones de antemano ejecutadas: al fin, se trataba de concesiones a un pueblo con el que formamos antes una gloriosa nación. Ni podíamos tampoco luchar por todas partes; y al conceder, nos cumplía conceder lo que no comprometía el porvenir y las tierras y zona de influencia que nos corresponden a juro de heredad y por interés y justicia internacional.

Estas tierras y zona de extensión son las que el Perú trata definitivamente arrebatarlos, las que en solemne ultimátum nos dice:—Ven a tomarlos—; las que asegura que ningún poder humano las arrancará de su dominio. Ha ido al arbitraje sólo para asegurar su usurpación. Si pierde en derecho esos territorios, al Perú quédale el hecho de la rebeldía, como recurso final. El Ecuador ha ido, pues, al juicio, solamente para contemplar el triunfo de la iniquidad: en uno u otro terreno, su pérdida es inevitable: el corderillo sacrificado en Tarapacá, según el decir de un difunto estadista chileno, se ha cubierto con piel de lobo al volver la cara hacia el Norte, en frente al pequeño Ecuador.

Culpa grande e imperdonable de nuestros Gobiernos la de haber, ora por miserable ociosi-



dad, ora por temor, ora por viles luchas de casa adentro, descuidado la conservación del territorio. Sin fronteras no somos nación, con un vecino enemigo que amenaza señalar nuestros linderos con sus bayonetas, no somos nación: los colores del Ecuador parece que se destiñen dentro del mapa del Continente; y el pueblo que dió el primer grito de emancipación, como que tiene que nacer de nuevo mediante el heroísmo y la sangre de sus hijos.

## VI

Los próceres de Quito, después de declarar su personalidad como pueblo y su derecho y su autonomía, levantaron los ojos al cielo, y escribieron las hermosas palabras que simbolizan la democracia cristiana: la libertad por la cruz; que es lo mismo que escribió el magno filósofo del Evangelio: «La Verdad os hará libres.»

¿Somos religiosos hoy, como quisieron nuestros padres que lo fuésemos? ¿Somos libres? El escándalo de la cruz ha venido al fin a ser escándalo en verdad de algunos de este pueblo: y una minoría fuerte por la audacia, dominadora como todas las minorías que constituyen poder, ha impuesto el Estado neutro, la instrucción neutra, la moral sin Dios; y es un hecho la cruz de la libertad; no la libertad de la cruz. A lo menos, ¡el bien y la virtud tuvieran los mismos derechos ante la ley! Un país dividido por lucha religiosa es el más desventurado de la tierra, no es patria ni pueblo, confesó Renán. Dividida la sociedad, en la que por motivos de religión y moral, hay vencedores y vencidos, que-

da el desorden aparentemente organizado, los átomos dispersos y contrarios del individualismo.

Para colomar la persecución y la monstruosa desigualdad ante la ley establecida en contra de los católicos, se acude a la justificación aquella de que las gentes han evolucionado, que la idea religiosa ha cedido el campo al interés positivista y que el ideal de la inmortalidad es extraño a la vida presente. Mas tales excusas no eximen de tremenda responsabilidad a los políticos que ponen fuera de la ley a los que no piensan como ellos. Se ha procedido también, por espíritu de reacción, contra la tendencia religiosa muy acentuada que dió García Moreno a su gobierno. Pero las reacciones no deben ser venganzas; y es triste que en un país en que el librepensamiento es apenas un disfraz de ocasión, se proceda como se procede en Francia contra realistas y católicos; como si aquí no fuéramos todos republicanos. En verdad que es risible que ahora el Estado quizá más radical (terrible palabra que anuncia terremoto) sea, después de Francia, el Ecuador: ¡a lo que arrastra el miserable instinto de imitación!

## VII

La nación es una familia grande, nada más; y para que viva y crezca es condición que se consulte el bienestar de todos los asociados. Que el suelo sea pobre, que el territorio presente grandes dificultades para la comunicación, que vengan inciertas las estaciones a la agricultura, todo ello podrá ser evidente. Mas no hay obstáculo que no pueda vencerse, ni tierra ingrata que no pueda alimentar a los suyos. En

los países escandinavos, a las orillas del helado Báltico, en las estrechas y casi pobres islas británicas, viven los más felices moradores del mundo; y la sonriente cultura y el emporio del comercio y de las artes que tuvieron su asiento en el Mediterráneo, pasaron hace mucho tiempo afuera del Estrecho y emigraron al Norte.

El hombre es el único autor de su felicidad; y la ética individual o colectiva no se resuelve sino en el gran problema de la voluntad.

En el Ecuador, casi la totalidad de las poblaciones beben cieno destilado por agua; las ciudades no se han canalizado, y el aire que las envuelve guarda pestilencia y muerte; la luz es casi artículo de lujo. Caminos hay que los abrió el cayado del misionero o la contera de la lanza del conquistador: lo demás lo ha venido arreglando la paciente mula, vehículo triste de las soledades andinas y de los bosques de la tierra baja. Ayer, apenas, el ferrocarril, trabajosamente, como en un raptó de atrevimiento, ha llegado a Quito, a más de cuarenta años de haber iniciado su carrera: ha sido más lento su viaje que el del camello del desierto.

¿A qué se debe nuestra inferioridad económica? Pues a los Gobiernos malos, hijos de las pésimas revoluciones: entre revoluciones y dictaduras se nos han ido dos tercios de la vida nacional.

Al único hombre grande que tuvimos, genio indudablemente digno de otra tierra, no le perdonamos sus defectos, y lo matamos. Ese hombre quiso transformar el país, y a pesar de las inconveniencias de su genio, habría transformado por el trabajo, por la multiplicación de las comunicaciones, por la difusión de la enseñanza

práctica y de las artes útiles y por las extensión dada a la colonización; todo esto dentro de una severa moral, de una honradez puritana y de un inflexible espíritu de justicia. Para tamaña empresa, necesitó y empleó medios discrecionales, y quiso una dictadura legal como la de Díaz en Méjico; y una dictadura de largo aliento, para educar al pueblo en el orden y enderezarlo hacia el bienestar definitivo. Todo este ensueño se deshizo en una atmósfera de sangre.

¡Qué destino el del Ecuador! García Moreno murió casi sin dejar herederos; y su obra moral no existe. De su obra material queda lo que no han podido destruir los agentes de la naturaleza.

Y ahora, la situación económica, aunque acusa mayores entradas fiscales, acaba siempre por el déficit. Y en cuanto a la fortuna privada, es tan relativo nuestro progreso con relación al de otros pueblos del mismo origen que, en la estadística continental, somos, ¡ay!, una cifra de excepción.

Es base de la democracia que el Gobierno sea la expresión de la voluntad de los asociados. La intervención de los gobernados en el gobierno es el fundamento del pacto republicano; y la forma principal del ejercicio de tal derecho radica en el sufragio.

Declarados Repúblicas los nuevos Estados americanos, la Constitución fué título burlesco para la soberanía del ciudadano; y todo subsistió como antes: desaparecieron los reyes y los tiranos, los virreyes y las audiencias y capitanes generales, y quedó la tiranía con unas casi far-sas de elecciones y de parlamentos.

En varias naciones de este revuelto conti-

nente del Sur, el sufragio, si no depurado, es ya una arma siquiera de lucha; y los partidos llegan al poder y se turnan en el manejo de la cosa pública, ascendiendo por la escala del sufragio. Padece éste quizás la presión del soborno, las acometidas de la audacia y los zarpazos de la imposición. Pero, en el Brasil, en Chile, en la Argentina, en el Perú mismo, en Bolivia, el país define su suerte dentro del régimen electoral; se mueve, lucha, da signos de virilidad y energía. Los vencidos deben la derrota a su cobardía, y los escándalos electorales tienen además de la sanción de la ley, los anatemas de la opinión y el libre examen de la prensa.

En la mayor parte de nuestras llamadas Repúblicas, el sufragio es una función más del poder ejecutivo; y el voto es burocrático: algo peor, militar. Si acaso resultare libre una elección, todavía hay el recurso de apoderarse de la urna y de inutilizar el sufragio o suplantar el voto. Si ni esto es bastante, ¡el escrutinio es la elección! Se falsifica el voto, se falsifica la votación, se falsifican los registros, se falsean las inscripciones. Y así la elección es una mentira, el Gobierno se elige a sí mismo, y elige casi siempre por medio del colegio electoral organizado: el cuartel. Y no sólo se elige así a los representantes de la llamada mayoría, sino a los de la supuesta minoría: el retablo se arregla de manera que los muñecos de Maese Pedro asuman y hagan el papel, de antemano dispuesto. Ha llegado a un período de suprema agudeza la crisis del sufragio. Antes, el Gobierno declaraba legítimo el derecho de luchar honradamente en el terreno electoral, por instinto mismo de conservación; y así lo declaró García

Moreno con hidalga franqueza. Andando los tiempos, después de breves y honrosos paréntesis de libertad electoral, tan sagrada función de la soberanía ha venido a parar en la falsificación y en todas sus malas artes. El poder es así engendrado por el crimen; y viciado nace desde las entrañas de su madre. Los ciudadanos, indefensos ante el fraude, esos mismos que desafían a la fuerza y afrontan la muerte junto a las urnas, no pueden ya luchar con la pluma de repulido del falsificador, con la multiplicación del voto militar, con la suplantación del voto y con el omnipotente, anónimo despotismo del escrutador.

En los albores de nuestra vida republicana, ya escribió como sentencia fundamental Fray Vicente Solano acerca de que el origen de todo nuestro malestar radicaba en la gran farsa del sufragio. Viciado el origen del poder, éste se constituye en usurpación; y la ciudadanía es una forma de esclavitud, con nombre de libertad.

Que la audacia quisiese multiplicar hasta lo inverosímil los sufragios: sería tan fácil como añadir ceros a una cifra cualquiera. Lo que es difícil es encaminar una revolución al triunfo y colocar a un caudillo en la magistratura: los votos para legisladores y el voto de estos legisladores es más hacedero que la firma de un funcionario cualquiera de la jerarquía administrativa. Se vence y se conquista: con papeles de votación no se pierde después lo conquistado. Es el mismo argumento de Gonzalo Pizarro o de Carvajal: «Con cédulas y ordenamientos no se pierde lo ganado con las armas...» Aún vive por acá la España del siglo XVI; y no asoma, en muchas partes, un La Gasca que ponga la ley encima de la espada.

## VIII

Lo reseñado rápidamente nos lleva a considerar el factor principal de nuestros desórdenes como sociedad, como gobierno.

Ya ante el Congreso de Angostura, el primero de Colombia, declaró el Libertador: «Desgraciado el pueblo que tuviese que gobernarse por caudillos militares.» El cetro es de oro, no de hierro; y el caudillo militar tiene casi ínfulas de rey, y rey efímero, sin la conciencia de serlo, y por lo mismo resulta más temible su poder. No existe el prestigio del oro y queda la fuerza del hierro.

Las Repúblicas hispanoamericanas no se formaron democracias cívicas como la Unión Norteamericana, fueron democracias militares en la más cruda comprensión de la palabra. Excepto el Brasil, que maduró en la monarquía para surgir adulto ya a la República, todos estos países han soportado el caudillaje nacido en el seno de las revueltas: el espantoso círculo de la tiranía que engendra la guerra civil y de la guerra civil que engendra la tiranía. Es la tremenda aristocracia americana, el cacique de sable, aliado a veces con la toga aplebeyada, el señor feudal, el gran duque de las democracias de espada. ¡Ay de la Grecia de Pericles, cuando lleguen los destumbradores caudillos, los héroes de la batalla! Ya Roma no será, cuando los Tarquinos revivan en Sila y Mario y se entreguen a César.

Chile primero, la República Argentina después, el Uruguay y Costa Rica, han logrado por fin afianzar el régimen democrático dentro

de la vida parlamentaria y por el mandato del sufragio. El soldado representa la guarda de la ley, la milicia resulta institución paternal de defensa y la más noble encarnación del heroísmo y del amor a la Patria. Pero, invertidas las funciones públicas; que gobierne la fuerza, que elija el soldado y monopolice la clase militar las altas funciones públicas, significa degeneración y anuncia muerte. El Gobierno en las democracias es algo así como el ejercicio de nuestro poder, del poder del individuo, algo así como una delegación de la voluntad del individuo, llamado obediente en el ciudadano gobernante. ¡Cuán difícil que el alfanje desempeñe este ministerio de paz!

No por esto se crea que habrá de conseguirse la ansiada ventura con el Gobierno sólo de ideólogos y letrados, de los bandidos de muceta y de los bandidos de pluma, a quienes aborrecía Rocafuerte y denostaba García Moreno. Lo que constituye el equilibrio en que se afirma la libertad es el gobierno de los honrados, de los hombres prácticos, entendidos en hacienda y administración, que puedan ser padres de familia de su pueblo, esos que respeten la libertad de los demás como la suya propia, que toleren la representación de la minoría y hagan de la República un animado certamen de todos los partidos y todos los hombres públicos, empeñados en generosa rivalidad para procurar el bien de la nación.

Ningún Gobierno mejor que ese que se ha llamado cívico, el Gobierno que el mismo Bolívar quiso para Colombia; no el de Santander, militar disfrazado de leguleyo, sino el de un Joaquín Mosquera, un Caicedo.



El Ecuador tuvo también la mala fortuna, no sólo de formarse a la sombra de los dictadores guerreros de Colombia y el Perú: Bolívar, Sucre, La Mar, Santa Cruz; sino que, disuelta Colombia, nació por inspiración y por el brazo de un general muy ilustre, muy valiente, que había guerreado mucho en bien del Sur; pero también muy militar. Así, nuestra pobre nación nació y creció dentro del caudillaje; tuvo que tolerar los desplantes de un Urdaneta o un Otamendi; y preparó el hábito de gobernarse militarmente. En 1845, el país, en una explosión de intenso y glorioso civismo, se levantó como un solo hombre, para ver de gobernarse sin los militares extranjeros, sentando las bases del gobierno local, de la administración, de la hacienda, dentro de la libertad y para cosechar los frutos, cada vez más inaccesibles de la independencia.

El Gobierno que se formó en 1845—y que desdeñosamente fué llamado «de la vara del mercader»—pasó como miraje del desierto o nube de estío; volvieron los caudillos, tornó el hierro, tornó el monopolio de todos los poderes en manos de la milicia.

A modo de relámpago de brevísimo resplandor, asomó ese Gobierno de Ascázubi y el Dr. Benigno Malo; ese Gobierno a la inglesa, tolerante y liberal, no de nombre; ese Gobierno modelo, según sentir de don Pedro Moncayo. Relámpagos fueron también, en la noche de nuestra historia constitucional: Espinosa, Borrero, Antonio Flores (hijo del Padre de la Patria) y Luis Cordero.

García Moreno fué un caso de excepción, no sólo en este punto, sino en casi todos. Su

gobierno no fué militar en el propio sentido de la palabra; pero la agitación revolucionaria en que se movió ese hombre extraordinario y su carácter mismo imperioso e indomable, dieron a su poder los caracteres de dictadura. Dictador por naturaleza; sin quererlo, continuó la tradición de los Gobiernos militares. Muerto él, fué gloria suya el que los hombres de espada que le rodearon no fueran sino los restos de antiguas tiranías de cuartel, los que inauguraron la dictadura del 8 de septiembre de 1876, a la que el país debe la mayor de sus desventuras, como aquella otra que malogró no muy tarde la revolución del 45.

El gobierno blando de los estadistas no viene aún para nuestra patria: pues esperan tantos y tantos militares su turno de poder. Antes —excepto sólo el Gobierno de Antonio Flores— los cívicos han durado el espacio de una mañana: la revolución, con su caudillo militar a la cabeza, los ha arrojado fuera... como a ineptos. La libertad efectiva dada a todos ha sido calificada de inepticia: ¡tan mezquinos fuimos y somos!

Esta anormal situación se deduce de un estado social profundamente alterado. Los Gobiernos no se preocupan sino de su conservación: el mando es un ejercicio constante del instinto de conservarse. De ahí el que sólo los hombres de uniforme aciertan a tenerse en el puesto, sosteniendo el único equilibrio posible... el de Breno. No está colocada la clase militar en la condición de subordinada a los poderes del Estado: los centinelas, porque guardan la casa, se creen sus únicos dueños. Cambiados así los oficios y el orden de las cosas, no queda

otra forma de gobierno, si tal puede llamarse, que el pretorianismo. Para escribir su historia se ha menester la pluma de Tácito, y esa historia será la elegía de un pueblo.

Para libertarse de tan anormal situación, levántase una facción armada: ante su popular movimiento, desaparecen Flores, Urbina, Veintemilla. Mas esas facciones producen nuevos militarismos, y se multiplica el mal en su mismo remedio. La mano fuerte que pudo ahogar después a Claudio y a Vitelio cayó, para mal de todos, destrozada frente al Capitolio: Bruto no mató en esta vez a César, sino a Pompeyo.

## IX

Los países pequeños han menester una honradez a prueba para mantener, con la economía de los gastos y el limpio manejo de la hacienda, la existencia misma de la República.

El servicio del poder es de eminente patriotismo, de nobilísimo sacrificio. La diaria corrupción de las masas, el olvido del Evangelio en la vida pública y el industrialismo, aire viciado de la sociedad positivista, han hecho de la política una industria y del mando una granjería.

No se debe dar crédito a todas las acusaciones de los papeles periódicos que recogen los ecos de la opinión pública y subterránea contra los Gobiernos. Pero no es dable dudar que se han comprobado grandes escándalos, que la sed de oro y de goces han engendrado revueltas, formado Gobiernos y sacrificado el porvenir de la nación. Los aventureros contratan y defraudan y el erario se encuentra como una ciudadela sujeta al asalto. La honradez no

siempre puede defenderla: que el vicio no es ya excepción, y tal vez forma atmósfera.

Estos procederes que amenazan generalizarse denuncian un hecho gravísimo: la crisis del patriotismo. No se sirve a la patria, se la sacrifica; no se manda, se gana. La gloria no significa ya recompensa; no hay galardón, a no ser un sueldo o un negocio.

Los pocos hombres de bien que van quedando, desengañados y tristes, se han despedido del foro; y la ciudad carece de los atalayas de la justicia. Pocos son los espíritus serenos y de alto y soberano nivel intelectual y moral que amen más a la patria corrompida y pobre y enferma. Un soplo de pesimismo inclina hacia la desesperación o el fatalismo a casi todos los ciudadanos. Los más violentos esperan de otra revolución el remedio: la discreta filosofía ve en la revolución la causa de todos nuestros males; y aguarda, aunque tardía, la reparación que se opere en la paz y por la mejora de la moral y las costumbres. Las revoluciones, como los terremotos, destruyen y no edifican: sólo edifican las fuerzas pacientes de la libertad y el orden, dentro del gobierno de la Providencia.

## X

La educación del ciudadano es la base de la ventura de la ciudad: la educación personal se traduce muy luego en la educación colectiva. En la escuela se forman las costumbres políticas, el gobierno y la administración. La escuela crea el bienestar del individuo y la familia y prepara la justicia y la fuerza que conducen a la supremacía y al imperio.

El atraso de las colonias españolas debíase a su pésimo sistema de educación; y las colonias transformadas en Repúblicas, muy tarde algunas, y otras ni aun ahora, han logrado educar cumplidamente a las generaciones escolares.

El Ecuador fué uno de los primeros países hispanoamericanos que intentó cambiar la instrucción para realizar el bienestar.

Fué García Moreno quien hizo por implantar aquí las ciencias, dar nuevo rumbo a la enseñanza universitaria, dignificar las artes y los oficios y transformar la enseñanza privada en el sentido de la utilidad: todo esto a tiempo en que se abrían caminos por todas partes. La constante revolución de esa época, promovida por el viejo militarismo y por la ideología romántica de una juventud enamorada de Grecia y Roma y esclava del genio de un famoso y brillante retórico, que jamás conoció la práctica de la vida y del gobierno—Montalvo—, malograron las tentativas y primeros frutos de aquella empresa civilizadora. Pasados van más de treinta años ya que desapareció García Moreno, quizás no nacido para este país, y de su obra escolar quedan apenas unas ruinas.

La enseñanza continúa formando ciudadanos entecos, física y moralmente; y la instrucción sigue de una sola cuerda. Alientan, en calidad de ensayo, algunas escuelas de artes y oficios. Mas la industria es de importación extranjera, extranjeras las empresas, extranjera la ciencia: somos materia de explotación para cualquiera, por nuestra ignorancia casi absoluta. Los que coronan sus estudios consiguen un lauro doctoral; los demás quedan expeditos para la milicia y las revueltas.

No hay escuelas de agricultura, no hay una escuela de minas, no hay una escuela de marinos. ¿Dónde están los ingenieros nacionales, dónde los técnicos, los geógrafos?...

En las Bellas Artes, en lo que sí ha progresado el país indudablemente, hemos escogido las más fáciles, las de poco fondo: la flor de la poesía, las artes del diseño; pero todo así por afición, sin base sólida, sin conciencia de la vocación artística y casi siempre como caso aislado.

Lo duradero y magnífico lo constituye la equilibrada distribución de las faenas del progreso: que no haya monopolio de unas profesiones en perjuicio de otras. Si abundan los abogados, por buenos que sean, resultan un mal para la República; y todos los fracasados de las profesiones, al fin acuden a la madre común de la política; porque han equivocado el camino, porque no se han educado para la riqueza, sino para el desastre individual y social.

¿Puedé haber funciones públicas sabiamente ejercidas con ciudadanos educados en este desarreglo de la enseñanza? De esas multitudes escolares, ¿surgirá el estadista que nos salve; el legislador que traduzca en ley el estado social, el diplomático enterado de la justicia y la historia de la vida internacional; el guarda del tesoro público; y el administrador del dinero nacional, para bien de todos y cada uno de los moradores de la ciudad?

Los Congresos, altísimos cuerpos que en nuestro país representaron en ocasiones la ilustración y los intereses de todos, han llegado, por lo vicioso de su origen y la incompetencia de sus mayorías, a constituir algo como una enfermedad de nuestra existencia política. El legis-

lador debe estar educado para ello, en larga práctica y paciente labor. La legislatura no es un torneo de rencores y celos de bandería: es la discusión solemne del bien y la verdad en su aplicación al progreso nacional. La legislatura ha de representar a mayorías y minorías: no ha de ser música de una sola nota y discusión casi solitaria y monólogo enojoso de un solo partido.

## XI

Entre las funciones del Estado ninguna más respetable que la administración de la justicia.

La justicia es la verdad en acción, la práctica del derecho y el fundamento de la sociedad. Pueblo que fraterniza con el crimen es el crimen mismo organizado, la anarquía como institución y el mal moral como fin.

El pacto político se hizo principalmente para defendernos del crimen. ¡Feliz la sociedad en que sean tan pocos los crímenes, que la pena pueda ser benigna! La pena no es un término fijo de una ecuación social: la pena debe ser rigurosa donde es poderoso el crimen, y blanda donde el crimen asoma vencido y cobarde.

De las afrentas de nuestra historia, de las afrentas de hoy, aparece la mayor la multiplicación del delito, la impunidad del delito, la facilidad del delito.

Nos hemos dado el lujo de suprimir la pena de muerte, y el crimen nos ahoga. La libérrima Francia, aterrorizada ante la propagación espantosa de la delincuencia, con la estadística que gritaba a su oído: hay cuatro víctimas diarias en el territorio francés, acaba de rechazar

la proposición de su Gobierno de abolir la pena de muerte. Y nosotros, pueblo pequeñísimo, que cuenta quizás dos víctimas al día, hemos abolido la pena de muerte, para practicar el asesinato en todas sus formas. Ensangrentado el palacio, ensangrentado el hogar, la sangre corre en nuestros campos y en nuestras poblaciones. Dió su fruto la sombría doctrina del *puñal de la salud*; y el asesinato es casi un poder. ¡Qué horror!...

Cuanto a los atentados contra la propiedad son ya cosa corriente: basta saber que casi no existe ganadería en nuestros extensos páramos y llanuras: el robo ha consumido el pasado, el presente y el porvenir de esa riqueza.

Pero, más que el crimen, aparece espantosa la impunidad. De los centenares de crímenes que se cometen, de las estafas escandalosas, de los asesinatos de jefes de Estado, de los delitos contra el honor y la vida, ¿se castiga siquiera uno por mil? Poblaciones hay que son un presidio suelto... ¿Hay patria? ¿Hay sociedad? ¿Y esperaremos tranquilamente que consuma toda esta degeneración y esta basura el fuego del cielo?

Estado tan anormal ha producido desolación aterradora, ante el espectáculo de una justicia débil y de una impunidad cómplice del delito. Grandes crímenes políticos y sociales han quedado inscritos en la historia: la justicia los ha absuelto por el miedo: los hombres de toga, tan charlatanes de suyo, han aprendido a callar. Una impunidad trae otra impunidad; y amenazados estamos de que nuestra sociedad, impotente para efectuar la sagrada ley de la defensa y la justicia de Lynch, desaparezca como una



horda, indigna de llevar el nombre de pueblo y quizás el de tribu.

## XII

El balance de nuestra situación resulta nada halagüeño, y la epopeya de nuestra historia ha venido a parar en tragedia. Para los pueblos rivales nuestros, esta tragedia tiene mucho de cómico.

Nacida esta República sobre la sangre de Berruccos, contaminada por el contagio de intollerancias e idealismos de su vecina Colombia, mostrando de tiempo en tiempo en ella su lívida cara la falsa virtud de Marco Bruto, nos hallamos hoy casi como al principio: sin hábitos republicanos, sin fronteras, sin riqueza nacional y dispersos por las ideas, por la casta, por los odios alimentados en la guerra civil. Casi no somos sociedad, en el sentido de agrupación unida para un fin común.

Este mismo ferrocarril, obra de esfuerzo atropellado y gigantesco, este certamen nacional llevado a cabo por la tenacidad y energía de un Gobierno ansioso de hacernos aparecer mejores de lo que somos, pruebas son de que, si algo hemos adelantado, ese adelanto ha sido el del enfermo que ha anticipado su convalecencia con inútiles esfuerzos. Volveremos al lecho del dolor...

Pero, no hay raza, ni gente, ni pueblo incapaces de mejorar. En la vida de una nación nada es un siglo; y la civilización preparada lentamente, por las reacciones mismas de la historia, llega quizás a ser civilización firme y duradera. La nuestra aun dormita en la penum-

bra de las primeras horas; mas Dios, que ha creado las naciones, que las ha dado fisonomía propia y ha encaminado su vocación, tiene presentes los destinos de nuestro pueblo. Vana no ha de quedar la sangre de tantas víctimas; y, al fin, vendrán, sobre la ruta de la paz, el renacimiento y la reorganización.

Nuestras dolencias son dolencias de juventud, no de caducidad. Pasadas las ilusiones juveniles, esperemos de la ley de la historia que lo supremo mismo de la desdicha nos salve: la catástrofe nos despertará a una vida más virtuosa y honrada. El terremoto nos obliga a la reconstrucción de la ciudad.

Entre tanto, examinado sin pasión el presente, estudiada la raíz del mal, con criterio tranquilo, oigamos la voz de la conciencia nacional, sin incomodarnos, sin reproches de partido, sin resentimientos y contracargos.

Sepamos ser mejores, pues que conocemos el pecado social; y creamos en la eficacia de la energía y del carácter que salvan al hombre, al pueblo, a la raza, al mundo.

No juzguemos que se nos darán luego el Gobierno modelo y la virtud en el mando, sin que antes nos hayamos hecho dignos de ellos. El Gobierno como la ley es una resultante de las costumbres: vano será que nos sublevemos contra la tiranía cuando la tiranía roe nuestras propias entrañas.

No se da con la fuente del malestar, cuando se la busca sólo en el poder y no en la masa social, desconociendo el axioma incontrovertible del conde de Maistre: «Cada pueblo tiene el Gobierno que merece.» Pretender el cambio de situación por el cambio de Gobierno, sin mejora

de las costumbres, vale tanto como buscar la consecuencia sin sentar las premisas. Hagámonos dignos de ser bien gobernados, y recordemos que la vara férrea de los reyes se dió al pueblo antes pastoril y manso de Israel, por su dureza.

Seamos virtuosos, practiquemos el Evangelio en la vida pública: en la obediencia y en el mando.

Así, reformados los hábitos de sociedad, seremos unidos y seremos pueblo, que es la extensión de la familia, y tendremos un poder como paternidad, que es la condición de todo poder que sabe serlo.

Para caminar al logro de nuestra vocación como pueblo, precisa arrepentirnos de malas obras y realizar el programa de nuestra vida social, reduciéndolo a estas conclusiones:

La moralidad privada y pública, la honradez en la administración y la formación de la juventud, único fundamento de la sociedad.

El respeto a la conciencia religiosa; y, ya que no es posible volver a la verdad, siquiera la cobarde neutralidad entre la verdad y el error; pero jamás la persecución contra el Cristianismo y el Catolicismo, cuya moral es la sola capaz de salvar al hombre y a la humanidad. Los anglosajones, los teutones, han llegado a la fórmula de la tolerancia práctica. Imitémosles, ya que aspiramos a imitarles en todo. Por lo menos exige la verdad católica el derecho hasta de los esclavos: la tolerancia. La discordia religiosa trae la ruina de un pueblo; y el patriotismo resulta imposible, porque no se compadece con el despotismo sobre la conciencia, que es lo más invencible en la naturaleza humana.

La reforma escolar con la moral por base, con la formación física y la instrucción armónica de todos los conocimientos, dando preferencia a las industrias, las ciencias y las artes útiles. La nación de muchos letrados, polemistas y escritores, abogados y profesionales sin clientela, tiene que ser casi nación de vagos, que al fin irán hacia las empresas de la revuelta, en demanda de las amargas y ensangrentadas migajas del Fisco.

El restablecimiento de la eficacia y alto decoro de la administración de justicia, la reforma de las leyes en el sentido de conceder a aquélla cierto saludable despotismo que salve al país de la espantosa propagación del delito; el restablecimiento de la pena de muerte para los crímenes atroces y la dignificación de la policía, como alta institución social, para prevenir la delincuencia y amparar el derecho, en toda circunstancia.

La moralidad administrativa y la precaución tenaz y terrible contra la lepra social del peculado y de los siniestros manejos que desvían la hacienda pública de su natural destino: que es volver, en forma de beneficio, a los contribuyentes, que sudan la sangre de sus economías, no para los ladrones del pueblo, sino para sus gestores y benefactores.

Procurar la unificación de todos los habitantes del país. Acercar al indio y al blanco, asimilar las razas, romper las barreras que separan al montañés del costeño, al hombre de la cordillera del de la playa. Esto, respetando los primitivos derechos territoriales de provincia, cantón y parroquia. La división del territorio no ha de ser de líneas en la carta geográfica,

sino de atribuciones dentro de una natural y quieta descentralización. La provincia sea una entidad autónoma dentro y bajo la vigilancia del Estado; el municipio forme una persona dentro y bajo la jerarquía de la provincia; y la parroquia tenga vida propia en la vida municipal. Así se logrará la distribución de los beneficios, la sociedad será una realidad benéfica y el progreso una hacienda de todos y para todos.

La libertad electoral, como condición de la soberanía. No por esto se ha de negar a los miembros del Gobierno la intervención, en calidad de ciudadanos, quizás privilegiados, en las luchas del sufragio. Con todo, no ha de quedar éste como función ejecutiva, y menos como función militar. La falsificación de votos y escrutinios debe castigarse como crimen de lesa república con la mayor severidad, sin que sea susceptible de excusa y gracia, en ningún caso. Se ha de respetar el derecho de las minorías, como derecho natural en el régimen representativo. De este modo, se procurará dignificar los congresos, para que sean certámenes decentes de elocuencia y patriotismo, en que los diversos partidos rivalicen, para realizar la ventura de la comunidad.

Administrar más que gobernar: es decir, menos discursos y más bienestar; mucha economía y poca retórica. Un territorio pobre, con hábitos de trabajo en sus moradores, puede llegar a una alta prosperidad. Se ha de convencer a todos de que es menester trabajar sin descanso, para ser felices como individuos y como nación. Se trabaja para hoy, se trabaja para mañana, se trabaja para la remota posteridad: es la solidaridad del trabajo en todos los tiempos,

para formar la historia y para edificar la grandeza.

Pocas palabras y muchas acciones, y todos a la labor: el niño, la mujer, el anciano, cada uno en su sección, abejas de la colmena social. Trabaje el rico para el pobre, trabaje el pobre para el rico, trabaje la aldea para el Estado y el Estado para la aldea. ¡Trabajo, trabajo, oración de trabajo, religión de trabajar y seremos pueblo, y seremos hermanos, habremos formado patria, habremos triunfado! ¡Nosotros padecemos el ocio español, el ocio indígena: dos ocios. La raíz de todos nuestros quebrantos se encontrará en la inactividad de la raza. El movimiento es vida; la inercia, putrefacción y muerte; el trabajo, movimiento, calor y luz; es la fórmula dinámica y única del progreso.

No hay agente que no pueda moverse, no hay ser extraño a la actividad. El espíritu de trabajo genera el heroísmo y si trabajadores hubiéramos sido, como los españoles del siglo XVI y XVII, ya la montaña sería una sucesión de villas y ciudades y nuestros pueblos ricos y felices. Tenemos miedo al movimiento, y la naturaleza con su majestad nos domina: todavía somos sus esclavos. La selva está virgen, virgen la mina, virgen la fuerza gratuita del agua: somos los rezagados, los miserables en medio de la abundancia, condenados a las galeras de la inferioridad. Seamos fuertes, seamos pacientes, seamos invencibles, para ser hombres, para ser familias, para ser nación. Edifiquemos la villa, saneemos la población, demos luz y agua, tracemos las infinitas redes del camino, multipliquemos las colonias, plantemos, ahorremos el esfuerzo por la ciencia, inventemos y hagamos

nuestro, muy nuestro, el suelo, el subsuelo, el manantial, la electricidad; y forcemos al cielo a que nos haga felices. Muertos nosotros, queda la felicidad de nuestros hijos, queda la felicidad de la Patria, y queda el alto ejemplo en la historia, para herencia en la humanidad.

Dando así rumbo nuevo a la actividad, iremos consolidando la paz y haciendo práctica la fraternidad, nombre propio de la sociedad. Sin motivos radicales de división, sin abismos que nos separen, encomendando a la misma libertad la solución de todos sus problemas, disintiendo solamente en asuntos de detalle, seremos afortunados, en cuanto puede serlo el hombre en la vida mortal.

Y si el partido y la discusión nos enardecen, la lucha sea tranquila, limpia la disputa en la prensa, la urbanidad ley del trato y pasajera la venganza. Nosotros, que escandalizamos al mundo con la confiscación, que dejamos empapada la historia con la sangre del asesinato político y hemos inventado formas nuevas de tortura; al cabo, por el hábito de la tolerancia y por la inspiración de la cultura, seamos hermanos hasta en la guerra civil. Y de este modo se aleje la guerra, como lo consiguió la venturosa y grande Bretaña, hace algunos siglos.

Cual si hubiesen acabado los horrores del año mil, ante el sol que se levanta de nuevo para la alegría y la vida, recojamos del campo, donde yacen abandonados, la azada y el arado; y comience la labor: dé vueltas la aceña, cruja el rastrillo, horade la piqueta, a los suaves acordes de la canción de la paz.

¡Americanos, ecuatorianos, ante las venerables sombras de los próceres y mártires de Quito

que presiden desde la inmortalidad estos festejos, reconozcamos nuestras faltas, deploremos las locuras de este éxodo secular de la República; y juremos ser lo que nuestros padres quisieron para sus hijos: ciudadanos virtuosos dentro de una patria honrada y libre.

---



## ELOGIO DE ZORRILLA

Muerto Víctor Hugo, representante del romanticismo en todas sus formas, y desaparecido últimamente Tennysson, que mantuvo en alto la bandera del romanticismo histórico, trayendo a nueva e impereccdera vida los héroes, idilios y hazañas del ciclo del Rey Arturo, no quedaba ya de aquella brillante falange de revolucionarios de principios del siglo sino uno solo: Zorrilla.

Fisonomía literaria bien fácil de diseñar la de este gran poeta. Nació en pleno romanticismo, y murió impenitente en el credo de aquella famosa conspiración intelectual, presidida por los mayores genios que hasta ahora se han juntado para una campaña literaria. Zorrilla vió morir su escuela y caídos en tierra los ídolos que adoraron Walter Scott y Lamartine, Musset y Espronceda. No obstante, indiferente a las constantes evoluciones del pensamiento europeo, guardó la fe de sus mocedades poéticas, con la firmeza de un caballero de otras edades. Ni tuvo afición por los nuevos altares, ni los rumbos desconocidos que descubrió el genio le forzaron a apartarse del solar donde nació, y eso cuando los lares románticos habitaban solamente las ruinas. ¡Grandeza es por cierto, en un hombre y en un artista, conservar entero el culto a los númenes de la adolescencia, y vivir así como en

una arca que le salva del universal naufragio de las antiguas ideas. Zorrilla no acertó siquiera a comprender cómo podía producirse la belleza fuera de aquella forma brillante y desigual, indócil a la lima y rica en movimientos e imágenes, que distingue los *Cantos del Trovador* y el poema de *Granada*. Según las leyes de una reacción natural, se produjo al cabo la escuela realista; y a pesar de que podía conquistársela para el arte, fundiendo los ejemplares del novísimo sistema con los tipos enfermos del idealismo, Zorrilla, poseído del todo por el espíritu de su adolescencia, no supuso siquiera que dos escuelas antagónicas podían y debían acercarse y compenetrarse, para formar un compuesto vigoroso, en el que, aliados el ideal y la verdad, admirasen con las maravillas de la fidelidad artística y el ensueño poético. Pudo el cantor del Cid y del rey D. Pedro, en su larga vida, juntar en una las dos tendencias del arte europeo, realizando así una de las más altas conquistas literarias; mas prefirió la exagerada lealtad a sus dioses, aunque yacían los altares desiertos y en cenizas el fuego sagrado.

Zorrilla fué sólo poeta, en términos que hasta su discurso de recepción en la Academia lo redujo a la dorada cárcel de la rima. Su vida de bohemio soñador allí está desnuda en *Recuerdos del tiempo viejo* (libro ingenuo y bellissimo); vida de poeta menesteroso y arrogante, ante quien se bajaron generosos los puentes levadizos y saludaron para dar entrada los guardias de palacio. Vínose a América, en busca de gloria y riqueza. Ruiseñor errante, preludió desventuras en el frágil alcázar de Maximiliano, emperador de Méjico; y con ello demostró — no la primera vez —

que no tenía otra pasión sino la del canto, y que no comprendía la oportunidad de las situaciones y lo que se puede llamar el *sentido de la locomoción*. Otro menos poeta, no habría seguido los azares y fortunas de ese rey, trasplantado a un país, donde el sol y el aire de la República asfixian los organismos monárquicos.

Anduvo en París, prófugo por lances de amor, y siempre aventurero, pobre en todas partes, sin concierto en el proceder, ni lógica y unidad en la vida, no tuvo por desgracia la olímpica y entera grandeza, que merece el talento superior.

El hombre que es genio a la vez debe respetar ese divino atributo, comprender que el hombre y el genio no deben divorciarse jamás, y que la belleza moral, en las acciones todas ha de resplandecer, formando un conjunto de seductora armonía.

Rara vez existe este sereno equilibrio en los grandes espíritus: que almas como la de Manzoni son dones peregrinos del cielo. Mas, no porque sea condición ordinaria de los hombres grandes la flaqueza, se ha de prescindir en el artista, como en todos los hombres, del esplendor de la virtud.

En América, poca influencia ejerció Zorrilla: de ahí el que a pesar de ser grandiosa su magnitud en el arte español, no sea del caso dedicarle estudio extenso en una revista americana. Para recorrer sus obras había que emprender a lo menos en un volumen: la labor de este prodigio de la naturaleza fué vasta y desigual, copia de la edad en que vivió y de los ídolos de su creencia: la Patria y la Gloria.

Es conveniente diseñar las semblanzas lite-

rarias de escritores que llevan el cetro sobre las generaciones intelectuales del país donde se escribe. Por desgracia, del romanticismo la mejor parte no se trasplantó a América; la de Walter Scott y Tennysson, la de los dramas de Schiller y Goethe, la de las leyendas de Zorrilla, la de *Don Alvaro* y *El Trovador*: acá vino la osadía de Espronceda, la vaga tristeza de Musset, la confidencia íntima de Lamartine, y algo de la intrincada floresta de Hugo, y mucho de las canciones de Heine, a quien adora la juventud sudamericana, por un extraño fenómeno de simpatía.

Por esto, será brevísimo el bosquejo que dedique a Zorrilla.

La nota predominante en el carácter de este famoso poeta es la histórica, y lo mejor de su fama se funda en las leyendas y casi todos sus dramas, aquellos en que la verdad histórica no obedece a un convencionalismo de mal gusto. Siempre la historia en la poesía será la más alta y humana representación del arte. La poesía histórica desarrolla los poemas populares, forma la nacionalidad literaria y asocia a pueblos y razas en torno de un culto artístico, que arranca desde los remotos tiempos, y se confunde con el origen de la nación y con la edad patriarcal de la literatura. Tal poesía reviste el encanto y la melancolía de los recuerdos, palpita con la sangre vigorosa del sentimiento patriótico, al que está ligada; confunde en una la religión y la patria; y alienta a los pueblos con la promesa de grandes destinos. Al país que carece de tales poetas no le ha concedido Dios el vínculo de perpetua alianza, el fuego sagrado en torno del que se calientan las generaciones, ni le ha seña-

lado el derrotero de su éxodo a través de las edades.

Desde Moisés y Homero, desde los grandes poetas orientales, la poesía es la idealización de los hechos, la glorificación de las razas, la perdurable recordación de hazañas y héroes famosos, el libro sagrado de la patria y el oráculo de la historia.

A Zorrilla le cupo ser de los más insignes. Él buscó el perdido hilo de las tradiciones nacionales de los siglos XVI y XVII, entró a saco en el grandioso arsenal de los dramáticos de aquellas portentosas centurias; fué más allá, sacudió el polvo de antiguos blasones, visitó los dismantelados castillos y los derruidos monasterios, pidió concurso a olvidados cronistas, recorrió ávido los libros arcanos de la Edad Media, descifró los cantares de gesta, y los romances de la maravillosa y rimada historia de España; y de esta manera, de aquel cerebro calentado por los ardores románticos y las audacias de un genio superior, brotaron las leyendas del *Trovador*. Por ellas volvió a la vida la España tradicional, vigorosa, creyente, ruda y libre, nación de hidalgos sin tacha y soberbios villanos. En esas leyendas, por obra de la poesía, se mantuvo alzada la enseña de Castilla, a despecho de regionalismos de estufa y conservatorio. Porque Zorrilla es el poeta castellano, el poeta de la unidad nacional: sus más vivas creaciones proceden de esa vieja Castilla, el país escueto y ancho en su naturaleza, grave, austero y valeroso en las gentes que lo pueblan. El autor de *Margarita la Tornera* fué ante todo el poeta de las vetustas ciudades: de Toledo y Burgos, de Palencia y Valladolid. ¿Quién no admira aquellas

descripciones de la tierra castellana, en que se ve retratada la pampa ilimitada, y se contempla ponerse el sol en el término de la llanura, y se ven surgir los pesados campanarios, las almenas de las fortalezas y las piedras de la muralla? Bastaría a la fama de Zorrilla la cuerda heroica de su lira, la cuerda sinceramente patriótica, que será siempre el símbolo de la unión española y el timbre de la nacionalidad intelectual de Calderón y Moreto, de Hurtado de Mendoza y Juan de Mariana.

Pero no por rebuscar en los trascoros de las iglesias y en las salas de armas de los castillos la poesía de la vieja España, Zorrilla dejó de impresionar y atraer a sus contemporáneos. El poeta, aun resucitando edades muertas y animando cenizas y esqueletos, puede entrar en el alma de su siglo y dar a los hombres y a las cosas de otros días el lenguaje oportuno y la vestidura adecuada, para que ingresen en el teatro presente, e interesen a los pueblos, ya por el vigor del espíritu nacional, ya por la acertada combinación de la fábula; ora por las aplicaciones que pueden hacerse a las cosas contemporáneas, ora por la energía y relieve de los caracteres: condición que se impone a la admiración de todas las generaciones; porque la mayor gloria del arte es crear seres vivos, y su éxito más cumplido en todo tiempo presentarlos en el poema, en la escena, con la perenne juventud que da el arte a sus creaciones.

El poema épico, tal como se entiende por los preceptistas de antaño, es ya un género fósil; que hoy las *Cristiadas*, las *Colombiadas* son de genuina antigüedad, y no se leen sino como documentos de historia y para glorificación de

genios a quienes admiró su siglo. Ahora, nadie negará que a esa pesada armazón y máquina de las antiguas epopeyas se ha sustituido la leyenda. Dióla vida el romanticismo, que la amó como a su hija primogénita y hermosa. Murió la epopeya tal vez para siempre, cuando del curso y desenvolvimiento de las ideas literarias, y a impulso de una gran revolución artística, nacieron las novelas de Walter Scott, el *Fausto*, de Goethe; *Jocelyn*, *El Estudiante de Salamanca*, *Los novios* de Manzoni, *Don Alvaro*, *El Doncel de Don Enrique*, *Granada*...

De un modo más sincero, sin acudir a resortes gastados ni a la intervención a veces fastidiosa de seres invisibles, la poesía narrativa abrió sendas nuevas, donde el genio podía, con arrogancia, y sin más límites que su deseo, trasladar la historia entera al arte, juntando el interés de la verdad de los hechos con los primores de la ejecución, la valentía del diseño y los portentos del colorido.

Aun en este siglo, se han compuesto poemas a la manera antigua: Campoamor tuvo el capricho de escribir uno acerca de Colón. Y eso en España, país en el que, en los tiempos mismos de predominio de la retórica, no se tomó a lo serio la epopeya, sin duda porque un género como aquél, convencional y propio de pueblos en que héroes y dioses formaban una sola familia, no podía aclimatarse donde, desde remota fecha, ha predominado, por selección espontánea, un realismo muy bien nacido. A este propósito, se podrá recordar que el poeta más apto para la epopeya en el siglo de oro, Villaviciosa, entretuvo sus ocios dignos de mejor ocupación en burlarse de la épica de su tiempo.

España, para tener algo como una epopeya nacional, necesitaba de los tiempos de la leyenda; soñaba en los *Romances históricos* del Duque de Rivas y esperaba a Zorrilla. Aunque dislocado y desigual, ya el poema de *Granada* representa la unión de las Españas, la gloria de reyes, caballeros y mesnadas del momento histórico de la gran nación. Desde las almenas de la ciudad entregada por Boabdil a Isabel y Fernando, se adivina la derrota de las Indias; y allá surgen las islas y los continentes de la nueva tierra. Es el momento de gracia y gloria: la nación española se completa, y completa el mundo. Aquel acontecimiento de la toma de Granada es el punto culminante de la historia peninsular; y Zorrilla supo encontrarlo y labrar, con mármoles y azulejos de la Alhambra y el Generalife, un poema sentido, sincero, nacional, que el pueblo de España lo llevará hasta el sepulcro con los recuerdos de su grandeza; o a las cumbres de la fama, en los días que aguardar debe para su regeneración, ¡que se la conceda Dios!

Si al poema de *Granada* se añade la *Leyenda del Cid*, los *Cantos del Trovador* y los numerosos cuentos, romances y fábulas escénicas de Zorrilla, se tendrá que éste es el poeta nacional, tanto como lo fueran los egregios dramaturgos del Siglo de oro. Al andar de los tiempos, bien puede que esos cantos dispersos del poeta de Valladolid, incorporados al inmortal *Romancero*, formen la grande, varia y completa Epopeya de España; los *Nibelungen* de uno de los pueblos del Mediodía que más han contribuido a descubrir y gobernar la tierra y civilizarla, difundiendo la cultura de las ideas y la policía de las artes.

Zorrilla, continuando la tradición del siglo



XVII, fué también poeta dramático; y a no haber nacido en tiempos de aislamiento, habría acertado a ser de los mayores; pues su musa, de suyo impersonal, le llevaba a lo objetivo, a la diversa representación de las cosas, a la creación de tipos y caracteres, a los que el artista forma y les deja hablar, sin entrometerse en su alma, a contar las dolencias y regocijos interiores del poeta.

Espigando siempre en el campo inagotable de los dramáticos del siglo XVII, buscó y encontró el personaje que deseaba, el más oportuno para los primeros días del romanticismo, personaje que debía ser familiar a generaciones desazonadas por el desengaño, enfriadas por el tedio y rebeldes contra los poderes del cielo y de la tierra. Entre las obras de uno de los estupendos frailes de aquella centuria — las de Tirso — encontró, en el *Convidado de Piedra*, a aquel famoso *Burlador de Sevilla*, insolente y simpático, terror de galanes, espejo de caballeros, dueño y árbitro del amor, insensible al miedo y airado contra Dios. Y volvió a la vida *Don Juan Tenorio*, vestido, eso sí, según la moda romántica, con desenfado de librepensador de aquellos de 1812, y emancipado de las reservas a que le condenó Fray Gabriel Téllez. Los tiempos eran para eso, y el poeta quería — en lo que merece censura — decir a los progresistas de casa algunas cosas que sabían a blasfemia, bien que atemperadas por la ingénita sumisión del autor a las altas creencias de la religión y del espíritu.

Y he aquí cómo *Don Juan* vive con lozana juventud, con esa juventud del arte que es eterna: en días de difuntos, los teatros de España y América reciben la visita obligada de *Don Juan*,

de Doña Inés, del Comendador. Y estos caracteres, eminentemente españoles y verdaderos, se imponen a todo el mundo; y así el nombre del *Burlador*, simpático en todos los países, dios de estudiantes y calaveras, amado de Byron, irá unido al nombre de Zorrilla, como el del Quijote al nombre de Cervantes: no porque Zorrilla crease a *Don Juan*, sino porque le vistió a la moderna, le empujó a los salones de la burguesía del siglo XIX y le entregó al trato y la admiración de las multitudes de esta época soñadora, inquieta y revolucionaria.

Muchos otros son sus títulos como poeta dramático: repáselos quien por menudo se detenga en el piélago de sus obras, aunque no sea para callado el lisonjero éxito de *Traidor, infame y mártir*, ni las hermosas situaciones de *El Zapatero y el Rey*, ni aun aquel sencillez y vigoroso episodio *El puñal del godo*, que tiene sabor heroico y lirismo sin afectación. Zorrilla, viviendo en los tiempos de Lope (ya queda apuntado), habría sido poeta ante todo dramático, y emulado al autor de la *Estrella de Madrid*: las cualidades esenciales del primero más eran para la escena que para el canto solitario del trovador provenzal. Pero nació en época de violencias individuales, cuando se extremaba el personalismo poético; y las corrientes de su genio fueron a otro terreno, bien que también análogo a sus inclinaciones. En buena hora: España poseía autores dramáticos, en número suficiente para ilustrar a varias naciones; necesitaba un poeta nacional, un rapsoda, que rimase los recuerdos gloriosos y vistiese de oro y púrpura las tradiciones; y Zorrilla principalmente es el poeta de las

leyendas, el de la epopeya, en el sentido moderno de la palabra.

Copió al pueblo español en su vida y en su carácter. Desde las arideces filosóficas de Carlos III y sus pensadores de camarilla, la nación española, perdido el rumbo, bastardeado el carácter y lanzada en sendas donde no podía ser la primera, sino la última, entregó el cetro y la corona, tal vez para siempre; y súbdito intelectual de Francia, su bandera literaria pasó a trofeo del vencedor. Con esto España perdió sobre todo la fe: la fe que vigorizó su genio, que dió vuelo a sus empresas y formó el aire vital de su civilización. A partir desde 1812, la apostasía de España fué mayor: peregrina y pródiga de su fama, olvidado el solar de sus abuelos, fuese por las bellotas del librepensamiento. Y así es como vino, abdicando su originalidad, la expansión gloriosa, y el puesto envidiable en el senado de las naciones. El pueblo que lucha contra su vocación nunca ganará la cumbre, sino descenderá al abismo.

Zorrilla rindióse también, aunque rarísima vez, al yugo de esa corriente antiespañola; pero cúpole la gloria de no entregar su numen al extranjero, ni renegar de la Creencia de Castilla. No olvidó la fe, porque comprendió su inagotable belleza; y no podía olvidarla, por lo mismo que su musa enamorada de lo antiguo buscó, para cantarlas, las glorias de la Reconquista, las piadosas narraciones y el corazón robusto de los reinos de Castilla, de León, de Aragón y de Navarra; los que se engrandecieron por la idea católica, y llegaron por ella, unidos y poderosos, a formar el más vasto imperio de la Edad Moderna; imperio que se deshizo, cuando los idea-

les patrióticos y religiosos dejaron de inspirar a sus hijos, vendidos ya a la filosofía sin Dios, en esa árida y triste centuria llamada el siglo XVIII.

El poeta supo emanciparse de aquellas influencias, pregonó el credo de la infancia, extendió las cuerdas de su lira sobre los brazos de la cruz, y precisamente por ello, logró fama espontánea y universal: fué y es el poeta de su nación, y como tal, en nombre de la soberanía de ese pueblo y en representación de la Iglesia y de las ciudades todas de España, fué coronado en Granada—corazón de su España poética—, síntesis de la obra de su genio. A pesar de las insolencias y frialdades del análisis y el libre examen, un español conserva la levadura mística, que es propia de su raza y procede desde los orígenes de su historia. *Don Juan Tenorio*, *Don Félix de Montemar*, aun esos burladores impenitentes, creen por lo menos, y en el fondo, en lo escondido de su corazón, se adivina un olorcillo de misticismo, genial y sincero. A Zorrilla como español, como poeta inspirado en la historia, le alumbraron también los últimos rayos de aquel sol, que a principios de esta edad, se inclinó del todo, y desapareció del horizonte. En la cabeza del anciano trovador aun sobrevivían las escasas huellas del resplandor de aquella mística y grandiosa edad de Luis de León y de Teresa de Jesús. Aunque Zorrilla había celebrado todo lo que vió y le impresionó, nunca pudo apartarse de la tradición religiosa, y en cualquier circunstancia, recitaba sus trovas y cantares

lo mismo al son del órgano en el templo,  
que al son de la morisca paudereta.

Hasta sus postrimerías, el que cantó a la

Virgen y la pasión de Jesús, confundió en un solo himno la religión y la patria española. A pocos de esta nación podrá caberles la ventura de haber correspondido a la vocación de su raza, y seguido los ideales que la precedieron en la gloriosa jornada de otros días. Hoy, el numen melancólico de las almas enfermas mezcla sus querellas, hijas de la duda, a las travesuras del carnaval poético; y así, entre las lágrimas del pesimismo y los sarcasmos y cascabeles de la sensualidad, se profana la lira con que se escribieron los *Romances del Cid*, la *Epístola moral*, la *Noche serena* y las *Ruinas de Itálica*: obras de peregrina belleza, no mancilladas por el tedio, ni vertidas en el molde de la duda.

Estas líneas no aspiran a ser crítica de las obras de Zorrilla: son un esbozo al lápiz. De otra suerte el método y la extensión habrían sido distintos. Por esto, se dirá poco acerca de los defectos del ilustre castellano.

Además de los inherentes a la escuela a que pertenecía, como la exagerada libertad en la disposición de las partes y en el desarrollo de la fábula, tuvo incorrecciones suyas personales, provenientes, ora de su índole extremadamente nacional, ora de la extensión y desleimiento de las descripciones, aunque fieles, demasiado minuciosas para ser bellas.

Zorrilla fué el poeta analítico, hasta exagerar el análisis: al diseñar un cuadro o un paisaje, se detiene en las piedrecillas de la senda, cuenta los insectos que se arrastran en el polvo; sigue uno a uno los hilos de luz del ambiente y los copos de nube que se escarmanan sobre el cielo. Este procedimiento podrá ser el de la pintura nimia y fiel; pero trasladado a la poesía, la torna

pesada, cuando ella debe ser sutil y ligera; y la convierte en fastidiosa y desleída, cuando a la poesía cumple aspirar a la energía concisa, al diseño sin timideces y al colorido sin afectación. Por no sacrificar unas cuantas estrofas, el contorno de objetos quizá impertinentes, o la introducción de asuntos y personajes de añadidura, se deslustra la fluidez de las formas, la tersura de la narración, las gradaciones del color, y el segundo término y la perspectiva: todas cualidades de más importancia que el vuelo de las mariposas, el dibujo de las hebras de la grama o las arenillas de la fuente. Lástima que los genios no sean completos; que Zorrilla no haya poseído la visión sintética y ese espíritu de selección que distingue a los espíritus esencialmente artísticos, en quienes las facultades se mantienen en perfecta serenidad y armonía.

Pero, era imposible obtener tal equilibrio en un alma nerviosa y sobre todo en un corazón que sintió con el de todo un pueblo. En la magna obra de un poeta, así entregado por completo a los abusos y placeres de la inspiración, no se puede encontrar sino desigualdad, altibajos de luz y sombra, ascensiones y caídas, todo a la vez. Incurrió en las incorrecciones propias de la poesía popular, porque su poesía lo era esencialmente: en los antiguos romanceros, en los cronicos y leyendas, son indispensables esos defectos que, por lo ingenuo e inocente, a veces constituyen una de las condiciones apreciables en la Musa del pueblo, que es tanto más bella, cuanto más sincera.

También jugó Zorrilla con la rima y la descompuso en todas las combinaciones: abusó mucho de los alejandrinos que fastidian, por

excelente que sea su factura; y, en un mismo poema, según la usanza romántica, empleó cuantas formas de versificación le venían al gusto, en ocasiones extravagantes. Estos procedimientos no se compadecen con la armonía de la forma. Una obra poética nace en cierto modo vertida en su estrofa: la forma conceptiva brota en el primer vagido de la composición: así que se procede contra la naturaleza y el arte cuando al capricho se varían las combinaciones métricas, se disloca y retuerce el pensamiento, sujetándolo a las variaciones de una gama caprichosa e inarmónica, sin considerar que la mayor condición de la hermosura y de la música es la templanza y la serenidad...

Se censura además en las obras del bardo de *Gnomos y mujeres* y *El Cantar del Romero*, lo rabioso del colorido, los golpes de brocha, la profusión de luces y aromas, y esa a veces hostigosa y uniforme transparencia del ambiente, que envuelve la composición. En verdad, que sus procedimientos no muestran en él esa armonía de partes y variedad de tonos y colores, que forma el encanto del poema. En ocasiones, la lectura de Zorrilla produce cansancio y deja ahito al lector, que saborea primores literarios, y luego se sacia. Una gran parte de la belleza consiste en la sobriedad de la composición y la mezcla prudente y acertada de las formas; y es imposible alcanzar lo acabado sin la selección que desecha lo inútil y conserva solamente lo indispensable, para dar relieve al conjunto y perfecta ordenación y concierto a la obra. El poeta que emplea todos los materiales allegados,

tropieza con los obstáculos de la profusión, que degeneran en riqueza de mal gusto. (1)

¿Todavía más? Sus defectos muy visibles, y no es necesario volver sobre ellos: y menos cuando la rebusca de basurillas al pormenor no cuadra al propósito de este escrito, que es una alabanza del nobilísimo cantor español.

Sobre todo, en el siglo presente, es insigne y raro merecimiento para un país el poseer un poeta nacional. Ahora el cosmopolitismo tiene su musa, una musa humanitaria, que canta en nombre y para regocijo de todos. Podrá ser ella muy generosa y noble, pero jamás logrará la sinceridad del pensamiento, y menos encontrará que responda a su canto el entusiasmo espontáneo de los pueblos. La autonomía individual y solitaria va invadiéndolo todo; el subjetivismo se retuerce en los calabozos del aislamiento; y el arte que debe expandirse en todos los cielos, hablar el lenguaje sentido y verdadero de la naturaleza y conducir a los pueblos hacia los ideales históricos, ¿adónde va, por esa pendiente sombría? En buena hora, extrémese el análisis del alma y únjase con el bálsamo del ritmo las heridas de la pasión; mas el olvidarse del medio en que se vive, del cielo que nos cubre, del Dios que nos trajo a la vida y del mundo que admiramos, para hacer girar todas las cosas en torno del poeta, importa profanación del arte, absurdo de la razón extraviada, y signo de retroceso, en el camino que lleva a la perfección de la huma-

---

(1) El mismo Zorrilla conocía y confesaba los lunares de sus escritos: «Mis obras son muy numerosas—decía—; pero son las más incorrectas, entre las producidas por los poetas de este siglo. Deben mis obras sus famas a la época innovadora en que empecé a publicarlas, a los alardes de religión y españolismo de que están salpicadas, a los asuntos populares que tratan...»



nidad, la que nunca irá segura por las sendas del egoísmo.

Zorrilla, como Tennysson, tendrá gloria más duradera que estos poetas sombríos del yo miserable y soberbio, cuya influencia efímera pasa con sus querellas; pues importa mucho que un hombre vincule su gloria a la de una nación y una raza: que a eso aspira y eso consigue el genio dichoso que logra penetrar en el alma de una nación, immortalizar sus hazañas, resucitar héroes y tiempos de fama, e interesar y enloquecer los ánimos de sus compatriotas, con los acentos inmortales de la lira, de acero, en que cantan los vates de la patria, legisladores poéticos, sacerdotes del altar del pueblo y del culto de las artes.

Zorrilla honra a su nación, a su siglo y a la humanidad: que ser poeta nacional, en esta edad de atomismo de las ideas y dispersión de las almas, es la suprema gloria.

*Cuenca, 30 de mayo de 1893.*

---

## LAS LETRAS EN EL ECUADOR (1)

*Discurso escrito por encargo de la Academia  
ecuatoriana correspondiente de la española,  
para el 10 de agosto de 1909.*

SEÑORES ACADÉMICOS:

En la conmemoración secular de la emancipación americana, en que nuestra Patria tuvo la iniciativa en 1809, aunque á los hombres de letras no nos cumple, sino a los de armas, presidir los festejos en honor a los padres de la República; no obstante, se halla toda empresa heroica tan ligada al concepto de lo bello—pues es de suyo hermosa y a veces sublime como lo fué el grito generoso de 1809, coronado por el martirio de 1810—, que los que servimos bajo las banderas del numen y ensayamos el ministerio de la palabra y de la pluma, somos también obligados mantenedores de las fiestas de la nación, en las que se celebran los hechos grandiosos y se ensalza a los varones eminentes. Y esta Academia,

---

(1) Este discurso debió leerlo, por encargo de su autor, en la sesión que la Academia Ecuatoriana había destinado a la celebración del Centenario, el distinguido Senador y Académico Dr. R. M. Arizaga. Mas la Academia, que designó al que estas líneas escribe para representarla, no tuvo número en el Programa oficial, por no haber podido reunirse, principalmente por enfermedad del respetable Director Sr. Quintiliano Sánchez, quien debía, asimismo, en la sesión, dar lectura a su última, aplaudida poesía: «A España».

antes que escuela de literatura, es ahora cátedra de patriotismo; pues alimenta el genio nacional y pretende hacer grande y definitiva la Patria, enalteciendo a los héroes y llevando, con las caricias del arte, al corazón del pueblo, el alma de nuestros antepasados, que lucharon y se sacrificaron por constituirlo y ennoblecerlo.

Y para esto nació, señores, nuestra literatura, que si fué nuestra Patria la primera, no sólo en 1809, sino antes con Diego de Arcos y al principio con Gonzalo Pizarro, la que sintió más que todas el fuego de la emancipación y sembró con riego de sangre la semilla de la libertad, también inauguró la edad épica de la poesía americana, y entonó la primera, en la cuna de nuestra nacionalidad, el canto de la epopeya. Al estruendo glorioso de las armas de Colombia, cuando Bolívar, genio de la guerra y de la elocuencia, lanzaba después de Ayacucho los últimos relámpagos de su espada y los asombrosos acentos de sus arengas y los himnos de sus triunfos; Olmedo, el mayor de los poetas del continente del Sur, cantaba la *Ilíada* de los Andes, los héroes y los semidioses de Colombia y hacía resonar el áureo carro de aceradas ruedas sobre los campos de batalla.

He aquí cómo nacieron casi juntas—las más ilustres del Sur—nuestras armas y nuestras letras. Bolívar, entusiasmado con los viriles acentos del *Canto a Junín*, escribió a Olmedo, como Aquiles hubiese podido escribir a Homero: la interpretación del poema la hacía el héroe mismo, con el calor y la vista de águila del vencedor, del tribuno, del hombre sublime por la acción y por la palabra.

¡Qué comienzo, señores! ¡Qué magnífica

promesa para la ventura de las letras en esta tierra entonces feliz, porque cantó en ella Olmedo y siguió cantando

cabe el rosal pintado y oloroso

del Guayas, mansión de las ninfas de América, río el más afortunado que escuchó el primero los cantos oríficos con que la India Occidental empezaba, robusta y generosa, a ensayarse en el ministerio de la lira!

Con tan espléndidos principios, debíamos ser los que continuásemos aquí la más poderosa tradición literaria; debíamos ser, entonces y siempre, pueblo nacido para las letras, nutrido por el genio y amado por las gracias. La independencia obra fué del talento, empresa de las clases superiores, atisbo del genio, que, en la ruda clausura de la colonia, logró romper la corteza y salir a luz con estrépito y gloria. En esta Quito, desde donde fué a España misma la palabra ardiente de Mejía, pensó, escribió y luchó para la emancipación Espejo, espíritu cultivadísimo, que supo elevarse, por el estudio y la energía, desde la más baja condición social a la aristocracia del talento y la ilustración. Poco después, en calurosa improvisación, se derramaban las oraciones de D. Vicente Rocafuerte; y antes y posteriormente a él, y más sabio que todos, meditaba, estudiaba, adivinaba en su celda, con poquísimos libros, ahogado en una atmósfera de ignorancia, con los obstáculos de la miseria y con el hielo de la indiferencia, Fr. Vicente Solano, que escribió mucho, que pudo escribir muchísimo más, que aprendió todo lo que entonces podía aprenderse y que fué no

solamente teólogo consumado, sino el primero de nuestros periodistas, más que liberal—hombre libre, filósofo de la historia, periodista—, el predecesor y padre del periodismo, tal como se entiende y se practica ahora, poeta, crítico, serio a veces, humorista a menudo, maestro en raciocinar y decir.

Para país tan pequeño como la antigua Presidencia de Quito, en tiempo en que sólo D. Andrés Bello podía exceder a Olmedo—no por cierto como poeta—y a Fr. V. Solano—no en verdad como erudito y filósofo—, era mucha excelencia comenzar con la lira de Olmedo, la pluma de Solano y la elocuencia de Rocafuerte.

La emancipación debía acrecentar nuestro caudal literario, por la fecundidad propia de la libertad y porque la patria literaria, menos amplia, se prestaba a formar la originalidad y algo como una literatura nacional.

Libres con tan buenos auspicios, era de esperar que pacificada la tierra, sentadas las bases de la ciudad. y asegurada la policía del orden, debíamos ser casi enteramente para las letras y las artes, desarrollar el ingenio, escribir los anales, cantar la última epopeya en todos sus episodios y adoctrinar a las masas incultas: poesía, historia, política, hacienda, pedagogía...

Pero, ¡ay!, a los cien años, el inventario de nuestro saber, si muestra intensidad en la labor de algunos escritores y concentración de la cultura en pocos elegidos, es, a la luz imparcial de la observación comparada, un triste desengaño. ¡Cuántas horas y años muertos! Ni se ha conservado del todo la tradición, y menos se ha adelantado en la enseñanza de las artes y de sus disciplinas auxiliares. Hasta hoy, la Patria de

Olmedo no cuenta con una Facultad de Letras; el estudio de los idiomas y las literaturas de la antigüedad no tiene ya sitio en las Universidades; y aunque en Pintura, Escultura y Música, se hayan hecho adelantos de relativa importancia, en cambio no existe casi ni la simiente del teatro nacional, no se ha estudiado el elemento popular de la literatura, el alma de la tierra, la flor humilde pero lozana del folklore, que proporciona la savia gentil y fresca de las letras; tampoco se ha educado el gusto y se ha conseguido el color local y el ambiente propio.

En cien años, ¡cuán escasa labor! ¡Nuestros cien años han valido menos que diez años del esplendor de Florencia, menos que un lustro de la vida de Platón! ¡Nuestro país de cerca de dos millones de habitantes no importa lo que una diminuta república italiana del Renacimiento!

¿Por qué se paralizó la carrera así, después de tan brillante comienzo? ¡Ay! las armas que han despertado los númenes por el esplendor de la victoria han esterilizado entre nosotros el genio! Las armas y las musas, glóriosamente hermanas en la historia de los pueblos grandes y felices, aquí se han divorciado casi siempre. ¡Frutos amargos de la contienda civil! Aunque el mismo poeta que cantó la rota de Junín sublimó, con acentos más encumbrados todavía, la matanza de Miñarica, su himno a esa lucha de hermanos, aunque es lo más original y elevado de su obra poética, no ha dejado eco; y para el arte han venido siendo casi siempre estériles nuestras contiendas intestinas.

La espada que nos redimió, esa misma nos ha venido gobernando; y la pluma, en ocio muelle, o en fatalista olvido de sus destinos, no ha

servido en lo general sino para el folleto político, la prensa de combate o la labor de oficina. El alto ejercicio de la palabra hablada o escrita no conserva el prestigio que le deparó el cielo; y ahora, un positivismo rastrero mira muy por lo bajo el ingenio y lo arroja fuera, en nombre de la ciencia y de la industria. ¡Cómo si, en una República equilibrada, no hubiese lugar para los númenes inspiradores de la belleza! ¡Cómo si el arte no fuera el perfume de la civilización!

Luchando contra tan contrarios vientos, han prosperado sin embargo algunos hombres superiores, de los más encumbrados en la América Española.

Olmedo (y debemos volver a él), educado en la escuela clásica, fué el poeta de habla española de su tiempo, el de más acendrado gusto: trasladó a América la forma serena y noble de Jovellanos y Meléndez Valdés; y cuando la musa peninsular se aventuraba en las extravagancias de Cienfuegos y en las frialdades de poetas menores, hoy casi olvidados, él ponía todo el calor tropical en los moldes de la escuela; y Horacio y Herrera y Moratín se vieron aquí continuados por un vate sonoro y grandilocuente como ha habido pocos en el mundo. Sus cantos patrióticos se mueven en oleadas de inspiración, sin fatigar al lector y arrebatando el ánimo, con el color de la imagen, el movimiento de las situaciones, los gallardos apóstrofes y la llama creciente del entusiasmo:

El trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata...

Cual águila inexperta que impelida  
del regio instinto de su stirpe clara...

Esos poemas y esos versos, reminiscencias de la bella antigüedad, conservan una perpetua juventud y hablarán a todas las razas, a las generaciones todas. Olmedo, el cantor de la *Iliada* americana, únicamente comparable a Bello el cantor de las *Geórgicas* tropicales, se levanta como el padre, no sólo de nuestra poesía, sino de toda la poesía del continente. Quizás por tanta gloria, acumulada en una sola cabeza, por dolorosa compensación, no han venido después las nutridas generaciones literarias que la estu-penda aurora de nuestro despertar prometía.

Fray Vicente Solano (merece también mencionarse de nuevo), en una obra vasta y grandiosa de Enciclopedia, enseñó cómo el esfuerzo individual puede llegar al milagro. Mendigando para escribir, sospechando lo que no podía estudiar en las fuentes, sin elementos de inducción, sediento de aprender, no hubo asunto que no lo tratase ni lucha de pluma en que no tomase la delantera. Espíritu curioso, audaz dentro de la doctrina; en muchas disciplinas, hasta hoy no ha sido superado en América. ¡Lástima que la ir-ritabilidad de su carácter no le hubiese mantenido en la discreción y cortesanía de que le apartaban las costumbres de su ciudad y el ardor de las polémicas!

En la época en que casi como maestro único enseñaba Fr. Vicente Solano, ejerció en el Ecuador el magisterio del saber y del buen gusto D. A. J. Irisarri. Oriundo de Guatemala, vino como Bello hacia el Sur en peregrinación de sabio y artista, hasta encontrar las auras amigas de Chile; en donde dió fruto la docta enseñanza de aquellos egregios varones. En el tiempo en que honró Irisarri al Ecuador con su permanen-



cia, enredóse en larga controversia con Fr. Vicente Solano, y es deber confesar que si éste le superó en erudición y letras sagradas, Irisarri brilló a superior altura, por la energía dialéctica, la limpieza del estilo y la gallardía de la frase. Midiéronse combatientes de armas iguales; y al retirarse de la arena, cada cual pudo elogiar la gallardía de su adversario.

Los primeros cincuenta años, callando Olmedo, poeta inspiradísimo aunque de escasa labor, entregado Rocafuerte a la política y al Gobierno, fué tan poco lo que iba quedando en el acervo de las letras, que bien pueden llamarse esos años la Edad Media sombría de nuestra literatura.

Entonces, comenzó a diseñarse la nobilísima figura del Dr. Benigno Malo y de los periodistas de Cuenca, que debían escribir en veinte años, los semanarios *La República*, *La Prensa*, *El Centinela*, *El Constitucional*, *El Porvenir*. Eran los doctrinarios y moderados: Borrero, Mariano Cueva, J. R. Arizaga, V. Cuesta, R. V. Borja, una pléyade de escritores de honrado solar y nobilísimas aspiraciones. Encima de todos ellos, sobre el austero discurso de honda filosofía política de Borrero, sobre la frase cultísima y tallada en piedras preciosas de Villagómez Borja, se alzaba la fisonomía del Dr. Benigno Malo, severo como un lord y sediento de todos los progresos. Pocos escritores hay de más relieve y más brillante estilo, de sabor tribunicio y singular cadencia de la frase. Colocado en otro terreno, que no en el de una ciudad sin horizonte, habría acumulado materiales para vastas empresas literarias y civilizadoras. Fué el jefe de los republicanos y algo como el crea-

dor del civilismo, tan desgraciado de nuestra Patria.

En ese mismo tiempo se distinguía ya un hombre, más conocido por otros motivos: D. Gabriel García Moreno, que fué todo en el Ecuador, que sintetizó una época entera y que supo pensar, escribir y ejecutar como pocos mortales pueden hacerlo. Sus escritos tienen la sinceridad y la violencia de su índole indómita y belicosa; y no hubo rama del saber y del conocer que no la explorase su curiosidad: las matemáticas, la ética, la metafísica, la historia natural, la poesía. En ésta, no podía manejar sino el rayo del verbo, a la manera de Juvenal; y una *Epístola* suya, casi su única composición poética, bien pudo escribirla Jovellanos. Su frase hería y mordía en lo escrito y en la conversación: ¿quién no recuerda que llamó a uno de sus adversarios

monstruo que hasta el patíbulo infamara?

Imperioso, declaraba *ex cátedra* el dogma de su pensamiento; y en un país de inercia e ideología, logró imponerse por la acción. Habló poco y practicó más de lo que pensaba: hombre a la verdad extraordinario dentro de nuestra raza.

Casi a un tiempo rival de García Moreno, batallador furibundo, crinado de serpientes luminosas, arrogante y subido hasta la cumbre por la soberbia del talento y la soberbia de su injusta postergación, apareció D. Juan Montalvo, que llena casi dos tercios de una centuria de nuestras letras. En el siglo XIX, en lengua española, no se encontrará escritor de más originalidad y de

más encanto en la forma y un tan exquisito restaurador de la manera antigua vaciada en los moldes nuevos. Su imaginación anduvo siempre por los senderos de la poesía, su lenguaje acertó los sabores de la añeja dulzura; aficionado a la filosofía, no filósofo, dilettante en política, fué un retórico admirable, que manejaba el estilo como arma cortante y arrojadiza, como proyectil, como rayo vengador. Le inspiró soberanamente la musa del odio; y desde un Olimpo levantado por sí y para sí, distribuyó y fulminó castigos espantosos, colgó a muchos el sambenito del sarcasmo y paseó a sus víctimas con las lacras de la calumnia. Dejó profundas huellas en nuestra vida social y escuela en la literatura ecuatoriana, sin que sus imitadores pudieran llegar a la originalidad no estudiada y sincera del Maestro. Este hombre, después de su rival, García Moreno, es por quien más ha brillado afuera nuestra Patria: grande celebridad, pero triste; pues lo más genial de su obra se hizo en mengua de los hombres y las cosas de su país, al que hizo aparecer ante el mundo como una galería de muñecos o como un calabozo de torturas y alaridos.

Paralela a la del autor de *Las Catilinarias*, iba la empresa de un escritor modestísimo, de un ciudadano virtuoso, alma de esta corporación, a la que nos honramos pertenecer: Juan León Mera. Educado por sí mismo, genio de la constancia, dulce y tranquilo, tuvo entre su comienzo y su término una sola línea de severa homogeneidad. Como lingüista, de los más atildados; como filósofo y publicista, cristiano en corazón y en acciones; como educador, sano e incorruptible. Ensayó la nacionalización de las letras, valiéndose del molde exótico del viejo romanti-

cismo; y fué novelista, poeta, historiador, crítico, todo lo que se puede ser con pocos recursos y en país inculto y bravío. Tuvo el heroísmo del saber y fué un santo de la literatura. Todos le debemos mucho: por el ejemplo de sus libros, por la efusiva insinuación de sus cartas y por sus amables consejos. El ha encauzado nuestra cultura intelectual; él murió con la dulce ilusión de la inmortalidad del arte. Su puesto aquí parece aún ocupado por él mismo: está presente por el espíritu, por su obra de larga vida, por la constante emoción que despierta su recuerdo.

En la misma florida vega de Ambato, en que los jesuitas pusieron, en pasados siglos, la primera imprenta; en Ambato, madre generosa de Montalvo y de Mera, nació nuestro primer historiador de la República, D. Pedro Fermín Cevallos. Director de este cuerpo, enamorado de la limpieza del idioma y del incremento de la literatura patria, Cevallos poseyó como pocos la absoluta objetividad de la historia, la escribió con la severidad de un notario, con la helada sinceridad de la filosofía.

Para superarlo, escribió el Ilmo. Arzobispo de Quito Dr. González Suárez la *Historia General del Ecuador*. Monumento éste de singular y severa belleza, por la majestad del estilo, la rigidez del criterio, y la nobleza y ambiente ideal de su autor. Escrita a la manera de Melo o de Hurtado de Mendoza, esta Historia es la mejor de las historias americanas. Aun la sobria y valiente revelación del mal moral en toda su desnudez, para lección y corregimiento, honra su valor, porque no ocultó la llaga, para que cudiese la pestilencia, sin prevenir remedio: que así, por la sinceridad, es como el escritor en-

grandece el ejercicio de la pluma: que la pluma balanza es de la justicia y vara de los castigos.

No sólo escritor, humanista y crítico, apolo-gista insigne y ascético a la manera de los del Siglo de oro, el Sr. González Suárez, poeta tam-bién, es una de las personalidades por cuya fama es más digno de vivir el Ecuador en la historia universal.

Cuando estos príncipes de nuestras letras iban así formando la Patria literaria, en tierra extranjera alimentaba el numen el más poderoso lírico de estas tierras, N. P. Llona. Nació para interrogar acerca del problema de la vida, ora con los acentos de Job, el poeta inmenso, el dolorido gigante del desierto, o con la desolada filosofía de los estoicos. Su *Odisea del alma*, su *Gran Enigma*, su *Noche de dolor*, son estrofas añadidas, desde Esquilo a Leopardi, al estupen-do y universal problema de los humanos desti-nos. Pudo en esas sombras florecer el lirio de luz del Evangelio; pero nuestro grandioso poeta prefirió siempre la protesta de Prometeo a las florecillas de Asís; y murió con la boca entre-abierta al clamor y al grito desolado del que aca-ba inquiriendo los misterios superiores. Por esto mismo, fué aquí como extranjero: no le conocie-ron. Y él apuró la tortura de la vulgaridad que le denostaba y le negó al fin un sitio en el ban-quete de la vida. Fué más grande de lo que nosotros merecíamos.

Llenando muchos años de nuestra vida lite-raria, ha vivido y vive aún el Dr. D. Luis Cor-dero, prócer también de vuestra casa y varón apasionado del saber y de las letras, con toda la ingenuidad y el ardor de un adolescente. Prosis-ta correcto, botánico por amor a la hermosa

naturaleza, distínguese sobre todo como poeta en todos los géneros: en el lírico elevado, en la sátira de ocasión, en el epigrama incisivo, en el ensayo dramático, en el romance popular. Pero ni él mismo se ha superado en la intensa y patética sinceridad de su elegía a la muerte de su esposa. Nuestra literatura puede presentar a España, y a la misma literatura comparada, uno de los modelos del género, —por más fácil— el más difícil, en que la energía del dolor quiebra casi siempre la forma, que queda rota en las ensangrentadas manos del desgraciado mortal a quien hirió el rayo del cielo.

Merece sitio de preferencia en una reseña literaria del Ecuador un colombiano insigne, el Dr. D. Belisario Peña, que más sirvió a la nuestra que a su patria, y que desde joven enseñó en nuestras escuelas. Pasará no mucho tiempo para que el voto popular universal confirme la opinión de la crítica sobre la preeminencia del famoso poeta colombiano, uno de los mayores de su tierra, cuna de poetas y de grandes poetas, y lírico que ensayó el atrevido vuelo en la etérea región de los más encumbrados conocimientos. Su poesía religiosa, teológica, sabia, profunda, alada, tiene precedentes en Calderón, en Lope, en los Autos Sacramentales; pero como género aparte tal vez es única en la literatura española, con la singularidad de que un noble arrebató lírico y un sentimiento insuperable animan sus estancias, bruñidas y relucientes, no por la lima, sino porque así salieron sin esfuerzo del molde, como bronce dorado al fuego de la inspiración.

Además de estos nobles ejemplares de la cultura nacional, además de D. Pablo Herrera, paciente investigador de nuestros archivos lite-

rarios y sociales, que sirvió a la República como estadista, periodista y jurisconsulto; además de Zaldumbide, alma italiana que cantó en verso español con soberana maestría, y de J. M. Espinosa, orfebre de la forma, derrochador de sales y límpido y bueno en la idea y el lenguaje, y del P. M. J. Proaño, representante no igualado de la filosofía escolástica en la América Española, debemos rendir homenaje especial a un benedictino del saber, que nos honra al sentarse a nuestro lado: el Dr. D. L. F. Borja. Este hombre de estupenda tenacidad ha podido ajustar su personalidad y su vida entera a una magna empresa, magna sobre todo en este país, donde nos han educado someramente, donde tenemos que educarnos nosotros mismos, donde no tenemos más aplauso que el eco de la soledad, donde hay que pagar e instar para que nos lean. La Enciclopedia Jurídica del Dr. Borja sería título de fama para una sociedad de sabios, cuánto más para un solo escritor. Esa empresa colosal, esos libros y comentarios escritos en sabroso idioma, y con el encanto que en la didáctica es posible, serán —no hoy— más tarde, el documento sin duda más notable que presentemos para no ser olvidados de la posteridad.

¿De quién más podré hablar? No de muchos: la mayor parte son de esta misma Junta, y vosotros ya pronunciáis sus nombres. Por lo demás, conocéis a nuestros excelentes periodistas, a los primeros autores de novelas, a unos cuantos poetas, viejos y jóvenes. Nombres no es menester pronunciar. Estamos en familia, y todos nos vemos y conocemos; porque ¡ay! somos tan pocos...

Nuestra literatura se resiente de ligera.

Como la ciencia no tiene aún el lugar que le corresponde en la instrucción, las letras no ahondan: el insecto resbala por el borde de las corolas sin extraer la miel y el oro de los cálices. Un lirismo enfermo esparce la poesía, como el viento el humo, y queda de ella sólo una vaguedad nebulosa sobre el fondo del cielo. No se estudia el proceso de la composición, no se labra el tema y se pule la forma: se clama y se grita líricamente: la vaciedad sonora, que decía Jorge Sand.

Esta lira de una sola cuerda vuelve enojosa la poesía. No se lee, no se estudia, no se busca en la tradición las fuentes literarias; se huye de la historia, se huye de la metafísica, se huye de la psicología, y más de las complicadas ciencias que se mueven dentro y al servicio de la idea religiosa. Se educan las generaciones para hablar y hablar: no se observa aquí ese silencio de los pensadores que callan para hablar en el libro. Se admira a los repentistas, a los oradores de conversación, a los charlatanes brillantes; se forma así una falange de hombres listos, vivos, expertos, que significan la espuma de la inteligencia, no el agua profunda.

Con esta manera de ser, de pensar y de educarse, ¿queréis literatura definitiva, honda, documentada y seria?...

Y todo este movimiento dentro de la febril agitación política, al rescoldo de la revolución, bajo la férrea diestra que, con el guante de hierro, maneja la espada, ¿suponéis que puede dar frutos de bendición?...

Los defectos de la educación, la poquísima extensión de ésta y la deficiencia de los métodos, nos conservan en una situación que no se compadece con el progreso intelectual. La mayor



parte de la población la forman los indios, a los que muy lentamente los vamos arrancando a su nativa rudeza. Así que hay poquísimos lectores: no sólo porque no saben leer, sino porque no quieren leer. Sin lectores, no prospera la literatura; porque el heroísmo del escritor puede llegar al martirio de la miseria, pero no al martirio de la indiferencia y del silencio. No ha debido ser nunca la condición de los tiempos, y menos debe ser ahora tal, que el hombre de pluma no tenga derecho a la retribución de la pluma. El que sirve al altar, viva del altar; el que pulsa la lira, viva de la lira. ¡Si esto no es así, no tendréis jamás un movimiento intelectual ordenado y serio! Habrá algunos mártires del arte y la sabiduría; pero no formaréis un cuerpo y un archivo de letras y ciencias. Si queréis brillar por el ingenio, no os limitéis a levantar estatuas a vuestros escasos pensadores, no les deis piedras, en vida y en muerte, como dijo nuestro excelente humanista el Dr. Tomás Rendón: dadles un puesto en la mesa y coronadles, en vida.

Hay mucho aún que callar: que el patriotismo tiene su silencio, y casi siempre el silencio es una virtud.

¿Y qué diremos del desdén oficial? Este ha sido secular, perdonénnos los presidentes poetas desde el General Flores hasta el venerable señor Cordero. Los de lira y pluma son aquí caballeros del milagro. Y para estigma de la pésima y mala compañía llamada política, sepamos (y bien lo sabemos) que no hay literatura más socorrida que la de los periódicos al servicio de la causa. Cuando la causa se encuentra en las alturas, la recompensa es una realidad. La buena, la grande literatura, la de González Suárez, la

de Llona, la de L. M. Borja, ¿merecen acaso el favor legislativo, que Mera calificó con el nombre de «proyectos poéticos»? Literaturas, literaturas, como desdenosamente dicen algunos hombres de espada, con olímpica crudeza.

¡Hagamos alto, señores, en este momento histórico! Estas fiestas se nos dan también para repasar lo que atrás queda, para estudiar lo que hemos menester, y en procuración de ser mejores de lo que hasta ahora hemos alcanzado. Es el instante de la conciencia nacional, para rever las culpas y enmendar la vida. Que aunque somos nación, y las naciones viven para siglos, estamos ya maduros para pensar y ver de merecer la ansiada armonía de todos los progresos.

Hasta que vengan los días de la paz definitiva, y cada cual, sin odio al hermano, pueda sentarse a la sombra de su heredad, pidamos a la espada que torne a la dulce amistad de las letras; pidamos al pueblo que sea sensible a la sonrisa de las gracias, pidamos al Poder que eduque a las masas en los blandos ejercicios del arte.

Y comience un grandioso movimiento de mejora de la educación nacional, no sólo por la fórmula de la moral y la utilidad, sino por lo que hace valer más a los pueblos y por lo que perduran ellos en la historia: por los monumentos de la Ciencia y del ingenio. Formemos de esta suerte un ambiente de simpatía por las letras, de pasión por el arte. ¡Feliz, mil veces feliz, la ciudad donde Miguel Angel murió aquejado por la imposibilidad de atender con una sola vida (y que no fueron cortos sus años) a los múltiples compromisos que había contraído como artista! ¡Feliz el pueblo en que el artista es un príncipe,

un elegido, un grande de la estirpe, un fruto privilegiado de la raza! ¡Menguada la patria en que Platón pudiera morir de hambre! ¡Ultimo de la tierra el pueblo en que son los primeros esos a quienes se los traga el olvido y que a la muerte no tienen más gloria que la bravísima de sus funerales!

Amigos, maestros y señores, deploremos nuestra miseria, clamando a esta generación y clamando a la generación venidera: que sirvamos a la noble causa del espíritu, a la empresa del libro, del cuadro, de la sinfonía, de la estatua; que esas obras humanas viven y resucitan y se guardan como tesoro permanente de la humanidad. Que no aspiremos a desaparecer como Cartago, a que nos cubra el polvo del desierto. Cartago valía menos que un día solo de Atenas cuando hubiese hablado Demóstenes, valía menos que el palmo de tierra en que se asentaba la tribuna de Cicerón...

Y terminaré pidiendo excusas y dando gracias, porque al menor de todos vosotros habéis llamado, a que hable en este grandioso festejo de la Nación, sin duda para reanudar lo pasado con lo presente, y porque — engañosamente tal vez — esperáis de mí que pueda ser escuchado por la generación que se levanta.

En los pasados cien años de vida nacional, después de una dolorosa confesión, sea siempre la esperanza el astro que nos guíe; ese mismo astro, a cuya luz soñaron nuestros mayores en la grandeza de la Patria.

## CORONACION DEL BUSTO DE LUIS CORDERO

*Discurso de Remigio Crespo Toral, pronunciado  
en nombre de todos los Comités y represen-  
tantes del homenaje.*

### COMPATRIOTAS:

Como una sorpresa de aquellas con que se burla el Cielo de los intentos humanos, el Ecuador, que había reservado para 1912 el homenaje al gran ciudadano y magnífico poeta D. Luis Cordero, vió cambiados súbitamente la escena, los actores y el teatro. Los juegos olímpicos hubieron de trocarse en marcha fúnebre; y el Ecuador intelectual, en vez de esa apoteosis, presencié la última jornada de una tragedia. Como para no ser espectador de ella, el anciano y vigoroso poeta hurtó el cuerpo a la vida y la cabeza al laurel. Debía morir, para completar lo terrible de la hora, y morir antes de contemplar un crimen más, que había de añadirse a los muchos de nuestra historia, argumento siempre de dramas singulares y de terribles conclusiones providenciales.

Cordero, en el ocaso espléndido de una vida de acción, en pleno equilibrio mental, en actitud de atleta presto siempre a la lucha o en faena de

sembrador, admirado, fuerte, en uno como renacimiento del numen y de la actividad, por uno de aquellos impenetrables decretos de la Altura, fué arrobado a la barbarie del momento histórico; y su coronación, promovida por los principales centros de la República, quedó como empresa generosa que no merecíamos realizar.

Acababan sus setenta y nueve años de desafiar a la destrucción y a la muerte:

Siempre el organismo sano,  
siempre el corazón ardiente,  
corta la luz de la mente,  
pero siempre en meridiano.

Sin embargo, en brevísimo espacio, el desafiador palideció; y las guirnaldas se marchitaron sobre la frialdad de su cadáver.

Dios, que determina la ruta de las almas y el curso de la historia, como ha señalado las corrientes del océano y la parábola de los astros, tocó con el dedo la erguida testa de Anteo, y lo derribó. Ese grande espíritu refugióse en la mansión de paz, donde la esencia y la existencia se confunden, para reposo de la mente y plenitud del amor. Al despedirse con rumbo al país de la ventura, la corona, símbolo de cultura de un pueblo, quedó sobre la cruz, arma de combate de aquel nobilísimo creyente. Matóle la propia grandeza, la chispa de Dios:

En deleznable barro luz divina,  
tan excelente don en tal miseria,  
es rayo que a la vez alumbró y mata. (1)

No se le concedió la vanidad del laurel. Ello

---

(1) L. Cordero. Poesías serias.

convenía quizás a la gentileza de su postura moral. Su espíritu protector esquivó para él las seducciones de la gloria: palabra que, para traducirse en hecho, debe llevar un nombre inmortal.

Recuerdo todavía al poeta agonizante, resistiendo a la muerte, probando contra ella los nervios de acero y las arterias palpitantes. Sus contracciones modelaban su cuerpo, como el del gladiador moribundo. Hablaba a Dios en la dulce habla latina, con las imprecaciones y gemidos del profeta hebreo. Tanto como su último destino y el salto hacia el vacío de luz de la eternidad, preocupábale la Patria, entonces entregada a las furias de la contienda civil, listas las haces de la hoguera y afilados los puñales de la venganza.

Junto a su tumba no se nos dió congregarnos para la magnífica solemnidad de un duelo nacional. El estupor en el alma y desorientada la conciencia pública, apenas pudo el país sentir que la Muerte había burlado la apoteosis del Poeta. Y no se lloró como lloraron los admiradores de Tasso, a cuyo sepulcro se llevó en seguida la guirnalda de triunfador, que la madre intelectual de Dante y de Petrarca había decretado al cantor de la *Jerusalén*. Turbio el ambiente, apretado el corazón por las sorpresas del instante, no toleró nuestra angustia sino el grito ante la inesperada caída de aquel astro, uno de los pocos que brillaban en la sombra de nuestro cielo. El Azuay sobre todo quedó huérfano de su patriarca: no sólo cabeza de estirpe y jefe de familia, sino luchador de casi un siglo en la campaña civilizadora, soñador de ideales, predicador de ciencia y de fe, que tuvo todas las sedes y hambres del espíritu, que las sació casi todas,

dechado de virtud, ejemplar castizo de valentía y de nobleza y adelantado mayor en tierras por descubrir y entre gentes por conquistar en incremento y decoro de la progenie española, de la latinidad en el mundo, del americanismo en la vida internacional. Su esfuerzo excedió a su tiempo, y la magnitud de su obra llegó a las fronteras de la humana actividad. Espontáneo, bizarro, de sanidad de alma y cuerpo, autoridad aquí por derecho propio, oráculo y revelador de saberes ocultos, cuando él se fué, pareció caer un telón de sombra, que nos quitó la mitad del horizonte...

Después de un lustro, vueltos al comercio de la paz, gobernando el talento, dignos de celebrar los grandes fastos y a los muertos ilustres, venimos aquí a la plaza, donde tantas veces se escuchó la oración patriótica o la estrofa férrea y chispeante del poeta de América, continuador, en el estadio lírico, de Olmedo y de Heredia, de Bello y de Caro, de Llona y de Andrade, que dieron la nota altísima del canto latino: semilla que en el surco queda, que la hemos visto transformada en la pompa de hojas y flores, y que la entregaremos a los venideros campeones del ritmo, para realización de los grandes destinos de la joven América, indígena y castellana.

\*  
\* \*

Nació en 1833 este robusto vástago de troncos de Venezuela y del Guayas y de la vieja Cuenca de Indias, y labró desde sus primeros años la vida y el carácter y su recia complexión moral. Alimentado por aire y luz de la montaña, tuvo la robustez agraria, la fuerza sin las langui-

deces del refinamiento, la sinceridad sin sombra de artificio. Formado en plena naturaleza, muy cerca de la tierra, por la necesidad del sustento, se nutrió en la disciplina de la obediencia. Conforme a su contextura, fué la orientación de su genio, espontáneo, libre, rebelde a la pedantería, con la sanidad del campo y la limpieza del agua. Sin fortuna, no pudo sino muy tarde emprender los estudios de segunda enseñanza. Su rara habilidad, sus altas prendas de virtud e inteligencia abrieronle rápidamente el camino, y se convirtió de discípulo en maestro. Ante todo, se modeló, mediante el régimen de la voluntad: la razón práctica, antes que la razón pura. Las letras las estudió en la fuente tradicional griega, al través de la cultura latina, para seguir sus corrientes en las literaturas romances y en la castellana, que es la nuestra. Cordero tuvo por maestro afortunadamente a D. Rafael Villagómez Borja, representante aquí de la cultura clásica. Sobre ella debía levantarse el vaporoso y espléndido edificio del romanticismo, cuyo influjo nadie ha podido esquivar, por la magnitud de los campeones de esa revolución literaria y por la pasión de todos por la libertad.

\*  
\* \*

Con más insistencia que las Gracias le arrastraba a Cordero la política, esa codicia de almas generosas por el bien de la Patria; la política campo de toda su vida, porque no comprendió jamás el patriotismo en la inercia ni redujo sus aspiraciones de ciudadano a la neutralidad, fruto malsano del miedo. Estudiante de la primera asignatura de Derecho, presentóse a sostener,



en la propia casa de Gobierno y en público certamen, la inconveniencia de los Gobiernos militares, tesis bien conocida del Libertador. La simpática doctrina, sustentada en época de pretorianismo, provocó las amenazas de un jefe militar y las iras de arriba. Desde entonces, convicción suya fué y nota dominante de su programa la libertad como solución única de los problemas políticos, limitada solamente por el imperativo religioso. Tuvo también un conflicto con el Poder Eclesiástico a propósito de la cuestión ideológica de la soberanía popular, ilusión jurídica de muchas generaciones. Tan fuerte era la adhesión de Cordero a la República, que aceptaba hasta los deleznales fundamentos y estériles teorías que a ella se arriman.

A poco, abrióse a su genio batallador el palenque de una causa nacional. El militarismo de monte y daga, que no ha faltado nunca en el Ecuador, complicó sus ambiciones con la intervención extranjera, para mutilar el territorio. El Ecuador genuino, el alma de la Patria estallaron, para eliminar la usurpación y cerrar la puerta al invasor extranjero. Era la causa más popular hasta entonces, a la que el bizarro estudiante de derecho se incorporó con la pluma y con la espada. Triunfante la Nación, con el estupendo García Moreno al frente, entró de lleno Cordero a la vida pública. En ella sirvió, por escala rigurosa, desde una jefatura de policía, sin que abandonase por ello la enseñanza, faena predilecta a su corazón expansivo, que se complacía en comunicarse entero a sus semejantes.

No es ocasión la presente de reseñar las amplias fases de la vida pública de este egregio varón, pues ella se incorpora a buena parte de

nuestra historia en un período de sesenta años. Sobre todas las prendas de este ciudadano, descuella su actividad constante, ordenada, fecunda, extendida por todas las esferas sociales, y con una sola orientación: el patriotismo. Abogado, juez, concejal, presidente del municipio, fundador de asociaciones literarias y centros de propaganda, académico, director de escuelas, diputado, senador, presidente del Congreso, ministro diplomático, cabeza de partido y Jefe del Estado; recorrió todos los campos, dejando huellas, abriendo el surco, plantando el árbol. Tuvo su vida una hermosa unidad, dentro del nacionalismo, con todas sus prolongaciones y bajo el imperio de la conciencia religiosa, a la que subordinó todos sus ideales: «Dios, Patria y Libertad» fué la inscripción heráldica de su escudo, y la constelación que desde el Cielo, en calmas y tormentas, le mostró el derrotero de su larga travesía.

Escribió Costa, el gran pensador español: «Se ha de procurar que el patriota no esté en contra del hombre». El conflicto entre el individuo y la sociedad no debe racionalmente existir, ya que la masa colectiva no es sino el conjunto de los intereses individuales. Nuestro patriota no comprendió jamás que pudiesen existir divergencias entre la patria y el ciudadano, entre lo privado y lo público. Así es como no pudo concebir nunca separación entre el interés nacional y el interés personal; y por ello amó a la Patria con ese otro misticismo de raíz profunda que hace los héroes y engendra el sacrificio; fórmula la más alta del patriotismo y otra como locura de la virtud.

Su obra de político se distingue por la eleva-

ción, la generosidad, la misericordia. En todos los servicios a sus conciudadanos, no hallaréis otra inspiración que la patriótica, ni otra manera de gobernar que el respeto a la libertad de los demás, ni sistema de hacienda que no fuese la honradez, ni más móvil que el desinteresado. ¡Qué de veces cedió su sueldo para escuelas; de los cuantiosos gastos que hizo en 1883 y 1884 por la Restauración, no demandó a los Poderes públicos y a sus compatriotas siquiera un voto de gratitud! Sus sueldos de miembro de la Junta de Gobierno en 1883-1884 los cedió para construcción de la Escuela Central de varones de Cuenca. Hasta como hombre de negocios, si a otro pagó réditos, no los cobró jamás. Su caja de caudales estuvo a discreción de los amigos y de los pobres. En el sillón presidencial, con menaguada renta, hubo de perder los lucros de su fortuna y bajar después con deudas, las de su alta posición, no compensadas por granjería alguna. La última página de su Presidencia, por más que la necesidad la discuta, aparece digna de un patricio de Tito Livio. A él, dechado de patriotismo, se le acusó de complicidad en acto antipatriótico. El Ecuador, en uno de los capítulos de su largo proceso por linderos, tuvo que pasar por un incidente internacional, el inolvidable de la Bandera. En celo el nacionalismo, complicado con la rebelión desde antiguo latente, prodújose la conmoción; y el Presidente, combatiendo en persona en una noche trágica, triunfó. Pero, el mismo triunfo despertó la piedad de su corazón, resistente a derramar una sola lágrima: el vencedor entregó las insignias del mando y tomó el camino de su retiro del Azuay, para ver, desde allí, cómo el aluvión arrastraba consigo

instituciones y hombres, en una corriente de castigo y de depuración, bajo un terrible proceso de sangre.

Puede discutirse la oportunidad de ciertas medidas de este magistrado benemérito; tal vez su republicanismo no resultó en todo propicio a la República; se llamó a compartir el poder a elementos inconsistentes; la magnanimidad perjudicó a la prudencia. Todo ello será materia de crítica y filosofía de la historia; y es de advertir que aun no aparecen las conclusiones de este largo silogismo, cuya discusión entenebrece las mentes y calienta todavía la atmósfera: *nam palma sine pulvere*, que dijo Horacio. Mas, nadie pondrá en duda la pureza del propósito, y esa como demencia patriótica del ciudadano intachable, a quien en todo instante se podía pedir la vida por la Patria:

Si sangre se requiere todavía  
como precio de paz, Dios soberano,  
perdona al Ecuador, vierte la mía. (1)

En el centenario de la emancipación chilena, por acertada elección del Presidente del Ecuador, llevó a Santiago la cariñosa embajada de nuestra Patria; y saludó a Chile con los últimos acordes de su lira, repitiendo los inmortales votos de Bolívar, Olmedo y Bello por la confraternidad americana. Esos votos parecen escritos para el actual momento, cuando, en una catástrofe gigantesca, el mundo se halla en vía de regenerarse o destruirse; y la América española, dispersa e inerme, no sabe de qué lado del horizonte surgirá la luz:

---

Plegaria patriótica, 1910.

¡Plegue al Cielo  
que en todas las fronteras disputadas,  
soberana la cruz, abra los brazos,  
mate reucoros y bendiga patrias!  
Y, con la paz, la unión. Si esta cadena  
que taladrando al monte las entrañas,  
te liga con la cuna poderosa  
del claro San Martín, hiciese de ambas  
y de la democrática heredera  
de Pedro de Bragauza  
un grupo de luceros protectores,  
cabe la *Cruz del Sur*; si rutilaran,  
cual del cinto de *Orión* los tres diamantes,  
unidas las lumbreras colombianas;  
si en el centro, también, rasgando nubes,  
irradiasen estrellas asociadas;  
¡oh, cuán grande, cuán fuerte, cuán segura  
la América del Sur se presentara,  
viajera de los siglos, con sus hijas,  
en marcha al porvenir, todas aliadas!

No obstante la robustez de su organismo excepcional, que no tenía perdido ni un cabello, se creyó, por los de su casa y sus amigos, que era tiempo de esperar ya la muerte en el descanso y el retiro. Pero él no pudo sustraerse a su actividad, y la soledad y el ocio los consideraba como la más triste forma de la muerte. El Congreso le llamó a presidir la Universidad del Azuay, precisamente a uno de sus fundadores, en el Congreso de 1867. Cuenca lo vió incansable ejerciendo el alto ministerio de Rector, atento a los mínimos detalles y cubriendo, con el resplandor de su nombre y de su ingenio, al primer instituto de su ciudad.

Entonces, cuando el Dr. N. Clemente Ponce insinuó, con alta imparcialidad, la apoteosis del anciano poeta, los profesores y estudiantes que le rodeaban apostaron los laureles para el

homenaje, con el cariño doméstico y con la veneración que merecía el hombre, que aun prestaba a sus conciudadanos el último servicio, engendrando ingenios para la gloria y maestros para lustre de la ciencia y del foro.

\* \* \*

Su labor total de hombre de letras y de ciencia comprende vastísima extensión: la mayor que es dable abarcar a la inteligencia en un país como el nuestro, de aire mental escaso, con pocos instrumentos de trabajo, en tierra rebelde a la propaganda: faena casi solitaria, espectáculo con poquísimos espectadores, libro sin lectura, voz sin eco, siembra sin recolección. Más que poeta, fué escritor de enciclopedia, publicista, vulgarizador de todo género de conocimientos. Desde niño, tuvo predilección por el propio idioma, ese como otro ser que nos anima, y que se mueve dentro de nosotros con las alas del arte y nos hace gustar las delicias de la penetración de la idea en la belleza de las formas. Comenzó a conocer la literatura en los libros del Padre Granada, del inimitable autor de prosa poética, a quien tuvo por modelo nuestro Montalvo, prosador lírico el más fuerte y original de habla española. Avido de saber y conocer, vino a la ciudad, donde no sintió las injurias de la pobreza, porque le alimentaba el panal de las letras, cuya vocación irresistible determinó el movimiento inicial y la última oscilación de su existencia. Devoró libros y libros de la biblioteca del colegio; y en la noche, a la luz de un candil o a la de un haz de paja, leía los versos y las prosas en volúmenes prestados, a hurto de la necesidad. Muy

luego hablaba latín como su lengua materna; y orador y escritor castellano, se producía con la claridad y limpieza que fueron distintivo de su estilo, noble, pero al alcance de todos. Después de años de asiduo trabajo, ganó por el mérito y la protección debida a sus talentos y virtudes, una muy holgada posición. En esta nueva etapa, orador, periodista, se bastó y sobró para todo. Redactaba entonces *El Popular*, en la forma picante y amena de *Fray Gerundio* de M. Lafuente. Y escribió después casi en todos los periódicos y revistas de la República. No se olvidará que él fundó el diarismo en el Ecuador: su pequeña *Crónica diaria* electrizó la opinión de Cuenca, y dió en tierra con lo que entonces se llamó tiranía en esta ciudad.

Escribió sobre toda clase de materias: filosofía y controversia, política y derecho, ciencias naturales, lingüística, preceptiva literaria, crítica, historia, cuestiones jurídicas y territoriales, todo ello alternando con piezas oratorias, artículos y crónicas: un discurso para las colegialas, el memorándum acerca de un camino, una arenga militar, ora la jocosa refutación de folletos políticos, ora la glosa cervantina sobre dichos y hechos de escritores o scudoestadistas, el alfilerazo epigramático, la anécdota oportuna, una geórgica en prosa sobre aclimatación de las abejas, recetas de medicina popular, chascarrillos instantáneos, la copla volandera, el himno para una fiesta, el besamanos a obispos y santos Pontífices, manifiestos de gobierno, exposiciones eruditas, informes de jurisconsulto, apuntes de propiedad, documentaciones bursátiles y una nutrida correspondencia epistolar. ¡Cuánta energía de pensamiento y de acción! En robusta madu-

rez, rodeado de libros, departiendo con los amigos, enseñando a los hijos, sobre la máquina de escribir, hojeando volúmenes, tomando notas, clasificando papeles, no descansaba un momento. En el lecho, leía largamente, cortando las alas al sueño; en los caminos iba escribiendo de memoria sus estrofas; y en la soledad campesina departía con el libro y con el árbol y las flores:

La pluma en la diestra mano,  
el otro puño en la esteva,  
traza en el libro renglones,  
traza surcos en la tierra. (1)

¡Ese era él! Abierto a todo sol, expuesto a todas las corrientes del espíritu, en este país un ejemplar casi único de resistencia, de elasticidad, de dirección rectilínea mental y moral, continuador del famoso polígrafo Solano, el segundo de él en el tiempo, y el primero, por la extensión en los conocimientos y por la grandeza e intensidad de la obra.

Como hombre de acción, invadió todo terreno, con reposado movimiento, en una dinámica equilibrada y fecunda, sin la convulsión irregular de la epilepsia. Labrador, murió con la azada en la mano; jardinero, acrecentó la flora del terruño; explorador, entró con el bastón del colono en las selvas vírgenes; arrancó a éstas el tesoro de su corteza, y dejó—estación avanzada en las puertas del Oriente—la casa de campo y la tierra labrantía. Contóle el comercio entre sus negociadores, la industria como a propagandista y el progreso material lo reconoció protector obligado y fiel ejecutor.

---

(1) Poesías serias.



Su labor tuvo siempre carácter social, aun en los menesteres y servicios de la vida privada. Muy joven, fué a Guayaquil a concertar con su Municipalidad y en comisión de la de Cuenca, los medios de mejorar el camino del Azuay al Guayas: uno de los primeros capítulos de la eterna tentativa nuestra, a fin de abrírnos paso a la playa marina, no obstante la esquizidez de hermanos, que juzgan posible la nacionalidad sin comunicación, es decir, la vida de las prisiones.

Sus trabajos científicos se enderezaban a la utilidad de su país, en el que difundió muchas disciplinas hasta entonces desconocidas, o conocidas apenas: la geología, la botánica, la zoología; todo ello para conocer la naturaleza que nos rodea y la utilidad de sus agentes. Pasó a países extranjeros, no para envidiar sus progresos, como los desarraigados *snoós* que ahora nos devuelve Europa, los que aquí estén llorando ridículas nostalgias e impotencias antipatrióticas. Fué a aprender los métodos de pueblos más adelantados y para traer aquí plantas, semillas, herramientas, la ciencia que con la vista se aprende, el arte que en la práctica se adiestra.

No hubo empresa de religión o beneficencia, de educación o de obras públicas, que no lo contase como inspirador o colaborador. No desdénaba los más humildes servicios de cultura: iba a la escuela del campo o del suburbio, para examinar a los niños y prodigarles las caricias de su discurso. En el homenaje a compatriotas ilustres, poetas, pastores, hombres de armas, allí estaba él, con la palabra oportuna o la estrofa cortesana. Se extremaba en expandirse, en difundirse, espiritualizado, en la forma sutil de la sugestión, de la enseñanza, del ejemplo. Espe-

cialmente complaciase en despedir, con páginas de dolor a los amigos, a los personajes notables que se iban camino del grande océano que alcanza al otro lado de la vida...

Su pasión por las letras y la índole de su carácter llevóle al terreno de la propaganda en literatura. En comunicación con casi todos los hombres de provecho de su tiempo, Mera, Zaldumbide, Espinosa, Vázquez, Cuesta, se complacía en transfundir todo lo sabido y recogido. Asoció a los jóvenes, dedicó a ellos la flor de sus horas, y púsose a cantar con los adolescentes, rivalizando en frescura de rima y chispas de ingenio, con los precoces trovadores, súbitamente despertados por él a la locura de la poesía. Antes, la ciencia, la literatura no se habían socializado; constituían la labor solitaria de unos pocos elegidos. El inició aquí los centros de estudio, que han conservado el movimiento literario que aún perdura. Inclinado ya hacia el ocaso, se rodeó de lo que llamaba sus nietos intelectuales, entre los que figuraban sus hijos. Para esta última generación literaria fueron todas sus ternuras. Logró formar la postrer bandada de palomas del Atica; y en sus nietos queda el vigor de las alas y el instinto del numen: *¡Felix progenie!*

\*  
\* \*

Poeta logró ser tal, como antes se entendía al poeta: cantor de las fortunas y reveses de su gente, intérprete del alma nacional, cuerda estremeuida al contacto de los vientos natales. Desde los grandes poetas hebreos, desde los semidioses de la lira griega, desde los bardos de la India; la

poesía ha constituido la forma característica del patriotismo. Ella, como la religión, unificó a la familia humana y sentó las bases de la vida colectiva. En el hogar, ensayáronse los primeros cantos en homenaje a Dios. Allí resonaron las incipientes notas del idilio pastoril, las infantiles alegorías e interpretaciones de la naturaleza, los himnos dedicados a los héroes primitivos: el altar, las armas, la heredad. De este modo han ido las literaturas, en movimiento invariable, desde su origen, hasta convertirse en poderosas corrientes: sobre todo la hebrea y la grecolatina, que compendian el movimiento intelectual y artístico, dentro del que somos y vivimos los hijos de la moderna civilización cristiana y griega, simbolizada por el laurel entrelazado a la Cruz: milagro de una civilización que, a no dudarlo, es la definitiva de la humanidad.

Este alto poeta, en pobre rincón de la última tierra a donde llegaron efluvios de Sión y de Grecia, tuvo muy encima la bandera de este ideal, junto con unos pocos en la república. Su poesía varonil y fuerte se concretó al hecho, al documento, a la actualidad sentimental, a lo que podía producirse hondamente: no se aventuró en playas de ensueño, ni su firmeza terrena se echó a volar con la fantasía, que, según Baudelaire,

lanza los pensamientos, que como alondras libres,  
al cielo van y grandes inspiraciones buscan,  
la que el idioma entiende de flores y de estrellas  
y con las cosas habla que nos parecen mudas. (1)

No comprendió lo exótico, que es una posición engañosa, que se traduce en obras sin inge-

---

(1) Elevación. — Trad. de L. Cordero.

nuidad, sin trascendencia al fondo, ni siquiera a la superficie social. No aceptó jamás la inspiración cosmopolita, que nace y acaba estéril, sin dejar germen en el arte definitivo. Aun de la poesía extranjera, plació a su numen trasladar al castellano los clamores patrióticos del autor de *Los Castigos* y las magníficas estancias a Italia del cisne de Recanatti:

...Quiero por la Patria mía  
batirme solo, y, si mi sangre riego,  
sea para los pechos italianos  
la que derrame yo isangre de fuego! (1)

Puso encima de todo a Dios, de quien dijo bellamente que para Él no existe la nada, desde que la trocó en luz. (2) Cantó a la primera y última patria de las almas, y cantó a la Soberana de los Cielos, tipo de la hermosura y del eterno femenino. No fingió damas galantes o ninfas de paraísos artificiales. Celebró un solo amor: el de la esposa, la madre de los hijos, la nodriza de la ciudad, raíz y fundamento de la Patria. A usanza de caballería, trató a la mujer como se trata a un ser espiritual, objeto de culto artístico. Sabía bien que los bárbaros entraron en la civilización por mano femenina; y que la cortesanía de los invictos caballeros se abrió camino junto con el ideal cristiano, que subió a la cumbre la bella fragilidad de la mujer.

En esta atmósfera saturada de oxígeno vital, cantó a los antepasados, exaltó las aspiraciones de la familia americana y adivinó la magnificencia de su porvenir. En el suelo virgen, los ojos

---

(1) LEOPARDI, A Italia.

(2) Sombras de mi tarde.

puestos en España, que redimió para el progreso al Continente, sin olvidar al indio que se cuelga de los brazos de la Cruz, nuestro poeta, con intensidad caldeada en el fuego del alma, se mantuvo fiel a las aspiraciones de su linaje.

Hermano espiritual de Garcilaso, de Herrera, de Quevedo, misionero del arpa, cruzado del ritmo, hidalgo de la lira, celebró la creencia, dignificó a la raza y dijo ternuras en idioma indígena, para consuelo de los conquistados, a quienes cubrió con el manto de una infinita piedad.

Su poesía no brotó en la adolescencia. Los precoces dan fruto en las raíces mismas. El creció casi todo hacia arriba, para alimentar el tallo y esparcir el lujo de la vegetación. En el verano, al amor del sol, se coronó con las flores de la poesía: en la punta de las ramas, como cantó Arturo Graf, brota siempre el primor de la rima, último término de la evolución creadora y perfumada:

Como en la punta del tallo, encima,  
clavel de sangre da su primor,  
sobre los versos brota la rima,  
del pensamiento primicia y flor.

Sus primeras estrofas ganaron el corazón de la juventud, en la aurora de la poesía en estos campos, ingratos antes al comercio de las musas. Invocó después, en voz solemne, a los doctos varones que le precedieron en la cultura local: Solano, Malo, Cueva. La emancipación americana dióle temas innumerables para el himno, la canción heroica, el romance histórico, el soneto lapidario. Con Bolívar al frente, desfilan en sus estrofas los mártires de Agosto, Calderón, el

Niño sublime, Sucre y San Martín. No quedaron sin un acento de su lira

los que en la lid sangrienta recibieron  
la libertad por mano de la muerte. (1)

El patricio Rocafuerte le mereció uno de sus más atildados poemas, pieza poética-oratoria, a la manera de Quintana, discurso en verso: género difícil y por tanto escaso en ejemplares, lo que quizás ha contribuido a desacreditarlo en las modernas escuelas, sujetas al prejuicio de la novedad y desdeñosas de todo lo que sale fuera de la corriente revolucionaria actual: excomuniones en nombre de la libertad: detalle significativo del modo de ser y pensar de cierta crítica contemporánea.

La mayor parte de la obra poética del bardo azuayo es de combate: la lira arma de fucgo, el verso ascua que marca a los malvados,

como a salvaje res con hierro ardiente;

la llama arrojadiza, la flecha de veneno sutil:  
*facit indignatio versus*, que dijo Juvenal.

El poeta recordaba su juventud de soldado, cuando, desde lo alto de una jefatura suprema, gritó a los guerreros de la Sierra:

Alta la espada, comprimido el plomo  
en la estrecha garganta del fusil,  
flotante la bandera de la Patria,  
ipaso de vencedor, a Guayaquil!

Privaba entonces un nacionalismo, el mayor

---

(1) A Rocafuerte, Presidente y benefactor.

de nuestra historia, después de la Independencia. Contra el usurpador y el déspota fulminó los más terribles anatemas, nuestra gran literatura política, desde las *Catilinarias* de Montalvo hasta la dinamita lírica de los poetas guerreros de 1883.

Tal vez no interesará a todos esta poesía doméstica, casera como la popular de los romances viejos y las primitivas gestas. Pero si la ingenuidad resulta lo más sabroso del arte, ¿cómo negar encanto, colorido y relieve a los retos lanzados al tirano, a los alardes de libertad y a esos toques de tambor y silbidos de balas de nuestras luchas civiles? Quizás todo ello se desvaneca en una ilusión ante la frialdad de la crítica; la libertad, una de tantas vanidades humanas, lucha para volver al yugo, y nuestros anhelos de buen gobierno y limpieza política van en como tanteos en la sombra:

El que jamás vió luz, ¿cómo la enciende?

Mas la poesía aspira, se eleva, se adelanta más allá de los linderos de la vida, y no encuentra otro espacio cerrado a su ideal sino lo imposible: allí se detiene, golpeando contra él las alas, en sublime delirio.

Esta musa patriótica, castellana por el espíritu y la forma, debía llegar y llegó a más amplia visión desde las cumbres de la historia. A orillas del Plata, un criollo español, hijo espiritual del grande Hugo, condensó, en estrofas de sorprendente escultura, las glorias latinas, desde el viaje de Eneas—resto de Ilíon—a Italia, hasta que las velas del Lacio se adelantaron, por oriente y occidente, bajo capitania española, para vaciar su progeñie y los tesoros de su espíritu en las

Antillas y en Mejico, en el Darién y Arauco, en el Perú y el Paraná, en los arenales de Africa y en Mindanao: todas las prodigiosas Indias, más vastas, más lejanas que las que vió y adivinar pudo Marco Polo.

En el poema argentino, omitióse a una gran rama ibérica, a Portugal, que disputa a España la primogenitura con Vasco de Gama, Camoens, Magallanes.

Se pretirió también al Ecuador, primera luz de la Emancipación y patria del cantor de su gloriosa epopeya. El azuayo reparó aquel desvío de su hermano de la lira, y lo hizo magníficamente. Sucédense allí las valientes pinceladas, para diseñar figuras regias, las de las naciones latinas: de Francia:

Cada vez que inspirada se estremece  
y el hacha agita en la convulsa mano,  
se desprenden centellas rutilantes,  
a flotar en la atmósfera del mundo,  
cual fantástica lluvia de diamantes.

#### De España:

Primogénita ilustre, el cetro de oro  
empuña de los Césares de Iberia...  
Desata la diadema de su frente,  
para comprar con ella  
joya de más valor: ¡un continente!

#### El bajel Lusitano:

probará que del sol en competencia,  
pudo dar un bajel la vuelta al mundo.

#### Y, al fin, el Ecuador:

Patria querida,  
por cuyo amor es poco dar la vida;



¿cómo, cual tribu oscura  
en incógnitas breñas olvidada,  
incapaz de progreso y de ventura  
te desdeña el cantor?

Y Guayaquil, hechicera codiciada,

...donde avistados  
uno y otro gigante,  
el argentino resignó la espada  
y el colombiano audaz... pasó adelante.

Su patriotismo, extendido desde la tierra natal en círculos concéntricos, volvió constantemente al viejo solár español. La más vehemente y sentida de sus poesías es el grito a España, en el supremo conflicto en que sobre ella cayó el búfalo americano, que, a pretexto de la libertad de Cuba, se adelantó a deshacer los agravios de esa isla dolorida. Los Estados Unidos ensayaban, por primera vez, la bella actitud de D. Quijote, precisamente el tipo sublime del Hidalgo Castellano. Remató esta singular empresa el cobro que hizo el Quijote anglosajón de derechos, por la su fazaña: el Archipiélago Filipino y la leal Puerto Rico. Las estrofas del cantor ecuatoriano recuerdan las varoniles y soberbias de García Tassara:

Yérquete contra el destino,  
si tu fin ha decretado.  
¡Contemple el mundo asombrado  
tu holocausto numantino!  
¡Si la página postrera  
escribes ya de tu historia,  
dentado, martirio y gloria  
cubran la página entera!  
¡Fuego, hasta que tus cañones  
corran en bronce fundidol...

¡Y cuando en ronco alarido,  
dando el hurra los felones,  
se jacten de haber vencido,  
como postrer estampido,  
truenen... tus interjecciones!

A propósito del gran caballero de la limpia espada, Alonso Quijano el Bueno, se tendrán como bello documento los sonetos dedicados por Cordero a la inmortal creación de Cervantes Saavedra, que condensa el gran símbolo de la dualidad humana: ensueño y realidad, la ilusión etérea y el hecho brutal, el sentido común y el sexto sentido, las alas para el vuelo y los pies en la tierra.

Como matiz de la obra total del poeta patriota, os llamará la atención su sátira de ática ligereza, enderezada casi toda a corregir dolencias y mezquindades políticas, la corrupción electoral, ambición de caudillos y saltimbanquis públicos, la vanidad de pseudoestadistas y la mísera industria de comerse a sí mismo, en el banquete de la intriga y la discordia. Su extensa labor satírica deriva en alta enseñanza moral; y diversa de su producción seria, demuestra la ductilidad de su talento y los variados prismas de su ingenio.

Otra faz suya original y nobilísima es la interpretación cariñosa del alma dolorida del indio. Hizo del quichua de estas comarcas lengua literaria y dulce instrumento de poesía. Entre otras sentidas quejas y yaravíes, llega a vuestros labios, porque se guarda en vuestro corazón, el incomparable adiós a la patria (*Rinimi Llacta*). ¡Cuánta la tristeza del indio que se aleja llorando de su pedazo de tierra, que lo contempla por última vez, a la luz de la luna!

Rinimi, llacta, rinimi,  
may carupi causangapa...  
Rinimi, llacta, rinimi,  
carupi tucuringapa.  
Me voy, ¡oh, patria, me voy,  
muy lejos de ti a vivir;  
me voy oh patria querida,  
muy lejos de ti a morir!

Queda para el amo la pequeña heredad, si-  
miente de su sudor, la sangre de su vida. La  
tierra es su misma persona, su libertad: *libertas  
est natale solum*. El proscrito, más que si le qui-  
taran el corazón, llora por el rinconcillo y por la  
choza, invocando a Dios:

¡Ay, gritando de rodillas,  
puestas las manos en alto...  
Alau nishpa, cungurishpa,  
maquicunata churashpa!...

Esta elegía recuerda el gemido de los pas-  
tores de Virgilio, por la pérdida de las tierras  
que les arrebató la tiranía del Estado. El adiós  
y los otros poemitas bárbaros, como se diría  
ahora, por referirse a la barbarie de la conquista  
que perdura, valen más que todos los discursos  
humanitarios y las utopías legislativas, que van  
pasando sobre la superficie, sin mejorar la suerte  
del indio, al que se engaña con los juguetes de  
la libertad, sin levantarlo por la educación, ni  
reivindicar su igualdad ante Dios y entre los  
hombres.

Nuestro patricio, tanto como un misionero,  
ejerció toda su vida apostolado de caridad entre  
los aborígenes de esta comarca. Procuró ins-  
truirles, dignificó su idioma, compuso su léxico  
—monumento bastante a inmortalizarle—; y lo-

gró, tanto como el sacerdote, elevar el nivel social de esa masa antes inconciente, y abrir para ella, con la senda que va a la buena libertad, la dicha e independencia del terrateniente, la leche de los conocimientos más necesarios y sobre todo el encanto de la poesía popular, de intenso color local, cristalizada en una lengua concisa y de infinita ternura.

Si no fuéramos tan pequeños, si nuestra esquizencia hereditaria y nuestra frialdad racial no engendraran la indiferencia, el nombre que hoy glorificamos, puesto al pie del de Las Casas, debía haberse escrito ya en las lápidas y las estatuas. Fué benefactor y padre espiritual de una raza, que aquí está representada por más de un millón de hombres. El los amó, no con el amor artificial de los filántropos, sino con la honda piedad de un evangelizador. Estanciero rico, los sentó a su mesa, mezclóse en sus honestas alegrías; lloraba sus duelos, compartía sus forzados trabajos, danzó con las rústicas hembras en la alquería, y pasó mano acariciadora sobre el hombro del gañán y en la cabeza en flor de las niñas del campo.

\*  
\* \*

Complemento de sus empresas poéticas, tuvo una morada interior, la de sus elegías y sus adioses. Desde que vió caer a su padre del lado de la tumba, adiestró la cuerda al gemido. La naturaleza, dividida en luz y sombra, nos enseña el misterio del dolor. Bien lo dijo él:

Naturaleza al partir  
en dos mitades el día,

formó la noche sombría,  
para enseñar a morir.

La muerte, fuente de austeras meditaciones para la religión y la filosofía, sacude y hiere las fibras delicadas del sentimiento. Pero, según que éste es más hondo e intenso, resulta difícil, casi imposible, su cabal expresión artística. El dolor supremo arrójase en tierra, busca el aniquilamiento y calla. Sobre todo, en la final despedida de los seres queridos, la emoción no acierta, rompe el vaso que la contiene, y apenas sí se traduce en alarido. Tan sólo a grandes poetas, de equilibrio a prueba de tormenta, dádoles ha sido hablar y cantar las penas sin medida. El *Adiós* de Cordero—no sé si sea ilusión patriótica—parece, dentro de la literatura española y hasta fuera de ella, una de las elegías que dejan más profunda impresión. Precisamente la desgracia común, la doméstica, la íntima tiene menos intérpretes; y la interpretación ha venido casi siempre desigual y pálida.

Los trenos sobre las ruinas, los rugidos y clamores de Job, las ausencias de Ovidio, las noches de Young, no se refieren al detalle sentimental y a lo personal de la muerte. Aquí en estas montañas, donde se hospedan las antes esquivas Musas, es quizás donde han florecido mucho los claveles de sangre sobre el sepulcro de los seres amados: *El libro del Corazón* del poeta santo que murió hartado de su dolor, y el *Adiós* del vate patriota:

Versos de fuego con su sangre escritos.

El grito del ciervo herido, al que se ve,

aturdido cruzar monte y llanura,  
y correr y correr sin rumbo cierto,  
hasta que cae muerto,  
allá en el fondo de una selva oscura...

Finge la resurrección de la Amada, vuelve a mostrarla triunfal, en el esplendor de una vida nueva, para la resurrección del amor. Después, el brusco retorno a la realidad de la muerte, el revolcarse en la soledad en brazos del monstruo del vértigo, abrazar en seguida con locura a las prendas que dejó la ausente y poner el pie al borde de las verdinegras aguas del suicidio. Despertar al fin a la certidumbre de nuestro destino, a la osadía de la fe, a la intuición de la inmortalidad. Termina el poema con rasgos arrancados al Libro de Job, cumbre suprema de la lírica del dolor:

¡Ten lástima de mí, Dios soberano!,  
mi corazón se turba y anonada  
al peso de tu mano.  
Con la luz de mis ojos apagada  
y la carne a los huesos adherida,  
hastiado de mi mismo y de la vida,  
adusto cual el carabo en su grieta,  
¿cómo, si me abandonas, Padre mío,  
resistiré a tu excelso poderío,  
que me clava en el pecho la saeta?

.....  
Cuando perezca el orbe que fundaste  
y envejecido el cielo se desgaste  
y a desplomarse vaya la opulenta  
máquina de los mundos al abismo,  
la mudarás cual rota vestimenta,  
y quedarás el mismo.

La incipiente poesía ecuatoriana puede juntar este canto a los de Pascoli, uno de los pocos

que ha acertado el lenguaje de la pena y la expresión rítmica de la desordenada y terrible inspiración de la muerte. Estos cantos, como lo dijo nuestro poeta en su elegía, tocan a los linderos de la locura, donde el arte apenas puede mantener la posición normal:

¡Perdóname, Dios santo, que estoy loco!  
¿Loco? ¡Dichoso yo si lo estuviera!...

\*  
\* \*

He terminado las breves pinceladas, que apenas dan las líneas y contornos de esta figura, que pide la amplitud del cuadro y la longitud del libro.

Compatriotas: cumplamos ahora el sagrado deber de honrar solemnemente a este patricio, al poeta nacional, al varón fuerte, al cristiano sin tacha, al patriota sin mancilla. En este instante, aparece aquí su arrogante figura, en la resurrección de la gloria: la faz inspirada que coronan los cabellos blancos, en crestería de hermosa cumbre destacada sobre el fondo del cielo; la frente amplia con los surcos que trazó en ella el pensamiento y nimbada por la iluminación interior, la nariz aquilina, los ojos con la humedad del ensueño y el cansancio del largo sendero, asombrados por las espesas cejas, que dan misterio a la mirada; ancho el pecho, los brazos de sembrador extendidos sobre el horizonte, los músculos de acero, sonantes como los del recio conde de Benavente, que describió el Duque de Rivas; los mostachos de castellano conquistador, los pies firmes al asentarse sobre la tierra propia:

¡un caballero como Blasco Núñez, como Gonzalo Quesada o Hernández Girón! Aquí está él: su espíritu nos llega, se hinchan los labios del simulacro, con la ebullición de la palabra y la palpitation del ritmo. ¡Azuayos aquí presentes, conciudadanos de otras provincias, representantes de la cultura nacional, del Jefe del Estado, de los Ministros Diplomáticos, del señor Ministro de España especialmente, cubrid esta frente excelsa con la apolínea rama. Y quede perdurable, para honra de un país, que sabe laurear una vida digna de un pueblo, compendio de cuanto pudo entre nosotros el humano esfuerzo, vida, índice de saberes y virtudes, que en la historia señalarán una de las etapas de la humanidad al través del tiempo.

Este homenaje no sea el último: que el bronce perpetuar debe la memoria de un hombre, uno de los tres grandes patriotas del Ecuador, que comparte esta excelencia con García Moreno y el actual eminente príncipe de la Iglesia ecuatoriana. Y se repita hoy lo que nuestro poeta pidió para Llona:

Al cesar la orgía  
de la horda de paganos ruda y fatua,  
baldón sangriento de la patria historia,  
de la ovación suprema vendrá el día:  
división del bardo—surgirá la estatua,  
y alma del bronce — chispeará la gloria!

---



## EN HONOR DEL DOCTOR MIGUEL MORENO

*Discurso pronunciado en la velada fúnebre que la Sociedad de Cuenca dedicó al Dr. Miguel Moreno, en la noche del 16 de julio de 1920, en el teatro Variedades de dicha ciudad.*

### CUENCANOS:

No sois tribu perdida en un rincón del mundo, ni resto de geología humana inerte bajo las capas seculares de la evolución. Tenéis historia, prehistoria, dominio intelectual, tierra de labor para el entendimiento y la voluntad cultural, superficial quizás, pero bien encaminada. Y contáis, no obstante la inclemencia de la vida nacional, con una gracia que no a todos fué dada: la de haber poseído hombres superiores al medio en que nacieron. Cuando llegó a América la conquista española, que debía crear aquí la civilización latina y cristiana, los conquistadores fueron sorprendidos por el resplandor de un gran nombre que había llenado todo el continente del Sur: Huainacápac, el Emperador que extendió su soberanía desde el Maule hasta el Mayo y desde la costa de los *Yuncas* hasta la montaña de los *Vaguarzongos*, y los lejanos países del Tucumán.

Este héroe y caudillo famoso, semidiós de la Ilíada de Olmedo, nació aquí; y su grandeza, la casi única de las edades remotas, es una cumbre solitaria levantada sobre los valles del Tomebamba. En los tranquilos días de la colonia, cuando las aguas iban en curso uniforme hacia el mar, nuestra vida social, como casi toda la vida hispano-americana, no tuvo los espasmos del valor y del genio. En los albores de la revolución, asoma otro hombre de gran energía, casi sin precedente, enciclopedista, republicano, literato, sabio en una Tebaida de ignorancia: el Padre Solano. En los años y las guerras que precedieron a la emancipación, dimos contingente de héroes y grandes capitanes, tal vez los más notables del Ecuador entonces. Los otros nombres que honran a nuestra ciudad y son el ornamento de nuestra región pertenecen a los anales de ayer: los repetirán, en éste momento, vuestros labios.

La supremacía de algunos de nuestros antepasados determina el deber imperioso de honrar su memoria y mostrarla a las generaciones de hoy y a las venideras, como modelo, a fin de que se imiten y se superen las virtudes y talentos de los seres privilegiados que, muertos, todavía gobiernan, y conducen a los pueblos hacia la perfección, siempre requerida y nunca encontrada, del ideal.

### Culto a los antepasados

El culto a los antepasados pertenece a las edades míticas, y con la civilización se ha mantenido y acrecentado: los primeros genios y dioses fueron los padres de las primeras tribus y

naciones. El homenaje a los héroes, a los aedas, a los hombres superiores, constituyó la religión en muchos pueblos; y ella tuvo su cumbre de esplendor en Grecia y Roma; tierras de elección, en que ese culto llegó a la apoteosis dentro de una literatura que no ha sido aún superada y en el ambiente de cultura cuya atracción y encanto han seducido a todas las generaciones, y seducirán a las últimas como a las primeras, en los días del futuro tenebroso.

Hemos merecido poseer no sólo soldados, pastores, estadistas, sino también algunos poetas: los delicados poetas, mariposas del instante, que pasan dejando la perpetua imagen de sus colores, que aunque débil y frágil, se admira y adora, porque casi no toca la tierra, y un minuto es y desaparece, encadenando las cosas de aquí a las lejanías de arriba.

A los nombres que han obtenido homenaje debemos añadir, por deber que unánimemente ha de cumplirse, el de MIGUEL MORENO.

A esta velada de conmemoración, que muchos años atrás teníamos proyectada, vengo yo casi con derecho, el de una amistad íntima con él. Resto soy de esa intimidad. En el salto de ese incomparable varón hacia la otra ribera, he quedado con la huella de su despedida y de su abrazo fraternal, para juntar a la generación suya con la nueva generación. Soy uno de los que cantaba con él, en la hermandad de la lira, que es como la de los hombres espirituales: *fratres in unum*. Os habla quien aprendió con él a anudar las cuerdas sobre la urna sonora, que se estremece a las caricias de la inspiración.

Cuán pocos permanecemos de los de ese claustro de poetas. El astro de la primera apari-

ción artística, inclinado atrás de la montaña, nos dejó en la penumbra:

*Sol moritur vespero cedens sua regna rubenti.*

VIRGILIO.

Diez años ha que este hombre justo nos dejó dolidos con la nostalgia de su virtud; y en esos diez años, se ha hecho sobre su tumba un silencio de estupor. Desde que unos pocos de entre los suyos le dimos el último vale, puesto que la pena de su pérdida postró a todos, produciéndose una atonía muy explicable en los grandes dolores; hoy, como al despertar de un letargo de angustia, nos congregamos en velada fúnebre, para recordar al amigo y honrar al poeta, al gran creyente y al buen ciudadano. Se ha cumplido la condición de *non cultu* que prescribe sabiamente la Iglesia, para incoar el proceso de virtudes heroicas. La inmediata apoteosis no se conforma con el criterio y la economía de las altas cosas del cielo. Prematura, obedece al apasionado dictamen de los vivos y responde quizás al negocio de la celebridad, más bien que al sólido merecimiento. Probado éste en la persistencia que dejan las virtudes de un hombre ilustre, éste lo es en verdad, y su grandeza toca, en el caso de mayor elevación, al margen de la santidad: cumbre y única soberanía que pasa a la inmortalidad, tal como debe entenderse la inmortalidad, la vida en los días eternos, que dijo el mayor de los líricos profetas.

El hombre

Han pasado diez años. Y parece ayer, cuando lo veíamos llenar la villa y sus alrededores

con actividad inmensa, elástica y varia en todas las prolongaciones de la caridad, en la vida pública, en la intimidad de los hogares, en la prosa del interés: todo ello cubierto por el cendal de la virtud y perfumado por flores de modestia. Era la poesía de su vida. La otra poesía iba al compás de sus nobilísimas acciones: poesía inocente, dulce, sin artificio, como los cantares del pueblo, como los himnos del santuario, como las trovas que las madres cantan junto a las cunas.

De elevada estatura y algo como rendido al peso del talento, la armadura fuerte y casi visible a través de las pocas carnes, denunciaba un espíritu en plena erupción de inteligencia y amor. La tez pálidamente oscura, como resto de incendios de energía, la cabeza adelantada y sobresaliente con las protuberancias lapidarias del talento y la frente volada en dos arcos sobre los ojos, que asomaban adentro con fulgor metálico de concentración, de piedad, de místicas melancolías y arrobamientos: era la fisonomía de un asceta o de un caballero andante y soñador. Los mostachos parecían un tanto exóticos en su figura de contemplativo, nacido para mostrar la intensidad del pensamiento a través de las formas.

Vímosle en perenne actividad, todos los días, en nuestras calles, cruzados los brazos, inclinada la cabeza, no en postura de estudio, sino en la posición que tuvo siempre, de reflexión, de humildad, de recogimiento; y vímosle en los templos de rodillas, en ondulación de estremecimiento, que a través de sus ropas denunciaba los huesos de penitente, de iluminado, que vivía incendiándose en la llama del alma, hierro que al yunque resplandecía y se ablandaba a modelarse al golpe de la adversidad, y trocarse en hoja

palpitante de espada, para la gran batalla espiritual: ésa que no conocen sino los hombres que hacen la campaña, la terrible campaña en la tantas veces secular contienda del bien y del mal.

Ser originalísimo, de sentimental hipersensibilidad, visionario, alegre a veces como un niño que juega, severo y triste casi siempre como un juez de su vida y un piloto de su combatida nave. No fué enteramente comprendido tal vez por nadie. Su espíritu de sacrificio excedió los límites del renunciamiento normal; y único en todo, desde la infancia hasta la muerte, amó mucho, amó pasionalmente, amó con el legítimo amor humano y con la locura del amor de Dios. En su corazón cupieron sin estorbarse sentimientos al parecer contradictorios, y su faz tuvo todos los aspectos que determina la luz de la vida al pasar sobre el rostro humano: a veces las tinieblas de la tristeza, a veces la gracia, la sal, la limpidez del regocijo. Y fué impecable y modelo por el cumplimiento de las cargas echadas sobre sus hombros. Sin sustraerse a la lucha, a pleno sol, de frente contra las inclemencias que agitan la naturaleza, soportó el paso de las diversas corrientes que agitan el espíritu, con el valor del soldado y la abnegación de un vidente. Y ante todo mostróse hombre de fe, luego dechado en el hogar y afuera el tipo del ciudadano obediente y leal, empleado en el departamento de la caridad, magistrado del buen consejo. Y, complemento de su hermosura moral, poeta; poeta del poema de su vida, poeta del saber popular, poeta al alcance de las clases menos cultas, y como tal, uno de los pocos, por no decir el único en este lado de América.

### Sábados de Mayo

Allá en el último tercio del siglo anterior, cuando bajo la dirección de un maestro venerable, algunos jóvenes vergonzantes preludiaban en nuestra ciudad la aurora del canto, dos colegiales ensayaron soplar en la flauta de siete cañas desiguales, la flauta de sus campiñas, la de sus noches de ensueño. Así se formaron las hojas de *Sábados*. Fué en Mayo y en loor de Nuestra Señora. Esas rimas mezcláronse con las rosas tempranceras del primer cariño y las gentilezas de las novias, con el nardo sagrado que debía perfumar el altar: un capricho, una falta de respeto a la Santa Doncella, a la que se hacían confidencias de ternura humana y se le pedía nada menos que un paraíso terrenal...

Moreno apareció allí en toda su ingenuidad, devoto romero que llevaba el bastón simbólico tanto como la escarapela de amor de los trovadores. ¡Buenos muchachos eran los felibres de este valle de los Andes, nacidos para el arte espontáneamente, no del fondo de las lecturas, sino del estudio de su propio corazón! Eran los primeros que mostraban a los demás, sin miedo, el secreto de sus piedades y sus caricias.

Moreno principalmente hizo las leyendas de la tierra, glosó los sentimientos del pueblo, rimó los motivos campestres y escolares, cantó las coplas de barrio y las serenatas a la luz de la luna. No se conocía aquí a los poetas del *gay saber*. Después llegaron a estas montañas el glosario de Antón el de los Cantares y los símbolos florales de un poeta castellano de corbata blanca, Selgas. Nuestra poesía regional había bro-

tado de la semilla propia, con nuestra lluvia y en el corazón de nuestro campo de labor.

Un crítico español inteligente y listo (José Zabonero) lo comparó a Gabriel y Galán, al cantor admirable de la estepa castellana. Pudo, en verdad, nuestro bardo montañés compararse al adolescente cantor del campo y del alma campesina y asemejarse el uno al otro por la delicadeza del sentimiento y la pureza de la fe. Mas nuestro poeta no penetró, como el de Castilla, el lenguaje de la naturaleza, ni tuvo éste la mística simplicidad del bardo popular de la *Molinerita*: más artista el improvisado cantor de *Cristo bendito*, y el nuestro más hijo del pueblo. No vistió la librea del arte ni dispuso de amplio escenario, tuvo por teatro y mundo su corazón; allí fué todo su idilio, su drama, el principio y el fin, en una intensidad única de pasión.

Así es como Moreno salió a luz sin antecedente apreciable, como deben nacer los poetas: generación, no de la carne, sino encarnación del alma, floración del espíritu, palpitación y ritmo del corazón, sangre de nuestra sangre, respiración de nuestro pecho atormentado.

Como los pajarillos que saben que no sólo se vive del canto, sino de la recolección, dióse a trabajar con el empeño con que antes se entregó a los versos, a la zambra estudiantil y a la ronda de amor. Había que dar ejercicio a las alas y viajar con rumbo a tierras de mejor estación, huyendo de las inclemencias de la nuestra. Pasó él años de intensa labor en país extranjero, en el ejercicio de la medicina, que es también alto ministerio de salud moral y de limosna. Después del sacerdocio, ningún otro apostolado podía conformarse mejor con su espíritu de benevolen-



cia, de renunciamiento, de sacrificio en provecho de los demás.

Mezcló a la aridez de los libros profesionales y al constante servicio entre los desvalidos la lealtad a la poesía, el recuerdo de la patria y el de la novia, el de los padres, los hermanos y los amigos que le estaban aguardando en el valle natal. Su vivienda de proscrito voluntario se cubría de flores secas venidas en las cartas de su ciudad, de retratos de las personas queridas, de estampas de la Virgen, la de su calle y de su hacienda. Sobre la mesa, junto a los pesados folios de su ciencia, junto al vaso que alimentaba las magnolias frescas, se abrían al descuido los cuadernos de versos: *Espinas de un corazón*, *Lidia*, episodios de ternura y despedida hasta el cielo, de algún ser que alimentaba amores imposibles.

En la larga ausencia, interrumpida por breves visitas a la ciudad nativa—pues se hizo algún ahorro y alguien urgía por su vuelta al patrio Tomebamba—, dió fin al martirio de su proscripción, y regresó. Bien recuerdo la fiesta de su regreso... Se arrojó en brazos de sus padres y lloró sobre los hombros de sus predilectos amigos, en la emoción de una infinita ternura: el llanto de la alegría, el más hondo y sincero, paradoja de nuestra pobre humanidad, que en el gozo mismo, se siente como indigna de él, y, para redimirlo, lo baña de lágrimas.

Ya entre los suyos, siguió la novela de su existencia, que casi no la hizo él: se la dieron hecha. Antes hubo de pasar por las escenas del drama, sintiendo en las entrañas la llamarada, cuyo humo le habría ahogado y muerto, a no tener la puerta de escape a las alturas, donde se

cancelan las cuentas de la vida y se perdonan las traiciones y se bendicen los agravios, en una policía de santa misericordia... Armado de nuevas armas de invencible fortaleza, convencido de su fuerza y en previsión de la certidumbre de su destino, se lanzó otra vez a abrir el surco. Y trabajó intensamente, realizando el programa de la existencia, con método, en ciencia y conciencia. Edificó la casa, formó el haber para la futura compañera, el de los hijos que habían de venir, juntando así el presupuesto a la ilusión y la realidad al ensueño.

### La felicidad

Una mañana inolvidable, algunos poetas y músicos del lugar, entre ellos el que os habla, tañeron, en un sitio encantador de estos alrededores. Eran las bodas del poeta mayor de la comparsa:

Palomita, palomita,  
peregrina como yo,  
te quiero como a mi madre,  
lo mismo que al Ecuador...

Llegó para él la felicidad, que se nos da prestada y a intervalos como el cielo azul, al paso de las nubes. Mas, si fué feliz, y amó profundamente, mezclando el sudor a las caricias; esclavo de los suyos, se abrazó enamorado de su esclavitud, sin renunciar a los viejos cultos de su alma: la pasión por las cosas inmortales y la poesía.

Entonces fueron los años de su labor estu-  
penda de hombre de caridad, de patriota, de  
propagandista de las letras, de guerrero del pro-

greso y de mantenedor de toda empresa. Sudor suyo ha empapado toda esta región, y no hay rincón que no guarde el rastro de su paso.

Se multiplicó, se dispersó, en aspiraciones y tentativas y campañas, hurtando horas al sueño, alimento al cuerpo y solaz a su alma sujeta a perpetuo movimiento.

### La acción religiosa y social

En sus viajes notó con profunda emoción cómo eran miserables las viviendas del Señor, apollados los sagrarios de las aldeas, inverosímiles las estatuas de las ermitas. Y él, que veía las cosas de la fe con más limpidez que las de los sentidos, emprendió la larga, improba hazaña de reedificar templos, levantar nuevos altares y dar esplendor al culto. Entonces mismo hizo suya una famosa empresa, aconsejada por un entusiasta amigo suyo, predicador de altas cosas: el Santo Cenáculo.

¡Qué años esos de imponderable trabajo, desde que puso en el fondo del cimiento la primera piedra, con su nombre y el de sus amigos, hasta que se mostró en pie sobre la cúpula y las torres, como una bandera humana, signo de altivez en Dios y para el triunfo de Dios.

Sacrificó el lucro de sus horas, olvidó sus negocios, dividió el pan del hogar para entregar la mitad al mendigo Cristo, pidió a sus hijos, a su compañera y a su lira permiso para renunciar a los solaces que le exigían; y recorriendo valles y montañas, recogió los dones para la casa de su Señor, de quien fué jornalero, esclavo y agente viajador. Se le dió al fin el incomparable placer de asistir al templo propiciatorio y de sentar-

se allí a la cena de Jesús, en una mañana, la mejor de sus días...

Casi a un tiempo y después de la construcción del Cenáculo, restauró las iglesias de dos parroquias de la ciudad, rehizo el antiguo y querido santuario del Corazón de Jesús y se entregó a cooperar en la gran Basílica del Rosario, timbre y decoro de Cuenca. Construyó la capilla de la Inmaculada, en la llanura del Egido; levantó la estatua de bronce de la Virgen, frente a su templo, y dentro de él colocó el artístico grupo de la Dolorosa y su Hijo, obra de un inspirado artista cuencano; y se preparaba a tomar sobre sus hombros la continuación de la grandiosa Catedral de esta ciudad, proyecto que excede a los recursos y hasta al atrevimiento nuestro.

La caridad fué para él agradable cambio de ocupación, cambio dulce, pasatiempo en el ardor de su faena. En las calladas vías de la caridad andaba oculto y se deslizaba como el aire y la luz por las rendijas, dándose todo entero al amor de los demás. Acudía al desván del proletario, con la medicina en una mano y el pan en la otra; y rodeado de los pobres, de esos cortesanos del Salvador, se esparcía en alegre plática con ellos. Sació el hambre de los niños desheredados, llevó alimento y vestido a las cabañas del campo y a los tugurios de la ciudad en los días lúgubres de la sequía. Providencia del enfermo, consolador del desvalido, consejero humilde hasta de los poderosos, recorrió las escalas de la beneficencia, prodigando las industrias del bien y esparciendo bendición, encanto y salud espiritual, para regalo de los que tuvieron la dicha de sentir los effluvis de su amor, la sugestión de su misericordia y la soberanía de su mansedumbre.

Restábele actividad para el desempeño de sus deberes de ciudadano, y lo fué en la forma mejor, en la de la beneficencia. De la política, practicó sólo la sumisión, y sobre la política se derramaba, para edificación con su virtud. En las guerras civiles iba detrás del soldado, con el bagaje y las vituallas, encendía el fuego de la cena en el vivac, vendaba las heridas; echó el lienzo de piedad sobre los muertos y los heridos; y a las víctimas de la venganza partidaria, con suma reverencia, las devolvió a la maternidad de la tierra. Amparador del huérfano y la viuda, sabía que estos son los más tristes inválidos de la guerra; y era su gestor, su representante, que pedía por ellos, en las calles y en las oficinas públicas. Una vez fué Diputado al Congreso, donde supo compadecer a la Patria y aprender que las funciones públicas no son precisamente la única manera de servir a esa madre desvalida, la más digna de nuestra limosna.

Qué no tomaba parte en las luchas de la ciudadanía? Sí que la tomaba con el ardor acostumbrado, en el comicio electoral, en la asociación, en la campaña de la prensa, en la propaganda doctrinaria, en el problema obrero. Alma estremecida, palpitante a todo viento de emoción, no rehuyó campo alguno y tuvo siempre en tensión el arco para lanzar la saeta. Los que lo creían solamente varón de paz y de oración, se veían equivocados al encontrar al luchador sereno, al campeador de su ideal, que en el corazón poseía reservas de valor para todas las acciones.

¿Cómo este varón poseía tanta elasticidad, para acomodarse a tan varios menesteres, a todas las exigencias, para ejercitar el esfuerzo en las más complicadas y contrarias ocupaciones

cuando diariamente se multiplicaban las campañas de la caridad y las empresas religiosas? Allí estaba, heraldo, inspirador, atalaya, buen mozo y obrero: hoy tendiendo los manteles en la mesa del pobre, mañana en un banquete de sociedad; ya guiando una procesión o incorporado a un desfile patriótico; aquí de vocal de un club o un centro literario, allí animando a los aprendices de la estrofa en un círculo juvenil; en el campo con la azada o el bastón de romero, y en la ciudad rindiendo homenaje a los muertos ilustres o importunando a los poderes públicos en bien de los atribulados, los perseguidos, los deudores. Procurador de su ciudad, mandatario de sus cosas públicas, agente oficioso de todos para su provecho y defensa; no se podía prescindir de su intervención, de su consejo, de su energía: en preparar el movimiento—listo, en ejecutarlo—el primero y al terminar—el último de los recompensados. Horrorizábase de subir las escaleras que llevan al trono de la justicia, y prefería dejar, en los senderos de la concordia, parte de lo suyo, para la paz, que significaba la fiesta de su alma y el cielo en este bajo mundo. Muerto este servidor y voluntario de nuestra casa y nuestra cultura, ¡ay!, ha quedado desierta una gran parte de la línea de defensa e interrumpido el avance nuestro en muchos caminos... El tiempo estéril no da aún calor y humedad a que germine su semilla. ¿Quizás ha caído, en los guijarros del sendero? ¡No lo quiera Dios!

Ser complejo en verdad, ejemplar de antítesis, que traducía las diversas manifestaciones de la vida. En su austera fisonomía, en esa misma faz con surcos de llanto, se dibujaba, rápida y amable, la sonrisa; y en su boca, vaso de ele-

gía, se derramaba la gracia, fluía el gracejo; y por ello, era el encanto de sus amigos, a quienes sedujo, tanto por la severidad de la virtud, como por sus concesiones a la dulce alegría de la naturaleza. En sus primeros ensayos, predominaba el detalle cómico; y si su imperiosa vocación de varón místico no le hubiese llevado por una ruta de elevación, la nota irónica habría determinado su carácter literario. Pero, de esta su nativa inclinación le quedó siempre la flor que, de repente, anunciaba su yema en la corteza de la pena, en las grietas que abrió el sacudimiento de la catástrofe. Su risa ingenua y musical venía tanto más seductora, cuanto procedía de la simplicidad de su corazón y de las profundidades de su virtud, que es gozo y serenidad, placidez y abandono del alma en la corriente de la vida, que va al gran océano de la Divinidad.

Cuando la tormenta internacional inclinaba su espesa sombra sobre nuestro horizonte, se puso en pie, ante todo para orar y después para los servicios militares: los de provisión, de mantenimiento. Tembló ante la guerra, por amor a su Patria y ofreció a Dios su vida para redimirnos de la catástrofe. La ofreció, en una noche en su retiro del Cenáculo, donde velaba y oraba siempre. Fue su última visita a su templo. ¡Y ese año se nos fué!... El Señor había escuchado a su hijo que departía con Él familiarmente, en la expansión de la ternura, con caricias y silbos amorosos. Su previsión casi de profeta, lo llevó a las gradas del altar, para negociar nuestra paz, que era lo que entonces convenía a la invalidez nacional.

¿Las letras y la vida de relación? Para todo tuvo espacio en su alma tan amplia y hermosa,

que no conoció la baja pasión del oro ni la antipática soberbia literaria, que no supo sino de nombre la bajeza de la altanería, que perdonó y amó al enemigo, que exprimió sangre de su corazón para remedio de ajenas afrentas; predicador, evangelista, misionero, paladín de cruzada, silencioso ante el agravio, escondiendo su dicha como si fuera una falta, temblando ante la alabanza, muerto para la gloria. ¡Decid, cuencanos, si éste no ha sido uno de los mayores ejemplares que para ventura vuestra se os dió, dechado de presentes y venideros! Se le concedió la gran Cruz Pontificia de San Gregorio: la aceptó en un trance de confusión indescriptible, y padeció martirio cuando se puso sobre su pecho la condecoración, por mano de su eminente amigo el Prelado de Cuenca.

### El literato

En la faena intelectual, bien puede decirse que no tuvo tropiezo ni vacilación. Sirvió a la poesía y al arte en general, con una pasión sólo inferior a su pasión religiosa. Desde sus primeros vuelos en la Sociedad de la *Esperanza* y sus ensayos en *La Aurora*, hasta su juvenil floración en el *Liceo* y *La Luciérnaga*; desde los *Sábados de Mayo* hasta el *Libro del Corazón*, y, sobre todo, en su larga empresa de *La Unión Literaria*, Moreno no descuidó un solo día el gran deber artístico que se había impuesto no sólo para incremento de sus obras, sino como guardador del tesoro literario entre la juventud, de la que fué padre, amigo y compañero. ¿Quién no recuerda las hojas íntimas de *Fraternidad*, Sociedad en la que había unido con su hijo primogénito a los



predilectos de su alma? *Fraternidad* tuvo su epílogo: *Moraima*, la simbólica despedida del triste poeta que entregaba su lira... Pocos como él poseyeron tan intenso el sentimiento poético. Respetaba el arte como se respeta lo suprasensible y arcano; y al hacer la poesía, la sentía y la lloraba, y a veces la recitaba de rodillas: era casi una divinización del arte y un viaje por mundos superiores a éste de las formas, indóciles a contener la enormidad del sentimiento.

El fondo familiar y corriente de sus creaciones, su procedencia folklórica, su desarrollo sentimental y sincero le desviaron de la manera tradicional y de la aristocracia del estilo que tuvo un lenguaje y diccionario poético, quebrantados en la edad romántica, y que inventó a su vez otro vocabulario, como inventaron después un novísimo léxico los simbolistas. Nuestro poeta creyó, con el bueno y aun no comprendido Campoamor, que lo que se sentía y se decía ingenuamente, y en el ardor pasional y en el trato ordinario, bien podía dignificarse y entrar al comercio de las adustas y estiradas musas. Verdad que la empresa resulta ardua y puede tener sus caídas, que exige urbanidad literaria y cierta nobleza en el decir.

De esta su manera proceden sus excelencias de explorador sin pretensiones de serlo, que jamás creyó indigno del arte lo que el pueblo sentía como bello, y creyó que la copla pecadora valía en veces más que las impecables estrofas eruditas. En ello seguía el gusto de un gran espíritu crítico, no ha mucho perdido irreparablemente para las letras nacionales, Manuel J. Callo, que juzgó que nuestro poeta de amor por

excelencia representaba lo más genuino, vivaz y duradero en la naciente literatura andina.

Sus deficiencias provienen del temperamento y de su programa de poeta: lo que los retóricos llaman prosaísmo, porque debió decirse en prosa y no en habla poética, lo que el autor encerró en la cadencia de las estancias. ¿Que se extremó quizás la simplicidad de las formas, que se trataron asuntos no siempre dignos del arte, que la flexibilidad del ritmo no correspondió a los diversos matices sentimentales? Todo ello bien pudo ser en parte; pero se explica por la sinceridad absoluta del artista, por su inclinación a lo diario y corriente de la vulgaridad humana, en cuyo fondo, visto en la limpidez de la tranquila observación, se denuncian siempre las arenillas de oro que esmaltan los groseros guijarros del cauce. Fué su manera no trovar nunca en mengua de la espontaneidad, sin sacrificar a la elegancia la ternura, ni la galantería al cariño— palabra no ha mucho incorporada a la sabia habla poética. Los retóricos perfectos lo encontrarán en ocasiones mediano, los del amor según las viejas fórmulas de furor sensual, lo creerán infantil. Mas él fué, es y será poeta sin escuela, que aprendió a leer y cantar por sí mismo, e hizo la crónica de sus amores y sus penas, a su modo, sin consultar libros, ni pedir prestado, ni aun a los ricos del pensamiento y la expresión. Por ello mismo, tuvo defectos e incorrecciones, pues no aprendió el oficio en conciencia retórica, limitándose a corresponder a las inclinaciones de su madre la naturaleza.

## El hombre cabal

¿No es verdad que es mucho hombre un hombre así? Total en el esfuerzo, dechado en todos los ministerios de la vida, bueno y justo; valeroso y doliente, para que no le faltase cosa alguna de las que depuran y subliman la existencia humana.

Ese ejemplar de tanta actividad, que en ella se excedió a sí mismo, vino a ser principalmente un protagonista de tragedia, un casi Edipo de nuestra casa literaria, desgarrado de las entrañas, ceñido de adelfas. Como el árbol, se quemó primeramente para trocarse en carbón, destinado a nuevos incendios; y en el trance final del dolor, el carbón se convirtió en ceniza: la gris, la pura, la última hermana ceniza que dijo el pobrecito de Asís.

Moreno nació para amar. Era en él la voluntad la potencia predominante; y el motor de la voluntad, el amor. «El objeto principal—dijo el gran Leonardo—es elevar al amor todos los seres».

Para nuestro poeta, fué el amor la resultante en que convergían todas las líneas de su vida; y amó bellamente, con decoro artístico, con elevación pasional, en forma de culto y con trascendencias inmortales. Había cercado el jardín de amor, y lo mantenía florido sin celos de la muerte. Pero, a este hombre espiritual, que quizás en algún instante no equilibró la balanza al pesar las cosas fugitivas con las inmortales, vinole prematura la cita de la muerte, que tomó puesto definitivo en su mesa y en su lecho. Y en pocos días, en uno como vértigo de desventuras, casi no visto sino en la invención escénica, per-

dió a tres hijos y a su esposa. En cuadros, como de peste, de guerra, de naufragio, de terror o de locura; sepulturero de las prendas adoradas, quedó en el puesto en que le tomó la tormenta, vacilando como un árbol sin raíz, secado y roto súbitamente por el rayo, perdido de la savia, sin una hoja y pugnando por deshacer de la tierra la última raigambre. Un caso como los tremendos de la tragedia antigua, el más espantoso rigor de los hados y la última invalidez de la razón para mantenerse en equilibrio, sin blasfemar contra los dioses ni arrojarse en el lago cenagoso del suicidio.

Mas el poeta, como gran cristiano, poseía la ciencia de la Cruz, y sabía cómo se despierta después de las tinieblas de la desesperación.

#### El "Libro del Corazón"

Fruto de esas terribles horas, nació el *Libro del Corazón*. El poeta tenía que escribir ese libro, para no acabar de morir. Había dicho Goethe: «Echad al mundo al ser que os atormenta, y os juro que no os dolerá más en las entrañas». Sólo que el desgraciado poeta arrojó el tormento en su libro, y se quedó aún con casi toda la pena... Sus estrofas, lo declaró él mismo, «apenas contienen una mínima parte de lo que he pensado y sentido. La magnitud de mi desgracia no puede caber en forma alguna».

Elegías son la mayor parte de los cantos de la misera criatura humana, nacida más para sentir que para ser, según aquella sentencia del viejo poeta francés Piron:

¡Ay! para lo que sentimos,  
¿qué importa lo que somos?

Pero el dolor supremo casi carece de idioma, se traduce en el grito, en el signo mudo, en la plegaria extática, en los ojos anochecidos con lágrimas. La palabra ha muerto, y queda el silencio, el único grande, como escribió Vigny, en un verso memorable.

Con todo, Moreno encontró expresión más adecuada a la pena en la forma sencilla y popular, en la ingenuidad de la ternura, traducción fiel de la lengua que hablan, en los trances terribles, precisamente los seres menos ilustrados. El *Libro del Corazón* no aparece con la etiqueta literaria y no entra en la conocida liturgia artística, procede del fondo ordinario de la vida: brote sincero del alma angustiada, trajo a la literatura las más intensas amarguras, sin atavío, sin otro adorno que el del lenguaje usual, con un ritmo no aprendido y tenue, que copia lo llorado en los instantes de desesperanza y de terror.

El *Libro* comienza por el idilio, desde luego triste, como lirio que da perfume a la vera del camposanto. Son las trovas a Dora, correspondencias, saudades, y la vuelta a la patria, para hacer el nido...

Torno a los valles  
de los poetas,  
de las violetas  
y de la humilde  
malva de olor...

Y después, la caricia de dos almas, el otro silencio, el de la ventura, que sólo turba el presentimiento que hace exclamar al poeta, interrumpiendo a la amada:

Calla, niña, no lo oigan  
la muerte o el olvido...

Y muy en breve, el jardín de la casa y los hijos saltando entre las flores, húmedos con el rocío, jugando al escondite entre las matas olorosas.

Del fondo mismo del límpido estanque, brota quizás un invisible aliento de ponzoña, y comienza la tragedia. Es la primogénita que lanza aquel grito, uno de los más hondos e inimitables del poema:

¡Qué frío, por Dios, qué frío,  
tengo miedo, y no sé a qué...

Otro ángel sigue a la primogénita: se marcha en un instante; en otro, se despide:

y de unas mariposas que hubo muerto,  
llorando se acusó la horrenda falta.

Vienen luego las vigiliás, las noches lúgubres, las visiones de la pesadilla y la cita de la niña muerta a su padre, en las confidencias del sueño:

Los dos conversamos,  
en mística lengua,  
de cosas no vistas,  
de cosas eternas.

Se precipitan las espantables escenas, y el protagonista grita:

Y lo que soñé dormido,  
¡ay sucedióme despierto!

El último hijo, botón no abierto aún al aire y a la luz, cae tronchado...

Le han puesto por almohada  
de sus pañales el lío.

Y la madre, muerta también, en la rápida  
sucesión de la hecatombe, rueda abrazada a los  
cadáveres de sus hijos, en un espectáculo horrendo,  
que pudiera mostrarse al lívido resplandor  
de un relámpago, y clama el solitario protagonista:

Y al entregarles al sueño  
de la tierra, loco, lívido,  
lanzo al mundo, al cielo lanzo  
de mi dolor el rugido...

Aplastado, ciego, suspensa casi la vida con  
la inconsciencia de la angustia superior a toda  
humana fuerza, el poeta recibe el golpe final, el  
último de su vida, que ya no es sino un proceso  
de la muerte... ¡Muere su padre!

Me asusto de mí mismo,  
yo quisiera esconderme en un abismo,  
más profundo que el mar...

«Para hacerme comprender—dice el mártir—  
que no está aquí la ventura, Dios comenzó la  
obra de mi redención. Me quitó a tres de mis  
hijos, luego a mi amada compañera, cuya muerte  
fué como la mía misma, y mi padre, el venerado  
maestro de mi vida; y me los quitó en breve  
tiempo, sin duda por caridad, para abreviar  
los días de martirio, compendiar el dolor en un  
solo trance supremo y demostrar cómo puede  
vivir hasta el árbol herido por el rayo».

En las páginas últimas del *Libro*, inimitable  
por sentido y profundo, hallaréis recuerdos, con-

fidencias, los cuadros de soledad del ser infeliz,

que cual triste caracol  
lleva a cuestas su vida.

Esos recuerdos, esas confidencias, indudablemente son lo mejor del *Libro*. Allí aparece esa sencilla estrofa sobre el súbito encuentro del poeta con su amada muerta, estrofa que podría envidiar cualquier literatura:

Si por dicha de ella y mía,  
nos viéramos de improviso,  
al punto yo le diría:  
—¿Cómo es el cielo, bien mío?  
Y ella me contestaría;  
—¿Dime, cómo están mis hijos?

El via crucis diario, el viaje en el camino de tristeza, la enfermedad de una ausencia que no acabará. ¡Qué hora aquella de conversar con los huérfanos!

llúmedas con la aurora  
las flores miro.  
¿Si será el llanto vuestro?  
¿Si será el mío?  
Y por si alguno  
se haya ido, nos contamos  
uno por uno...

La sucesión de las escenas finales: la vida en los sueños y la realidad más terrible que la pesadilla, los recuerdos como un remordimiento de la dicha perdida, el anhelo de morir para hacer compañía a las mitades del alma, y el deseo de vivir amparando a los huérfanos, el grito de angustia, la quejumbre de la plegaria que sube



como la niebla al cielo a traernos lluvia de lágrimas, la mueca horrible de la demencia y la crispatura de la desesperación y el gesto severo, pero fúnebre, del valor moral. El poeta se pasea en su estancia cuando duermen los hijos que le han quedado, y se estremece ante su sombra, que se destaca solitaria en el muro; la esposa aparece transfigurada en imagen, y finge el solitario la resurrección del bien querido:

Viva, te amé tanto, tanto;  
muerta, te amo mucho más;  
mañana, resucitada,  
¡cómo te pudiera amar!

Queda después el vacío y se acrecienta la pena con la memoria de las últimas palabras de los viajeros adorados:

Exclamó mi hija primera:  
— ¡Morir en la primavera!...  
¡Era tan dulce vivir!...  
Y dijo mi pequeñuelo:  
— En mi madre tengo el cielo...  
Y Ella, con los ojos fijos  
en sus hijos: — ¡Ay, mis hijos!...  
¡Ay no quisiera morir!...

¡Cómo el padre se abraza al último retoño de su amor, que ensaya los primeros trinos, cómo el padre ejerce el ministerio de ternura de la madre, y el cautivo pide la muerte:

¡Pero la muerte no llega!

Va, en las noches, camino del cementerio, en pos de la muerte que le aguarda. ¡Buenas noches! ¡Helados están los huesos y más helada

el alma del poeta que demanda su parte en el lecho sepulcral... tálamo del último amor!

Lleva los ojos a la estrellada bóveda, y ve que la ausente preside un cortejo fúnebre de astros errantes; los astros desde donde miran las madres a sus hijos que en la tierra quedaron. En la bruma de una tarde, vagan unas garzas blancas: son las almas de los seres ausentes, que vienen a citar al mártir que mira, en la neblina, la mortaja para el nido postrero.

¡No será mejor morir todos ya?... Pero resiste el instinto, se rebela el amor. ¡Piedad al Cielo, que no se lleve a ninguno de los restos del corazón!... Y al fin, la escena final y el adiós. El poeta se detiene en la carrera, caballero en el simbólico corcel. ¡Es la hora de morir! Inclínase el corcel, a que el jinete doliente pueda descender a tierra. ¡Adiós! Y sirva al caballero la lira de almohada, como el escudo al paladín.

Muerto, el poeta envía mensaje con su corcel, y es el mensaje entregar a sus hijos la trilogía de su amor perdido... Mas nó, que ellos morirán, al ver llegar solo al mensajero... ¡Vaya éste hacia la madre! Que élla sola sepa el supremo dolor del hijo!... ¡Y silencio, el gran silencio!

#### El poeta del dolor

He aquí la nota determinante y característica del poeta cortés, alegre y popular, trovador de patria y amor en los primeros años, transformado al fin en personaje de una tragedia íntima y terrible. Su llanto no procede de ficción alguna, es propio suyo. Su inspiración no se encar-

na en seres idos y legendarios, él mismo enseña el seno desgarrado a la compasión de los demás, él mismo echó afuera de las entrañas el dolor que dijo Goethe. Otros poemas habrá superiores por la gallarda forma, por el movimiento grandilocuente de la pena que se escapa en clamores líricos de alta inspiración. Bellísimo es el dolor del viejo Patroclo ante el cadáver de Héctor, inimitables las formas en que vacían su angustia Andrómaca, Clitemnestra o Antígona; maravillosa la ansiedad de Orfeo que asorda con sus gritos las grutas del infierno:

*Euridicem vox ipsa et frigida lingua  
Ah miser Euridicem anima fugiente vocabat...*

Insuperables se estiman otras obras maestras de elegía: algunos cuadros del supremo viaje de Dante y los profundos y sobrehumanos dolores que brotan desde el fondo del teatro de Shakespeare y de las *Noches* de Young.

Mas, nadie negará que resultan más ciertos y nutridos de lágrimas nuestros propios sentimientos; y entre éstos, los que despedazan el corazón por las mutilaciones del alma y de la vida que produce la muerte, esa madre casi única de la tragedia.

Los versos de nuestro poeta copian las realidades de su dolor, dentro de un ambiente de simplicidad y de terneza, tan profunda y humana, que difícilmente tal arte, que casi no lo es en el sentido aristocrático de la palabra, puede hallar símil y menos superioridad en los convencionalismos de la elegía, género el más difícil, porque ha prescindido quizás de la sinceridad, condición casi única, sobre todo de la poesía

que procede de las amargas fuentes de la tribulación.

La muerte de los seres queridos ha arrancado sin embargo, gritos de pasión y sentimiento que guardan las antologías en el tesoro de las letras. Casi paralelos al *Libro del Corazón* vieron la luz los de Balart, Diego Uribe y Pérez Nieva. La literatura francesa se enriqueció con el encantador itinerario sentimental de Pomairols (*Pour l'enfant*). Mucho antes escribió Ruiz Aguilera su Elegía, que un crítico tan preparado como M. J. Calle juzgó había inspirado en algo al autor del *Libro del Corazón*. Pero, es el caso que éste no conoció aquélla, ni las obras de original melancolía de Isabel Kaïsser, ni los famosos viajes a ultratumba de Pascoli. Moreno, abismado en su tristeza, acertó a interpretar lo que, casi sin expresión posible, pasó por su alma. Ni de sus poetas queridos, de Heine, de Bécquer, se hallarán en su libro sino levísimas huellas: en él, todo es suyo, tan inconfundible, como que su desventura resultó única, por la forma cruel y despiadada.

#### La última etapa

Dado al público aquel libro, vaciada en él la amargura del poeta, éste no pidió otra cosa al Cielo que la brevedad de las horas que le restaban. En esta última etapa, bien pudo decirse de él lo que se dijo de Eduardo Rod: «Vuelta siempre la mirada hacia el reino interior, había perdido la noción y el encanto de la vida. El silencio de los espacios del espíritu, el silencio de la hora en que las sombras se extienden sobre la montaña, el silencio de la meditación y la plega-

ría formaban en torno suyo una atmósfera de majestuosa gravedad que parecía venir de más allá».

No por esto se crea que el poeta perdió el ritmo de la existencia y paró la mano directora de su fuerza motriz. Luchando hasta el fin contra sí mismo, hizo extensas y largas jornadas de espíritu y se preparó valerosamente al golpe final. Vivió en uno muchos años, vivió dos, quizás tres vidas. La piedad del Cielo le sustrajo a la despedida y a los ritos de la muerte, y murió como Kempis súbitamente, en imprevisto caso, para la ascensión, de su augusta alma mística a las playas de lo desconocido y de lo cierto: el regreso de la luz, desde un punto de sombra, a la plenitud del foco resplandeciente.

A este modesto, a este bueno, a este santo, rendimos hoy tributo, lo resucitamos por el recuerdo; y pedimos sus amigos a esta benevolente, agradecida, espiritual ciudad el monumento que es debido al egregio varón, y que atestigüe nuestro respeto a sus virtudes, nuestra admiración a su ingenio y nuestra piedad a su incomparable dolor. Fué uno de los hombres que han abierto aquí senda y surco, que han labrado la cantera del entendimiento, y dejado imperecedera la semilla de la elevación; poeta que supo practicar la máxima de Ibsen: «El Arte no da derechos, sino impone deberes»; obrero social de esfuerzo continuo y superior en todos los órdenes de la voluntad colectiva; maestro de virtud, conservador de sanas costumbres, constructor de civilización y profeta de cultura que sobrepasó a su edad y a su pueblo; y que por aquélla representa aún un ideal, derrotero en el porvenir. Quien le imite sabe que va seguro,

siguiendo el reflejo del faro que se ha puesto adelante en nuestra costa, para alumbrar la ruta. Entremos en ésta, guiados por el amor y la tranquila modestia de su luz, que perdura en el horizonte, para alumbrar la melancolía de nuestras tardes...

*Sol moritur vespero cedens sua regna rubenti.*

## EN EL CENTENARIO DE OLMEDO

*Discurso leído en el teatro Olmedo, de Guayaquil, el 11 de octubre de 1920.*

Al saludar al sol de nuestra emancipación, en este día de recogimiento de la conciencia nacional, ante la extensión de una centuria, al repasar los hechos y recordar a los hombres de cien años atrás, la vista cansada ya por la visión de tantas cosas mezquinas y pequeñas, detiéndose en el relieve de las cumbres; y la primera que se destaca en el campo de nuestra historia, no un estadista, un creador, o un conductor de generaciones o caudillo de espada: ¡es un poeta! Su nombre salta en este momento en todos los labios, con estremecimientos de emoción: ¡Olmedo!

Después de los libertadores — Bolívar, genio de la guerra y la elocuencia, cerebro y brazo, balanza para medida de la ley y brújula en las travesías de la política; después de San Martín, paciente generador de naciones venturas; después del joven Sucre, ¿quién representa el decoro del movimiento separatista en esta privilegiada región del Guayas?... ¿Su nombre? ¡Olmedo! Nombre sin precedente apreciable en los linajes de Castilla, así como los de Bolívar y de Sucre,

para quedar único en los patrios anales. El genio casi siempre carece de descendencia, astro sin satélites, sublimado en la soledad de su luz, para presidir las noches de los pueblos y extender resplandor en los siglos de la historia.

Fruto tardío de la colonia—larga escuela de aprender trabajosamente la libertad en una lenta y casi mortal evolución—, surgió como astro de la mañana en el cielo de la independencia y el primero de sus luminares intelectuales. ¡Y fué un poeta! Improvisación de una tierra virgen que no conocía aún el prodigio del canto, como en los bellos días de la Hélade armoniosa, nació la libertad a la seducción de la lira! ¡Salud, pueblo feliz, nacido al son de los himnos órficos, como aquellas de la edad épica, más adorada cuanto más lejana se esfuma!

En los cien años que quedan atrás, no obstante haberse levantado aquí otros varones eminentes, Olmedo es aún cima que preside la grandeza nacional. En espacio mayor de extenso horizonte y ecos que repitan y prolonguen la fama pregonera, él habría cobrado estatura más alta: la magnitud del país hace también la magnitud del hombre. Y este noble espíritu fué también y, ante todo, un hermoso corazón, que se colmó todo entero con el amor de la Patria, no siquiera de la Patria grande y gloriosa—la malograda Colombia—, sino de la Patria pequeñita, donde gustó el genio ocultarse bajo el rosal, para libar la miel de su jardín, a la margen del maravilloso río, sombreado de *naranjos y opacos tamarindos*. En España mismo, en una de cuyas asambleas llevó la palabra de América, inspirándose en la piedad hacia los oprimidos de la raza, pudo seguir adelante en el camino del re-



nombre y competir gallardamente y superar tal vez a los líricos de la metrópoli, ingiriendo en el viejo árbol de la literatura castellana la savia y el vigor del alma nueva de América. Pudo allá lanzar el primer impulso de renovación, dando a sus creaciones un teatro universal. Pudo, en tierra inglesa, empaparse en su dulce literatura predilecta, para traer a las letras españolas la concisión, el ritmo sutil y los vuelos triunfales de la mayor entre las literaturas del Norte. Mas la fama resultaba negocio ínfimo cuando se trataba de nuestra libertad. Llegó el momento de la transformación y el renunciar a todo en pro de la vida. Arrancada la diadema de España por mano del *Capitán del siglo*, quedamos libres, en nombre de Dios y por la naturaleza. Debíó desde entonces en estas Indias remotas, hacerse otra España, un imperio español, una confederación de países libres, para recibir aquí lo que de España debe perdurar, dentro de una unidad grandiosa de religión, de lengua, de forma gubernamental. Debíamos, desde entonces, sentar la base democrática, para devolver la democracia a España, la democracia a que nos convidan la inmensidad del Continente y la amplitud del desierto, de los mares y de las cumbres.

Al principio, el patriotismo criollo sostuvo la legitimidad monárquica contra el usurpador francés. Era la táctica de campaña, el patriotismo para afuera: adentro, iba derechamente hacia la independencia. España no podía ya mantener, en sus vastas Indias, ni la seguridad ni el dominio, ni la cultura: a no libertarse América entonces, habría pasado a la mísera condición de colonia, quizás de la invencible Inglaterra, cuando España luchaba por su independencia en Europa.

España había muerto para América. Sus reyes y ministros de la decadencia no podían regir territorios más extensos que toda Europa, en donde el valor castellano había sembrado la altivez, que no se compadece con un poder que no sea delegación del propio derecho.

Se había guerreado ya cosa de diez años, los mártires de Quito habían entregado su sangre, para que de su venganza surgiese la Patria; la lucha a muerte había enloquecido a comarcas enteras, formando una pesada atmósfera de heroicos rencores. Y Guayaquil se mantenía aún por España, por el rey. Solicitada por influencias de los virreinos limítrofes, prevaleciendo las del norte, donde Bolívar, como un aluvión de gloria, multiplicábase, improvisando triunfos y creando naciones, no podía sacudir el yugo español: astillero, plaza fortificada, comandancia militar bajo la presión del Virrey de Lima, dable no era sustraerse desde luego a una soberanía armada y fuerte, que la celaba como al tesoro mayor del virreinato.

Aguardaba el poeta el momento propicio, preparado por su larga campaña de precursor, como la de Espejo en Quito, como la de su compañero Mejía en las Cortes de Cádiz, como la de Miranda y de Nariño.

Debía hacerse la separación de la metrópoli y del virreinato opresor ¡y llegó! En pocas horas, al concurso de nobilísimos jefes extranjeros, el pueblo de Guayaquil en masa apellidó libertad el 9 de octubre de 1820, y puso de jefe de su Gobierno a Olmedo. El elemento militar, en plena campaña, en lo más culminante de ella en toda América, cedió aquí los atributos del mando a un hombre civil, modestísimo, ¡a un poeta!

Y éste, procediendo como político viejo y patriota consumado, escribió el primer estatuto constitucional, formando con los patriotas nativos del Guayas, la República independiente que desafió la codicia de los virreinos. El poeta puso un pedazo de cielo de la patria sobre las blancas espumas de su río, e hizo su hermosa bandera de concordia, de paz y de poesía.

La proclamación de Guayaquil, como la inmediata posterior de Cuenca, sostuvo la independencia local, dejando antecedente de gallarda altivez, hasta en contra de las imperiosas influencias de la gratitud a los grandes hombres de la naciente Colombia. Los sucesos de entonces se juzgan con el criterio de hoy; y esa libertad de acción que proclamó el sur para ser y organizarse a su guisa, correspondía al antiguo programa de los patriotas de Quito en 1809 y 1812, que declararon natural y obvio el derecho de todas las secciones americanas a determinar sus destinos.

Guayaquil, como Cuenca, declaróse Estado independiente. Más tarde, los ejércitos de Colombia debían adelantarse al sur, vencer en Yaguachi, ser vencidos en Miñarica y triunfar en Pichincha. El prestigio de la victoria y el reconocimiento al auxilio extranjero produjeron la incorporación a Colombia de todo el antiguo reino de Quito. Efímera ocupación militar, que tuvo muy pocas trascendencias a la vida civil, y que quitándonos la soberanía doméstica, nos dejó después sin muchas de sus ventajas, mermados los haberes y mermada la gloria...

No es dable negar ni mengua para los patriotas de Guayaquil y para Olmedo su persistencia en conservar la República creada en 1820, ya que la Gran Colombia no representaba,

en verdad, una nación homogénea sino un nombre—el de Bolívar, a cuya desaparición debió seguirse inevitable la de su ensueño, tan grandioso como inconsistente. El antiguo Reino de Quito, subordinado a Santa Fe y en parte a Lima, vióse envuelto en las combinaciones de expansión de Colombia, al mismo tiempo que la diplomacia de Lima extendía cautelosamente sus redes al sur del Ecuador: ¡un capítulo de la antigua conquista comenzada en las comarcas de Quito, bajo el cetro de Túpac-Yupanqui y Huaina-Cápac! A la codiciada Guayaquil llegó el protector San Martín para una conferencia con el Libertador de Colombia. La conferencia se realizó en esta ciudad, para resolver las rivalidades de los dos viejos virreinos. Quedó franca la ruta a Bolívar, y adelante las haces de Scipión, adelante a consolidar la emancipación americana, que se concluyó con la marcha triunfal de Junín y de Ayacucho. El sol de estas victorias se esparció en todo el horizonte; y un hijo del sur, un gran Mariscal de los vencedores de Ayacucho, quedó a presidir los destinos del Perú, país entonces el más rico, solar y asiento del poderío español, pero sin hombres que mereciesen defenderlo y regirlo.

Mas, la ilusión de Colombia, ni aun en la forma federal que se preparaba, tenía consistencia. No obstante la imperiosa fama del Libertador y la virtud de Sucre, aunque se había fundado Bolivia en territorios del virreinato de Lima, bajo la égida de Colombia; ésta, cuerpo enorme y desorganizado por los mismos caudillos militares, si vivía para la gloria, no conservaba señales de larga vida.

Guayaquil resistió a las solicitudes de la

alta soberanía colombiana, y Olmedo rehusó en absoluto la incorporación a Colombia. ¿Fué un error? ¿No fué más bien un caso de rectitud y valor moral, tanto más comprobado cuanto se ejercía contra los héroes y contra el Libertador, —ese como semidiós del cantor de Junín? Consta en numerosos documentos, que se habían conjurado contra Colombia las principales fuerzas de acción, de reacción y de influencia desde Venezuela hasta el alto Perú: Pácz, Santander, Lamar, los hombres de Berruecos, los facciosos de Chuquisaca, nuestro inteligente y astuto general Flores... Hasta la misma guerra con el Perú en 1828, precedida de la sublevación de un cuerpo de tropas colombianas en Lima, fué quizás un detalle del movimiento combinado hacia la disolución de Colombia, que vivía porque vivía el Libertador, contra quien se levantó hasta la espada del joven Córdova, uno de los más brillantes capitanes de la América independiente. Colombia—Cid moribundo—hizo su última presentación en Tarqui: la equívoca, terrible situación del ecuatoriano Lamar dió margen a que se pronunciase la palabra traición. Olmedo estuvo ausente en Londres al servicio de la agonizante Colombia, cuando el rompimiento de 1828. Tristes y confusos hechos, responsabilidades complicadas, problema histórico que lo resolverán mejor que nosotros los venideros... ¿Nos resultó favorable la incorporación a Colombia? ¿No habría sido más conforme a la justicia que el Sur hubiese, en los días mismos de la independencia, formado entidad soberana aparte, como Bolivia? Esto, que lo impulsaba el Perú, nos habría ahorrado por lo menos la contienda de linderos. ¿Tal contienda la manejó debidamente la diplo-

macía de Bogotá? ¿Habría entonces el Estado ecuatoriano cedido los grandes territorios que cedió Colombia?

¿Quién podía disputarnos el derecho original, la facultad plebiscitaria de constituirnos nación, con el territorio íntegro, por más que éste se hallase sujeto a diversas superioridades virreinaticias, dentro de la complicada organización colonial?

Olmedo, que ciñó el laurel a la frente de los vencedores de Junín y Ayacucho, él—Homero del Aquiles americano, padeció destierro, por mantener el derecho de su tierra natal a disponer de su suerte. Más todavía: tomó asiento en una asamblea del Perú y se le declaró peruano de nacimiento. ¡Tanta era la confusión de pareceres y los contradictorios propósitos de todos estos países, en el momento decisivo de formarse las nacionalidades! El poeta, padre de su patria hasta 1830, persistió en su intento de emancipación definitiva de su tierra del alma, de su rincón del Guayas, con extensión hacia los territorios del Reino de Quito. Según él, a Guayaquil correspondía la concentración, la hegemonía del sur de Colombia. Se ha llegado a decir que se inclinó alguna vez a una incorporación al Perú, bajo el régimen de su compatriota Lamar; pero no consta documento alguno que lo pruebe: antes bien, se deduce de los diversos movimientos de Guayaquil y del testimonio de personas que lo atestiguan honradamente, que el padre de la Patria de 1820 pretendió siempre crear la nacionalidad ecuatoriana bajo un Gobierno propio, dentro del territorio del viejo Reino de Quito. Su definitivo pensamiento, que pudo quizás realizarse cumplidamente en los días heroicos de la

emancipación, no se hizo sino en 1830 y se completó en 1845, año de lo que entonces se llamó segunda independencia del Ecuador.

Desde 1830, Olmedo fué todo para su Patria, redactó con otros próceres la constitución de Riobamba, y como un homenaje a la gloriosa Colombia, precisamente, el pueblo incorporado a ella desde 1820 adelante, se declaró dentro de una vasta confederación con Venezuela y Nueva Granada, para conservar, eso sí, las tres secciones los atributos íntegros de la soberanía. ¡Ni Venezuela ni la nueva Colombia correspondieron al llamamiento del Benjamín de la muerte, gloriosa República!

Olmedo continuó interviniendo en la dirección de los negocios públicos de su Patria, presidió la Asamblea de 1835, aliado al General Flores, al que rindió homenaje casi en el mismo grado que a Bolívar. El caudillo fundador de nuestra República, desfigurado por el odio político y la versátil opinión de nuestro país, nunca firme en sus simpatías o rencores, fué uno de los hombres públicos más notables que multiplicó Venezuela, para guerrear y gobernar en este lado de América.

Vino más tarde lo que puede llamarse la jornada de Miñarica. En una como sorpresa teatral, los adversarios ardientes del general Flores con Rocafuerte a la cabeza, transigieron... para una transmisión pacífica del poder, hábilmente acordada por el sutil político de Puerto Cabello. Los patriotas de Quito mantuviéronse firmes en la tentativa de nacionalizar el Gobierno. Sus amigos de Guayaquil, con Rocafuerte y Flores reconciliados, no llegaron a un convenio; y se realizó el siniestro encuentro de Miñarica,

«campo dos veces funesto para la libertad». Allí encontramos el primer capítulo de una larga serie de contiendas animadas por el regionalismo, enfermedad esporádica y persistente en nuestra vida de pueblo no consolidado todavía. ¡Despertó la musa de Junín con el canto final y magnífico! El general Flores recibió una corona tan espléndida como la de Bolívar.

Espantado el poeta ante la matanza, en su canto mismo, deploró el horror de la contienda intestina:

Rompe tu lira,  
doliente musa mía, y antes deja  
por siempre sepultada en noche oscura  
tanta guerra civil! ¡Oh tú no seas  
quien a la edad futura,  
quiera en durable verso revelarla:  
que si mengua o escándalo resulta,  
honra más la verdad quien más la oculta!

*Extravío del genio* llamó Olmedo a su obra maestra, cuando en 1845 escribió el manifiesto justificativo de la segunda emancipación del Ecuador.

En ese año de gracia y gloria, aparece radiante, con los últimos rayos de la puesta del sol, la figura de Olmedo. Alma e inspiración del Gobierno provisional, ocupó sitio de honor en la Convención de Cuenca, uno de los cuerpos políticos más nutridos de hombres eminentes. A Olmedo tocaba la Presidencia de la República, por derecho, como dijo Rocafuerte, y el temor de los mediocres al genio y la infeliz convicción de éstos acerca de la incapacidad de aquél para gobernar, llevó a la jefatura del Estado a un buen burgués... Olmedo desapareció ya desde entonces en el anfiteatro político.



A poco de llevar una vida de esterilidad y de concentración melancólica, rindió la jornada, cuando todavía pudo darnos los frutos maduros del ingenio: los prometía para la edad plena y robusta, su espíritu acostumbrado a los encumbramientos del ideal y su arte de ejecución, diestro como el que más en los primores de la forma:

¡Oh tela delicada  
antes de tiempo dada  
a los agudos filos de la muerte!

(*Garcilaso.*)

Así fué el patriota: moderado, apasionadísimo de la justicia, de rara integridad, no conoció las sinuosidades de la ambición ni le manchó la tizne de la codicia. De mortaja sirvióle la bandera nacional, tan limpia como los linos de la cuna. Los documentos políticos que de él se conservan denuncian una reposada austeridad y una rectitud sin vanidad alguna. El Estatuto constitucional que escribió para su República del Guayas—una dichosa república de Platón—, contiene las honradas declaraciones de convicción democrática, sin sombra de falsedad, dentro de un ambiente de pureza y elevación no comunes en las piezas políticas de aquella edad tormentosa y bravía. Adviértese primeramente la gran extensión que el Estatuto da a la vida municipal, la vida primera, la de gestación, la más enérgica, la más fructuosa, la más querida. A los Ayuntamientos encarga unos cuantos servicios hoy llamados nacionales: la instrucción y beneficencia públicas, la policía y la seguridad, las mejoras; todo lo que atañe a lo doméstico, para desarrollo de la actividad familiar en la ciudad,

finme cimiento de la cultura cívica y de la cohesión nacional. Aquella constitución ordena también el servicio militar obligatorio: una anticipación admirable del patriotismo, antes que ningún pueblo ni político alguno pensasen dignificar la milicia convirtiéndola en ciudadanía organizada que reemplaze a los mercenarios de uniforme. El acta del 6 de marzo de 1845 contiene también declaraciones de sinceridad patriótica, que no fueron desmentidas por el integérrimo varón que las escribió. Si algunas contradicciones se advierten en el proceso de su limpia vida, se explican por los caprichos del tiempo, la inesperada variación de los hombres y las súbitas evoluciones que se traducen en las curvas de la existencia. El hombre no puede prescindir de la corriente que lo lleva y del viento que lo empuja: su destreza consiste en guiarse por el *espíritu de la hora*, por la instantánea ingenuidad del pensar y del sentir, que dijo Tolstoi.

Así fué el hombre, en verdad, padre de su patria, modelo en la vida doméstica y enderezado siempre con rumbo al deber.

¿Y el poeta? Nadie que no sea nacionalista extranjero o pedante esclavo de la última moda, le negará su puesto de primogénito de la poesía castellana en América. El mismo, sin embargo de su timidez, tuvo visión cierta de su fama por convencimiento de superioridad:

La voz del Guayas crece,  
y a las más resonantes enmudece. (1)

Así afirma la musa de Junín, y el poeta es-

---

(1) La Victoria de Junín.

cribe a su Aquiles: «Los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad».

A tiempo de estallar el movimiento separatista en este continente, aparecieron, como improvisados, tres poetas: Olmedo, Heredia, Bello, columnas que todavía aparecen, lejos sí pero en alto, á la cabeza de las generaciones que van hacia la nombradía. Heredia, tan inspirado como Olmedo, de más equilibrio y sobriedad en la composición y los recursos artísticos, cede la primacía al vate del Guayas en elevación y por la nota pintoresca y original, por el dinamismo nervioso y crepitante del numen que esparce el esfluvio emocional y deja en la atmósfera la vibración genial, onda sonora del ritmo. Bello, autor de las *Silvas americanas*, primer polígrafo, sabio y gran humanista, llegó a poeta por el camino del estudio y cinceló la estrofa como flor de la ciencia, describió en metáforas lapidarias las maravillas del trópico, y dictó, en frías, rítmicas cláusulas, máximas de legislación a los Estados nacientes. El mismo Bello, colocado a las faldas del Olimpo, reconocía en Olmedo su más alta cima.

Estos poetas, Olmedo principalmente, formáronse en la cepa española, sobre el helado vástago del siglo XVIII, de impecable manera y casi vacío de alma: el perfume de un vaso roto. Mas ya en España habían anunciado el alba del renacimiento Quintana y Gallego, aquél uno de los encumbrados líricos de habla española. Nuestros poetas añadieron a la lira castellana que renacía una nota de sinceridad procedente de América, de su prodigiosa tierra, de su espíritu nuevo, de la sugestión de su paisaje y de la visión de su porvenir: la emoción ante el Niága-

ra maravilloso, la evocación del *Teocalli de Cholula*, la *Agricultura de la zona tórrida*, página de geórgicas de la tierra tropical y el *Poema de Junín*, grito épico de la América libre, poesía patriótica no superada aún y canto marcial que en las letras castellanas no halla término de comparación sino en otro canto guerrero del mismo poeta.

¿Cómo clasificar a este poeta? ¿De dónde procede la parte erudita de su composición? Su educación clásica aparece completa, sobre él ha pasado la sugestión de Homero y Píndaro: de aquél procede la revista épica de sus héroes de la guerra magna en los campos del Perú; de Píndaro, el grito inicial, el ardor apolíneo y el vuelo nervioso y ondulante. Virgilio, Lucrecio, Horacio, Ovidio y Lucano le amaestraron en el buen gusto, en la sobriedad, en la nítida precisión de la frase poética. El se declara discípulo de Meléndez Valdez, que en rara ocasión se elevó a los altos temas, limitando al género pastoril y amoroso sus bruñidas estrofas. El bardo americano de tan potentes alas no pudo cobrar impulso imitando a un águila de jaula, como fué el dulce *Batilo*. Más directamente coincide con Quintana, el famoso lírico del *Panteón del Escorial*. Descontada la influencia de los estudios grecolatinos, en Olmedo ejercieron sugestión poderosa las literaturas de Francia e Inglaterra, sobre todo de la última. La modificación que en él se advierte del clasicismo tradicional de España, procede de las letras inglesas, de su comercio con Pope, Richardsson, Milton, Dryden y el seudo Ossian. Las pocas notas y cartas que se conservan de nuestro poeta comprueban la amplitud de sus conocimientos, la fineza de su labor

artística, la seguridad de su procedimiento, su originalidad, en especial para impulsar la acción, descomponiéndola en instantáneas variaciones y en súbitos contrastes: las rompientes de la luz sobre el fondo de la sombra. La obra, concebida y creada, desde su primera materia, asoma lozana y tumultuosa, para descomponerse en los períodos rítmicos, con sobriedad estatuaría y vibrante animación.

Aunque ella aparezca espontánea y fácil, procedió de una lenta, trabajosa labor, fruto de una vocación artística sostenida por respetuoso culto a la dignidad del arte. De ahí la escasez de su producción y la casi soledad magnífica de sus dos poemas inmortales: el *Canto a Bolívar* y la *Oda a Flores*, documentos de entre los máximos de la lírica española, que resisten la comparación dentro de todas las literaturas modernas.

Parece que tuvo empeño en no producir sino las dos memorables ocasiones, movido por el espectáculo marcial. Después de cada uno de sus poemas, se hizo el grande, el sublime silencio, también obra de arte, matiz severo de la vida. Después de los soberanos acordes de una sinfonía, bien observó Wagner, la emoción nos demanda reposo, y la tregua de silencio completa la obra maestra. La no interrumpida producción podrá manifestar exuberancia, magnitud; pero la rareza tiene algo de solemne que se conforma con la severidad y el religioso culto de las artes.

Porque estos cuadros y versos de batalla, rarísimos en las letras, no han entrado en la tendencia de perfección para la ejecución cabal.

La excesiva emoción superior a los medios

de traducirse trae en veces la frialdad. Casi nunca el cantor se pone al nivel del héroe. En la dificultad de describir las diversas fases del combate, en la imposibilidad de trasladar a la forma la suprema expresión del valor y del miedo, ¡han escollado tantos ingenios! En la misma pintura resultan muy escasos los lienzos de batallas; y por un David, o un Horacio Vernet, se multiplican los dibujantes de muñecos de guerra y los empastadores de grandes masas de color. ¡Cuántos héroes y caudillos no han tenido, a lo menos en la poesía lírica, el cantor de sus triunfos: no lo tuvo Alejandro, no lo conoció César, Napoleón no cabía en las canciones de Beranger; y aun los acentos de Lamartine o Hugo vinieron desacordes para la grandeza del tema, la inmensidad del escenario y la calidad del héroe. En la épica antigua, si aparecen soberanamente los personajes de la gran guerra de la sagrada Troya, los más humanos de la *Encida*, los gallardos paladines del cielo medioeval y los reyes, campeones y navegantes de los poemas del Renacimiento. La lírica de combate, fuera de Alemania y de algún otro país del Norte, aparece lánguida o escasa, no se ajusta a las móviles, terribles escenas de la lid, y la impresión final que tales composiciones dejan acabar en la convicción de la impotencia del cantor. En la elegía se cuentan, sí, ejemplares admirables. ¿Quién no recuerda el *Cinco de Mayo* de Manzoni y la oda del predilecto hijo de Colombia, Miguel Antonio Caro, al Bolívar de la estatua de Tenerani?

Aquí está el primer poeta guerrero, el primer lírico de la guerra. No tuvo el César Carlos V, ni D. Juan de Austria quien celebrase dignamente sus hazañas. Herrera, el bíblico y divino,

no acertó con el ambiente de Lepanto. En nuestra América, en una guerra separatista, los caudillos improvisados encontraron al que centuplicase su estatua y los entregase radiantes a la posteridad. ¡Quién lo creyera! Un varón moderado en sus empeños, hombre de gabinete, incapaz de esgrimir espada y de soportar un chispazo de fusil, ¡contraste y prueba de la rareza del genio!, fué el poeta de los combates, que acertó su táctica poética, midió el campo, siguió los detalles infinitos de la acción y señaló la ruta a la victoria.

Verdad que se nota, sobre todo en el poema de Junín algo de la «oratoria rimada» que dijo Bolívar, uno de los mejores críticos del poema que lo sublimó; quizás pudo determinarse mejor el carácter del Inca, vengador de la América prehistórica y profeta de la nueva; aparece sin duda pueril la celebración de los ritos del culto al sol en un país en que habían hecho la conquista y la emancipación guerreros cristianos, los principales de ellos de estirpe castellana. Que el poema adolece de expresiones vulgares, de énfasis declamatorio, de nimiedad en ciertos detalles, ¿quién lo niega? Mas, el conjunto de ese gran fragmento de epopeya se impone soberbiamente a la emoción y a la admiración. Comienza con el apóstrofe pindárico, y la musa se adelanta al campo para mezclarse en la carga de Junín, que detiene al sol en el ocaso, a demostrar la magnificencia del cuadro final de la victoria, sobre la que flota el misterio del crepúsculo, en una épica sublimidad. En esa noche, diseñase en el cielo, quizá por última vez, el maravilloso antiguo: es la aparición del Inca, del varón más excelso de la remota historia, semidiós de su mitología, hijo

de la vieja Tomebamba, compatriota del poeta y el único que podía desafiar la gloria de Bolívar. Este, al leer el poema de Olmedo, celos tuvo de la grandeza de Huaina-Cápac: eran el uno para el otro, los únicos de grandeza definitiva cuando cantó el poeta del Guayas.

¿Qué este recurso, esta máquina arcaica no encajan en la poesía moderna? ¿Qué sólo a los contemporáneos se permite la libertad artística? Ya se defendió el mismo poeta: «Eso de reglas, de pautas, es para los que escriben didácticamente... ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la esfera del bello ideal es suya... Si el poeta se remonta, dejadle, no se exige de él sino que no caiga». He aquí los cánones de libertad antes del romanticismo, he aquí a un predecesor de Hugo y Byron. Ya le había enseñado el dulce Virgilio, un dios del clasicismo:

*Novit namque omnia vates,  
Quae sunt, quae fuerunt, quae mox ventura trahantur.*

Debe más bien encarecerse la audacia de quien ensayó este recurso en vida mismo de los héroes celebrados en el poema y teniendo a la vista las pequeñeces de la realidad. Para cantar dignamente en la épica trompa, se ha menester que el tiempo, como el sol al caer, duplique la sombra de los héroes. Olmedo logró vencer esta ley de la naturaleza y precisamente supliendo la pequeñez de la farsa que dijo Bolívar, puso sobre él la sombra del Inca. Menéndez y Pelayo, no obstante restar méritos en ocasiones al poeta insurgente, lo juzga con la olímpica rectitud con



que casi siempre procedía—juez de vivos y muertos en literatura. El condena severamente la aparición del Hércules indiano y la cree copia hasta de Martínez de la Rosa, sin advertir que la aparición del Emperador en el poema americano se desarrolla viva, el personaje mítico se impone: se escucha su voz, se lo siente, escuchamos reverentes sus anuncios y participamos en el coro de las vírgenes que rodean a la augusta sombra. Además, el poeta no tiene más fronteras que el absurdo, crea dentro de los límites de lo infinito, asciende a lo suprasensible, dentro del vasto mundo, de lo verosímil, reconstruyendo las edades muertas, resucitando a genios y dioses; y no pide sino que se mida la magnitud y grandeza de su obra por los efectos que produce: si emociona y transfigura y arrebató, la obra buena es, por más que se escape de los vallados de la lógica. «El Arte—escribió Musset—no es ciencia ni oficio. La ejecución de la obra de arte es una lucha contra la realidad».

La épica en la poesía lírica, el arrebató maravilloso, en un himno guerrero; ¡antítesis asombrosa! que la ensayó un artista audaz, sin detenerse en los procedimientos de escuela, ni arredrarse ante la frialdad de los hechos, confundiendo, en un torbellino de inspiración, a manera de los profetas hebreos, hombres y cosas, lo pasado y lo futuro, para una predicación de paz, de gloria e imperio en esta América inmensa, regenerada y unida de polo a polo, que equilibrase la historia con su peso, como la gran mole de los Andes sentados sobre bases de oro: Atlas más vasto y soberano que el de los Titanes...

Señoras, caballeros, que estáis celebrando estas fiestas patrióticas, galantes y soberbias, en

recuerdo de vuestra primera libertad y por la ventura de la casa aparte; hermosuras encantadoras que presidís aquí la escena, ninfas arrancadas a los rosales del poeta en la margen que lame y acaricia el sagrado río; sabed y creed que el padre de la Patria comparece ante los herederos de su fama y los usufructuarios de su campaña cívica. Rodeado de los próceres, de los honrados vecinos, de los soldados beneméritos que dictaron y firmaron las capitulaciones de vuestra emancipación, os recuerda: que el gobierno es paternidad del pueblo, nacida para él, ministro de él; que la libertad no es una antena para deslizarse en el fango, sino un ala para hender el espacio con rumbo hacia la luz; que la Patria, aunque desvalida, madre nuestra es y debemos amarla, servirla y sacrificarnos por ella, sin desertar de la heredad, sin huir de la casa, esclavos de otros países y de otras civilizaciones. Os recuerda que Dios es árbitro de los destinos y su ley y su órbita; que «no hay otro remedio para los pueblos que un buen sistema de moral, a que deben propender todos los que aman a la Patria, y desean prospere por la legislación y por el imperio de las buenas costumbres, más eficaces que las leyes físicas». (1) Os recuerda que gobernar corresponde a los más diestros y virtuosos ciudadanos, el manejo de la hacienda a las manos más puras, el ejercicio de la espada a los héroes; que la ciudadanía es hermandad; la misericordia, ley; que antes que la política están el trabajo y la formación tenaz de nuestra personalidad. Más bien que intentar la formación de otros, modelemos nuestra propia fisonomía y

---

(1) Prólogo a las traducciones de las Epístolas de Pope.

adoptemos las posturas de serenidad y nobleza a que se nos llama en la vida pública. Así nos engrandeceremos como hombres y como nación. Y para hoy y para mañana, pues no somos aún del todo independientes, ya que no están de un lado cerradas las fronteras,

la Patria os pide y el destino os manda  
otro afán, nueva lid, mayor victoria.

Y en el banquete espiritual, para delicia de las artes, para soberanía de las deidades protectoras de esta tierra de epopeya, ¿no veis aún encendido el fuego en oblación al numen de vuestro magnífico poeta? Guardado habéis religiosamente la llama sobre las aras: encendida la tuvo aquí uno de los más diestros líricos, cuya potencia verbal desafía a la de los más incansables justadores de la lira: el robusto, el tonante, el dolorido Llona; viva queda la armonía de Borja, el cantor de Sucre, hijo del Pichincha heroico, nutrido en la inspiración de Guayas; González, el Proteo del verso, el eterno proscrito llenó vuestras selvas del rumor de sus estrofas. Olmedo ha visto en ellos a los guardadores del culto de su Olimpo del Guayas. Y ahora, lirás robustas y lirás juveniles conciértanse en numeroso coro. Aquí alientan los hijos mimados de la ciudad gentil, para rendir homenaje a la hermosura, diosa del poema, representada hoy por beldades de espiritual encanto, que desde el altar nos piden los ritos de su culto con la divina palidez de la emoción virginal, con los labios palpitantes en que duermen las caricias del ritmo, con los ojos de luminosa negrura como las estrellas del trópico. ¡Salud a ellas, salud a los vencedores de la

lira! Y perdure en estas playas la religión de la belleza, con la admiración a los héroes guardianes de la patria. El héroe y el poeta se juntaron, en este bendito suelo, para hacerlo mansión de apoteosis, donde el poeta mayor de América sublimó a su hombre más excelso. El poeta recibe en esta vez la recompensa más dulce, la sonrisa de las gracias. Lo demás que él pedía, ya lo tuvo en el amor de sus hermanos. ¿Y los tiranos? ¡No quedan ya los tiranos!

¡Feliz yo que te saludo, sombra veneranda! Venido de las montañas, para rendir tributo a tu memoria, agrego un modesto nombre al de tus admiradores, pido ciudadanía a tu pueblo natal a guardar los fueros de tu gloria y te entrego la lira que se estremeció a las caricias de tu numen. ¡Ella duerma sobre su tumba!

## NOTAS

### Un libro sobre Olmedo

Con motivo del centenario del 9 de octubre de 1820, se publicó en Guayaquil el excelente libro *Olmedo y sus obras. Estudio histórico crítico*, por el P. Francisco Váscos, S. J.

En los días mismos de la celebración del centenario, apareció aquel notable estudio, completo en su género y lo mejor que hasta hoy se ha escrito acerca del patriarca de los poetas republicanos de Hispanoamérica.

Es altamente honroso para el autor del discurso la conformidad de la mayor parte de sus afirmaciones con las del P. Váscos, autoridad ya en crítica literaria, que ha demostrado conocimiento y conciencia en su *Historia de la lite-*

*ratura ecuatoriana*, cuyas opiniones y fallos por lo general se conforman con el buen gusto.

La bibliografía sobre el poeta de Junín es ya abundante y en parte selecta: recuérdese a Menéndez y Pelayo, Cañete, Miguel A. Caro, Don Andrés Bello, Don José Joaquín de Mora, Rafael Pombo, J. M. Torres Caicedo, los Amunáteguis, el P. Solano, Juan León Mera, D. Pablo Herrera, Clemente Ballén, Angel Salcedo Ruiz, Víctor L. Vivar, Manuel J. Calle, Gabriel Pino Roca, Arroyo del Río, P. J. F. Heredia, Rafael Vélez M....

Debe mencionarse, con alto encomio, la diestra versión francesa del *Canto a Bolívar*, que la debemos al poeta insigne, notabilísimo caballero y literato D. Víctor Manuel Rendón, benemérito de las letras nacionales.

Además de los indicados, resulta copiosa la literatura crítica sobre el cantor de Junín, en revistas, folletos y al frente de antologías.

En biblioteca tan nutrida, prevalece el libro del Padre Váscones, a quien es justo presentar homenaje de aplauso.

Al P. Váscones, y al que hoy le encomia, quizás la censura les encontrará la tacha de hiperboismo. Mas uno y otro procedimos sobre antecedentes de crítica extranjera y sobre la amplia base de la literatura comparada. ¿Que el patriotismo nos haya forzado a echar inadvertidamente más sal que la necesaria en los manjares? Nos sirva de excusa aquella misma honrada virtud del patriotismo: lo de casa se ve siempre con más simpatía y la celebración de sus excelencias brota con abundancia, con la abundancia del corazón.

Cuanto a las cartas de Olmedo, el P. Vás-

cones prescinde de las cinco primeras que constan en la colección de O'Leary, t. IV. La segunda de ellas explica la situación del prócer guayaquileño con respecto a su Jefatura creada el 9 de octubre y a los motivos de su destierro voluntario al Perú.

### **El Ecuador entre el Perú y Colombia**

Lo que se afirma en el discurso sobre la mala suerte del Ecuador, es claro que no disminuye un punto la admiración y la gratitud que debemos a los libertadores y a los héroes de la Independencia. Sin ellos no seríamos pueblo libre. La emancipación, por mano de Colombia la grande nos hizo participar de su excelsitud: nos cabe la gracia de pertenecer a su primera, magnífica historia.

Pero, esto no quita que, a la luz de una filosofía algo más positiva, consideremos que nuestra incorporación a Colombia nos trajo desde luego la posición secundaria que se nos dió, que no correspondía a la arrogante y libre que proclamamos en 1809 y 1812: de protagonistas pasamos a la comparsa, y no se nos consideró dueños de nuestros destinos, por segundones; y cuando entramos a formar—los de Quito—en Colombia, perdimos los límites de la Audiencia, desde Paita hasta el río Mayo en Occidente y desde el grado 6° de latitud hasta los linderos con el Brasil al Sur y al Oriente. Dado el primer paso, lo demás vino en seguida.

Para explicar las ambigüedades de Olmedo y otros ecuatorianos ilustres de 1820 adelante, téngase presente que nadie esperaba de la vitalidad de Colombia, ni aun el Libertador, que con-

sentía en una división federal, con agregación hasta del Cauca al Ecuador. Consta ello de su correspondencia.

Así es como se explican las siguientes afirmaciones del P. Solano:

«Una de las causas que ha retardado el progreso del Ecuador es haber formado parte de la antigua Colombia. Esta, por su vasta extensión, por el difícil recurso a la capital, por los intereses opuestos de cada departamento, no podía sostenerse bajo la unidad: fué precisa la separación que exigía la naturaleza de sus partes constituyentes. Así es cómo al Ecuador, que nada había adelantado (!!) formando parte de Colombia, le tocaron solamente los males de una administración viciosa...» (*Obras. — Revista europea y americana*).

No podía, pues, interpretarse como traición el que los sucesores de Alejandro, cada cual se procurase un pedazo más o menos amplio del territorio, y que algunos patriotas ecuatorianos — según declaración del general Heres — pensaran en la inmediata separación del Ecuador bajo el mando de Lamar, el único caudillo militar ecuatoriano, para organización de un nuevo Estado o su agregación al Perú, que a fin de gobernarse necesitaba entonces hombres de afuera, como San Martín, Bolívar, Lamar o Santa Cruz...

El mismo P. Solano lo había dicho:

«El Perú tiene más elementos monárquicos que republicanos. No es más que un bello mármol, del cual se puede hacer una hermosa estatua... El Perú no tiene un hombre de Estado... Si los hay, estarán próximos a la suerte de Catón, por los triunfos de César. Algún atea político

podrá persuadirse de que el Perú progresará por casualidad... por creer que la estructura del universo se debe a la combinación casual de los átomos». (*Idem. id. id.*)

De esto y de mucho más que se podrá apuntar se deduce que hubo miras y propósitos en Guayaquil principalmente, ya para un vasto imperio peruano o para una separación del Ecuador, sin la tutela de Colombia. Con honrosas excepciones, el militarismo venezolano, principalmente, pesaba como una montaña en los departamentos del Sur, que ansiaban redimirse, y que no se redimieron totalmente sino en 1845.

Así y todo, al separarnos de Colombia, lo hicimos honradamente; nuestra conducta no fué equívoca, como la de Lamar, y sacrificado éste, quedó salvada la lógica de la historia. No pudo ser de otro modo. Mas no por ello quedó saneada nuestra herencia ni limpia de tacha la conducta de los hermanos mayores de la familia colombiana... Esto sin tomar nota de la mutilación del territorio. De la unión salimos, no con las manos vacías, sino con un brazo menos.

Las intemperancias de la patriotería han condenado a Olmedo por su empeño en la traslación de los restos de Lamar a su patria. (1) El criterio sereno del poeta patricio supo medir las cosas y a los hombres, en el momento de su actuación y no a la luz que, más tarde, debía encenderse para juzgarlo, según la filosofía de los resultados. No podemos borrar, de nuestra corta lista de guerreros, a uno de los más ilustres, que impuso su fama hasta el grado de obtener el mando de un poderoso Estado.

---

(1) Rocafuerte sostuvo con vehemencia el proyecto.



Acaban de traerse a su ciudad natal los restos de Ximena, uno de los más ardientes partidarios de la incorporación de Guayaquil al Perú. ¿No dirá acaso el puritanismo patriótico que fué necesaria la salida de los restos de Gual, el negociador del tratado de Guayaquil, a fin de que volviessen a ésta los de Ximena?

Quizás merecen alguna misericordia los hombres notables, más que las medianías; y no es justo dudar que aquellos ecuatorianos, si se equivocaron, no por ello dejaron de amar a su patria. Sus errores se juzgan con el criterio de hoy, cuando está definida nuestra nacionalidad. A lograr ellos su empeño, ¿seríamos nosotros los que condenásemos su gestión patriótica? Sábelo Dios...

Lo que hubo en los últimos años de Colombia fué un vasto movimiento de disolución, por motivos regionalistas y por espíritu demagógico contra el Libertador, que no supo ejercer la dictadura, necesaria entonces. Santander estuvo de acuerdo con Obando, Páez fué el primero que alzó bandera de rebelión, Obando se puso al habla con Lamar, los regionalistas de Guayaquil favorecían la separación de esa provincia, y en el Alto y Bajo Perú, sobre todo los elementos realistas obraban en conjuración contra Colombia y contra Bolívar. La campaña de Tarqui significa uno de los primeros movimientos antibolivianos y anticolombianos. La cuestión territorial aparece secundaria. Lo principal que se adivina, en el fondo del conflicto, es la formación de las nacionalidades que se perseguía entonces. El general Flores, primer presidente del Ecuador, logró lo que no pudo el desgraciado Lamar...

En diciembre de 1828, Obando escribía a

Lamar: «Yo me ocupo de algunos arreglos para hacer algún amago sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de Ud... Es el momento en que el Perú recompense a Colombia la protección que le dió...» En carta a Micolta, confiesa estar de acuerdo con Lamar y «apoya las operaciones del ejército del Perú...» (*Memorias del General O'Leary, t. VI.*) Obando servía a Santander, y Santander estaba en la conflagración (Véanse las *Memorias del General Posada Gutierrez*).

El general Rafael Urdaneta escribió a Soublette (16 de mayo de 1820):

«Con referencias a personas respetables de Loja, consta que brindando Lamar por Santander, a su entrada, dijo que venía llamado por él, y que él le había indicado también el plan de campaña; que las operaciones de Lamar alcanzarían hasta el Juanambú; que se formará un Congreso en Quito y se crearía la República del Ecuador, que debía presidir Lamar, como hijo del Azuay...» (*Memorias de idem, t. VI.*)

Tan autorizados testimonios excusan por lo menos a un general ecuatoriano, que, además de sus pretensiones nacionalistas, tenía el resentimiento justísimo de la resistencia a ser reconocido general de Colombia. Se dijo que no pudo ello ser, por no haber Lamar prestado servicios a esa nación. ¿Y Ayacucho no fué una batalla de Colombia...?

¿Cómo y por qué se exigía a los departamentos del Sur el *patriotismo colombiano* que no tuvo Páez, que no tuvo Santander?

Júzguese, pues, con más serenidad, acerca de la responsabilidad de 1828 a 1830...

### La Inspiración de Olmedo

Caso de complicada psicología aparece en verdad el de Olmedo, poeta que se muestra súbita y magníficamente inspirado, y que, sin embargo, componía con penosa lentitud. La creación espontánea se hace sin esfuerzo. Será que, en algunos, la creación se divide en períodos como los del Génesis explicado por la ciencia? Además, «los genios más maravillosamente dotados no se encuentran a toda hora en posesión de sus medios». (P. Väscones, o. c.)

Al dar noticia a Flores de la gestación de la *Oda de Miñarica*, dice Olmedo que al despertar la musa de Junín, se creyó poeta por primera vez, como si se encontrase en una región nueva y extraña. Tornaba la epilepsia del numen que dijo Ovidio:

*Est deus in nobis: agitante calescimus illo.*

Es la antigua observación de Platón acerca del dios que sacaba de quicio a sus elegidos, para hacerles oráculos suyos. Menéndez y Pelayo (*Historia de las ideas estéticas, t. I*), expone lo que al respecto se dice en el Fedro del gran filósofo: «Las mayores obras humanas se hacen por cierto furor, manía o delirio que los dioses nos infunden. *Manía* es el arte que predice lo futuro... *Manía*, la inspiración poética que instruye a los venideros de los hazañosos acontecimientos de los pasados...»

Esta altísima doctrina consta en una de las partes culminantes del *Canto de Junín*:

¿Quién me diera templar el voraz fuego  
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
torpe la mano va sobre la lira  
dando discorde son. ¿Quién me liberta  
del Dios que me fatiga...?  
*Siento unas veces la rebelde musa,*  
cual *bacante en furor, vagar incierta*  
por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas  
de las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas.  
Otras el vuelo arrebatado tiende  
sobre los montes; y de allí desciende  
al campo de Junín; y ardiendo en ira...  
y en cristado morrión y peto armada,  
cual amazona fiera,  
se mezcla entre las filas, la primera.

Enfrente de *Miñarica*, repite el vate los estremecimientos de la emoción inspiradora:

*Así mi musa un día*  
sintió la tierra huir bajo su planta...  
*Inquieta, atormentada*  
*de un dios que dentro el pecho no le cabe.*  
profiere en alta voz lo que no sabe...  
Cauoras voces se alzan despertando  
la musa de Junín...  
*Ya está dentro de mí...* Veloces vientos  
anunciad a las gentes  
un nuevo canto de victoria. Dadme  
laurel y palmas y alas esplendentes;  
volvedme el estro santo  
que *ya en el seno siento hervir el canto...*

Don Angel Salvador Ruiz, en su hermoso libro *La literatura española* (t. III), opina, no obstante lo apuntado, que Olmedo «es un buen poeta, menos puro de dicción que Bello, más frío y artificioso que Heredia, grandilocuente,

muchas veces orador tribunicio y *no cantor lírico*, de fascinadoras imágenes y versos resonantes, majestuoso, *lleno de lugares comunes*».

El diestro señor Salcedo, como buen soldado español, no ha podido perdonar al poeta de Junín varios conceptos del malhadado discurso del Inca. Pero este defecto propio del momento no puede autorizar a decir *frío* a un cantor de guerra, que sintió su emoción, rindió culto al heroísmo y amó apasionadamente a su patria. Por confesión unánime de los críticos anteriores al patriota Salcedo, nuestro poeta poseyó la fiebre del numen y el furor del oráculo. Cuanto a los lugares comunes, o sea al lenguaje poético de entonces, Olmedo es quien primeramente se emancipó de la etiqueta de palacio, más ampliamente que Quintana y Gallego.

Tampoco puede llamarse *artificial* a un genio: que sí lo fué el cantor de Bolívar. Tuvo facultad creadora, y esta facultad excelsa se confunde con el arte en la realización de la obra. Nuestro P. Váscones (*lib. cit.*) dice a propósito del vate ecuatoriano: «Los genios creadores, por la excelencia de sus dotes y su temperamento, nacen constituidos en tales condiciones, que sin mayores esfuerzos ni estudios, dan con el procedimiento más conforme con las leyes estéticas... y las observan con perfección...»

Olmedo, a pesar de la lentitud de la composición, acertaba en la forma, que recibía el sello de una inspiración espontánea y elevadísima, que jamás hubo de llegar al *artificio*, sino al arte legítimo y original...

### La aparición del Inca

Acerca de las censuras de la mayoría de los críticos al *Canto a Bolívar*—la mucha extensión, lo extraño de la intervención de Huaina Cápac en la épica de la independencia y el consiguiente anacronismo de la alocución del Inca—, parece que de la primera y de la segunda de aquellas censuras sale victoriosa la obra de Olmedo.

Este se propuso celebrar las últimas jornadas de la emancipación y la unión de los pueblos libres de la América hispana en una nueva y gallarda confederación de pueblos; aquello que muy tarde debían celebrar tantos otros poetas: Olegario Andrade (*A la Raza latina*), Cordero (*Aplausos y Quejas y Salutación a Chile*). La victoria de Junín aparecía un campo limitado a los propósitos del poeta, que, ante todo, debía cantar otro triunfo mayor y definitivo—el de Ayacucho.

Para coordinar los cuadros de una y otra batalla y concluir con el himno triunfal de la unión americana, era preciso un recurso de aquellos enérgicos del arte antiguo, que el moderno, tan liberal, condena. Olmedo prefirió la manera clásica, no la cristiana de los ángeles que presiden el curso de los astros y las rutas de la historia, ni el de los sueños, tan socorrido entre los poetas medianos. Ensayó la aparición de un caudillo. ¿Cuál pudo ser éste, en el momento histórico? ¿Colón, quizás con más derecho? ¿No representaba acaso la piedad y la justicia reivindicadas en América por Bolívar? Hoy es indudable que, a probar otra vez la épica de la independencia (empresa ya anacrónica), Colón ven-

dría a ser el semidiós. Pero, en los días de la lucha, cuando España era el enemigo y el nombre de Colón un nombre español, fué acierto invocar al gran Emperador suramericano, el hombre en verdad sobresaliente en la historia de la América primitiva: genio de su tierra, genio de la raza, no *entrometido* en el canto homérico de Junín, como dijo el sabio humanista M. A. Caro.

Don Andrés Bello escribió, a propósito de la aparición del Inca: «Algunos han acusado este incidente de inoportuno, porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente a su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece a los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención...» (*Repertorio americano*, 1826).

Acerca de este discutido incidente, óigase también al escritor ecuatoriano que primeramente hizo crítica en forma. Comentando la opinión de Torres Caicedo favorable a la máquina poética del *Canto a Bolívar*, escribió nuestro Padre Solano:

«La aparición del Inca es una máquina poética tan hermosa, que no se encontrará cosa semejante, según mi pequeño modo de concebir, ni en Homero ni en el Tasso, etc. Es una imitación de la profecía de Anquises, en el Libro VI de la *Eneida*. Pero esta imitación es superior al

original. El cantor de Encas hace hablar al príncipe troyano de las futuras glorias y calamidades de los romanos, para tomar de aquí ocasión de elogiar a Augusto y a su joven sobrino Marcelo. Esta es una pura idea del poeta. El cantor de Bolívar pone en boca de Huaina Cápac un discurso que, a excepción de algunos períodos, es el mismo que pronunciaron Huáscar, Atahualpa y Manco Inca. Véase la historia de Garcilaso. En una palabra, esta ficción es la más verosímil entre todas las apariciones de divinidades, fantasmas, furias, espectros, etc., de los poetas más famosos. De manera que Olmedo ha observado literalmente el precepto de Horacio en su *Poética*:

*Ficta voluptatis causa, sint proxima veris:*

y de aquí resulta aquel apasionarse el lector americano de una multitud de ideas, que hace nacer esta visión, con respecto a la patria, mucho mejor que los cuentos de Homero y el pasaje tan poético de Virgilio: *Tu Marcellus eris...*, que hizo derramar lágrimas a Octavia y a su hermano Augusto». (*Obras*, t. IV.)

En la novísima *Historia de la Literatura española* de don Angel Salcedo, se expone, hasta en forma satírica, la incongruencia de la aparición. Ciertamente que el sentido común no es medida para el arte, y el lado burlesco, a la luz de aquél, aparece luego, y fácilmente. Así, podemos tratar en guasa al mismo Horacio y a su imitador Luis de León. Si la aparición del Inca resulta inverosímil y grotesca, ¿cómo no será el discurso del Tajo que



el pecho sacó fuera, y  
habló de esta manera?

La sustancia del *discurso* del Inca pide también disculpa, por el carácter de esa clase de piezas. En efecto, nadie duda que el autor habla por boca de sus personajes y los moderniza, trasladando a los más remotos, al teatro en que vive y se mueve el poeta. De ahí las incongruencias y el proceso anacrónico. ¿Qué documento más concluyente en apoyo de esta observación que la audacia creadora de los dramas históricos de Shakespeare? ¿El arte se mueve en la amplitud de lo verosímil, y por más que se documente como en Flaubert o Huysmans, no prescindirá jamás de la nota personal que procede del autor, de su genio, de su inclinación, de su ideal artístico.

Es el escollo que tantas veces apuntaba nuestro M. J. Calle, de las *idolopeyas*, explosiones líricas a cargo de un muerto, que no nos pide cuentas de haberlo hecho órgano de nuestros desahogos personales.

Y en la misma España de su tiempo y en el mismo poema de Quintana *Panteón del Escorial*, ¿no es verdad que Felipe II, Isabel, Carlos V hablan por boca del poeta filósofo, en una forma imposible? No menos el Emperador acaba con aquellos célebres versos:

¡Oh míseros humanos  
si vosotros no hacéis vuestra ventura,  
¿lo lograréis jamás de los tiranos?

Pero de ello no se acierta a prescindir, sin que se suprima la mitad por lo menos de la lite-

ratura: poemas épicos, la vieja grande historia a lo Tito Livio, el drama y la novela histórica.

Ya se sabe que los vivos utilizamos de los muertos, con fines artísticos y hasta políticos...

Por fin, la venganza que la revolución americana creyó tomar contra la conquista consta de innumerables documentos de la independencia. No era, pues, aventurado ni insólito simbolizar, en el Emperador Inca, al semidiós vengador de los atropellos de la conquista. El mismo don Andrés Bello, en su *Alocución a la poesía*, condensó las largas quejas del *Canto de Junín*:

No largo tiempo usurpará el imperio  
del sol la hispana gente advenediza,  
ni al ver su trono en tanto vituperio  
de Manco Cápac gemirán los manes.

Y Heredia no se quedó atrás: estaba el caso en la atmósfera de ese tiempo, ¡hermanos de España! Era uno de los lugares comunes del patriotismo de ultramar, desde Fray Bartolomé de Las Casas:

Libertad a la patria de los Incas!  
Libertad de Colón al hemisferio!  
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo  
las vírgenes preciadas,  
libres del afrentoso cautiverio,  
himnos de triunfo entonan a Bolívar.  
Los pueblos que feliz libra y aduna  
Manco nuevo le llaman,  
y genio de la guerra y la fortuna!

(*A Bolívar*)

El mismo, siguiendo el procedimiento de las apariciones, hizo hablar a Moctezuma, Guatimozin, Gaicaipuro, Manco, Atahualpa, Tupac-

Amaru. Y el primero de los aparecidos concluye:

He aquí, ¡oh dolor!, la ensangrentada historia  
de la infeliz América: do quiera  
selló con sangre el español su gloria:  
ferocidad, perfidia, hipocresía  
tal su carácter fué...

### La oda al general Flores

La crítica ha declarado unánime que esta poesía es la obra maestra del patricio del Guayas. Pertenece a la antología universal, y tendrá puesto en las cien mejores poesías de habla española que se coleccionen honradamente. Más todavía: ¿qué pieza del género superará a la del poeta americano? El preceptista más escrupuloso no encontrará en ella falta sustancial a los cánones de la vieja retórica; y los enamorados de la poesía moderna verán en el *Canto de Miñarica*, una anticipación de las encantadoras variaciones, del desorden artístico, de los recursos arrogantes del arte que se anunció en los albores del romanticismo. Quien comience a leer la poesía dedicada al dichoso Flores, terminará indudablemente su lectura, llevado en las irresistibles alas de la emoción, que comienza con el vuelo del águila, imagen de la vieja escuela, admirablemente remozada.

El canto «que dormía en las cuerdas de la lira» vuelve desde los campos de Junín, para un tema de la última, pequeña y adorada patria, que

surgió sobre la hirviente y alba espuma  
del mar, nacida a serenar los mares...

Es una nueva batalla que se describe, sobria  
y magníficamente:

Los ecos  
ávidos unos a otros se devoran,  
y en inquietud perpetua se suceden  
como olas de la mar...  
Rayos sanguíneos las tinieblas aran  
con pálido fulgor...  
Se hiende el monte, el huracán estalla,  
y es todo el aire un campo de batalla...

Concluye el canto con el apóstrofe de gran  
atrevimiento:

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,  
que pasa el vencedor...

Lo curioso y casi inexplicable es que tan  
soberana poesía se hiciese para celebrar una vic-  
toria de lucha intestina y de no muy limpios an-  
tecedentes históricos.

El severo Fr. Vicente Solano escribió a pro-  
pósito:

«La última estrofa que comienza «Rey de  
los Andes...» paréceme muy atrevida. Un poeta,  
hablando del paso de Aníbal por los Alpes, dice  
que éstos se inclinaron. Aníbal y su ejército de  
ochenta a noventa mil hombres, atravesando los  
Alpes para destruir a Roma, es caso en efecto  
grandioso. Flores, pasando por el pie del Chim-  
borazo con seiscientos o setecientos libertos o  
esclavos para destruir la libertad ecuatoriana,  
sostenida por corazones patriotas y no por cón-  
sules y soldados romanos, es una cosa muy pe-  
queña. Cuando Bonaparte, después de la paz de  
Campo Formio, se presentó al Directorio, Ba-

rras le dirigió un discurso, que comenzaba con estas palabras: «Cuando los Apeninos, las rocas del Tirol y la Carintia se abatían bajo vuestro paso»; esto era sublime. ¡Qué ejército, qué jefe, qué obstáculos!

Al P. Solano se le pudo réplicar que, precisamente, la grandeza del genio deriva hacia el asunto, y signo es de suprema elevación dignificar lo pequeño, cubriendo su desnudez con la púrpura y oro del arte. Que esto no se conforme con la severidad histórica ni sirva para las conclusiones de la ética; que vale más que el arte, nadie debe negarlo. Mas, a Olmedo no le residenciará la crítica literaria; (1) y en cuanto a la trascendencia moral de su obra, ya el autor, en sus mismos versos, se apresuró a maldecir la guerra civil, recurso que muy rara vez resulta forzoso emplear. La victoria ciega a veces, como en Miñarica, no se da para la justicia: ésta casi siempre se acompaña de la derrota, comprobando el imperio del mal en el mundo.

### La obra poética total de Olmedo

Los autores de recopilaciones selectas han declarado como definitivas las poesías: *El canto a Junín*, *Al general Flores*, *A mi amigo en el nacimiento de su primogénito*, *En la muerte de Doña María Antonia de Borbón* y *El árbol*.

Se comprende que los críticos españoles incluyeran entre las composiciones escogidas las dos últimas, que pertenecen a la nota patriótica española y hasta a la monárquica y dinástica.

---

(1) «Para hacer buenos versos siempre es ocasión oportuna, y a los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos». — Menéndez y Pelayo: *Antología de poetas hispanoamericanos*.

Salvo algunos arranques líricos y sonoros versos que denuncian al futuro autor de los cantos de batalla, tales obras no corresponden a la fama de Olmedo. No importa que éste se quede con dos o tres poesías y se releguen las demás a la condición de simples documentos biográficos. Al autor de la *Epístola moral* bástale ésta, para llamarse poeta de los selectos.

Aparte el soneto *A la muerte de mi hermana*, valiente reminiscencia de lecturas francesas, que adolece, sí, de errores de orden trascendental, entre las obras originales del patriarca de los poetas hispanoamericanos, debe incluirse como excelente el poema *A un amigo, en el nacimiento de su primogénito*. Tiene los caracteres de la poesía bien nacida de Olmedo: movimiento, variedad y contrastes, noble discurso y diestra ejecución, que corre límpida y animada.

Algunas de las composiciones incluídas en colecciones atribuídas a Olmedo no parecen suyas, por no ajustarse a su índole. ¿Tal vez fueron piezas de encargo o de circunstancias? El águila se domestica a volar por lo bajo, en empresas de compromiso. El soneto a Orbegoso difiere esencialmente de la manera de Olmedo; y es curioso que aquella pieza la hubiese incluído, entre sonetos escogidos, don Miguel Antonio Caro, no tan sólo haciendo omisión de su autenticidad, sino de su muy relativo valor literario.

La traducción de las *Epístolas de Pope* sí merece respeto y elogio, no sólo por el acierto de la traslación libre, acomodada a la índole idiomática castellana, sino por los hermosísimos versos de la epístola primera y por casi toda la tercera, que parece, en buena parte, original de Olmedo, que ha puesto en ella mucho de su es-

píritu, su abundancia armónica y su primor de dicción. Entre muchísimos pasajes, léase este sobre la soberbia mísera del hombre:

¿Piensas que cuando Dios formaba su obra,  
tú sólo estabas en su excelsa idea,  
y que salió de su reposo eterno  
sólo por darte ser, placer, sustento?  
¿Sólo por ti? ¡Insensato! ¿quién prepara  
para tu mesa el recental gracioso?  
Antes pasto le da fácil y grato  
y para él los collados reverdecen...  
¿Será por ti que el ruiseñor doliente  
llena el bosque de trinos melodiosos?  
Nó. Es amor, quien enciende sus pupilas,  
placer quien hace trémulas sus alas,  
él sus amores y placeres canta.  
El fogoso bridón que en pompa riges  
parte la gloria y el placer contigo;  
los pájaros del cielo las primicias  
recogen de los frutos que tú siembras;  
de las doradas mieses de tu campo  
cobra el buey su salario merecido;  
y aun el cerdo que ni ara ni obedece  
jamás tu voz, de tí servido vive,  
íde ti que rey te jactas de la tierra!...

Y este otro sobre las tiranías de la naturaleza:

¿Quién vió nunca  
el lobo perdonar a los corderos,  
movido de piedad por su inocencia?  
¿O el halcón que se lanza de las nubes  
perdonar la paloma por los bellos  
matices de su cuello, o el milano  
dejar en paz al ruiseñor que suele  
turbar con su querella melodiosa  
por las noches el bosque silencioso?

Esto es poesía y gran poesía, muy más que  
la enderezada a la princesa de Borbón...

La crítica escrupulosa hallará en la traducción de Pope, del clásico Pope, el número y amplitud de la poesía española, que no se compadecen con la concisión férrea y el ritmo genial de la poesía inglesa. Olmedo se anticipó a justificarse, alegando la diversa índole del castellano y del inglés: circunstancia que más tarde debían probar literatos y traductores tan eminentes como Menéndez y Pelayo, M. A. Caro, Rafael Pombo...

Caro dice (*Ensayo métrico de una traducción de Byron: Repertorio colombiano*): «Se explican la discrepancia y aun antítesis que se observa en el espíritu de ambos pueblos (el inglés y el español), por la índole de ambas lenguas: la una, monosilábica, concisa y ruda en la expresión y democrática en la adopción de voces y giros; grave, numerosa, aristocrática la otra, hija de la latina, criada a sus pechos y entre las dos del mismo tronco, la más verdaderamente romana».

Cuando Olmedo recobra su libertad y se aparta de la rigidez del original, es cuando aparece en su genial esplendor. Las más bellas frases de la traducción son precisamente de sello y carácter español, idioma que no posee ciertamente la precisión métrica y el vigor filosófico del inglés, pero sí la exornación pintoresca y la abundancia elocuente, que entusiasma al lector, envolviéndole en el fluido sutil de la inspiración.

**Olmedo, primer poeta americano**

Lo es, en el concepto de nativo de América, que trató primeramente asuntos americanos,



como los de las victorias finales de la emancipación de las colonias españolas del Mar del Sur...

No hemos de llamar americanos, en el sentido nacionalista, a poetas incorporados, de obra y de palabra, a la metrópoli, aunque nacidos en Ultramar: el famoso dramaturgo Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Ventura de la Vega...

La estupenda campaña de la Independencia, que barrió con vientos de gloria los ámbitos de América, no tuvo otro poeta que la celebrase entonces dignamente, a no ser el nuestro del Guayas.

La nacionalidad en poesía y arte se determina, no precisamente por la procedencia de los autores, no siquiera por el idioma que sirve de instrumento a la obra, sino ante todo por el asunto, que, sentido y trasladado a la forma, resulta inconfundible, preciso y emocionante, por el color local y la sugestión patriótica.

Según este criterio, es evidente que los primeros literatos americanistas son los historiadores de Indias: Oviedo, Herrera, Cieza, y sobre todos ellos Garcilaso Inca, cuyos *Comentarios* significan el primer monumento de las letras americanas, en todo sentido, por proceder de un indígena de aquí, por el tema y por la ejecución.

Y el poeta americanista (prescindiendo de los secundarios, como el autor de *El Arauco Domado*, y de Castellanos, el de las *Élegías de los Varones de Indias*), es Ercilla, el de la *Araucana*, cantor de una raza de América, entonces y siempre la más guerrera, y a la que puso, por el esplendor del heroísmo, por sobre el nombre español.

Nuestro Olmedo, no obstante haberse formado en la escuela pseudoclásica española, al recibir las auras de libertad, tanto como Bello y después Heredia, sintió la impresión que brotaba de los grandes hechos del tiempo heroico, y pudo hacer poesía doméstica, para ensalzar al Libertador y a sus capitanes, dentro de un lienzo magnífico, iluminado por el cielo tropical: en el fondo los Andes gigantescos y en primera línea el golfo, uno de los más bellos parajes de la tierra...

Y este nuestro poeta, igualmente que Bello y Heredia, para acentuar los contornos de su personalidad y sacudir el yugo de la tradición española, buscaron en viaje espiritual otras tierras de arte, sobre todo la inglesa. Y allí modificaron su ingenio, dieron amplitud a su vuelo: uno de los primeros ejemplos de adaptación de las literaturas del Norte al tronco castellano: manera que perdura en la América española y que da a sus letras matiz singular de trasplante artístico—difícil, sí, pero que a veces resulta espontáneo y acertado.

El americanismo poético y literario, iniciado tan valientemente por Olmedo, Bello y Heredia, ha tenido curso lento en una larga ruta. Ahora mismo, la extranjería literaria, sobre todo la que de Francia llega, no permite el florecimiento del propio jardín, hoy cubierto de plantas exóticas, y de las nuestras, deformadas por ramas extrañas, ingeridas en aquéllas.

Posterior a los tres poetas primeros, en Colombia se trazó, sí, ancho sendero la poesía nacional: la de don José E. Caro, valiente zapador que se adelantó abriendo la maleza de la rutina, en una como exploración de simpática y hermo-

sa espontaneidad; J. J. Ortiz, el venerable cantor de *Los Colonos*; Gutiérrez González, el Virgilio dulcemente semibárbaro, y el magnífico cantor de *Gonzalo de Oyón*... Muchos años de esterilidad pasaron, para que aparecieran otros poetas americanistas en la misma Colombia, la Argentina, Méjico, el Ecuador, el Uruguay...

## ANTE EL CENTENARIO DE DANTE ALIGHIERI (1)

### I

En esta melancólica tarde de los siglos se multiplican los homenajes seculares a los grandes hombres. En la plebeya medianía de nuestros días trágicos, es dulce al mundo, anciano ya, tornar a la idolatría del recuerdo, a la edad de la epopeya, al culto de los genios. Y son tantos los varones eminentes que han honrado a la humanidad en las remotas edades, que en cada año nos es forzoso juntarnos, para los ritos centenarios de culto a los dioses mayores de la fama.

En el siglo presente se vienen multiplicando estas grandes solemnidades; y hoy, todos los

---

(1) El año de 1921, por designación del Comité organizado en Quito para conmemoración del centenario de la muerte de Dante, compuse el discurso para la solemnidad que había de verificarse en la capital. Por ser imposible mi traslación entonces a aquella ciudad, hube de remitir el discurso, a que lo leyese, el Sr. D. J. Alberto Donoso, y por ausencia de éste, el Sr. D. Francisco Guarderas. Cumplí así con el respetable Comité, que lo presidía el Comendador D. Orestes Jacobini.

En el propio mes y año del centenario, hice imprimir unos pocos ejemplares de aquel ensayo, que ahora se entrega a la publicidad, en homenaje al encumbrado poeta, honor de Italia, del Catolicismo y de la Humanidad.

R. C. T.

pueblos de la tierra se congregan para la apoteosis de Dante Alighieri, reconocido, por sufragio universal, como uno de los pocos indiscutibles representantes del linaje humano, no solamente por el esplendor del genio, sino por la alteza del carácter y la persistencia de la gloria.

Estimo distinción eminente intervenir en esta fiesta del alma latina, que se celebra en una de las patrias nuevas del numen de Roma, encarnado ahora en Dante. Desde la florida juventud, a él se dirigieron mis vacilantes ojos, y procuré seguir en pos de su carro triunfal, para recoger siquiera una huella perdida de su luz inefable. El que os habla juzga empresa superior a su posición y a sus fuerzas interpretar vuestro sentimiento, en la magnitud de este homenaje.

## II

La Edad Media, la edad geológica de las formaciones y cristalizaciones de la civilización cristiana, se inclinaba a su madurez. Tumulosa y viril, mostraba la grandiosidad de las convulsiones, la explosión de las catástrofes, dentro de las turbulentas aguas de donde habían de surgir las islas y los continentes de un nuevo mundo intelectual, moral y político que se generaban en el seno de aquel torbellino. El siglo XIII, el siglo estupendo de la Edad Media, agotó la grandeza, para producir al hombre que compendiaría el vigor de su tiempo, el tesoro de la antigüedad y la visión de lo futuro: el hombre completo que juntaría el saber y la gracia de la Hélade con el poder de Roma, iluminados una y otro por el sol, que en la tierra de la promesa, se levantó el año

primero, cuando se dividió el tiempo, y se partió en dos el gran océano de las civilizaciones. Dante debía cerrar con llave de oro la época medieval, y abrir con esa misma llave la edad moderna: poeta máximo, descubridor y conquistador, nauta hasta en las últimas aguas a donde puede llegar el conocimiento; poeta de ultratumba, el inmortal sobre todos los inmortales.

El genio esclarecido  
trocó—por la otra vida—la presente (1)

el tres veces poeta, uno y trino, el de las tres ciudades, el poeta a un tiempo humano y divino, por declaración de todas las gentes y de todos los tiempos. Si en algún dichoso mortal se han agotado las hipérboles de la alabanza y el incienso de la religión del arte, ha sido en él.

### III

Ha seiscientos años, ¡vanidad de la vida y de la gloria!, hoja del árbol de la humanidad, se arrancó y cayó para mezclarse al polvo de tierra extranjera. Su patria afortunada le había alejado de su seno de madrastra: fué el proscrito vengador y dolorido de veinte años. No le comprendió sino apenas su siglo: su obra apareció como un cometa que llegaba por primera vez sobre el horizonte, y su visión produjo el asombro: el estupor viene a ser el primer aplauso que alcanzan las obras inmortales. Después de Dante, se hizo el silencio, el silencio de un siglo; se había gastado el caudal de dos centurias, y había que es-

---

(1) Paraíso, XI.

perar otra, para que el Renacimiento trajese un nuevo sol y un nuevo día.

El poeta de Florencia conoció quién era, y cuál su puesto en el senado intelectual. Su conciencia le decía que, pues había creado él un nuevo mundo, otro mundo, el de las edades futuras, comprendería su genio. De sus compañeros Guido Cavalcanti y Guido Guinicelli bien pudo decir que él les arrebató la fama.

Se contó en el número de seis poetas mayores. De ellos hoy no quedan sino los más excelsos: Homero, Virgilio... y Dante. Sobre todos ellos, será forzoso levantar al padre de la poesía: Moisés. Dante prometiósese para después de mil años los grandes ritos que correspondían a su triunfo. El profeta no acertó a ver que, mucho antes, comenzarían aquéllos; que, casi interrumpidos en el paréntesis de oro del Renacimiento, volverían a recobrar su imperio; y no acabarían mientras el hombre pensase en su destino, sintiese su dolor y amase la naturaleza y la hermosura. Cuando suban las aguas del océano del olvido, en lenta ascensión por el flanco de las montañas, irán quedando los picos más excelsos, como aparición del cielo, más bien que como despedida de la tierra; eminencias que contemplarán, en la soledad final de las ruinas, el naufragio de las grandezas humanas y el hundimiento de la mole de libros en que se hubo derramado la humana locura.

Observada desde la cumbre, se advierte cómo es, bajo el sol, tan poca la obra definitiva e indiscutible, apenas unos pocos libros: la *Biblia*, libro de Dios, resumen y epopeya de la historia, desde las súbitas convulsiones del caos hasta la muerte del tiempo; la *Divina Comedia*, peregrina-

nación del hombre y su justicia, en los tres círculos de la vida inmortal; *La Imitación*, itinerario del alma al través de las miserias de la tierra; el *Quijote*, el otro aspecto del dolor, su hermoso antifaz, dualismo de los pobres nacidos para la realidad y la quimera, problema sin solución aquí de la carne en lucha con el ensueño.

#### IV

¡Feliz Italia, que, sobre tantos y tan grandes hombres, posee al mayor, al más alto! A la poesía ha concedido la opinión universal la soberanía; los poetas son los ocultos legisladores del mundo, dijo Shelley; los poetas van adelante en las rutas de la historia. Italia excede a las demás naciones, pues ha alcanzado la plenitud de la fama; ella, como pocos pueblos que la siguen, cuenta con el hombre superior: Dante. El, Moisés, Homero, Virgilio, Shakespeare, Cervantes, Goethe, dan el concepto de lo gigantesco; salieron, como dijo el mismo Dante, fuera de sí, para excederse a sí mismos, para deslumbrar a su edad y reinar en las edades venideras. En torno a ellos, como alrededor de las estrellas fijas, se agrupan innumerables pensadores y artistas; libros y selvas de laurel se amontonan al pie de sus estatuas; la pintura, la escultura, la música aprovechan los motivos de las obras imperecederas. Mientras más amplio se esparce el movimiento de las ideas, crece la atracción de aquellos astros de primera magnitud, que aprisionan, dentro de su órbita, a las generaciones que se van sucediendo, y que cada día, con más empeño, se orientan, en la peregrinación del progreso



siguiendo el curso de aquellos luminares, puestos por Dios para derrotero de la humanidad.

## V

La literatura y la poesía, todo el arte, tal como lo entendemos dentro de la civilización occidental, arrancan de Grecia: no sólo las letras traen su inspiración de aquella áurea, remota fuente; sino los idiomas, obra artística y colectiva, se han edificado sobre mármoles griegos. Un ciclo culminante del adelanto humano corresponde al del imperio de Grecia, imperio, más que por las armas, por la influencia de los Númenes y las Gracias.

Esa maravillosa cultura, en conquista pacífica, en evolución extensiva, se abrió camino a Italia, el corazón del Mediterráneo, centro de la historia, a Roma, sede del espíritu y de la belleza. Allá se trasplantó, no sólo el laurel de Alejandro, sino el de Homero; y Virgilio y Cicerón, tanto como César y Augusto, debían transformar el ocaso de la civilización griega en otra naciente civilización, que gobernaría toda la tierra, que fundiría en una sola federación de intereses e ideales a todas las razas, no únicamente a impulso de los legionarios, sino por la soberanía del Derecho, la supremacía de una lengua sonora y cabal y el encanto de la lira.

A esa misma Roma, para ser dueños del Mediterráneo y del universo, llegaron, en navegación de conquista, desde el extremo oriental de aquel mar de prodigios, unos pescadores de Palestina. Eran los mandatarios de un Personaje extraño, maravilloso y único, de un condenado a muerte, que fundó la religión del porvenir,

la religión de todos los tiempos, la monarquía universal de las ideas, creación íntegra de ciencia, arte y moral, en que fuimos, somos y sere-  
mos todos los que pensamos y sentimos cons-  
cientemente bajo el pabellón de las estrellas.  
Llevó entonces la palabra de predicación, de  
energía, un filósofo indomable: Pablo, ciudadano  
romano, que trajo al mundo greco-latino, prime-  
ramente las ternuras evangélicas, la leche y miel  
del *Sermón de la Montaña* y después toda la  
médula de león de la doctrina cristiana. Comen-  
zaba la serie de nuevos siglos que cantó el pre-  
cursor Virgilio, para imperio de

Saturno, padre de los siglos de oro...

Dividida la historia en dos mitades, entrá-  
bamos en la segunda mitad, para la unidad de  
las almas, la paz de las conciencias y la igualdad  
de los hombres ante la soberanía de su Creador.  
El Cristianismo, adelantándose a las haces im-  
periales, entró en Roma y penetró por los ámbi-  
tos conocidos del planeta, en empresa de reno-  
vación, en jornadas seculares, triunfando por la  
sangre del martirio, por la educación de la con-  
ciencia, por la práctica de una libertad sin man-  
cha, por la predicación de la caridad.

Con esta corriente impetuosa de ideas nue-  
vas, vino al occidente la *Biblia*: el libro, así lla-  
mado, porque sólo a él corresponde el nombre.  
Apareció en las escuelas occidentales la intensa,  
la magnífica, la ultraterrena literatura hebrea.  
Como una inmensa masa de aguas cristalinas,  
que se abriera paso a través de un portentoso  
canal, los poemas históricos, morales y poéticos  
de la *Biblia* se vaciaron sobre la cultura antigua

de Grecia y de Roma, vivificándola, depurándola y dándole impulso de corriente avasalladora, que ganó todas las riberas y se granjeó el dominio del porvenir.

El Cristianismo, con todos los elementos de vida que arrancan desde la génesis del mundo, resplandeció, con luz plena, con calor de vida inmortal. No vino a destruir el saber y la belleza antiguos, vino a encaminarlos. Anunció los dogmas y misterios que completarían la concepción tradicional de los destinos humanos, desde la creación en el oscuro seno de la nada, hasta la triunfal resurrección de los cuerpos. Llegó la sorpresa de las altas cosas, de las cosas arcanas, aunque incomprensibles, ciertas, con la certeza de la palabra de Dios. La *Biblia* resultaba el gran poema de la humanidad, síntesis de su historia, desde la esperanza en el Salvador, desde los idilios del Edén hasta la plenitud de los tiempos; luego la aparición del Señor, del Varón de dolores y la vocación de los gentiles; la vasta confederación de tribus, pueblos y naciones, «las arenas del mar y las estrellas del cielo»; y al cabo la segunda venida del Señor en majestad: una línea recta y luminosa trazada sobre el mundo universo, desde el vórtice del caos hasta la cumbre de la visión bienaventurada. Este gran libro, cosmos de la fe, más que un libro es la manifestación de Dios en la tierra, la Revelación, por medio de la palabra, la atracción de las almas hacia un solo centro: el Príncipe de la paz, el Vencedor de la muerte, Cristo, el Soberano, al que se dió el imperio de la tierra.

Comenzó luego la época reflexiva, el examen de conciencia de los pueblos. Mezcladas las civilizaciones, para la depuración, se imponía el es-

tudio, la paciente labor de separar, de escoger, de pulir; y vinieron la teología y los doctores, para construcción del edificio con los dispersos sillares de la tradición. Y con los doctores, comenzó a desplegar las nacientes corolas la flor de la poesía nueva, que correspondiese a las encantadoras escenas del Evangelio y a la graciosa sabiduría de las parábolas. En la obra hercúlea de los primeros apologistas, teólogos y maestros de controversia, saltan ya las primeras chispas de la inspiración cristiana, que debía crecer en la elocuencia del Crisóstomo, en las páginas vibrantes de San Jerónimo, en las dulces confidencias del obispo de Hipona, hasta llegar a las estrofas de los himnos litúrgicos, a los cantos de San Ambrosio, de San Bernardo, de Paulino de Nola y, sobre todo, a las vehementes estancias de Prudencio Clemente, que cantó a los héroes cristianos, con acentos desconocidos en la lira de Roma.

## VI

En el siglo XIII, la cultura cristiana había dado la primera cosecha de las literaturas romances; llegó a su cumbre la jornada heroica de los poemas francogermánicos, y el *gay saber* había destilado sus panales hasta casi agotarse en los sonetos de Petrarca. Entonces, discípulo de Alberto el Grande, surgió en Italia otro de sus colosos, Tomás de Aquino, que entregó al comercio de las ideas inmortales un libro de enciclopedia, la *Suma*, reducción, en solo un libro, del saber, en sus más intrincadas proyecciones.

En marcha así las corrientes de la civilización, debía nacer, del movimiento impetuoso de

esa edad de formación, la síntesis de teología, de filosofía y de arte, que compaginase la antigüedad con el Cristianismo y abriese al Cristianismo los caminos del porvenir.

Había ya las bases para la concepción armónica de los conocimientos: compenetración de la poesía en la doctrina y de ésta en la poesía, a impulso del ideal religioso, único entonces de la humanidad.

El mundo pagano, en la dispersión de sus dioses, no acertó a llegar ni a los umbrales de una fábrica así de suprema unidad, que aprovechando las tradiciones y el acervo existente de cultura, desarrollase el plan de creación que resumiese las aspiraciones humanas en el tiempo y fuera del tiempo.

A Dante, que conoció hasta el fondo la antigüedad grecolatina, cuyo genio asimiló la tremenda, sublime inspiración de los poemas hebreos, cuyo espíritu sintió el tormento magnífico del alma de su edad caballeresca, soberbia, indomable, le fué concedida la fortuna de tentar la empresa, de coronar la empresa: obra de conjunción de dos civilizaciones y de dos mundos, de la vida y de la inmortalidad.

Las tradiciones órficas, los poemas de Homero y de Hesíodo, el frío y artístico libro de Lucrecio, el similar e inspirado de Ovidio, el viaje a los infiernos de la *Éneida*, todo ello resultaba débil y pequeño, como antecedente de la estupenda creación que debía realizar el poeta de Florencia.

Se trataba de una síntesis de amplísimo vuelo que redujese a la técnica de la poesía los elementos cosmogónicos, racionales y teológicos al alcance de la humana inteligencia, mediante la

iluminación inspirada, en tentativa de audacia, casi superior a las fuerzas creadas: obra de brío e intensidad de un espíritu aquilino que abarcase las nébulas y los sistemas del pensamiento y las infinitas vías de la tierra a las estrellas, reduciendo el universo a una geometría poética y filosófica que comprendiese lo pasado y lo futuro, el alma y la realidad exterior, la vida en el cuerpo, y la vida fuera del cuerpo, y dando a la construcción una estructura y ensamble en que no asome esfuerzo en la idea primordial ni violencia en la ejecución.

## VII

Florenzia, capital de la cultura italiana, teatro fué de febriles luchas, de aquellas en que se debatían entonces las ciudades de la Península, por conquista o en guarda de sus fueros comunales. Dante, patriota florentino, no renunció jamás las contiendas de la ciudadanía: en su tiempo, casi era desconocida la prescindencia política, aquel sibaritismo tan común hoy que compra la dorada servidumbre del retiro y la cobarde esquivez, con la renuncia del derecho y de la entereza varonil de todo ser que ha nacido para la acción, para la dinámica de la voluntad, para la defensa y el ataque, que significan lo más noble y sustancial de la vida. Se batallaba entonces largamente, con ardor, por un ideal, por nobles ambiciones casi siempre, y en todo caso a estímulo de trágicas y quizá bellas osadías. Dante güelfo (del partido popular arrimado al Pontífice y portaestandarte de las libertades comunales) evolucionó hacia el partido adverso—los gibelinos—, que sostenían, a la sombra del

emperador, del seudo Imperio romano, el ideal de una federación italiana, que, por la alianza del Pontificado y del Imperio, mantuviese la supremacía de Italia en las naciones de occidente y quizás en el mundo.

El espíritu de elevación, la tendencia aristocrática, el hábito autoritario que correspondían a la grandeza del poeta, le inclinaron al partido de los *blancos*, en contra del de los *negros*. Prior de Florencia, se creyó en ella necesario, y una vez, cuando se trató de enviarlo de embajador, exclamó súbitamente: «*Si yo voy, ¿quién queda? Y si quedo, ¿quién va?*»

Un hombre así debía provocar y provocó el odio de sus émulos, el terror de los plebeyos y el desdén de los engreídos señores. Cuando soñaba él en la libertad de Italia, «*llamada a realizar la renovación de la literatura y de la civilización modernas, mediante el Cristianismo, sin sujeción a poder extraño, mediante una confederación perpetua*» (César Balbo), fué postergado, se le condenó al destierro, y a ser quemado vivo si volvía...

Abandonó su hermoso redil (*bello ovile*); y confiscados y perdidos sus bienes, tuvo de dejar su casa, abandonar a sus hijos y a su esposa, entregados a la crueldad de la miseria, y peregrinar por señorías y palacios de potentados extranjeros, llevando la faz sombría bajo los pórticos de los alcázares que le humillaban con su hospedaje y sentándose a la mesa ajena, para beber, en ajeno vaso, la amargura del vino mezclado con lágrimas.

Hombre inmenso, terrible, estupendo, en verdad no apto para las elasticidades de la simpatía, que la obtienen los caracteres blandos, de

modestia calculada y serena mansedumbre. Con la túnica de su tiempo, majestuosa y severa, negra casi siempre por la austeridad, indiferente a la visión de los sucesos y de las cosas que había contemplado ya en su mundo interior, la nariz aquilina con finura de daga; los ojos encendidos, ojos de rapia como de César, con vislumbres de fiera y de serafín, pasaba por los caminos sin querer mirar, preocupado por el cálculo de lo infinito y manejando la brújula que llevase su fantasía a través del océano desconocido. En una solemnidad festival de Siena, por largo espacio, no alzó los ojos del libro. Padecía el tormento de la superioridad, de la que no podía bajar sino por los peldaños de la piedad y el perdón, nunca por los de la humillación y el renunciamiento. Se pudo decir de él lo que de Fidias: que contempló a los dioses muy de cerca y a los hombres lejos. En la existencia doméstica, tuvo la frialdad de la cumbre, que da sombra, pero sombra helada a la llanura; careció quizás de las expansiones ordinarias, sin dar al deber las caricias que lo hacen dulce y amable. En su patria y fuera de ella, por no caber su grandeza en parte alguna, fué siempre un proscrito: proscrito en la vida presente, sintiendo su miseria, vengándose de ella con el sarcasmo, desafiando al vicio y a la codicia, aplastando la pequeñez, sobre todo la de los afortunados y los dueños del mundo, emperadores, reyes y pontífices. No conoció la complicidad del silencio, ni ocultó secreto alguno en el fondo de sus entrañas. En él se puede alabar lo que enaltecía uno de los padres de la crítica moderna: «Dijo todo lo que tenía que decir, sin que la disimulación fuese para él recurso artístico». (Sainte-Beuve).



Padeció la elevada pero amarga dolencia de la vanidad; regó con llanto las raíces del árbol de la gloria; apeló a la posteridad, del desdén de sus contemporáneos; y lanzó el anatema contra la ingratitud de su patria:

Italia, esclava de dolor asilo,  
burdel, y no señora de naciones. (1)

De las pasiones humanas tomó la parte generosa para engrandecerlas: de la ambición hizo el patriotismo; de la soberbia, olímpico desprecio a esclavos y señores; del amor, la suprema elevación. Se le acusó por su ira, aquella ira que era su alma, y la ira inspiróle la gran justicia, la que creó el infierno, que debió ser creado, como dijo un bufón de gran talento. Se le llamó volterio y tornadizo porque dió espaldas a sus viejos amigos que querían ensangrentar la victoria y vender la patria al extranjero francés. ¿Qué fué sensual? Cuando de su misma armadura masculina de sangre y de fuego, como flor de reparación, brotaron las ternuras espirituales, que preludiaban las jornadas místicas de la santidad, los ardores de la carne no contaminaron ni la orla siquiera de la túnica de la divina Beatriz, ni llegaron hasta la ventana de luz de la *Dama Compasiva*, ni al alcázar de la *Dama gentil del Convite*.

## VIII

Este superhomo en que se juntaron la flor del ideal y la savia del instinto, la piedad y el fu-

---

(1) Purgatorio, VI.

ror, la llama del sentido y la llama de amor viva, alta y divina, debió hacer e hizo el poema humano por excelencia, el enorme poema, la *Comedia*. Dióle ese nombre, porque la risa «es esplendor de la inteligencia», según decir de *El Convite*; la *Comedia* significa la risueña y serena contemplación de la vida triste, que se redime de su dolor por las caricias del genio. — (*Purg.*, IX).

Tan maravillosa composición no tuvo raíz ni simiente: nació sola, *prole sine matre*: su originalidad representa la nota primaria de excelencia del poeta, que por ella exclamó:

La onda que surco, nunca fué surcada. (*Purg.* XI)

Igualmente, otro genio, antítesis del suyo y no menos encumbrado, dijo de su creación, el *Quijote*: «Para mí sólo nació, él supo obrar y yo escribir; y mi pluma vivirá luengos siglos». (Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo*... Cap. final).

El objeto de la *Divina Comedia*, teológico y moral, se endereza a una síntesis completa de la existencia, iluminándola con la sabiduría divina, «de cuyo lado no se encontrará en el poema una sola sombra». (Gioaquinio Berthier: *La Divina Comedia*).

El fondo del cuadro, más amplio que el del *Triunfo* de Rafael o el del *Juicio Final* de Miguel Ángel, inspirado en la Trilogía del profeta florentino, abarca el inmenso escenario de la creación: la diminuta estrella que habitamos; la melancólica lámpara de la luna que alumbra en muchas noches la peregrinación del genio; el sol que preside el curso del universo, continente nuestro de luz en el infinito de las constelaciones; el abismo con sus espesas sombras; las hen-

diduras y promontorios lamidos por la llama; los rincones de desolación de la noche; las aguas muertas y bituminosas que azotan las entrañas de la tierra y ladran con las olas en furor; las playas de tibia lumbre y las riberas marinas del Purgatorio donde la resignación espera, y se mezclan cánticos y piadosas querellas al perfume de rosas de penitencia; y las rompientes de luz del Empíreo, sus círculos y esferas de contemplación, de visión, de adoración, de éxtasis; las azuladas llanuras para el vuelo de las trémulas alas de los ángeles; la esperanza que ha encontrado su puerto, de paz, la caridad que se ha fundido en la llama del amor que no acabará...

Esta milagrosa síntesis trascendental se ha construido, no por modo de razón ni por cálculo de inteligencia, sobre sus duras escalas, sino en viaje etéreo, al vuelo, en la expansión y plenitud del numen, por intuición, por adivinación, por arte sublime. Desde su altura, puede comprenderse el misterio; la creencia, y la poesía confunden el ritmo de su ascensión; resuelto aparece el problema de la Providencia en la historia, y se explican la mecánica del universo, las revoluciones siderales, el espacio infinito y el enigma de la eternidad. Las áridas matemáticas encontraron el genio que levantó también su pesada mole, para lanzarla a rodar en el vacío, resplandeciente por la inspiración: ellas han llegado también al infinito, donde alienta el alma universal, el espíritu divino, que pasa sobre la faz del abismo y sobre la más alta cumbre del cielo. ¡Enorme poeta, y enorme el océano en que su inspiración se dilata...!

La onda que surco nunca fué surcada;

ni otro alguno la surcará hasta que haya tiempo y haya humanidad.

¡Oculta psicología del talento! Este poeta ultrasensible, que se trasplantó a la inmortalidad, que desdobló su inspiración y su ser, no fué un solitario ni un contemplativo, un santo o un místico, sino un soldado, un pecador, siervo a veces de la carne, que manejaba el venablo de la sátira desde su arco en tensión:

El arco del decir tenso hasta el hierro; (Purg., id.)

un viajero de todas las sendas, embriagado en las rosas del amor. Fracasaron en él la doctrina de los antecedentes, la lógica de los hechos y la geometría de la investigación: él comenzó, siguió y acabó, rompiendo los moldes de la naturaleza.

## IX

Su aparición en la ciudad del arte, de la ciencia y de la historia significa la alianza del mundo antiguo y del mundo nuevo, de Grecia y de Sión. Virgilio, último de los dioses de la lira en la bella antigüedad, fué su maestro.

Cuenta piadosa leyenda monacal que un viejo monje enamorado de Virgilio pensaba una tarde, a las orillas del Mar del Norte, en el destino de un alma tan bella y pura como la de Virgilio. Absorto en el misterio de esa meditación, le sorprendió un libro que flotaba en las olas, y que las olas lanzaron a la ribera. El monje recogió el libro náufrago: ¡era de Virgilio! Esa noche, en la piedad del sueño, un espíritu le descubrió cómo aquel libro se había salvado en un naufrago.

gio de siglos, porque también el poeta estaba salvo. El dulce Virgilio habitaba en las moradas que se reservaron a los precursores de Cristo.

Los poetas cristianos no podían resignarse a la proscripción de Virgilio, de las playas del Paraíso; como los filósofos de la misericordia no consienten que Sócrates, Platón, Séneca habiten la mansión de las sombras.

La compañía de Virgilio, desde la Selva solitaria hasta las últimas riberas del Purgatorio, con la incorporación de los héroes, dioses y genios de la antigüedad en las regiones del Infierno y de la Expiación cristianas, corresponde al orden de la belleza perenne de Grecia y Roma mezclada a las sublimes escenas, sobre el fondo de soberbio paisaje, en el cuadro magnífico del poema, que utiliza a la humanidad entera, para un conjunto de maravillosa armonía.

Los mármoles de las estatuas, no reducidos a polvo por los celantes del nuevo culto, guardáronse con los papiros de las bibliotecas, monumentos venerables de la civilización, para aprovechamiento de las generaciones cristianas. Las estatuas debían bautizarse, y trasladarse a los museos, para culto no religioso, sino de arte; y los libros de oro, rescatados en los cenobios y en las casas de oración, por mano de monjes y pontífices, pasaron a las escuelas, para salvar el idioma, la poesía y la gloria, manteniendo así no interrumpida la tradición de cultura, a fin de que el hombre de todos los siglos resultase uno por la ciencia y la belleza. El Cristianismo no vino a destruir, sino a edificar, a transformar, a completar el mundo de las ideas y el universo de la historia, sin alterar la corriente tradicional: renovación sobre las tumbas, evolución constante del

espíritu, conciencia permanente de los destinos humanos.

## X

Más tarde, debía venir un violento impulso de retroceso, casi excéntrico, el del Renacimiento, que tendió a desviar la marcha de ascensión del ciclo medioeval. La civilización greco-romana, ingerida en el árbol del Cristianismo, resucitó preponderante, en una congestión de savia y de vigor, que amenazó destruir la obra de las centurias cristianas. Los secuaces de la resurrección del paganismo «no supieron qué hacer del Evangelio que les estorbaba». En esa espléndida enfermedad del humanismo, Dante, sin admiradores y casi sin lectores, esperaba en su olvidada tumba los mil años que él se prometió para resurrección de su fama.

El gran poeta de *La Divina Comedia* dió la norma cierta y definitiva de ensamble de la civilización greco-romana con la civilización cristiana y universal. Imitó los modelos antiguos, no como siervo de su soberanía, sino como aliado, y a veces como rey: que rey era, por la elevación de la sabiduría, la visión inmensa del numen y el vuelo del espíritu a través de regiones desconocidas; todo ello fruto de la sacra simiente que se plantó en el Calvario y dió el árbol que atrajo a pueblos y gentes de todos los rincones de la tierra.

En *La Divina Comedia* Virgilio está en su sitio propio; en los varios cuadros del poema aparecen los semidioses, los héroes y las divinidades de los mitos primitivos: Plutón y Proserpina, Hércules y Teseo, Diana y Dafne, el des-

venturado Hipólito y Orestes. No causa extrañeza ni aun la invocación a Apolo, en el punto mismo de abrirse la puerta del Paraíso, y no asombra la presencia de Catón, salvo ya en las moradas de la paz.

La poesía se presenta como un caudaloso río, que utiliza y recibe todas las fuentes y avanza por los mundos de la realidad y de la fantasía, majestuosamente, hasta perderse en los confines del tiempo. Esa gran masa de las aguas, en la obra del Dante, resulta el Cristianismo, a cuya grandeza y plenitud han concurrido las muertas civilizaciones, sus mitos y sus dioses, los héroes y las gracias.

## XI

Dante poseía, en alto grado, el atributo de independencia y soberanía personal: sin quebrantar un solo precepto, sin atentar contra la supremacía indiscutible de las ideas, sin romper en parte alguna el velo de la fe, supo ser dueño de sí mismo, alimentóse de su propio numen y se aventuró en el gran viaje, para llamar a juicio a todos los seres, a quienes puso en las moradas ultraterrenas de un Infierno, un Purgatorio y un Cielo, hechos según el dictado de su conciencia, fiscal, juez y verdugo; y consolador y galardonador, a semejanza de Dios que lo creó. Esta poesía estupenda llegó a las orillas de lo imposible y se irguió atrevidamente en los espacios siderales.

Dante fué creador, altamente creador, no de un mundo caótico y disperso, sino de un cosmos poético, equilibrado y magnífico.

La obra de toda la vida de Dante responde a un solo impulso de unidad y concentración,

para la fábrica de un sistema, fundido en una sola pieza, reluciente, inquebrantable, que al sonar en un punto como esfera de metal, sonaba armónicamente en todas sus partes. *La Vida Nueva* constituye la primera etapa sentimental, la ciencia y razón de amor, la reconstitución del ideal caballeresco, transformación de la sabiduría de amar de los trovadores en la inmaculada unión mística. El *Convite* compendia los conocimientos de su edad y adelanta en su síntesis, preparando los sillares de la *Comedia*. El libro de la *Monarquía* concibe la organización del mundo para su paz y engrandecimiento, bajo un solo cetro temporal que correspondiese, paralelamente, al gobierno de las almas, ejercido por el Pontífice de Roma: «soberanía paciente, civilizadora, universal, instituida para interés de todos, conservadora de la libertad de cada uno, para suprimir desigualdades que alterasen el nivel general de la naturaleza». (Ozanam).

Su programa sociológico e internacional supera a casi todas las fantasías hegemónicas que los apóstoles de la paz han forjado, en larga meditación, sin más resultado que la vanidad de su tentativa. No se trata de Roma, que estableció el despotismo del *civis romanus* sobre los demás moradores de la tierra, sino la federación de los pueblos dentro de un invencible imperio, en que desaparezcan los intereses de persona o región en cuanto estorben al bien de la humanidad. Desde entonces, ésta no ha alcanzado el equilibrio que se traduce en la paz de las naciones. Organizado el sistema internacional en la forma de rivalidad de los Estados, la paz no se ha adquirido sino con la guerra, y las expansiones de los pueblos han ido paralelas al engrandecimien-



to de sus armas. Ni la lucha tantas veces secular contra el imperio musulmán que invadió casi toda Europa juntó a sus nacionalidades para la resistencia: la Iglesia quedó en ocasiones solitaria sobre los muros dismantelados de Roma. Las naciones cristianas se disputaban la hermosa presa de Italia. Después, desaparecida la grandeza de España, tomó la soberanía del mundo Inglaterra en lucha con Francia: han sido las sangrientas etapas del equilibrio europeo, que se rompió a principios del siglo XIX, gallardamente, por el *Capitán del Siglo*. Su caída trajo el torbellino de las ambiciones y algo como la organización de un caos. Estamos dentro de él, acaba de finalizarse la guerra mayor que ha asolado la tierra, y la justicia no ha aparecido, ni se anuncia la paz por ningún lado del horizonte. Se levanta, como una esfinge, la faz bronceada y adusta del poeta florentino, que pide a las naciones cristianas cuenta de sus locuras. Su gran ensueño de paz universal queda en pie, flotando sobre el humo y vapor de sangre de la crisis contemporánea.

## XII

Cumbre y remate de tan magníficos ideales es *La Comedia*, que la opinión de todos los tiempos llama *Divina*, que resuelve los problemas de la vida, en forma trascendental: el mundo como debe ser, la justicia en el tribunal de la historia, el juicio de Dios por boca del poeta. ¿Qué cosa de las que alientan bajo el sol no cabe dentro de las altas murallas de este poema, ciudad inmortal, edificada para entrada y salida de to-

das las caravanas que han de peregrinar hacia el templo que guarda las cenizas de su último profeta?

En el *Infierno*, marcados por el fuego, desfilan los enemigos del genio, los malvados de su tiempo, los monstruos humanos de todas las edades. Allí aparece la gigante tragedia del furor de Satán, la vorágine de rebeldía en que se hundieron los ángeles en la primera contienda, las almas que vagan en las negras aguas de un mar de infinita amargura. Las pupilas del profeta se abren en el fondo de la sombra, sorprenden uno a uno los suplicios, varios y múltiples, desde el tálamo de llama hasta los eternos hielos, donde los precitos lloran y ven trocadas sus lágrimas en nieve que les ciega. Allí la severa venganza del poeta hasta contra el pecado de los suyos; él no perdona ni al maestro Bruneto Latini; allí la espantosa escena de Ugolino en la Torre del hambre; allí sorprende el episodio inimitable que hará llorar a los amantes de todos los siglos, el de Francesca y de Paolo, cual

palomas con las alas desplegadas,  
del deseo a merced, al dulce nido  
van, en alas del viento, enamoradas; (Infi. V)

y se pierden en la cálida atmósfera, volando, y volando sin fin, inseparables: los ojos de fuego del poeta alumbran la escena en las tinieblas.

En la poesía antigua abundan las tradiciones del Averno: a las asombradas gentes se mostraba la misteriosa entrada del Aqueronte, donde empujaba su barca el sombrío piloto, en infatigable travesía de ir y venir, para conducir a las almas hacia la ignota ribera.

Mas las otras partes del poema, el *Purgatorio* principalmente, denuncian la originalidad sin punto de partida. Aquella es la primavera de la poesía cristiana, que florece con todas sus flores, después de los

versos de amor y prosas de romance. (Purg. XVI)

Palidecen, ante esta explosión de arte, las trovas del Lemosín, que Dante rechazó para comparación con la nueva habla en que había agotado su ternura Francisco de Asís, uno de los primeros moradores del Paraíso. Se había apagado la estrella de los Guidos y de Dante de Majano. Quedaba solo, para sí, para Italia, y para el mundo el cantor de *La Comedia*.

Al penetrar en las mansiones del *Purgatorio*, por entre la abertura de una montaña se anuncia el azulado oriente de zafiro, y Virgilio, el maestro, siente efluvios de selva primitiva que vienen de nuevos mundos y nuevos cielos. Paisajes maravillosos los de ese país de adivinación: transparentes los lagos, los lirios en flor, trémulas las frondas, iluminadas por la luz que se anuncia en las sombras primeras. Y allí bajo un cielo diáfano, apacible, el inmenso dolor de la expiación mezclado a las ternuras de la esperanza, dolor como el de las madres que ven a sus hijos en el cielo; llanto de felicidad, ojos alzados hacia la sempiterna aurora, en angustiosa y resignada espectación.

En la primera jornada, el poeta encuentra a su amigo Cassella, al músico que encantó sus horas de la tierra: «—¡Cassella mío!», y Cassella le responde:

Así como te amé,  
en mortal cuerpo, te amo todavía; (Purg. III)

y Cassella tañe y canta delicadamente una vieja canción de su amigo Dante.

En una claridad como de tarde, nace una nueva luz, y se abre otro horizonte, y así como al anochecer, comienza a agitarse un polvo disperso, áureo y gris, y asoman en el cielo etéreas imágenes, que parecen ser y no ser...

Llega Lía derramando corolas, que tienen la frescura del primer rocío de la tierra y dan aroma que se aspira por primera vez. En el aire, en la luz, en el perfume, se anuncia la aparición que ha de estremecer al poeta.

A través de una lluvia de flores, sobre alas níveas, al rumor de sus remos que se agitan, llega la imagen celestial: la cubre verde manto, la ciñe túnica de púrpura, vela su faz tenue gaza de inmaculada blancura y corona su cabeza la plateada oliva:

¡Es Beatriz!

[Amada del primer amante, oh diosa!, (Idem, IV)]

el amor de los primeros años, el de los últimos años, el amor único y espiritual. Siente el peregrino correr por las venas la antigua llama, tiemblan las arterias como para arrancarse; quiere mirar y le ciega la hermosura de la amada, baja los ojos hacia la hierba de la senda. La luz de la hermosura pone en transparencia sus culpas, tiene vergüenza de la divinidad que le acusa, y desfallece.

Sigue la idealidad tenue, impalpable, inasequible, el aniquilamiento y algo como la pérdida

del ser en otro ser. ¿Y Virgilio? El maestro, ¿dónde está? ¡Ha desaparecido! Su genio, como las estrellas al salir el sol, se ha apagado en el horizonte. ¡Qué silencio y qué tristeza deja el maestro! No tuvo valor para despedirse, y se fué. Es el símbolo admirable de la antigua poesía que renuncia a pisar los umbrales del arte nuevo. ¡Adiós a los héroes y a los genios y a las gracias! El poeta cristiano siente la nostalgia de esas cosas amadas que le enseñó el dulce poeta del Lacio, último de los antiguos y primero de los modernos.

*El Paraíso*, superior a los otros cantos por la enormidad del intento, redúcese a la glorificación del amor de inteligencia, del amor que en las esferas es compás de armonía y en las almas visión del ser y la hermosura, deleite espiritual, reposo suprasensible: el regreso de la creatura al Creador. Lazo sutil, trama interior de esta parte del poema es Beatriz, la que desde *La Vida Nueva*, ha ascendido a la montaña del paraíso.

En los flancos de la sacra montaña, Beatriz, «el único ángel que faltaba al cielo», muestra a su amante la mansión de paz y en ella las innumerables falanges de espíritus y potestades del Empíreo, movidos en torno de la Realidad Infinita, en resplandor como de iris, vagando en el océano del éter, esmaltado con los diamantes de las constelaciones. Es ¡Piccarda, la víctima santa de la castidad! ¡Es el venerable antepasado Cacciaguیدا, que enseña al viajero el decoro de su origen y su lejana fortuna, en remota posteridad!

La dichosa pareja atraviesa el éter azul en el eskuife de plumas, al batir de las alas, rompiendo la áurea y rosada espuma de los arreboles. En rápida peregrinación, atraviesa las man-

siones bienaventuradas: allí encuentra a las almas puras, a los ciudadanos de eterna felicidad: los doctores, los mártires, los pobres que padecieron en la prisión terrenal, los tristes, las viudas, los huérfanos; el pobrecito de Asís y tantos y tantos santos, y después la república infinita de los ángeles... Llega Lucía, que obtuvo del Señor para Dante el pasaporte hacia las regiones de ultratumba; y al estruendo de cánticos nunca escuchados, se llega al albergue de elección. Beatriz muestra a la Doncella de Nazaret, a la madre de Belén... Acabó el viaje del alma, y ésta ensaya la melodía de los elegidos:

¡Virgen y madre, oh hija de tu hijo,  
la más humilde y alta criatura,  
del eterno saber término fijo... (Par. XXXIII)

### XIII

Vino luego el diluvio de libros acerca del poeta y su trilogía. Algunos han pretendido encontrar el primer diseño por lo menos de la divina Beatriz, ya en la mística de la vieja Alemania, ya en el ideal caballeresco de la Edad Media, y también en la poesía de Provenza, cuyo tema sustancial y ficticio a veces fué siempre el amor a la dama, a la señora de poetas y caballeros. En Beatriz se halla eso mismo y mucho más; no sólo lo que se desborda de los judíos místicos de la Edad Media y de los árabes soñadores, sino también de San Bernardo, de Santo Tomás, quizás del Beato Raimundo Lulio: de los gigantes de la escuela. Sobre todas las concepciones que brotaron del fondo de aquellas edades de in-

tenso amor y abnegación, nada hay comparable a Beatriz. Es la fresca realidad, que, desde la flor purísima de la carne, sube en escalas ideales hasta la glorificación del símbolo, a lo angélico, a lo inmaterial, que tiene de aparición, de visión, desde la ternura a la sublimidad: una niña de ocho años, amada por un adolescente de nueve, amor imposible en la tierra; la nostalgia de este amor y su ternura que desfallece; y por fin la muerte que redime a la amada, para trasladarla al Edén, donde espera al *primer amante*. En los treinta y cinco años de amor en el proceso de la conversión del alma, recorre el genio los antros infernales y las húmedas playas del Purgatorio, y en tierras de ocaso de aquel país de tristeza, le espera Beatriz, para conducirlo, después de una travesía de luz, hasta la Visión de la Trinidad.

La rápida observación de esta obra de prodigio nos convence de que, con ella, llegó el hombre al último término en la realidad de la belleza. De ahí la universalidad de esa obra en el tiempo y en el espacio. Los pueblos, que, por grosero naturalismo, se alejaron de fuente tan inagotable de poesía, al cabo fueron a ella por irresistible impulso del alma que cede a la atracción de lo infinito. A punto de morir, Dante, apenas regresado de Venecia a Rávena, abrumado por el último de sus desencuentros, murió súbitamente, y quedaron ocultos los últimos cantos de su poema. No podía ser que los siglos quedasen privados de la totalidad de la epopeya del espíritu, que el dolorido proscrito reservaba para glorificación, en los últimos siglos. Y su alma, desde el país de la inmortalidad, hubo de volver para descubrimiento de esos perdidos can-

tos, que tienen el sello de ultratumba y la majestad del Empíreo. En la apoteosis de *La Divina Comedia*, parte tuvo hasta el cielo.

#### XIV

Pero lo insuperable de la *Comedia* resulta la parte filosófica y teológica que la informan y esplendoran.

Acertó a descubrir y explicar la vasta y complicada máquina del universo y el destino de las criaturas:

Hacia diversos puertos van su vía,  
por el gran mar del ser, todos: cada uno  
a merced del impulso que lo guía; (Par. I)

el océano que la poesía greco-latina asemejó al espacio estrellado:

*...Nec mortì esse locum, sed viva volare  
sideris in numerum atque alto succedere caelo.*

como cantó Virgilio. El discípulo, procediendo así desde arriba, recorrió los círculos del conocimiento hasta penetrar en lo recóndito y arcano: en el origen de los seres, su fin, su operación dentro de las normas divinas y en conjunción con la libertad racional, la génesis de las almas, el misterio de la justificación, el curso de la historia en los caminos providenciales, la unidad de la especie humana, su responsabilidad, y la inmortalidad del espíritu como solución del problema de la vida; y la creación en el seno de la nada, el desenvolvimiento cósmico, las revoluciones estelares sujetas a períodos y derroteros; y



por sobre la inmensa construcción material, intelectual y moral, los dogmas, última palabra de la sabiduría, que completan, con la Trinidad y la Redención, el destino humano y su elevación a Dios.

En el régimen de la voluntad, la *Comedia* introduce un elemento nuevo, esencialmente cristiano, la conciencia, acompañada y escudada por su pureza, la soberana, cuya dignidad no consiente sombra de rebeldía; la conciencia, fuerza ineludible, matemática de la justicia, para reglar el mundo de las relaciones, disponer el teatro de la historia y comparecer ante Dios.

¿Quién disputará a esta obra el secreto de su estructura? Se han fundado academias y cátedras para explicación y comentario de *La Comedia*, se levantan bibliotecas de glosas para descubrir el símbolo, el secreto del rey, el enigma del profeta, la ciencia cabalística de su intrincada concepción, la perspectiva y segundo plano de sus cuadros. El poema tiene la fecundidad sugeridora, que nos comunica su luz, sin perderla, a la manera del radio, milagro del mundo físico: y no ingiere su savia sin menoscabo de un átomo; y nos conduce, a impulso de sus alas, que con él cobran más energía.

Hizo lentamente y labró los sillares de las *terzinas*, aprisionando en ellas, cristalizando en su nítida forma, la casi definitiva del verso italiano, el vigor del pensamiento y la fuerza y la armonía de la dicción. Por la escalera de aquellos sillares, nadie se atrevió a subir ni es posible que otro genio huelle esas piedras sagradas, que tienen la venerable pátina de los siglos y amarillarán todavía como los trigos maduros al sol de innumerables estíos.

XV

¿Qué tuvo inclinaciones del lado de la sombra, en el gigantesco viaje? ¿Qué no es posible seguirlo siempre por el camino de las tinieblas? Como escribió Ozanam, nos humilia a veces con su elevación vaporosa, y esto mismo acacece a poco de encantarnos con la sencillez de las sentencias, la diaphanidad de la imagen o la gracia inocente de la fábula. Sus variaciones utilizan el recurso estético de la sorpresa, ora fulminando el rayo, ora aquietando las aguas del mar. Carlyle lo llamó montaña de fuego aprisionada por los hielos; y Byron dijo que era tierno como un recental que buscaba a su madre. La antítesis y el contraste dan la nota culminante de su arte, no por espontáneo menos exquisito.

Se le ha acusado de ingrato para con su patria ingrata. Mas las veces numerosas en que recuerda a su adorada ciudad demuestran la persistencia de su pasión por ella. Sus invectivas signo son de ternura en un hijo que ansiaba volver a su florida tierra. Del Infierno mismo dijo él que era obra de sabiduría y amor a Dios. Así, su ira reconcentrada contra su patria, se traduce en algunas de las estancias más bellas del poema:

¡Plegue a Dios que el poema soberano  
en que su ardor pusieron cielo y tierra  
y al poeta dejó pálido y cauo,

venza la ingratitud que le destierra  
del redil, donde, recental, dornúa,  
ajeno de los lobos a la guerra;

y otra vez, con más alta poesía,  
vuelva el poeta a la sagrada fuente,  
de su bautismo, do triunfar debía. (Para. XXV)

## XVI

Para las generaciones de trovadores anacrónicos y falsificadores de arte, para los artistas de enfermedad y de locura, versificadores flácidos y muelles, esta gran poesía de viril contextura que muestra la red de los nervios y el tumulto de la savia, la recia palpitación y la arquitectura de los músculos y los huesos, significa acusación contra la endeblez sin vértebras, el sonido sin ritmo y la sangre sin circulación.

La poesía y el arte después de Dante se han multiplicado, se han dispersado, se han pulverizado en innumerables formas, obedeciendo a las vacilaciones del gusto, a los caprichos del temperamento y a los artificios de la moda: suspirios germánicos, música sin ideas, formas que cubren la pequeñez de la concepción: todo ello aparece como mariposas que rodean a morir, el gran foco de luz del poema máximo y eterno.

La comparación, espejo que no engaña jamás, demostró a cuántas locas generaciones que la poesía no es un juego, sino fruto de meditación, diamante fundido al calor de alta potencia, para expansión, extensión e intensidad del pensamiento, que merced a esa lenta gestación, puede recibir la luz del cielo en los tallados planos de sus prismas.

En la crisis actual, en esta Babel de las ideas, que es también confusión de arte y de poesía, los mismos que intentamos el viaje al porvenir, que es la última tierra para la inteli-

gencia, como dijo el numen florentino, debemos también volver los ojos y el alma a la poesía que hizo *La Vida Nueva* y *La Comedia Divina*: su antigüedad es nuestro porvenir, porque esa antigüedad es viva, inmutable, soberana, de ayer, de hoy y de siempre; nos hallamos dentro de la jornada milenaria que anunció el poeta:

¡Vuelva la antigua poesía,  
oh sacras musas! (Purg. I)

¡Y honrad al gran poeta:  
surge su sombra ausente... (Inf. III)

## XVII

¡Cuánta gloria para el genio inmortal, para Italia, para la espiritual Florencia, que esta fama que hoy renovamos haya recorrido los siglos y llegado a todas las playas, en travesía no interrumpida. A estas tierras de barbarie, no adivinadas siquiera por él, que creyó desierto el océano que cerraban las columnas de Hércules, llegó primero el Adelantado Mayor, el Gran Almirante, otro italiano, varón máximo y óptimo que completó el planeta: con él vinieron, para imperio perdurable, el idioma divino de la *Comedia* y la nave capitana que al decir de un poeta nuestro (Dario) la gobernara un piloto inmortal, Miguel de Cervantes. Italia, la de Roger de Lauria, la de Marco Polo, la de Alejandro Farnesio, hermana es de la madre fecunda de Gonzalo de Córdoba, de Vazco de Gama, de Balboa, Pinzón, Hernán Cortés, Magallanes, Pizarro y mil. Nos bautizaron con un nombre italiano: *América*; nombre de un geógrafo ilustre que arribó a Colón esa parte legítima de su gloria.

Virgilio, nacido en los aledaños de Mantua, en el rincón de Andes, vive también aquí en la dulzura del idioma, en el ritmo de la inspiración que alienta al pie de la más excelsa cordillera del mundo, que por asombrosa correspondencia y asociación de ideas y sentimientos se llama los Andes.

Italia, cuna de arte, trono de imperio, altar y cumbre, la divina Italia y su divino poeta encuentran patria de simpatía y morada de amor en estas tierras vírgenes, que en ondulación gigantesca de paisajes sorprendentes, desde la costa baja vestida de oro y púrpura, ascienden a coronarse de nieve, concentrando la maravilla de todas las zonas. En esta capital, que parece llegar al cielo para recibir sus caricias y desplegarse en flores; en esta cima excelsa, desde donde se endereza hacia las cercanas estrellas el ojo centuplicado de Galileo; una nación latina se congrega para renovar los cultos seculares del primogénito de la poesía, del genio único que compendia el aspecto trascendental de la humanidad; y a una sola voz, brotada de un solo corazón, aclama a Dante, a Italia y a Florencia.

---

## SOBRE NACIONALIZACION DE LA LITERATURA

*Discurso de Remigio Crespo Toral, mantenedor  
de la Fiesta de la Lira, en 31 de mayo de 1924.*

SEÑORES:

Me es grato—y por ello bendigo al Cielo —  
hablar en una tarde de Mayo, al pie de estas  
hermosas montañas, y hablar en consistorio de  
poetas, muchos de los que fundaron esta fiesta de  
poesía para solaz espiritual. Aun a los que sen-  
timos la frialdad de los años en la final etapa,  
cuando llegamos a poseer la helada certidumbre  
de nuestra ignorancia y nos sorprende el descu-  
brimiento de la vanidad hasta de la literatura,  
nos brota del alma una como agua de renova-  
ción, un elixir de resurgimiento: filtro para soñar  
en el regreso a los años floridos. Se nos devuel-  
ven tantas cosas amadas y perdidas; y como los  
viejos que se tornan niños al contacto de la fres-  
cura infantil, sentimos delgado el aire, rítmico el  
palpitar del corazón y salida afuera la púrpura  
de la sangre. Y aunque el ocaso anuncia la som-  
bra, nos es dado exclamar, con Baudelaire:

Hacia el amplio horizonte es tarde - vamos presto,  
a pedir a lo menos un rayo oblicuo al sol.

Sentimos nerviosas las cuerdas de la simbólica lira, y nos es dulce glosar las ajenas ternuras, que resucitan nuestra juventud, casi heroica en la conquista del ideal nunca alcanzado—éste que arrancando de nuestra alma y desde nuestra tierra, se completa en el Padre y Autor de toda hermosura.

\*  
, \* \*

Como primordial empeño, la institución de la Fiesta de la Lira procura la elección y el desarrollo del tema nacional. Para ello recomienda el estudio, en conciencia, de los materiales de composición que sin esfuerzo produzcan el color local, la ingenuidad de la inspiración, la fuerza, la trascendencia de la obra, el medio del que toma el jugo y la savia, creando así ambiente característico y alma colectiva, que no se confundan y pierdan en la dispersión del cosmopolitismo—océano en que se hunden hoy todas las manifestaciones de la vida—para un desolador horizonte, en que el individuo es apenas la gota de agua o la ráfaga de lumbre.

Desde mucho tiempo, se habla de la tendencia nacionalista del arte literario y de la poesía principalmente. Este problema, discutido con calor hace cosa de cuarenta años, otra vez se ha puesto en debate, precisamente cuando escuelas, cenáculos, sectas y herejías de arte se han sucedido vertiginosamente, con total independencia casi siempre del elemento geográfico y antro-  
po-

lógico, para sumarse en la tendencia universal del arte humanitario, imperialista y sin fronteras.

En 1886, desde mi modesta cátedra del «Liceo de la Juventud», expuse lo que entendía acerca del concepto y la extensión de la *nacionalidad literaria*. Casi ninguno de vosotros oyó quizás aquel ensayo de disertación; y debo recordar primeramente las líneas fundamentales de aquel discurso, a fin de no repetir como nuevo lo que ya se dijo en remoto tiempo, cuando veíamos tal vez más claro, sin duda por la simplicidad del arte de esa época y por la poca o ninguna complicación del espectáculo.

¿Podemos hacer literatura nacional? El tema criollo, la manera original, ¿constituyen por sí solos la literatura nacional? ¿Es posible una literatura americana-inglesa, americana-española, americana-portuguesa, americana-francesa?

Ante todo la literatura se clasifica, no por la acotación geográfica, sino por los idiomas. Y mal podemos decir que en América se hace literatura americana en castellano, en inglés, en portugués o en francés. Si escribimos en esas lenguas, a su acervo y tesoro pertenecen las obras ultramarinas, incorporadas de hecho al inventario de las letras metropolitanas. Dentro de la amplitud de estas clasificaciones, se advertirán escuelas diversas, corrientes contrarias, provincias y patrias pequeñas de literatura. Mas ésta lo será siempre por la lengua: por ella tendrá nombre, historia y extensión civilizadora.

A las letras trasciende el alma de los grandes pueblos creadores y conquistadores; y nosotros—colonia espiritual y material de Europa—ramas somos del árbol de España, de la Gran Bretaña, de Lusitania y de Francia, que vive y



habla aún en el Canadá y en las Antillas. Aunque emancipados, bien sabido es que somos herederos, y que la emancipación no alcanza a la raza, no borra los anales, ni trueca la sangre.

Se puede en verdad obtener literatura criolla, la de raíz, la netamente indígena. Esta será la arqueológica, la de prehistoria, o la racial americana, para reconstrucción del espíritu de la patria primitiva sobre la base de las razas perdidas o conquistadas. Así podrá hacerse literatura azteca o quichua, guaraní o araucana. En estos idiomas—vivos aún—tendremos ciertamente literatura y poesía nacionalistas, procedentes del alma de los antiguos pueblos americanos, existentes muchos de ellos en el subsuelo de la jerarquía social; literatura y poesía traducidas en el instrumento idiomático, que es por sí mismo alta obra de arte, precisamente la primordial, la verdaderamente colectiva.

Pero nosotros—descendientes de europeos— aunque no lo fuéramos por la sangre—, incorporados por la progenie intelectual a la civilización europea, vencidos a su idea religiosa, nutridos de su ambiente de libertad y cultura, ¿sentiremos el tema aborigen, lograremos la reconstrucción arqueológica, animaremos las cenizas de grandezas discutibles? ¿Queda un ideal como lámpara funeraria en la tumba de las razas—si no eliminadas materialmente— envueltas por las grandes aguas de la invasión conquistadora, que fué empresa de civilización, cruzada y trasplante de instituciones, artes e industrias de un mundo mejor al nuestro, que los descubridores encontraron perdido en las sombras de la inferioridad? Le quitaron la libertad, para darle quizás más altas y soberanas cosas.

\*  
\* \*

Otro elemento, sin duda el más poderoso, existe para creación de las literaturas, elemento que no ha menester el molde del idioma ni aun el calor del terruño. Es el gran elemento étnico, cuyas manifestaciones, dispersas en la historia, demuestran la virtud y la fortaleza de las razas. Mas, de todos estos exponentes, no queda en las bibliotecas sino algo como el panteón de las literaturas. Como caso único de excepción, existe un solo pueblo, el pueblo hebreo. Su alma inmensa, su ideal suprasensible y trascendental, su avance desde el caos hasta la última tierra futura, constituyen el prodigio de la historia y un argumento de origen divino, contra las afirmaciones de la ciencia y las vanidades de la investigación crítica. La literatura hebrea—máxima y suprema entre las literaturas—con poseer tanta y tan potente originalidad, es literatura universal, porque la raza de Israel mereció el don, el misterio, la realidad inefable de la encarnación de Dios en su propia hechura; y el Hombre Dios procede de aquella raza de elección; y por ello, su Libro, el libro único—el libro de la humanidad, de los siglos y de los siglos de los siglos—que contiene esa literatura, corresponde a todas las patrias, se ha vaciado en todos los idiomas y dialectos, se ha filtrado en sutiles hilos hasta en los huesos de las generaciones; y con él a la mano, se han hecho las cruzadas, los descubrimientos, las travesías, se han formado las corrientes civilizadoras y han cobrado savia de cedro gigante y médula de león las blandas literaturas de la bella antigüedad. Parecerá un absurdo que

un pequeño pueblo y una literatura eminentemente nacional hayan así conquistado el mundo. Renan no podía explicar que—sobre la base de una tribu del Asia Menor—se edificase toda la historia, la poesía de la historia, la teología de la historia.

En ninguna nación, no en la Arabia poética y sabia, no en Persia la encantadora, ni en la vasta China, ni en la India de los mitos simbólicos y la pesada arquitectura de su religión y sus poemas, encontraréis esa alma viva, imperial y señora, que toma cuerpo a donde va, que se imprime en cuanto toca, que crea donde llega, que había en todas las bocas, que palpita en todas las cuerdas.

La persistencia del alma hebrea, de la literatura hebrea, a través de los siglos, sin territorio, sin más patria que la patria espiritual, sin idioma, invadiendo todos los pueblos, para cantar a su oído la eterna canción mesiánica, no la explica sino el argumento providencial, para concluir en la unidad grandiosa del éxodo humano a través del tiempo, y para volver al océano de la Divinidad. Y el alma hebrea ha venido, en países y edades, dando ejemplares de soberana excelencia: Judá Leví, el enorme poeta español de la Edad Media; el otro, el rabí de la Danza de la muerte; Heine mismo, que vale por toda una nacionalidad literaria y en cuya intensa obra íntima sorprende la aparición del Mesías; el famoso Gordon, que escribió *El Amor de Sión*; Smolensky, que puso en el patriotismo polonés la energía terrible de Israel, y tantos fuertes y recios artistas que en Rusia, en Alemania, en Francia, han impreso el sello de su robusta per-

sonalidad en el arte y en la literatura de los pueblos que desde Europa gobiernan el mundo.

\*  
\* \*

En América, herederos segundones, clientes de las literaturas modernas, hijos de su fecundidad, no poseemos aún el espíritu engendradora, el carácter que se modela con la audacia, la energía que procede de la convicción en la superioridad de nuestro genio. Hijos de Grecia a través de la sangre de Roma, e hijos de España heredera de Roma, educados para extraños rumbos, pasados por el tamiz francés: así somos, materia primeriza, masa disponible para venideras formaciones. Carecemos del alma nacional. Israel es, sí, nuestro señor y nuestra majestad, en lo trascendente y definitivo de la existencia... ¿Podremos llamarnos primogénitos, o siquiera emancipados, los últimos retoños de la generación?

Aquí, en la América hispana, donde quedan huella y surco del valor y del genio español, mal podemos prescindir de su tradición literaria; pues no podemos emanciparnos de su lengua ni de su vocación idealista y caballeresca. El idioma es la primera de las creaciones artísticas, vínculo indestructible que junta las antiguas a las nuevas generaciones, obra tradicional y lógica, espontánea como la corriente de las aguas. Si carecemos de idioma propio, ¿nuestra literatura aspirará a la independencia, en la amplitud de su comprensión? Podemos—claro está—cooperar los americanos en el progreso de la lengua con el aporte de nuestros decires y modismos, con voces que este inmenso cosmos requiere, con las adherencias de los idiomas primitivos, con sino-

nimias y elasticidades que la naturaleza da prodigamente para traducir la flexibilidad del pensar y del sentir, en que cada cual—individuo o pueblo—encuentra la manera y la adecuación. Mas, no lograremos nunca—ni debemos intentar—un caló o una jerga que pudiesen sustituir a modo de caricatura, el idioma nítido, artístico, derramado y ondulante, metálico y sonoro de Cervantes y Granada, de Teresa de Jesús y de Diego de Estella, de Juan de Avila y de Juan de Valdez. En esa barca con proa de oro y remos de marfil, hemos de navegar en los golfos y lagos de la portentosa América, a fin de que esta colonia de la limpia y hermosa habla de Castilla emule, en no lejanos días, con la tierra matriz, que verá centuplicada su fecundidad en veinte democracias americanas.

\*  
\* \* \*

Mas, dentro de la vasta literatura metropolitana, sin renunciar a su tradición; por naturaleza, por hidalguía, podemos, sí, tener fisonomía propia, y sin desviarnos de la corriente de la raza y de las influencias del idioma, adquirir la peculiaridad que nace del suelo, de la historia, del ambiente y de las modificaciones que hemos tenido, no sólo en la condición de colonias, sino en la de agrupaciones libres. A impulso de la evolución, espontáneamente, sin ficciones ni artificio, sin preparación ni programa, podemos y debemos escribir y cantar a nuestra manera, como si estuviésemos solos, sin consideración al auditorio, ni ensayando la postura convencional y falsa; procediendo como los pajarillos, que según el decir de San Francisco de Sales, «cantan

por el gusto que sienten en su propio gorjeo». Así lograremos que nos distingan de los otros, que nuestra faz no tenga las líneas y contornos de la masa común, y que las aristas del relieve surjan sobre el plano. Prescindiendo de la tiranía de las lecturas, disponiendo, sí, de los caudales acumulados por los antiguos maestros, sin remontar la corriente literaria, pues somos de nuestro tiempo, y quien lo es de corazón pertenece a todos los siglos, al decir de Schiller, iremos adelante, entregándonos al acariciador movimiento de avance, en las aguas mansas y dulces de aquella—para dicha—inevitable evolución.

\*  
\* \*

El arte y la literatura, si algo o mucho han de tomar de la tradición y de la escuela, para la decente indumentaria, más han de utilizar el caudal propio, el tesoro íntimo, la observación del proceso anímico y pasional.

El arte que no procede de estas fuentes y que no se desarrolla con este impulso natural, copia es. Ya lo confesó el famoso Quevedo diciendo:

Hora de muchos modos somos copia;

y retaba a un poetastro de su tiempo:

De ajenas desnudeces te socorres.

La mera copia deshonra al original y deshonra al copiadore. El arte de la calcografía degenera en la manía del calco, y prueba la infe-

rioridad y esterilidad del que hace de la pluma máquina de perder la personalidad y herramienta de lacayo.

No pensemos con ajena cabeza, no sintamos el dolor de los libros sino en nuestra vida. No se avergüence nadie de trasladar al lienzo el paisaje interior, siempre que sea hermoso; pues el arte no se hizo para bajar, sino para subir, y las llagas del cuerpo y la lepra del alma no quedan en la literatura, sino sólo, y por excepción, en las preciosidades de la forma. La literatura no es una clínica, sino higiene del cielo y salud del espíritu.

\*  
\* \*

He recordado las preciosidades de la forma. Por éstas, nos rendimos muchas veces a la esclavitud y perdemos nuestra libertad. Encantadora disciplina la de las formas, pero ellas no han de velar el pensamiento ni encadenar la ingenuidad de la emoción. Así se escribirán libros como el que celebró con distingos el malicioso Góngora:

De la disposición antes limado,  
y de la erudición después lamido.

Esos cofrecillos de taracca tendrán desde luego el aspecto mustio de una baratija de museo.

Las delicadezas del estilo, la selección del lenguaje, el primor exquisito, el estudiado acicalamiento de la presentación, casi siempre vienen a parar en la frialdad académica, muerte de la

espontaneidad. Recuérdese el famoso dístico de Guichar:

Son hermosos los versos, impecables las galas  
y los pies bien medidos: mas yo busco las alas. (1)

Y las alas son las de nuestra alma, que se enervan y no se desatan para el vuelo, por la timidez retórica, el convencionalismo de las frases hechas y la pedrería falsa de las viejas metáforas.

\*  
\* \*

Que el ritmo, que la música del verso y de la palabra sean parte en la composición, pero no para el disloque, la imprecisión y la noche del concepto. La música ante todo, dijo el *Pauvre Lelian*. Pero ello no corresponde a la integridad de la obra lírica. La música subordinada a la idea, completando la imagen, para el sentimiento: he ahí cómo se va a la emoción—corriente eléctrica que se trasmite—del poeta, a quien le sigue, rendido a la sugestión inspiradora. Bien dijo quien lo sabía, Leopardi:

Sdegno il verso che suona e che non crea.

Libertándonos de manierismos y limaduras, andando nuestro camino, sin bastón, erguidos hacia el cielo, la cara al sol, diciendo lo que sentimos y pensando con nuestro cerebro, se hará algo propio: la patria del pensamiento, la patria

---

(1) Ses vers sont bien tournés, les rimes en sont belles, certes les pieds y sont: mais je cherche les ailes.



literaria. Nos emancipamos ya políticamente, nos falta emanciparnos económica y literariamente, no renegando de la tradición gloriosa, ni renunciando a la herencia de oro, sino para tener también derechos de ciudadanía, muy nuestros, diferenciales, inconfundibles, que—aunque no oro—sean hierro de la veta de nuestro corazón.

Con filosofías y discursos no se hacen las obras que sólo la naturaleza engendra. El procedimiento para hacer poesía nacional, criolla, nacida en nosotros, criada en nosotros, sentida, vivida, consiste en pensar por propia cuenta, meditar, ver y oír, aspirar el ambiente diario de las flores de nuestro jardín, haber entera posesión de nosotros mismos, para reproducirnos en la obra artística, padres de nuestros hijos del espíritu, sin traidora suplantación.

Tiene decisiva importancia, en el cuadro, su fondo: el paisaje, la perspectiva, la concurrencia de la naturaleza en la obra del ingenio, las sutiles afinidades del mundo exterior con el universo del alma. El arte del paisaje—desde fines del siglo XIX—ha cobrado enorme amplitud, tal que va en son de conquista y tendencia a suplantar la acción y poner en segundo término la estética de aquélla y la presentación de la figura. ¿Puede haber paisaje si no lo trasladamos del natural? Asombra, en verdad, que en siglos, las gentes de letras hayan mantenido su propio engaño, conservando la mitología para interpretación de la naturaleza, fingiendo sentirla, a través del símbolo helénico, nacido en gran parte del polvo de los sepulcros de Asiria y de Egipto. Hasta en la alada generación de los artistas, se forman los rebaños, y así es como la mitología ha dominado centurias, esterilizando la literatura. Pudo

ésta libertarse; pero el Renacimiento, que no fué sino un brillante regreso a la antigüedad, dilató por otros siglos, el imperio de las graciosas ficciones de la hermosa Grecia. Debieron permanecer y permanecen hasta hoy la simplicidad, la limpidez, el encanto y la armonía serena del arte griego: pero los dioses y las gracias, las ninfas y los centauros quedan en el museo de la literatura, para estudio de los anticuarios de ella.

Hoy cuando el clisé del clasicismo se ha roto (quizá por difícil de manejarlo), se emplea otro: el de Francia, el de París, desde muchos años reconstituído, alquitarado en los procedimientos de escuelas y sectas. Nadie niega que en estas tentativas hay en veces talento, gran valentía, quizás locura de valor. Pero no asoma la sinceridad, ni ésta puede ser. Nadie siente ahora—sobre todo en América—la ficción bucólica del Trianon, ni la galantería de Versalles: esas reconstituciones históricas de evocación proceden, nó del alma, sino del estudio. Aquí nadie entiende conscientemente el arte del cabaret, las preferencias del snobismo y el furor sádico del arte sexual—inmunda negación del arte. Lo que es profundamente humano en Verlaine resulta mueca en algunos de sus imitadores americanos; el satanismo de Carducci o Baudelaire es aquí de resultancia infeliz; de Mallarmé no se traduce la férrea contextura del poema, sino el laberinto intrincado de la decoración. Los grandes reformadores de la poesía europea premiarán con un gesto de desdén el candor de sus imitadores americanos. Y el novísimo clisé carece de amplitud, la instrumentación viene limitadísima, la corriente verbal escasa, la necesaria en la liturgia de la escuela, y para que las producciones se

parezcan las unas a las otras. Acerca de ellas escribió el famoso humorista y maestro Faguet: «Las obras inéditas se parecen, y sería casi imposible diversificarlas, pues se hicieron conforme a receta, y resultan así iguales. En vano se les pone un signo de diferencia, como las cintas de diverso color a los gemelos, para distinguirlos...».

Por lo menos este arte no se conforma con América; nadie nos pide sino mies de propia cosecha, no se quiere que les devolvamos la languidez dulcemente mórbida de Samain, la genialidad musical de Meredith, la levedad indecisa e incoherente del símbolo, el fausto oriental de gran parada de Hugo o de D'Annunzio, ni la terrible literatura humanitaria de Escandinavia o Rusia. Nos exigen que seamos americanos, que no abominemos de la casta; quieren saber nuestro sentir, nuestra manera de observar, la cadencia no aprendida de nuestro canto.

La obra lírica, sobre todo, es eminentemente autobiográfica. Con sólo recordar y reconstruir las sensaciones y evocar la emoción sentimental, la delicia de las horas felices, las sorpresas de la intuición, los viajes del ensueño, la fosforescencia del pensamiento, la paz de la contemplación, las súbitas iluminaciones de la fantasía y los vuelos del alma al infinito, vendrán las obras de sinceridad, quizás las obras maestras. Todo aquello, siendo nuestro, para nosotros, trasladándolo con valentía al signo artístico, haremos casa aparte, y tendremos heredad y dominio y siembra literaria. Procediendo todos así, se producirá la empresa colectiva. Y así entraremos en las grandes literaturas de Europa, para completarlas con el elemento nuevo: el antropológico, el histórico y el geográfico. Las tie-

rras de América se descubrirán al fin para el arte universal, y con su índole y genio, se incorporarán al pensamiento europeo, noblemente, con altivez de origen, sin procedimientos de extraña marca de fábrica.

De este modo, nos emanciparemos, para tener personalidad, fisonomía, relieve, representación, carta de ciudadanía, raza y sitio heredado en la ciudad de las letras. Pálido o moreno—será nuestro color; héroes—los que hicieron aquí la conquista y la liberación; geología—la de nuestra tierra gigantesca y encantadora a la vez; botánica—la de nuestras praderas y montañas; zoología—la viva, la palpitante, la que nos rodea y con nosotros comparte la alegría o el dolor; usos y costumbres—los de la gente que nos rodea, entre las que son nuestros amores e iras, simpatías o menosprecios.

\*  
\* \*

Un hombre de gran corazón, Lacordaire, escribió: «Me he despedido de mis montañas, valles y ríos... para hacerme—en mi cuarto, entre Dios y mi alma—un horizonte más vasto que el mundo». Este rincón que escogió para edén el ilustre orador, es, en verdad, un universo, mirador del cielo y de la tierra, desde donde las ondas sonoras llevan y devuelven mensajes de amor. Es la más alta cumbre, la ciudadela mística a la que llegan los escogidos. «Lo que no se ve es más que lo que se ve», escribió el Maestro de las gentes. Lo suprasensible, según los espíritus superiores, posee un océano sin riberas de hechizo y de belleza: allí son las moradas, allí las

dulzuras de la unión espiritual, el cántico al son de las cuerdas angélicas y la visión y el éxtasis en que la vida se deshace de su vestidura de un día. En aquel mundo que parte linderos con la naturaleza y con la nada, dará el poeta, el elegido, las notas purísimas del sacro instrumento, las hondamente personales, que arrancan de la más profunda de las intimidades. El país que cuenta verdaderos poetas místicos, tendrá originalidad inconfundible. Y no se crea que esa ladera del sagrado monte está desierta: hasta en estos tiempos de esterilidad, en las viñas del Mediterráneo español y a orillas del mítico Ganges, Mosén Cinto y Rabindranath Tagore han preludiado *Cantar de los Cantares*... Nuestra oración vaya al Autor de la armonía, y se nos den los acordes del arpa y la gracia de un enviado que la tañía en estas cordilleras y playas que para sí descubrió Jesucristo, por medio de un santo navegador.

\*  
\* \*

Al estudio de vuestra alma, juntad el del movimiento social que os empuja, el de la jornada al porvenir a que estáis adheridos. La física primeramente, luego la psicología, las costumbres, la historia, la dinámica plena, múltiple, convulsa de la existencia: sus armonías, sus ocultas correspondencias y derivaciones, sus saltos y caídas, hasta tocar en los linderos de la demencia y más allá de la muerte.

Se ha de proceder con el análisis, para llegar a la síntesis. Auscultad la arteria cordial y el ritmo de la respiración del pueblo: sorprended-

lo en lo diario y en lo usual, en el ímpetu de la pasión, en el duelo y en la boda, por caminos y talleres, junto a las cunas y sobre el surco, recogiendo los variados matices de su pensar y su sentir, las palpitaciones todas de su corazón: la nota musical, el grito lírico de la canción, la conseja, la maliciosa filosofía, la simplicidad infantil y la sabia socarronería; las consanguinidades e inclinaciones del hombre casi primitivo en la masa popular, que sin ficción ni prejuicio, con diáfana sinceridad, derrama sobre la tierra natal y bajo el cielo que adora la corriente de la vida.



La ciencia misma, que alguna vez se creyó adversaria o émula de la poesía, cantera es de que ésta arranca los sillares para su alcázar de ilusión. La astronomía puede llamarse un gigantesco poema de poemas. El vacío, los misterios estelares, casi intactos todavía, darán al arte venidero las más sorprendentes invenciones: el descubrimiento de nuevos y luminosos mundos, cuando las placas sensibles retengan las imágenes de los espacios planetarios, de los cometas de órbitas recorridas en siglos, de las nébulas, continentes y archipiélagos del infinito, de las constelaciones que son diluvios de estrellas.

La ciencia que clasifica los fenómenos naturales y penetra las reconditeces de la naturaleza, es aliada de la poesía. El divorcio entre ellas sería como el de la raíz y la rama y la flor: la madre tierra alimenta a entrambas. ¿En qué se parece la raíz a la flor? Quizás en nada. Pero, por aquélla vive ésta—maravilla de la planta.

Insisto en la afirmación de que la belleza objetiva que nos impresiona y la sentimos y amamos es la fuente primera del arte experimental. Algo más que error, atentado resulta menospreciar el paisaje americano, sacrificándolo a la visión extraña de parques de tijera y sendas de ripio y arena, que trasladamos al lienzo de la copia. Menos nos impresionarán los bosques y florestas de la India inverosímil o las complicadas perspectivas y rarezas del Japón. Triste es confesarlo: sólo por excepción, las letras americanas han producido el cuadro propio, el color local. Y no importa un aserto infundado, el de la crítica que dijo que el poeta francés—aunque hijo de Cuba, J. M. de Heredia, el Benvenuto de los *Trofeos*,—hubo dado con más sinceridad que los poetas antillanos de habla española, y más que todos los de su tiempo, la sensación del trópico, su poesía muelle, la intensidad de su luz y el alma de su naturaleza, a la que se incorporó la otra alma inmensa de los conquistadores. El mismo Chateaubriand, que ni siquiera buscó el documento humano, que no se proporcionó el geográfico sino por casi adivinación, fué más poeta para América que la serie de rimadores del trópico. Ni Bolívar, que se anticipó en todo, ni el maestro Bello en su canto a la agricultura—urna de marfil sin arterias ni sangre—ni Olmedo, que hizo héroes de Píndaro a los héroes de la independencia, ni el cantor del Niágara, ni la dulce Avellaneda, poseyeron la prodigiosa imagen de estas tierras. Aun el prejuicio grecolatino y la estampilla peninsular desviaban el numen, reteniéndolo al yugo de una literatura de monopolio que, aunque había perdido vigor, y

en América resultaba un verdadero arcaísmo, mantenía su predominio. (1)

Y así, sin granjearnos libertad, hemos sido en años, clientes—hasta en el tema—del arte europeo. Hoy mismo, cuando en el Brasil se posee una copiosa literatura nacional, cuando en la gran República de la Pampa se ha logrado el teatro argentino, cuando Colombia va dando paso firme en la campaña lírica, en la novela, en el cuadro de viaje, desde J. E. Caro, y Gutiérrez González y Jorge Isaacs; cuando en casi todas las repúblicas hispanoamericanas, desde Méjico y Cuba hasta el Cabo, se oyen viriles acordes épicos y líricos, todavía estamos al principio. No se ha dado, en algunas comarcas, el primer golpe de exploración de la mina; y en donde se ha comenzado, la rica vena del precioso metal guarda aún casi intacta la masa del tesoro.

Y aquí, señores y poetas, puede hacerse gran poesía, en el continente donde son océanos los ríos y la cordillera colosal—desde el uno al otro polo—mantiene el equilibrio de la tierra, como dijo el patriarca de nuestros poetas. Las cataratas del Niágara y el Iguazú parecen creación de una fantasía gigantesca, algo como las cataratas del cielo. Los aitos de Atures y Mai-

(1) En las *Relaciones e Historias de Indias* se halla la primera simiente de las letras americanistas. Bernal Díaz del Castillo y el buen Cura de Tunja, se distinguen por el ambiente indígena e ingenuo de su narración. Lástima que la Araucana, de Ercilla, y la *Granleza Mexicana*, del Obispo Valbuena den tan poco del suelo en que se movieron los centauros de Arauco y los conquistadores de Anahuac. Sobre todas las obras de historia, por ser de un americano de raza y por el mérito intrínseco, se recomiendan los *Comentarios* del delicioso Inca Garcilaso. De las demás producciones de tema americano, resulta que la mayor se hizo en latín: *La Rusticatio Mexicana*, del Padre Landívar, y la más fuerte—*Facundo*—, se escribió por un famoso adversario de la España intelectual: Sarmiento. Con estos desequilibrios, se dió principio a la literatura netamente americana...



pures, según Humboldt, semejan un río que asciende al firmamento o el firmamento que baja a la masa de las aguas; los volcanes encienden sus faros y dan alaridos en la inmensidad; la floresta lujuriosa y vasta, mansión de misterio y enjambre de vida, desde la boca del Orinoco hasta la del Amazonas y remontando sus afluentes hasta dar con el gran Chaco y las vertientes del Plata; los encantadores archipiélagos de la Araucanía, la majestad de los desiertos y las llanuras que cierran el horizonte: todo ello es un universo de belleza, un infinito para el arte. Tanta grandeza convida a la potencia creadora y al viril esfuerzo del genio. Humboldt, que lo tuvo magnífico, sintió, antes que los americanos, la magnitud de esta poesía de las cordilleras, de las selvas, de los grandes ríos y los grandes lagos.

En la América inglesa, por la misma soberbia del imperio, era de creer que todas las artes del pensamiento cobrasen nota característica y orientación hacia un ideal magnífico. Más bien en el Canadá se ha venido produciendo, por la nostalgia, por la adherencia a la dulce Francia lejana y querida, una corriente sentimental creadora de obras de ingenuidad e intensa seducción idílica.

Los Estados Unidos debieron sorprender con una literatura magna. Se anunció con Longfellow el cantor de la pastoril Arcadia, con Fenimore Cooper el de las leyendas de la raza aborigen, con Miss Sedwich, con la dichosa autora de la *Cabaña del Tío Tom* y con tantos otros. Pero la atmósfera de universalidad ha cortado el vuelo a toda tentativa de índole netamente original. Después, hasta llegar a los filósofos Emerson, W. James y al lírico Walt Whitman, pare-

ce que se define la manera que corresponde a un pueblo gigante, que realiza el objetivo de la fuerza, de la potestad irresistible sobre la materia, para un predominio titánico y vasto, que habrá de extender a todos los continentes el ideal de la civilización avasalladora, que intente escalar el cielo y robarle su fuego.

Señores: aquí en este pequeño rincón de la tierra—pueblo más que de hoy, del porvenir—los poetas que conocéis y los adolescentes que llevan sobre el hombro la lira, han hecho los primeros ensayos, sin esfuerzo, sin la falsa majestad de la postura, sencillamente como las aves de nuestras montañas. Por tratarse de asunto doméstico y porque lo casero no sorprende, olvidáis quizás que nuestra naturaleza y nuestra alma—las de la comarca—van trascendiendo espontáneamente al documento literario—al romance, al cantar, al poema. Presto vendrán los géneros narrativos, el diseño de las costumbres y los pañales del teatro. Entre los de ésta brillante juventud, muchos de los que llevan al pecho prendida la flor natural de la Fiesta de la Lira, hallaréis poetas nacionales; más que ello, poetas de la tierra, poetas de su corazón, tanto como de su comarca, que cantan lo visto y riman lo experimentado, haciendo arte de vida, que pasa al auditorio, al lector y al pueblo, que lo sienten, porque ven en él su imagen y su espíritu idealizados.

De lo dicho deduciréis que el patriotismo engendra arte nacional. El amor a nosotros mismos extendido a la naturaleza que nos rodea, al hogar, al nido, a la choza, a la región, a la patria grande, a la raza, a la familia religiosa, todo lo que se ha incorporado a nosotros por la tradición,

por el ideal, por las más altas aspiraciones humanas: eso es el patriotismo. Y quien no lo posea como llama vital, como aire y luz cotidianos, ése no sentirá la poesía de su tierra, ni de su alma. El desarraigado, el que se ha vendido a la grandeza de las literaturas extranjeras, no puede hacer, sino por excepción, algo genial y sincero. Cuando va con su escudilla de mendigo a la puerta de los grandes señores de la literatura europea, a recoger las migajas de las mesas ricas, los potentados de la Europa intelectual pagarán, apenas con una sonrisa, aquel oficio de esclavitud.

La nacionalización del arte, como la de las instituciones y el progreso, se determina por los móviles del imperativo patriótico. Quien ama a la patria, la canta, siente sus nostalgias, finge su grandeza, y como una estrella va ese amor adelante, mostrando el camino de la felicidad nacional. Positivamente, la falta de color local en la mayor parte de las manifestaciones del ingenio americano procede del menosprecio a lo doméstico: a la ciudad, al terruño, a la nación, al continente, al linaje, a los antepasados. Remedando extraños acordes, el canto no surge espontáneo. La obra, retrospectiva o de extensión lejana, artificio es—no arte, ficción—no brote de ingenuidad.

¿Qué la patria es infeliz? ¿Qué la vida carece de los aspectos artísticos de otros países? ¿Qué el ambiente lírico no da casi para la respiración? Todo ello podrá tener su parte de verdad. Mas, la poesía eminentemente personal, no se liga a la materia ni dentro de las prisiones de la realidad: sobre ella se encumbra, y enalte-

ce lo humilde, cubriéndolo con el cendal de la fantasía.

Cierto que en muchas de nuestras democracias, es fuerza huir de la realidad circundante, a refugiarse en la etérea mansión de la hermosura ambicionada, porque la política de sangre y de basura ha convertido, en veces, al Estado en una casa de locos o en una zahurda de idiotas. ¡Qué! ¿Por eso han de plegar las alas los númenes, cerrándolas eternamente en la esterilidad? Nó, señores. Para las almas generosas y enamoradas de las cosas altísimas, precisamente la miseria moral despierta por la cólera—la inspiración. Cuando la Patria se ha convertido en burdel—repetiré la terrible palabra de Dante—el poeta, libre por la misma naturaleza de su ministerio, lanza el grito de guerra, el alerta en la noche de abyección. Muy luego, dará el himno de victoria, levantando en una mano la lira y en otra la lanza de la bandera.

Aunque pobre, aunque desdichada, la Patria es nuestra madre; y la madre es siempre hermosa, es siempre buena, es siempre santa. No la juzguéis por sus malos hijos que la entregaron a saco, que la escupen y sacan en venta a los mercados extranjeros. Precisamente entonces y por ello, la juventud que maneja las cuerdas, levante en alto la vara de hierro de Juvenal, los yambos de Barbier, la espada de Koerner, las maldiciones de Mármol, contra los malhechores de arriba y la escoria de abajo.

La poesía ha conservado el fuego sagrado en los países oprimidos. En los fiords de Noruega y de Finlandia, en los Principados Balcánicos, en Bohemia, en Hungría, en el largo martirio de Irlanda, la poesía ha marchado al frente,

ha cantado a los oídos guerreros para estallar en la boca de los fusiles.

Recordad a Polonia, que acaba de resucitar. En 1794 fué la rota de Kosciusko, y en 1830 la última sublevación ahogada en sangre por las aves de rapiña y las fieras heráldicas de los Imperios. Desde entonces quedó la lira, la lira nacional, para guardar a Polonia: Mickiewicz, Slovachi, Krasinski. Mickiewicz se proclamó rey, y el alma de Polonia. «Mi amor—exclamó—no se ha circunscrito a un ser como el insecto a la raíz: ni se limita a una familia, ni a un siglo. Yo amo a toda mi nación. Si me arrebatan la Patria, ensangrentaré las manos en mi propio corazón. Mi Patria y yo somos uno. Me llamo Millón, porque amo y padezco por millones de hombres». Slovachi, en la blanca soledad de Siberia, junto a la tumba de la simbólica *Ellenai* en la nieve, lloraba sobre Polonia despedazada, y miraba en aquella tumba al ángel de la Patria que llevaba sobre sus alas a las almas de los mártires que traerían la resurrección. Y Krasinski anunciaba la reintegración de la nueva Israel, para el Reino del Mesías de la libertad.

Grecia muerta bajo la garra de las águilas romanas y aplastada por el alfanje sarraceno, despertó de su sueño de siglos a los cantos de Kleptes, que preludió el grito de Botzaris. Recordad a Cuba, cuyos poetas, sobre el trono del patíbulo, hicieron la profecía de la libertad de su país.

Señores, sintiendo así la emoción patriótica, padeciendo los suplicios de la Patria, engrandeciendo a sus héroes, armando a sus ciudadanos, se hace la literatura nacional, más eficaz y sincera: literatura mezclada a la corriente histórica

que vivirá en el corazón del pueblo hasta que viva la nación. Cuando calla la literatura patriótica, temblad: la Patria no está muerta: está podrida, y la podredumbre es la negación de la vida.

\*  
\* \*

También brevemente debo hablaros sobre la amplitud del arte literario, que, utilizando el tema nacional, nunca debe cobrar color uniforme, prescindiendo de maneras y ejercicios, bellos igualmente y encantadores. Desde luego, se advierte que hemos olvidado una tradición nacional, tal vez local, sobre todo en la poesía. Esta va tomando la austera uniformidad de un rito funerario en ocasiones, en otras una severidad olímpica, y hasta en el amor cierta insipidez de etiqueta que no se compadece con las finas modalidades de la existencia, que no va en línea, sino en curva. Nuestro polígrafo Solano, siguiendo a su maestro el Padre Isla, dió, aquí por primera vez, un detalle humorístico. Si no muy afinado, él fué antecedente de chispa y amenidad en nuestra naciente literatura, por el matiz de gracia y delicada ironía de sus escritos.

No creo, como el gran Lope, en la inferioridad de esta manera artística:

Los que no saben escribir en ciencia  
por la sátira van hacia la fama...

Antes bien, la sátira puede llegar, como ha llegado a veces, a la cumbre lírica, si se ha de observar lo que prescribió el magnífico señor Don Juan de Tarsis:

Teniendo en el enojo y en la risa  
aire supremo y fuerza soberana.

Si se ha de hacer literatura integral, no podrá prescindirse de las sutiles picaduras de las abejas helénicas, ni del *esprit* francés, donaire de cortesanía, ni del humor de raíz psicológica de los ensayistas ingleses, y menos se echará a un lado la sal española, la de las coplas, la de los refranes, la del inmenso cuerpo literario en cuya cima aparece el incomparable Cervantes, que, en vísperas de morir, escribió la sabrosa página dedicatoria de *Persiles*, página que es una sonrisa inimitable de la vida que se va ante la muerte que llega.

Entréguese el alma total a la educación artística, con sus múltiples impresiones. No solamente lo trágico, lo patético, lo cerebral obtengan las preferencias del pensador y del poeta. El mundo está compuesto de sombra y resplandor, y la vida posee casi en grado igual la alegría y la tristeza, la sal y el acíbar, las rosas de pasión y el asfodelo letal.

La existencia humana no es únicamente un proceso de enfermedad, teorema fatalista o preparación para la muerte. Es también ilusión, amor y regocijo: la copa rebosante con espumas de oro, la deliciosa pulsación del placer inocente, el gracejo que pone condimento de galantería en la mesa espiritual, la sonrisa que desarruga el ceño de la austeridad filosófica, la vis cómica que contagia frescura de salud, la risa que se desgrana en notas argentinas como piedad con puntillo de malicia, el furor lírico que maneja el rayo contra la ignominia, la maldición en el juicio

final contra la ignominia, y los precitos de la historia.

Ved, poetas hermanos, cómo he entendido, tal vez malamente, lo que debe hacerse para dar indole nacional a nuestras letras. Compendiando, podéis deducir que la literatura debe acomodarse a nuestra indole, y no al revés: que esto invertiría el procedimiento y nos convertiría en alumnos del arte ya hecho, mantenido y gastado de los pueblos con los que—si tenemos afinidades electivas—no podemos tener finalidades comunes.

Todavía hay mucho que andar para llegar a la relativa perfección del ejercicio. Hacer arte criollo parece muy fácil; pero, en la técnica artística, lo más fácil es casi siempre lo más difícil. Ha de perderse aquella timidez de decir con lisura lo que no se acostumbra en el rito literario corriente, rito que no procede de nuestra casa. Para todo esto, se ha menester mucho valor, se ha de ahorcar el prejuicio, echar al cesto los lugares comunes, limpiar la senda de rípios verbales y el alma de rípios de pensamiento, siguiendo en todo la inclinación natural, desechando lo preconcebido, sin cortar las alas para un vuelo acompasado y metódico, sino dejando bien emplumados sus remos para las extensas y largas travesías. Escribamos en lo posible como se habla, según consejo de Sainte Beuve.

Después de tantos siglos de literatura, no es aventurado decir que el mundo de lo inédito aparece más vasto. ¡Somos siempre un continente por descubrir: el país del recuerdo, las islas del ensueño, las derrotas hacia la mansión futura! ¡Son tierras y tierras, y cielos y ciclos de poesía desconocida! Así como la ciencia, que en mo-



mentos de triunfo, cuando se cree llegada al término, sorpréndese ante nuevos horizontes más amplios que los descubiertos, así también el arte —si alguna vez cree haber llegado a la posesión de la belleza— siente sed más voraz: se duplica la potencia de su visión, le nacen nuevas falanges en el ala, y se ve pequeñito ante el otro océano que debe atravesar en descubierta de adelanto y de conquista. Uno de los críticos de las nuevas escuelas, Mauguier, declaró: «Queda por entero una belleza nueva... absolutamente distinta de la que nos placía ayer».

Quienes admiraron la primitiva simplicidad de la poesía en las edades épicas, han creído que aquélla, si no morir, había de transformarse. Lamartine anunció que la poesía se habrá de convertir en la razón cantada. Renan auguró su desaparición como la de las estrellas de la mañana a la salida del sol de la ciencia. El eminente crítico español Menéndez y Pelayo confesando que el apogeo del arte poético había desaparecido con la grande historia, predijo que la poesía seguiría los ideales del progreso, para cantar las máquinas, los derroteros de los audaces navegantes, el trabajo, el esfuerzo y, sobre todo, el infinito religioso, perdido pero no muerto.

La poesía, en vez de desaparecer y limitarse a huerto cerrado y campo acotado, la miro ilimitada, sin horizontes. Cada poeta lleva en sí un universo. Mal se podrá circunscribir a una escuela, mal se podrá vedarle otros campos. El cosmos es para ella, suyas la ciencia, la vida, lo pasado y lo venidero. Ella es, como dijo Wordsworth, «expresión apasionada que reviste la faz de todo conocimiento». Nadie podrá imponer fórmulas a su proceso de evolución, nadie debe atreverse a

sentenciar a su favor ni en contra de sus compañeros de lira, porque éstos tengan esta u otra técnica. Las obras de arte, como las fisonomías humanas, son infinitas, y serán bellas, si no se desfiguran traicionando a la naturaleza.

El ideal religioso—el del progreso, el de la ciencia, el de las industrias—no son los únicos que quedan con destino a las próximas jornadas del espíritu. La vida se ha multiplicado, todas las arterias se hallan en función, las vértebras palpitán, lo sublime llega friamente hasta nuestros huesos. El mundo ha cobrado mil pies y mil alas, y en los países nuevos se está preparando—a utilizar una inmensa masa poética—el arte genial, el que Europa nos pide: la música de la floresta, el alma de las razas vencidas, el ritmo de la hora, la pintura de color y diseño imitados de la naturaleza, por más que parezcan inverosímiles—pues aquí hasta las montañas se han levantado en forma artística, y la orgía de colores del jardín tropical fatiga al observador y le encanta con el hechizo de sus maravillas.

Y no es arrogancia decirlo—ya nuestra incorporación en la literatura europea, o más bien invasión del alma americana en Europa—en España, en Francia misma, vase verificando. ¿No es verdad? De América procede la renovación de la prosa, esterilizada después de los siglos de oro. Aquí apareció, en improvisación hermosa, una sentimentalidad nueva, un ritmo inédito nacidos del proceso psicológico, de la introspección sutil y profunda, que más tarde aprovechará para idealizar los múltiples elementos acumulados en estas vastas comarcas, en que la visión y el esfuerzo adquieren amplitud ilimitada e inusitado vigor.

Comprenderéis que, no por lo expuesto, os aconsejo que evitando el contacto con las letras extranjeras y renunciando a los modelos eternos de los siglos clásicos, hagáis literatura de soledad y rebelión. No, dentro del comercio universal de las ideas, sin esquivar la corriente de seducción que nos llega de las civilizaciones máximas, lo que se nos exige es la nota diferencial, el nombre y el sello de la especie y el linaje, la sinceridad limpia y franca como la respiración y la soberbia de ser y de sentir, con señorío, con la altivez primitiva de quien no renuncia aunque pequeño, enfrente de las superioridades, al timbre personal y a la ingenuidad creadora.

Sin discutir bizantinismos escolásticos, entregados a nuestra propia índole, hagamos sana independencia en literatura. Seamos libres. La buena libertad sea la consigna. La libertad hizo la Patria, y la libertad hará la literatura. Concluiré con estas palabras de un gran artista, Rubén Darío, que por desgracia— en rarísima vez— fué poeta americano: «Con tal que haya un ímpetu personal, consciencia de la senda que se sigue y sincera pasión de lo bello, no importan al criterio sereno los procedimientos o las maneras... Se posee la fuerza, o se posee la gracia, cuando no es el genio el que tiene las dos».

¡La gracia, la fuerza, o mejor el genio, os lleven hacia la meta del estadio!

## LA CONCIENCIA NACIONAL

### I

Así puede llamarse el conocimiento geográfico e histórico de un pueblo. Cuando éste procede en sus estudios sin partir del examen de los lugares y de los hechos, del escenario y la escena, que están dentro de sus fronteras, va excéntrico del movimiento natural, que, en reguladora corriente, parte del fondo de la colectividad, para esparcirse más allá de los linderos.

Con la geografía y la historia se conforma la psicología experimental de las personas morales y jurídicas. El principio del conocimiento radica en nuestro ser, el principio de la conciencia colectiva arranca del dato geográfico y del hecho histórico. Acendrados e intensos tales conocimientos, de ellos se deduce el resumen matemático y el cuadro estadístico, que constituyen la cifra y el compendio de estas ciencias fundamentales, las primeras en la práctica, las más útiles, las necesarias con necesidad de medio.

Las agrupaciones dispersas, el hombre solitario, si conocen sus montañas, no las conocen con discernimiento científico ni según el criterio de utilidad y las normas de comparación, para el

objeto de saber la extensión del territorio, su adecuación a la industria agraria y a los menesteres del comercio. Conoce su tierra por instinto como los animales, con un instinto quizá superior al del hombre culto; pero no le preguntéis sobre la exactitud de las distancias ni los datos topográficos y demográficos de una región: su instinto no le servirá para aproximarse siquiera a las conclusiones de orden técnico y social.

En el proceso histórico, comienza el salvaje desde su persona, tal vez en su padre y en el aduar que dió sombra a su nacimiento. La historia propiamente tal no existe. A poco de rodar el tiempo, los sucesos precedentes se confunden en la niebla del olvido y persisten apenas imágenes confusas de mitos y leyendas, de los que nada pueden obtenerse en la liquidación de la verdad. El viajero que pretende encontrar tradiciones firmes y encauzadas, dentro de una corriente espontánea e invariable, se equivoca. Los libros de viajes y los informes de exploradores y hombres de ciencia están llenos de contradicciones y fábulas, con que la suspicacia del bárbaro engaña casi siempre la credulidad pseudocientífica.

## II

Capítulo primero de un sistema de enseñanza que merezca llamarse tal debe ser el estudio de la geografía y de la historia del país. Conocida brevemente nuestra posición en el mundo y en la tradición de los pueblos civilizados, lo primordial se reduce a estudiar lo que somos en el espacio y en el tiempo.

Y nada más olvidado sistemáticamente en

las costumbres escolares; en términos que nuestra inclinación va más bien a las grandes naciones de Europa, al Asia del Génesis, al África tenebrosa, antes que a la tierra propia. Por muchos años, han sido materia exclusiva de especialistas extranjeros la geografía y la historia, sobre todo la historia antigua y la prehistoria de nuestras comarcas. Los sabios *americanistas*, las sociedades *americanistas* no están sino como casos de excepción en América. Y la misma historia colonial y contemporánea va entrando en la penumbra, por falta de cronistas nacionales, de gobiernos y academias que nos den siquiera la documentación, base de la historia, el plano y el estudio completo de la topografía, el cuadro de los usos y costumbres, el proceso constitucional, administrativo y hacendario, la evolución procesal y criminal y la correlativa de las leyes.

Academias de la historia hay, asociaciones de estudios históricos existen, funcionan institutos geográficos, la estadística da ya en algunos países hispanoamericanos el resumen más que aproximado, y el examen del suelo y del subsuelo promete a algunos estados la formación de una carta de relieve del territorio.

Pero tan urgentes ramos del humano saber, que representan parte esencial de la vida de un pueblo, se cultivan con inmensa desigualdad en nuestra América, y repúblicas hay donde la historia está por escribirse y la geografía por formar el mapa definitivo, geológico y topográfico.

Siéntese ya una como alta presión que a naciones y pueblos empuja a tan primordiales disciplinas, y apenas habrá comarca en la tierra que no inquiere el misterio del pasado, recorra y mida la superficie y horade la costra terrestre,

a fin de saber quiénes fuimos y dónde estamos sobre el planeta, que sigue su revolución de siglos a través de los espacios, atado al luminoso carro del sol.

La geografía y la historia derivan su influencia hacia el campo del arte y la literatura. Cuando éstos proceden sobre modelos, renunciando a la impresión personal, prolongan las jornadas de cultura del espíritu que no se incorpora a la edad y al medio, petrificando la inspiración dentro del tormento de las imitaciones.

La observación del suelo, la traslación a la imagen—de lo que vemos, el sentimiento del paisaje de la heredad, de los campos natales, del mar adyacente, de los ríos nutridos por las montañas que circundan nuestro horizonte, de esas mismas montañas, miradores hacia el cielo y sobre las tierras bajas, producen la emoción estética, la originalidad genial, la intensidad de la impresión que se trasladan a las obras maestras, por el procedimiento artístico.

### III

Nuestra historia, por mísera que sea; nuestras costumbres, por sencillas que parezcan, nuestras son: las conocemos en conciencia, las amamos con ardor pasional, y sólo nosotros podremos trasfundir acertadamente al lienzo, a la narración, a la escena, al ritmo de la palabra y al ritmo de la música el alma nacional que palpita en las ruinas, que resucita en el polvo de los sepulcros, que surge de los libros viejos, que arrebatada a la polilla el tesoro de los documentos y reconstruye lo antiguo con recursos artísticos nuevos, para conservar no interrumpida la tradi-

ción y con ella el espíritu de la nacionalidad y el patriotismo.

Porque el patriotismo no se improvisa: arranca de la tierra, se confunde con el culto a los antepasados, y con las piedras de los monumentos olvidados levanta altares para el culto en nuevas generaciones.

No se ama lo que no se conoce, no llega al alma lo que no pasó por el tamiz de los sentidos. Si ignoramos los anales patrios, si rehusamos penetrarnos del aliento, del calor del suelo natal, ¿cómo creeremos en el patriotismo, que es conocimiento directo y reflexivo y el sentimiento y el alma de nuestra tierra?

Por desgracia, no cuidamos de llevar la cronología ni la crónica de los hechos de que somos testigos, en los que somos actores. El desdén, el poquísimo aprecio que nos merecen las cosas de la patria determinan esa indolencia, que se traduce en la ignorancia de la historia y en el olvido, a veces definitivo, en que se rezuman sucesos y hombres, a lo menos los que carecen de preeminencia y relieve.

#### IV

En países más allegados a la cultura intelectual, dos maneras habrá de dejar constancia de los acontecimientos contemporáneos: las crónicas y las memorias; aquéllas, encomendadas al cronista de una ciudad o una región; éstas, fruto desinteresado de un pensador literario, de un observador que desde el retiro mira pasar la avenida de los sucesos y a los personajes que en ellos intervienen.



Los monasterios, las villas hasta hace poco tenían en Europa su cronista y las memorias constituyen un copioso arsenal de apreciaciones y datos, sobre todo en la patria francesa y en lo tocante al gran siglo, a la primera república y al imperio del casi único Napoleón.

Fuente respetabilísima han sido los documentos, los procesos, las actas de parlamentos y cancillerías, memoriales, informes, quejas, reclamos, alegatos de méritos y servicios.

Aguéguese a esto el paciente estudio que demandan las genealogías, anotadas y seguidas en el curso de los siglos, todo ello completado con la historia de los blasones, los monumentos funerarios y solariegos y las medallas: la heráldica, la numismática, la paleografía, la palcontología, sillares magníficos de la historia.

En la edad contemporánea, en los días corrientes, poseemos la abundancia, la demasía de datos, observaciones y juicios en papeles oficiales y folletos y en las montañas de papel de la prensa diaria. A este propósito, observaba Menéndez y Pelayo que la vida actual resulta más difícil de historiar conscientemente que una época antigua o medioeval, precisamente porque la inmensa literatura de combate desfigura el hecho, nubla la visión, empequeñece o agranda caprichosamente las figuras y esparce un ambiente de malicia y mentira, del que no puede salir limpia la verdad casi nunca. Lo más triste es la poquísima seriedad de los documentos oficiales, desde las altísimas piezas del orden internacional, hasta el acta de una junta o la declaración del caudillejo de una republiquilla.

Los libros de colores de las cancillerías no tienen la blancura de la sinceridad, y sobre ellos

pasa la sombría huella del *Secretario florentino*. Los mensajes, las proclamas de los jefes de Estado, las memorias de sus ministros, las réplicas y contrarréplicas de cancillería apenas dejan adivinar, en el fondo de un turbio raudal de palabras, las arenillas de la ingenuidad... Casi todo resulta hipócritamente reservado, dislocado para falsear el criterio y arrojar con ello un proyectil más de papel al adversario.

Anticipadamente, los conquistadores y los tiranos y hasta los libertarios decían crudamente sus propósitos y confesaban, como título, la arrogancia, la osadía de sus delitos. Hoy se cubren las vergüenzas de la traición y la delincuencia con frases hechas de una literatura bruñida por gastada ya, en tanto tiempo al servicio de la perfidia.

## V

En nuestra América hispana, la historia se divide en tres épocas: la anterior a la conquista, la conquista y la colonización y la república.

La primera, la prehistoria, la época precolumbina comprende las someras noticias que recibieron los conquistadores españoles acerca de los sucesos, gobierno, leyes y costumbres que les precedieron.

Los materiales de aquella prehistoria encuéntranse en los historiadores de Indias, testigos de la conquista y de la primera colonización, siendo notable entre estas historias y caso de excepción los *Comentarios* de Garcilaso Inca, indio de raza real del Perú.

A estos datos, no siempre seguros, se añaden los procedentes de los monumentos indíge-

nas, el estudio de sus usos y costumbres, religión, e idioma.

En pueblos en que no hubo escritura en forma apreciable, aparece la dificultad de determinar y aclarar por lo mismo el origen de las razas, sus diversas inmigraciones, la constitución de las nacionalidades, los caracteres de religión y la índole de la cultura.

Con datos de inducción y con argumentos de orden conjetural, tanto más débiles cuanto las semejanzas y analogías se explican por la unidad de la especie humana, resulta algo como imposible restaurar la historia primitiva. ¡Cuán difícil empresa reconstruir, con cenizas y polvo de las tumbas, el cuadro de una civilización que no ha dejado en los descendientes de sus progenitores sino poquísimas huellas! La conquista, suprimiendo su independencia, los redujo a la servidumbre, a la encomienda y al definitivo olvido de la gloria y el imperio de sus antepasados. Uno que otro caso de sublevación como la de Manco, no tuvo eco ni extensión en la propia raza, que había perdido para siempre los atributos del dominio y la osadía de la antigua grandeza.

Se ha resucitado la dinastía de los Faraones, se ha completado quizás el catálogo de los reyes de Siria y de Persia y las series dinásticas de China y del Japón. En América, no conservamos de la antigüedad sino unas pocas noticias del gran imperio Azteca y otras más extensas con la cronología de los emperadores del Cuzco. Tales noticias arrancan de no muy atrás, y de ellas mismas debe desconfiarse, ya que fueron recogidas de tradición en un pueblo que carecía de anales escritos. Los conquistadores y los prime-

ros cronistas, con credulidad a veces infantil, daban crédito a fábulas y leyendas de todo género que, en el órgano literario, se abultaban por motivos de interés y artificio retórico.

Tal costumbre perduró en la colonia; y siglos después del descubrimiento, todavía se daba como nueva la historia y la genealogía de reyes de Quito, los Shyris, que discuten los críticos ahora con gravísimas dudas, contra la rotunda afirmación del P. Juan de Velasco, que nos dejó una extirpe real y la dinastía de los Caras y los Duchicelas, por información de un contemporáneo de los de la raza.

Lo que no puede imputarse a duda es la existencia de los imperios y las agrupaciones que los conquistadores españoles hallaron en las Indias y la de sus inmediatos antecesores. Es pues indudable, para nosotros los de Suramérica, la existencia del Emperador Huaina-Cápac, de su padre Tupac Yupanqui y de sus hijos Huáscar y Atahualpa. Nadie puede dudar tampoco de los sucesos que determinaron la caída de Huáscar y el triunfo de Atahualpa, último Emperador de la América, muerto a manos de Pizarro, el arrogante conquistador del Perú...

Sobre tan escasos antecedentes, se ha comenzado a levantar el edificio de la prehistoria americana. Conclusiones definitivas casi no pueden darse, por la fragilidad de los fundamentos, que no resisten a la comprobación crítica. Las hipótesis han sustituido a las afirmaciones, como si se tratara de los complicados problemas del origen de los fenómenos naturales...

En Alemania, en Inglaterra, en España, en los Estados Unidos, en Francia, se han multiplicado las investigaciones arqueológicas america-

nas; y lo que antes fué rareza, hoy invade vastos campos de estudio e inquisición. En el Perú, en Colombia, en Méjico, en Venezuela, la Argentina, Chile, el Ecuador, Bolivia, se ha desarrollado intensa labor de reconstitución histórica de las edades primitivas, con tesón heroico y con el auxilio de las grandes ciencias modernas: la lingüística, la etnología, la paleontología, la antropología y la etnografía.

## VI

Corresponde a nuestro Ecuador algo de la preeminencia en estos conocimientos. El sabio sacerdote, después Arzobispo de Quito, D. Federico González Suárez, impresionado por el espectáculo de algunas excavaciones de Chordeleg en el antiguo Azuay, concibió el proyecto de sus primeros estudios arqueológicos. De aquella época procede *El Estudio sobre los Cañaris* (que nosotros diríamos Cañares), tribu del Ecuador actual, que formó parte del Imperio del Perú, tribu cuyo centro fué Tomebamba. Aquel estudio, redactado en Cuenca, centro del antiguo Cañar, fué un acontecimiento en el curso de los estudios históricos del continente. Lo hizo el Sr. González Suárez, para despertar el gusto de la juventud estudiosa del Azuay por este olvidado ramo del saber. La dedicatoria de aquella obra matriz de la arqueología ecuatoriana honró a Julio Matovelle, Honorato Vázquez y Miguel Moreno.

Tan soberano ejemplo influyó en la creación de una importante *Sección histórica del Liceo de la Juventud*, benemérito centro de estudios que había fundado el mismo Matovelle.

González Suárez había permanecido en Cuenca más de diez años, primero en la Compañía y luego en calidad de sacerdote y canónigo de la Catedral, dedicado en el retiro a un intenso estudio, sobre todo de la historia, alternado con investigaciones o viajes arqueológicos en la región de Cañar, verdadera necrópolis y museo.

La poderosa inclinación del gran escritor se enderezó definitivamente hacia la historia nacional, sobre todo a la historia eclesiástica, y comenzó a allegar los materiales para ella, con el método y acierto que eran el distintivo de su talento.

La juventud que le seguía hizo ya sus primeras armas, y comenzaron la publicación de antiguos documentos Cornelio Crespo Toral y Mariano Prado García, y sus investigaciones Julio Matovelle en *La Luciérnaga*. Tratóse desde luego del problema histórico: ¿cual fué el sitio de la antigua imperial Tomebamba de los Cañares y los Incas?

Acerca de este problema, Matovelle publicó en aquella revista *Las Ruinas de Tomebamba*; ensayo meritísimo, cuya tesis la aceptaron González Suárez y Wolf, y la contradijeron más tarde el Dr. Luis Cordero y muchos otros aficionados a las antigüedades locales. Ya el citado Crespo Toral apuntó en la misma *Luciérnaga* las dudas que entrañaba el asunto y las diversas y encontradas opiniones de los peritos, atentos los datos suministrados por las historias y los documentos.

La publicación de las primeras actas de fundación y colonización de Cuenca determinaron nueva ruta en el estudio de la historia local, des-

viándola de las conjeturas de la prehistoria, para atender a otros sucesos, de la colonia principalmente, sobre los que existía documentación abundantísima, casi olvidada.

Cierto que ya teníamos historia, más o menos fundada, en la del Padre Velasco, y en los cronistas de Indias, sobre todo en lo tocante a la primera época, la de la conquista; verdad que el Sr. Pedro Fermín Cevallos había escrito la *Historia del Ecuador*, estupendo ensayo, por los poquísimos materiales de que dispuso el historiador, que tuvo de ir al tanteo, como en la sombra. Pero faltaba la historia documentada, el cuerpo de la grande historia, la ruta cierta y la fisonomía de cada época. Y ello no pudo darnos el benemérito Cevallos.

Reservada estaba la empresa a González Suárez. Estudiando los archivos de Lima, Santiago, España, Roma y Quito, juntados los sillares para el monumento, emprendió la *Historia general del Ecuador*, monumento máximo de nuestra literatura de magisterio e investigación, avalorado por el primor artístico de un estilo de noble alcornia y una dicción límpida y selecta.

Antes que González Suárez, además de los citados, el Ecuador tuvo a un benedictino de la historia, a D. Pablo Herrera, que escribió monografías y principalmente una *Historia de la vieja literatura del Ecuador*, que la amplió otro escritor notabilísimo D. Juan León Mera. Pero, desgraciadamente, esa biblioteca ambulante que así se pudo calificar a Herrera, acabó sin trasladarse al papel sino en pequeñísima parte: las dificultades editoriales y la modestia de aquel santo y sabio varón nos privaron de trabajos y documentos que sólo él pudo darnos.

Andando los años, la historia republicana ha ido también cubriéndose de nieblas, para martirio de las nuevas generaciones que con más dificultad narrarán los hechos de la emancipación y la patria. No publicados sistemáticamente los documentos, incorporada al relato histórico la nota pasional de partido o el rencor individualista, la historia necesita depurarse y escribirse, con normas en lo posible objetivas y según el peso y la medida honrada que manejan quienes ejercen el oficio, como si se tratase de ministerio sacerdotal o de justicia.

A este propósito, la labor de D. Pedro Moncayo deja la triste impresión de una acidez que estraga el paladar; y no se hace con tales literaturas la asimilación espiritual, que demanda alguna simpatía, no producida en bien del escritor que no procede con honradez imparcial. D. Pedro José Cevallos, que poseía documentos y papeles sobrados para escribir nuestra historia de la república y una curiosa y menuda cronología ecuatoriana, refutó la breve crónica de D. Pedro Moncayo, que a ello se redujo su primera anunciada grande historia, que con los documentos se quemó en Valparaíso, quizás en descargo de la conciencia del autor y para alivio de muchas víctimas del puñal de la pluma. La misma magnífica historia del Sr. González Suárez no llegó sino a los albores de la independencia. La mala espina que le produjo la discusión y las querelias por el famoso tomo IV le retrajeron de historiar la vida republicana. Se dice que quedó entre sus papeles parte a lo menos de la continuación de la historia. Pero ello es una bella conjetura. Parece que sólo nos dejó inéditas el gran Arzobispo una defensa de su citado tomo, algunas rectifica-



ciones a su obra total, escritas por exigirlo el estudio y descubrimiento de documentos no consultados (así como las anotaciones hechas por algunos escritores, sobre todo extranjeros) y sus *Memorias*, reservadas a publicarse cincuenta años después.

## VII

Hemos tenido personas conocedoras y diestras en dejar limpio el proceso total de nuestra existencia como colonia y como república: no sólo D. Pablo Herrera, D. Pedro Fermín Cevallos, que deseó vivamente completar su historia en una nueva edición; D. Pedro J. Cevallos y D. Antonio Borrero, completamente documentados para ello, sino otros muchos, entre ellos los Drs. Antonio Flores, Francisco X. Aguirre y Mariano Cueva, D. Juan León Mera, Dr. Francisco Campos, Padre Manuel Proaño, D. Luis Cordero, D. Domingo Elizalde Vera, Dr. Ramón Borrero, General Francisco J. Salazar, D. Teodoro Gómez de la Torre.

Pero si escribir resulta fácil, escribir documentándose no se hace sino con tiempo y dinero; y aun obtenido ello por labor desinteresada, vienen los obstáculos de la publicación. ¿Quién escribe, sobre una base de pruebas, en estos países y en nuestro Ecuador, en que se gasta tinta y papel para mentirosos mensajes presidenciales y pesadas memorias, que pueden reducirse a cuadros estadísticos, más bien que a compilación de discursos, alegatos de méritos, planes e informes, cuya falta de imparcialidad y de firmeza se endereza principalmente a entene-

brece el criterio histórico y a formar un ambiente cargado de microbios de contagio pestilencial?

En nuestra nación, no se ha creado un instituto geográfico, sólo ayer se reconoció la «Academia nacional de la Historia», no se ha formado un archivo nacional; y su Academia de la Lengua, correspondiente de la Española, se ha limitado a poner sus dineros a rédito y a alquilar la casa, como que no la necesitara.

En países en que apenas se lee y en que no se puede impunemente sacrificar el interés privado a la abnegación de la literatura, es claro que los trabajos geográficos—no solamente los de sabios extranjeros como Wolf—deben costearse de fondos públicos, sino todos los que se refieran a la geografía e historia nacionales, que merezcan, según dictamen de una corporación justiciera y honorable, que sí puede haberla aquí.

La creación de un archivo nacional, que se intentó en 1890 (con negativa del II. Senado) va entrando a la realidad, mediante el encargo al Sr. Cristóbal de Gangotena y Jijón (perfectamente preparado para ello y hoy Jefe de la Biblioteca nacional), de juntar y catalogar los documentos de la Real Audiencia, conservados hasta ayer en abandono.

Sería del caso que tal empresa de alta ilustración se completase con el envío, desde todas las provincias, al Archivo nacional, de copias de documentos antiguos.

El P. J. M. Le Gouhir y Rodas nos ha dado un epitome de *Historia del Ecuador*, excelente punto de observación y partida para quien desee ampliar la información y completar el cuadro de la vida nacional en los tiempos idos. El escritor

extranjero que nos ha favorecido con su magnánima labor es acreedor a gratitud imperecedera.

## VIII

La inclinación a los estudios geográficos e históricos ha tenido en el país un paciente e ilustrado investigador, el actual Arzobispo de Quito, D. Manuel María Pólit. Su libro sobre los parientes de Santa Teresa, que se refiere a los descendientes de D. Lorenzo de Cepeda, merece capítulo de honor entre los de su clase en América y España. En posesión de documentos y adelantado ya mucho trabajo, se juzga que el Sr. Pólit, como lo predestinaba el Sr. González Suárez, continuará su *Historia del Ecuador* y emprenderá la edición de toda élla, con las enmiendas que su venerable autor tenía previstas y con las que demanda el estado último de las investigaciones.

Del mismo *Liceo de la Juventud* de Cuenca procedió también un movimiento trascendente a nuevas generaciones, para incremento de los estudios históricos. El Dr. Alberto Muñoz Vernaza, miembro de la *Sección histórica* de aquella Sociedad, al residir en Bogotá como Secretario de Legación, logró documentos inestimables, sobre todo de los referentes a la revolución de la independencia y al movimiento intelectual de entonces, principalmente al rededor de un famoso personaje quiteño, D. Francisco E. de Santacruz y Espejo.

El Sr. Muñoz Vernaza, que hizo después la edición de las obras de Fr. Vicente Solano, vió cómo su ejemplo incitaba a otros talentos en su

ciudad natal. El Dr. Adolfo B. Serrano emprendió una historia de nuestra legislación y en el catálogo completo de élla, y el Dr. Alfonso M. Borrero compuso *Décadas de la Municipalidad de Cuenca*, contando con la transcripción de los libros antiguos del Ayuntamiento de esa ciudad, hecha por el paleógrafo azuayo D. Manuel Torres Aguilar.

El Dr. Francisco Campos, benemérito de las letras y la civilización, dedicó lo más lozano de sus empeños a la historia, y su *Diccionario biográfico ecuatoriano* tiene el mérito de la iniciativa, sobre otros muchos que distinguen al modesto y veraz historiógrafo.

Don Camilo Destruge, Director de la Biblioteca Municipal de Guayaquil y Redactor de su *Boletín*, lleva años de recia campaña de historia y documentación que le colocan en el puesto de investigador paciente de nuestro pasado, sobre todo el de la independencia y la república. Su *Historia de Guayaquil*, que ha publicado últimamente, con ocasión del centenario de la independencia de esa ciudad y su departamento, demanda respeto y alabanza.

El Sr. Gabriel Pino Roca cultiva la historia pintoresca, a la manera de Palma: la literatura sobre la base de la verdad de los hechos.

La tesonera labor del Dr. Juan Félix Proaño, deán de la Catedral de Riobamba, se recomienda por el intenso amor patrio y su adhesión a las afirmaciones de su conterráneo el P. Velasco. Se ha trasfundido a la literatura el ardor patriótico del Sr. Proaño por las antigüedades de Quito: su drama *Quizquiz*, que ha encontrado ambiente de simpatía, es capítulo de historia, de ambiente y color antiguos, muy recomendables.

Los religiosos de Santo Domingo de la provincia del Ecuador, desde que se trabó la gran disputa sobre el tomo IV de la Historia de González Suárez, se dieron con tesón al estudio de los archivos; y de aquel movimiento colectivo tan generoso han nacido investigadores insuperables y verdaderos paladines de historia, de lo mejor de nuestra cultura. El P. Enrique Vacas Galindo, hoy residente en Roma, posee un gran archivo de documentos coloniales para los anales de América. El P. Alberto M. Torres compareció con su vindicación del P. Valverde, el religioso y obispo dominicano de la tragedia de Cajamarca, libro único por el tema y la incontestable argumentación. El P. Solano había apuntado ya los primeros puntos de defensa del capellán de Pizarro, desfigurado horribilmente, en especial por historiadores protestantes. El P. Alfonso M. Jervés lleva años de juntar materiales para grandes obras, sobre todo en pro de la región azuaya. Suyas son las estimadas *Páginas de historia* e innumerables transcripciones de documentos y muchísimas monografías sobre sucesos de la vida colonial y republicana del Ecuador.

Los Mercedarios cuentan con el diligente y muy bien orientado P. Joel Monroy, quien, al biografiar a ilustres miembros de su Orden que han actuado en el Ecuador, toca puntos diversos de historia general.

No es para olvidado un joven y noble campeón de la pluma que acabó sus días en escena nocturna de horror, asesinado en las puertas del cementerio de Quito, por mano del Poder, convertido en criminal vergonzante... Víctor León Vívar, discípulo de González Suárez, siguió las inclinaciones de su maestro; y en el Ecuador y

en Chile, publicó varios artículos sobre establecimiento de la imprenta en la América española; *Washington del Sur*, amplia, valiente semblanza de Sucre, y los *Presidentes poetas del Ecuador*: Flores y García Moreno.

El Sr. Celiano Monge merece bien de sus compatriotas por el empeño con que desde años atrás se ha dedicado a la rebusca de documentos y a la biografía de patricios ilustres. A él se debe la publicación, entre otras piezas célebres, de la Constitución de la República de Cuenca (15 de Noviembre de 1820).

El Dr. Luis Felipe Borja hijo, ha dedicado también parte de su labor a las investigaciones históricas. La cuita Ambato le es deudora del *Libro rojo*, que contiene la flor de su documentación colonial.

En Loja, antigua ciudad, asiento de noble cepa española, se hallan intactos los archivos. El Dr. Rafael Riofrío E. ha comenzado a utilizarlos. El Sr. Agustín Carrión historió el movimiento de la prensa en su comarca natal.

Acerca de trabajos de esta índole, ha de mencionarse la *Historia de la Prensa periódica en el Ecuador*, por el famoso polígrafo D. Manuel J. Calle, muerto no ha mucho en plena madurez intelectual, en daño de la ilustración y de las letras, no sólo del país, sino de la América toda.

La historia literaria ha ido más lenta. Aparte de los escritos y trabajos ya mencionados de los Sres. Herrera, González Suárez, Mera, Pólit, son capítulos de especial distinción los trabajos de Honorato Vázquez sobre el P. Villarreal y otros escritores nacionales, del concienzudo literato D. Gonzalo Zaldumbide acerca del mis-

mo Villarreal y del P. J. B. Aguirre, y de Don Alejandro Andrade Coello sobre varias celebridades nacionales.

Y ya tenemos historia completa de la literatura nacional: la del P. Francisco Vázcones, digna de alta estima por el acendrado criterio y el noble patriotismo. El P. Vázcones acaba de contribuir a la celebración del centenario de la independencia de Guayaquil con un magnífico ensayo histórico crítico sobre el poeta patricio Olmedo.

En Cuenca, dedica a múltiples labores su atención un insigne literato y escritor, el Dr. Octavio Cordero Palacios. Cuando presidente de la Municipalidad de este cantón, emprendió la *Miscelánea histórica del Azuay*, compilación valiosísima, que, a no suspenderse, habría enriquecido la historia local y la nacional con inapreciables datos e informaciones.

Lo propio debe decirse del Dr. Romero León, quien, aparte de sus estudios sobre antigüedades, tiene en preparación los *Anales de Cuenca*, que debieron publicarse a raíz del centenario de la emancipación de esta ciudad. El Dr. Romero dió ya una reseña acerca de dicha emancipación, que la han utilizado los periodistas y demás vulgarizadores de nuestra gesta de libertad, historiada también de antemano por los Dres. Muñoz Vernaza, Cordero Palacios y Luis Cordero Dávila.

La Sra. Zoila Ugarte de Landívar, cuando dirigía la Biblioteca nacional, dió a la estampa, en la *Revista* de ésta, trabajos de mucha estima.

Don Angel T. Barrera publica, por desgracia en la prensa diaria tan efímera, anotaciones de erudición relativa a sucesos coloniales y del

período republicano, que denuncian una labor persistente y bien encaminada.

El Dr. Matovelle, tantas veces mencionado, autor de *Cuenca de Tomebamba*, que comenzó en *La Unión Literaria* y ha completado últimamente, publicó *Santuarios célebres*, libro de crónicas religiosa de pía lectura y no menos amenas por la erudición.

Tiene lugar de preferencia el Sr. B. Donoso, quien enriqueció la bibliografía patria con una estimabilísima reseña de los Obispos de Quito, publicada en los *Anales de la Universidad Central*. Igualmente el P. José F. Heredia que, en literatura e historia nacional, se distingue por una constante aplicación, que ha trascendido a la *Academia Dios y Patria* por él fundada. Últimamente ha descubierto y dado a la estampa la documentación de la independencia de su comarca natal Riobamba. Acerca de esta noble ciudad, se recomienda el estudio de sus blasones debido al artista y escritor quiteño señor Traversari Salazar.

Los literatos ecuatorianos desde Mera acá han utilizado la historia nacional para la novela y otras obras menores, distinguiéndose el Doctor Carlos R. Tobar, Quintiliano Sánchez, Roberto Espinosa, Manuel J. Calle, en su magnífico libro de narraciones del tiempo heroico, Miguel Moreno en *Episodios de la Independencia*, José Antonio Campos, Carlos M. Tobar B., Virgilio Ontaneda, Eloy Proaño y Vega...

Casi todos los escritores ecuatorianos han tratado asuntos de historia, en alguna forma, sobre todo la biográfica: Francisco I. Salazar, Abelardo Moncayo, Carlos A. León, Angel P. Chávez, Pacífico E. Arboleda, Leonidas Bata-



llas, P. P. Borja Yerovi, Ricardo Márquez, autor de los *Héroes de Boyacá*, y principalmente Nicolás A. González.

## IX

Las *Memorias* no han tenido entre nosotros cultivo, como en otros pueblos. La pequeñez del país y la vulgaridad de la escena han desviado la atención de nuestros actores en el tinglado político. Ni Flores ni García Moreno dejaron en el papel sus recuerdos, que habrían explicado muchos problemas planteados en su tiempo y para cuya solución resulta utilísima la explicación del hombre público, que la da en plática con la posteridad.

El General Villamil escribió una relación del movimiento revolucionario del 9 de Octubre, la que ha sido tomada en cuenta para relato definitivo del importante suceso, igualmente que la de otro testigo D. Manuel J. Fajardo.

Don Vicente Ramón Roca escribió sus *Recuerdos históricos*, que los entregó al público su hijo Doctor J. E. Roca. Esos recuerdos producen la impresión de sinceridad y honradez que distinguieron al presidente Roca, uno de nuestros pocos hombres civiles que logró gobernar con el tantas veces fracasado programa de concordia, sin el apéndice del militarismo.

Del Gral. D. Eloy Alfaro cursan *Recuerdos*, que a decir verdad, más parecen escritos por quienes han utilizado su nombre en acusaciones de todo género. Obras de esa especie piden depuración, mediante concienzudo examen de hechos, ventajosamente recientes, que se han de

sujetar a la comprobación documentada con destino al fallo definitivo.

Acaba de publicar el Sr. Gangotena Jijón las *Memorias* del coronel D. Teodoro Gómez de la Torre, en la *Revista de la Biblioteca Nacional*.

Deben considerarse, aunque exijan reservas, los folletos político históricos del Gral. Eloy Alfaro, de don Roberto Andrade, Luis Vargas Torres, Marieta Veintemilla, Rafael M. Mata, etc...

## X

El concurso nacional a la geografía y topografía de la Patria no aparece insignificante, si lo comparamos con el de naciones menos favorecidas.

La *Historia del Reino de Quito*, del P. Juan de Velasco, representa gran esfuerzo del insigne jesuita, que, expulsado de su patria, logró sin embargo dejarnos obra de aliento, casi única entre las de su tiempo, y que pudo ser completa, si el escritor hubiese dispuesto de los archivos existentes en la tierra natal y no escrito, en muchos casos, a la sola luz del recuerdo.

Digno de reverencia es don Pedro Vicente Maldonado, autor de la mejor carta geográfica del Reino y uno de los pocos hombres de ciencia que puede presentar el Ecuador en el senado de la cultura universal.

Tiene sitio de preferencia a la gratitud del país el geógrafo D. Manuel Villavicencio, autor de la primera geografía y mapa del Ecuador, hombre modestísimo, gran patriota y mantenedor de esa clase de estudios en nuestra nación.



## XI

Los sabios extranjeros han abierto senda aquí en muchos conocimientos. El Ecuador ha llamado siempre la atención, por la singularidad de su topografía y de sus fenómenos naturales y también por su prehistoria, que presenta tantos problemas a la investigación científica.

El Barón de Humboldt, prócer de la ciencia, estuvo aquí; y aquí logró completar sus grandes síntesis cosmológicas, escribió sus impresiones de viaje y sintió con este corazón del mundo, de cuyas palpitaciones volcánicas dió la medida y el ritmo.

La Condamine y sus compañeros, que midieron una sección del arco del meridiano terrestre, completaron en el Ecuador su medida, dejando en libros y monumentos, rastro indeleble de labor científica, que fué comprobada más tarde por sabios expertos del Ejército francés. Por estos felices campos ha pasado la caravana de la ciencia. A ella pertenecieron también los beneméritos sabios españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

En las observaciones botánicas tuvimos a Bonpland; y más tarde la botánica y las ciencias lograron en el Ecuador una colonia de sabios: los de la *Escuela Politécnica*, fundada por el eminente García Moreno; Dressel, Kölberg (que escribió un viaje científico al Ecuador); Menten, director del observatorio astronómico y redactor de su notable *Boletín*; Sodiro, que estudió largamente la Botánica ecuatorial, y T. Wolf, autor de la gran geografía y carta del Ecuador y de otros trabajos de largo aliento. El nos dió ya los

primeros datos sobre la prehistoria, tanto como Reiss y Stübel, sabios alemanes, exploradores, geógrafos y observadores científicos en todos los ramos de conocimiento.

Es acreedor a mención especialísima Adolfo Bastian, profesor alemán y uno de los primeros que inició el estudio de nuestras antigüedades.

Poco después conocimos aquí a Carlos Wiener, explorador de la región oriental que estudió el Azuay y el Ecuador, bien que someramente, allá en 1880. En la costa de Manabí hizo grandes descubrimientos arqueológicos H. Saville, anticuario de fama mundial.

La comarca oriental anexa al Azuay tuvo un magnífico explorador—el sabio botánico de Italia Dr. E. Festa—que residió en el fondo de las selvas algunos años, recogiendo datos para su célebre obra de Historia natural de esas misteriosas regiones. En sus libros, encontraremos mucho de lo que nos faltaba saber sobre la flora y la fauna de nuestra alta comarca oriental.

En los Estados Unidos, desde tiempos atrás, se han mirado con especial interés los grandiosos acontecimientos de la conquista española. A Robertson, a Prescott, a Washington Irving debemos inscribir entre los primeros narradores del descubrimiento y las alteraciones de Hispano América.

En Francia actúa la *Sociedad de americanistas*, a la que América es deudora de eminentes servicios. Bástenos recordar el nombre del Dr. Pablo Rivet, que en su calidad de médico de la Misión geodésica francesa, residió sobre todo en el Sur del Ecuador y en el Norte del Perú, donde estudió monumentos y objetos prehis-

tóricos; lo que le afirmó en su antigua inclinación de arqueólogo, que hoy es autoridad.

Los profesionales extranjeros se hallan en plena fiebre de arqueología, y de arqueología americana. Las Universidades de los Estados Unidos han enviado al Sur misiones científicas, y se practican metódicamente excavaciones con tanto interés como en Egipto, la Siria o Grecia.

La arqueología en América debía llegar a nuevas y casi definitivas conclusiones, como se apreciará en seguida.

Desde el territorio del Sur de la Unión Americana hasta la Tierra del Fuego, se han emprendido exploraciones y excavaciones para una inmensa labor científica, en la cual han tomado parte, bien que en minoría, investigadores de habla española: Holmes, Squier y Moore en los Estados Unidos; Scler, Tózzler, Gordon, Gamio y Batres, en Méjico; Morley acerca de los Mayas; Maudslay, Stephens, Spinden, Hartman, G. Lehmann, en Centro América; los Restrepos, Preuss, Hebert, en Colombia; Markham, Bamps, González Suárez, Reiss, Stübel, Rivet, Verneau, Beuchat, Means, Saville, Büchwald, Jijón Caa-maño, C. M. Larrea, Riva-Agüero, Tello, Wicse, en Perú y Ecuador; Oyarzún, Gusinde, Medina, en Chile; los Ameghino, Ambrossetti, Boman, Luis M. Torres, Roberto Lehmann, Samuel L. Quevedo, en la Argentina y G. von Hering, Netto y Hart, en el Brasil.

En esta gran serie de exploradores de la ciencia, principalmente para Sur América, Bolivia, Ecuador, Perú, y Sur de Colombia, tiene una importancia singular el Dr. Max Uhle. Dedicado largos años a la arqueología americana, ha recorrido gran parte del continente, y ha pu-

blicado una biblioteca sobre prehistoria de América, practicando excavaciones desde Taltal (Chile) hasta el Ecuador, pasando por Arica y Tacna, Tiahuanaco, el Cuzco, Nasca, Lurín y Ancón, Chanchán en tierra de los antiguos Chimus, Piura, Loja y el Azuay. Actualmente, su trabajo se halla localizado en Cuenca, en donde ha puesto ya a la vista el emplazamiento y la cimentación fortísima de grandes construcciones. El Dr. Uhle cree haber establecido la serie y la sucesión, la cronología completa de las diversas culturas de América desde Nasca y Tiahuanaco hasta los Chimus, y desde los Mayas hasta los Incas.

El respetable doctor alemán, antiguo director del museo de Lima, ejecuta sus trabajos por cuenta del muy magnífico señor D. Jacinto Jijón, benemérito de nuestro Ecuador.

## XII

Han de considerarse siempre como de gran utilidad los manuales de geografía e historia: en el país los tenemos de varón tan prestigioso como Mera; y deben registrarse, a este propósito el nombre de los Sres. Roberto Andrade, Manuel de J. Andrade y los textos de las Escuelas Cristianas.

Asimismo, son excelentes auxiliares los cuadros de geografía e historia. Empezó esa labor primeramente el Dr. Francisco Andrade Marín, luego los Dres. Adolfo B. Serrano y Aurelio Noboa para la cronología de nuestra legislación; y por fin el entusiasta y estudioso Dr. Remigio Astudillo, que ha compuesto cosa de

treinta cuadros que forman índices de nuestra historia.

El Dr. Carlos A. Rolando formó también un índice interesantísimo de bibliografía patria. El Sr. Miguel Prado Orrego, biógrafo recomendable, posee igualmente apuntes de reseñas y de cuadros históricos.

### XIII

Nuestras desgraciadas contiendas por linderos han producido una biblioteca, en buena parte histórica, que abraza el período colonial y el republicano. Desde D. Antonio Flores Jijón y D. Vicente Piedrahita hasta el momento en que han visto la luz los trabajos del Dr. José Peralta, ¡han sido tantos los mantenedores de los derechos territoriales del Ecuador en el Oriente, descubierto en su mayor extensión, reducido y evangelizado por cuenta y riesgo de la Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador! El Dr. Pablo Herrera, el Sr. González Suárez, los insuperables alegatos y memorias de la defensa ecuatoriana a cargo del Dr. Honorato Vázquez, los libros del P. Vacas Galindo, del Dr. N. Clemente Ponce, del Sr. Alvarez Arteta...

Las relaciones e informes de los misioneros jesuitas desde la Colonia forman archivo de datos geográficos e históricos del vasto territorio que redujeron los Padres de la Compañía, enviados desde la Casa Matriz y el Colegio de Quito. Anteriormente, se han publicado las memorias de los PP. Andrés Pérez, Cáceres, Sanvicente y Tobía—el último de los Vicarios Apostólicos del Napo. Después el Gobierno no ha *usado* estos funcionarios...

Completan esta colección estimabilísima las relaciones de los Dominicanos de Canelos, siendo bello el libro del Padre Pierre sobre su excursión al Pastaza y al Bobonaza; y las repetidas cartas, relaciones de viaje y mapas procedentes de la Misión Salesiana en las regiones del alto Santiago. Se recomienda a especial admiración, por ello, al R. P. Albino del Curto.

La expedición científica de los Sres. Tufiño y Alvarez, muerto en temprana edad, en los días mismos de sus mayores empeños patrióticos, consta del informe publicado por dichos señores, que contiene datos interesantes sobre las comarcas del alto Morona y del Upano.

#### XIV

Al rededor de tres grandes pleitos de sangre, se ha escrito largamente. Esos procesos históricos han dado copiosa literatura, en la que hay que entrar valientemente con el pico y el hacha de zapador, para desbrozar la maleza y abrirse paso a través de ella.

El asesinato del gran Mariscal de Ayacucho produjo cargos y descargos entre los Generales Flores, Obando y López. Defensor del primero fué Irisarri, un gran soldado de la pluma; y la dilatada contienda histórica, no obstante terminarla Apolinar Morillo en el cadalso, donde no se miente, hubo de continuar hasta el Dr. Flores Jijón, que vindicó triunfalmente a su padre, no sin que la política partidista y malsana prolongase sus acusaciones y sospechas contra el General Flores, en folletos de propaganda de N. A. González, del Gral. Eloy Alfaro y de otros cori-



feos de D. Pedro Moncayo, acérrimo mantenedor de la causa antífloreana.

El otro pleito de sangre fué el del asesinato del eminente García Moreno. Algunos cómplices del atentado, al principio sin darse a partido, pidieron su lote de gloria; después intentaron hacer de él participantes a algunos que, horrorizados, lo rechazaban. Hasta en manuales para las escuelas, consta la narración del crimen, con el brillo de una virtud retórica y falsa.

Acerca de García Moreno, se ha escrito una biblioteca, no sólo por sus acusadores, sino también por sus apologistas, que a propósito de aquel hombre superior, hicieron temas y programa. Un brillante escritor francés, el P. Berthe, escribió un valiente libro sobre el mártir del Ecuador. Para corregir (lográndolo en algunos puntos) las afirmaciones de tesis del P. Berthe, publicó su *Refutación* el Dr. Antonio Borrero, a quien salió al frente el distinguido literato D. Juan León Mera. El Dr. Manuel María Pólit tomó la mejor parte en esta contienda, dando a la estampa y comentando los *Escritos de García Moreno*.

El otro famoso pleito, como de Constantinopla turca, es el de responsabilidades de la matanza del 28 de enero de 1912. Expedientes y libros se han amontonado, para determinar inculpaciones, defensas y excusas en este pleito terrible, al que se agregó el caso inesperado de la muerte del Gral. Julio Andrade. El Ecuador se había convertido en una como República italiana del Renacimiento, en que se sucedían las escenas de terror y muerte, en vertiginosa cinta cinematográfica. De esos haces de papeles, en parte dignos de la hoguera, ¿no se saca en lim-

pio quizás la terrible conclusión histórica contra el partido político imperante: *Todos en él pusisteis vuestras manos...* ¿Es el veredicto, a propósito de la hecatombe de 1912?

Es lo curioso que sea acusador de ella un viejo escritor, famoso resto del atentado del 6 de agosto. Un matador de García Moreno labogado de las víctimas de 1912! El tiempo convierte a los hombres... ¿Del banco del acusado se puede ascender al puesto de fiscal y al sillón de juez, sobre el que se levanta vengador el Crucifijo, Juzgador de vivos y muertos?...

## XV

Sobre todo otro cuerpo de documentos y por encima de toda investigación histórica, prevalecen las toneladas de papel que representan las historias de Indias, las compilaciones oficiales de asuntos de América, los inmensos archivos de la metrópoli y de los virreynatos, audiencias, gobiernos y corregimientos, la múltiple y vasta legislación colonial, las relaciones de viaje, informaciones, expedientes de residencia, procesos civiles, criminales y de hacienda...

Este es el manantial inagotable que debemos utilizar, que hoy llamamos extranjero por la separación de ayer, y que es propio nuestro, y que España lo conserva, como tesoro de América y de la civilización universal.

Entre todos los pueblos conquistadores, ninguno mostrará al mundo un espectáculo de colonización y empeño civilizador como España, que en el siglo XVI, en una como grandiosa improvisación, no solo paseó sus tercios en Eu-

ropa, desde Italia al mar del Norte, no únicamente se aventuró por Africa, sino que se esparció por América y el Extremo Oriente, junto con los iberos de Lusitania, fundando pueblos y ciudades y poniendo en inmensos territorios la semente de la grandeza europea.

Con las primeras semillas del trigo, los primeros sarmientos de la vid, los primeros tallos de la caña de azúcar, los hombres de armas trajeron al misionero y al relator, al letrado y al notario, a fundar en estas tierras una civilización total y extensa.

Con los grandes conquistadores, se improvisan los cronistas, que siguen el paso con la pluma en la mano, a Pinzón, a Cortés, a Pizarro, a los héroes del Darién y a los argonautas y exploradores del *Dorado*.

Hasta la lira épica, la de más altas y sonoras cuerdas, hizo sonar España en las montañas de Arauco—Cantabria fiera y heroica de los aborígenes americanos.

Los grandes historiadores de Indias, Bernal Díaz del Castillo, Fernández de Oviedo, Herrera, Cieza de León, Sarmiento, Montesinos, Gómara, Solís, los Alcedos, Castellanos, nuestro Velasco... son argumento irrefutable de la supremacía de España. Su obra de evangelización, su legislación de Indias, y su gran labor histórica e instrumental no encuentran superioridad en ninguna raza, ni aun en la inglesa, conquistadora de medio mundo. Esa estupenda obra histórica y geográfica, de información y de penetración espiritual en el corazón de estas tierras y de sus tribus, comprueba la solicitud de reyes y pecheros, soldados y monjes, para asimilar a las gentes americanas, con misericordia, casi con

amor: si no con amor, en todo caso, con un espíritu de progreso que excedía a lo entonces acostumbrado en Europa misma. Fruto de esta campaña de paz y de extensión civilizadora, se mantienen aún intactos los linajes americanos, eliminados en territorios del dominio de más felices señores, que no obstante su campaña de barbarie contra los salvajes, monopolizan la fama y el honor, dentro de la historia, hábilmente falsificada en su provecho, para los fines de su definitivo imperio en el mundo.

Los grandes archivos de España, la *Sociedad iberoamericana*, los congresos iberoamericanos, las extensas, desinteresadas empresas de tantos sabios americanistas españoles y la expansión afectuosa de la literatura española hacia tierras americanas, obligan a los pueblos de este lado del océano a pagar deuda de gratitud y a contribuir a la conservación, a la dilatación y complemento de esos famosos archivos y bibliotecas de Simancas y Sevilla, a la publicación de sus documentos célebres, a la nueva edición y vulgarización de las grandes colecciones ya publicadas: *Documentos inéditos del Archivo de Indias*, *Documentos inéditos para la historia de España*, *Libros españoles raros y curiosos*, *Cartas de Indias*, *Relaciones geográficas de Indias...*

Pertenecen a los patrios anales los libros de los misioneros jesuitas, sus cartas geográficas, sus relaciones de viajes y evangelización en el territorio amazónico, adscrito a las misiones de Quijos y Mainas. Es grata la memoria de los Padres Rodríguez, Maroni, Chantre y Herrera, y de tantos otros beneméritos apóstoles y heroicos civilizadores.

Quede aquí constancia de los trabajos de la

Academia de la Historia y de la Geografía de Madrid, que dedican sus mejores empeños a la propaganda de estudios hispano-americanos.

Y quede escrito, en estas desaliñadas páginas, el nombre de un prestigioso americanista, Don Marcos Jiménez de la Espada, que en un viaje de ciencia, a modo de veedor e inquisidor de historia, vino a tierras del antiguo virreinato de Lima, a rectificar errores, trazar rutas y encaminar la investigación.

Nuestra casa solariega, en este ramo del saber y el estudiar, en España se halla; y a España hemos de acudir, a rastrear los orígenes, si queremos hacer honradamente las liquidaciones de nuestra naciente civilización. Desde el *Diario* del gran almirante Cristóbal Colón hasta los asientos del último escribano de la Tierra Firme del Mar Océano, todo es aprovechable en la empresa de coordinar los datos, ordenar la relación y escribir definitivamente la gigantesca historia del nuevo mundo español.

## XVI

Pero sea el regreso al propio solar y a un oasis de frescura y delicia de la cultura nacional: a la *Sociedad de Estudios Históricos americanos*, cuya fundación se debe al gran ecuatoriano González Suárez, columna monumental de las letras en el Ecuador.

Así como lo hizo en Cuenca en 1873, el sabio polígrafo reunió en Quito a la juventud inteligente y patriota, encaminándola hacia las inquisiciones históricas y en especial a la arqueología.

En vida del fundador, la Sociedad compareció ya ante el público gallardamente con trabajos de los primeros socios: Jacinto Jijón Caamaño, Luis Felipe Borja hijo, Carlos Manuel Larrea, Alfredo Flores Caamaño (diestro compilador de los escritos de Mejía), Juan León Mera I... Por entonces, el incansable Arzobispo dirigía la edición oficial de los escritos de Espejo.

Muerto el maestro, ha cobrado más impulso y ganado en importancia la *Sociedad*, y el acontecimiento culminante de hoy es su organización definitiva como Academia Nacional de la Historia, así como la publicación de su docto y espléndido *Boletín*, que, a decir de Rivet, se puso desde un principio al frente de las publicaciones similares de nuestra América.

Preside la respetable Junta D. Jacinto Jijón Caamaño, autor de numerosas obras de prehistoria que denuncian conocimiento seguro y erudición selecta. Su libro *La Religión de los Incas* rivaliza con los mejores trabajos de su género y puede ponerse, en una biblioteca científica, en el mismo nivel que muchas obras maestras de viejos y experimentados sabios de Alemania o Inglaterra. ¡Hermoso ejemplo de un caballero de los de verdad, que, a la manera de un D. Enrique de Villena o un Marqués de Santillana, pone al servicio de la ciencia y de las letras sus dineros, que ampliamente los gasta, en honra de su patria y lustre de la sabiduría: con lo que toma bien ganado un sitio de distinción en la inmortalidad.

No menos notable, muy literato además, es el modesto señor Larrea, socio correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid. El

*Boletín* registra también excelentes trabajos del Doctor Borja ya citado, del Sr. Gangotena Jijón, especialista en el capítulo de genealogías del antiguo Reino de Quito, de D. Julio Tobar Donoso, que ha historiado con alta serenidad algunos episodios nacionales, de D. Homero Viteri Lafron- te, de D. Isaac J. Barrera, literatos de renombre, del Dr. J. G. Navarro...

También en la *Revista jurídico-literaria*, y en la de la *Asociación católica de la juventud ecuatoriana*, se incluyen trabajos de historia de los mencionados escritores y de otros no menos aficionados a este importantísimo ramo de cultura.

También en Cuenca se fundó por el Dr. Julio Matovelle el *Centro de estudios históricos y geográficos*, al cual pertenecen muchos de los principales escritores de la localidad, ya sea en calidad de socios honorarios o efectivos de la sociedad, entre ellos, además de Matovelle: Honorato Vázquez, R. M. Arízaga, Alberto Muñoz V., Remigio Crespo Toral, Alfonso M. Jerves, Jesús Arriaga (el más ventajosamente dedicado aquí a los estudios arqueológicos); Remigio Astudillo, Ezequiel Márquez (autor de varios ensayos estimadísimos de historia local), Alfonso M. Borrero, Octavio Cordero Palacios, Luis Cordero Dávila (que inició sus trabajos del ramo con su estudio laureado sobre D. Pedro Vicente Maldonado), Miguel y Gonzalo Cordero Dávila, Francisco Talbot (muy conocido por sus trabajos de geografía y descripción de algunos monumentos aborígenes), Agustín Iglesias, Guillermo Ochoa A., Ricardo Márquez, Víctor A. Moscoso, Tomás Vega Toral.

El Dr. Romero León fundó, algunos años ha, la *Sociedad Pedro F. Cevallos*, destinada a investigaciones históricas; y anexa a la *Academia del Azuay*, funcionó algún tiempo la *Sección histórica*, a cargo del Dr. Muñoz Vernaza.

## XVII

En este momento, que será el principio de una campaña de la literatura ecuatoriana, cuando la afición se endereza casi generalmente a esta clase de conocimientos, comparecemos, con nuestra revista, los socios del *Centro de Estudios históricos y geográficos* de Cuenca.

Sea nuestra primera palabra la gratitud al Gobierno, a los legisladores, en especial al promotor, notable diputado Doctor Miguel Cordero Dávila, por la generosa protección que nos permite publicar esta revista, así como numerosos trabajos de documentación, monografías, etc. encargadas al *Centro*.

Luego vaya un voto de aplauso a los escritores nacionales por sus trabajos ya conocidos, un grito entusiasta a que los continúen y un despertador a todos los hombres de pluma, a los jóvenes en particular, para una intensa campaña de cultura en el terreno de la geografía y de la historia.

De geografía (ya nos indicó el Sr. González Suárez) por lo menos podemos dar descripciones de las comarcas de la República, catálogos completos de nombres de lugares, monografías de cada sección, mapas en lo posible en relieve del territorio de cada cantón o parroquia, cuadros de estadística aproximados siquiera,



sipnosis agrícolas, datos sobre movimiento de la propiedad agraria y viajes de exploración a tierras baldías y a regiones inexploradas.

En historia, vendrá más amplio el programa;

Las antigüedades, monumentos prehistóricos, relación de excavaciones, reconstitución aproximada de ciudades, caminos, etc., formación de museos, bibliotecas y archivos de historia.

Documentos coloniales, estadística.

Evolución del idioma castellano aquí: persistencia de voces arcaicas en América, ídem de origen portugués, invasiones del quichua en el castellano; estudio del quichua y del jibaro y las comparaciones que de aquél se derivan.

Historia literaria: de la época quichua, ídem de la colonial, la parte popular, el folklore, las tradiciones, los monumentos literarios inéditos.

Historia de la medicina, de la agricultura, el comercio, las artes y las industrias.

Las costumbres: cuadro completo de ellas en cada época, inclusive la presente; reseña de los grandes procesos y causas célebres.

Y la historia contemporánea en todos sus detalles con los documentos que la fundamentan.

El campo se presenta vasto, y los operarios que se han menester deben ser muchos. El gobierno y los municipios olviden un poco las compilaciones y los papeles, libros y folletos de carácter oficial, para el objeto de ayudar, con parte siquiera de esos recursos, malamente empleados a veces, a la formación de obras que

nos den la representación exacta de la parte física de la República y de su parte intelectual y moral.

Así es como tendremos conciencia nacional, y haremos patriotismo, que no sólo es instinto, sino reflexión y estudio.

## LA ÚLTIMA DIATRIBA CONTRA EL LIBERTADOR

Melliorque canis vivens quam ipse mortuus.  
SAN JERÓNIMO. (A. Nepociano).

El primer uso que hacen de su libertad es apedrear al Libertador.—UNAMUNO. (Vida de Don Quijote y Sancho).

Hombres malditos puede haber, huesos malditos no hay.—MONTALVO.

De Pasto—último reducto de la resistencia española en la guerra de emancipación de las colonias americanas—proceden el escritor y el libro *Estudios sobre la vida de Bolívar*, por Rafael Sañudo, que intentan una apelación a la posteridad, para rectificar los motivos de la apoteosis que la humanidad ha decretado unánimemente al Libertador de América.

El Dr. Sañudo (apellido que parece apodo) se proclama vengador de su ciudad natal, cuya tenacidad heroica castigaron severamente Bolívar y varios de sus generales.

Desde el terreno realista, la acusación del hijo de Pasto merece la atenuación de la excusa: no así, según el punto de vista republicano, que es el definitivo.

## El Libro

No entra en las condiciones de la vulgaridad ni quizás de la medicina. Bien escrito, sobriamente documentado y casi siempre embebido en ambiente de austera moralidad, se recomienda por una razón más digna de respeto: el amor al terruño.

El escritor se presenta en actitud justiciera, invocando imparcialidad. Correcto humanista, no fastidia, a pesar del tema ingrato para América y hasta para la raza. Maneja el idioma español con no estudiada limpieza, como que pertenece, aunque en segunda fila, a la pléyade de literatos que hacen de Colombia el país más espiritual y artista de América.

Conoce la documentación y ha estudiado archivos y compara juicios y considerandos, para ensayar algo como una visión de conjunto de la vida del hombre superior, cuyos relieves y minucias examina sobre la plancha del microscopio. La visión resulta estrecha, por la pequeñez del horizonte, limitado por el prejuicio y la antipatía. La imparcialidad así quiebra su rigidez, para acomodarse a la curva de la pasión.

## Apelación tardía

La empresa viene a ser una vanidad que desafina en el concierto universal. El escritor la cree recurso a la posteridad; y la posteridad—cabalmente nosotros—hemos glorificado al Genio Americano, no obstante desvíos, equivocaciones y faltas que el mismo caudillo conoció y confesó, con la nobilísima sinceridad—fondo de su carácter.

Ha cien años, todavía los rencores de la lucha torcían el criterio y desnaturalizaban los hechos. La misma Venezuela dió tregua al culto del Héroe nacional, en los años de convulsión posteriores a su muerte. El desastre de las Repúblicas americanas siguiente a su liberación no daba margen sino a exámenes de conciencia, arrepentimientos y lamentaciones.

Fué necesaria la depuración histórica, después de haber abarcado la amplitud del panorama y el fallo comparativo de hombres y sucesos del siglo XIX, para que se vaciase en molde perdurable la figura del hombre extraordinario, que luchó contra su tiempo, su medio ambiente, sus compañeros de la empresa de vencer a España en la India occidental y vencer la barbarie y la incompreensión americanas.

La posteridad, la historia, el universo han decretado ya la supereminencia de Bolívar y han absuelto muchas de sus culpas. Si ayer se mellaron en el granito de su pedestal los colmillos de tantos roedores de la fama, ¿qué diremos hoy cuando las estatuas se han multiplicado y la piedra en que se asientan cobra consistencia secular, que resistirá a la inclemencia del olvido y a la mordedura de la envidia?

### La sombra del cuadro

En la vida de los héroes no siempre la plena luz diluye todas las masas de sombra. Por desgracia, la media faz humana casi siempre se inclina del lado de la noche.

Mas, aquel contraste, casi inevitable, no descompone la imagen ni da las grandes figuras de la historia.

Tal condición, anexa a las fragilidades de la vida, explica la censura, la acritud de los fiscales y la impiedad de los críticos.

En el cortejo de los muertos famosos no faltan los detractores, y el odio impotente al parecer ensaya los dientes de la sierra sobre el mármol tumular y en el bronce de las estatuas.

Mas, la nombradía se impone, por la lógica irresistible del pensar y del sentir de los pueblos que se prueban a golpe de hierro sobre el yunque de la verdad, cuyas relatividades la confirman en definitiva. La gloria—proceso de los contemporáneos—es fallo de la historia y sufragio universal, por los motivos de la realidad, aquilataados por la razón.

La fama—no prejuicio—resultante es de una serie de comprobaciones, última nota de un acorde, cláusula que cierra mil accidentes circunstanciales, la consecuencia ineludible de un silogismo de la vida. Vanamente se afrontará la envidia contra los hombres eminentes; sin resultado procurará el odio por añejos agravios disminuir la estatura del genio. En menor escala podrá decirse de tales intentos lo que se escribió en el Libro Santo: «El escudriñador de la majestad será aplastado por su grandeza».

Nada nuevo

Bajo el sol que alumbró los días del Libertador, se hicieron las primeras campañas de intriga y de iracundia contra el héroe de América.

No eran solamente los terribles caudillos del oriente venezolano—Bermúdez, Mariño, Piar, Arismendi—; no solamente se atentó contra la vida de Bolívar en asechanza traidora, ni el pa-

triotismo español fué el único que procuró empequeñecer al gran soldado y al brillante estadista, sino los mismos esclavos libertados, los países manumitidos, pagaron casi siempre con ingratitude o desdén la perseverancia del Jefe que no dió nunca un paso atrás en la senda triunfal. Castillo y los suyos rechazan su auxilio a la sitiada Cartagena; Pácz se subleva contra su propia gloria al sublevarse contra el padre de Colombia; la lengua de serpiente del tribuno Peña pronuncia la palabra destierro ¡para el que hizo la Patria!; Santander, encumbrado por él, le traiciona setenta veces siete; Obando y López, los jefes del Patia, convierten Pasto y el Valle en campo murado y fortaleza en contra del Jefe de todos, que no tenía más pasión que la patriótica de conservar la unidad de la nación, para su gloria. En el Perú, Riva Agüero, Torre Tagle, Berindoaga, Lamar, por celos de nacionalismo, por minucias de partido o de doctrina, no siquiera firmes ni coordinadas, se lanzaron contra Bolívar, con las armas en la mano o la diatriba en el documento oficial. En Buenos Aires, tenía un adversario tenaz: Rivadavia; Monteagudo le fué hostil; muchos escritores, pocos con relativa moderación como Irisarri, y los más con arma envenenada y tinta de ponzoña, abrumaron al Libertador con libros, folletos, acusaciones, invectivas anónimas, censuras a sangre y fuego. Se llevan éstas hasta al tribunal de la opinión europea. Bogotá es una caldera hirviente que enciende la enconada opinión que se dispara al corazón del Capitán de Colombia. Alumbra *La Aurora* con el incendio, *El Demócrata* fulmina sentencias de muerte. Soto, Azuero, Vargas Tejada afilan los puñales de la elocuencia, que

más tarde debían obrar en la noche de septiembre. En el Perú *Prudonena* escribe la leyenda negra del caudillo, los auxiliares de Buenos Aires entregan el Callao a los españoles por odio a Colombia y a Bolívar; y el hombre inmenso y fuerte se mantiene en pie, recibiendo las ondas del rayo que le venían de los cuatro términos del horizonte. Santacruz y el contingente chileno le abandonan, el mestizo Gamarra trama la ruina de América con traidoras intrigas sobre Bolivia; Vidaurre, a tiempo de lisonjearle con promesas y adulaciones, se conjura con los enemigos de las vastas concepciones de grandeza americana; *El Argos*, *El Duende* del Plata le denuncian como al déspota de América, porque la congrega por la unión que la fortalezca.

Y viene el fin... Gamarra, ocupa Bolivia, y Bustamante, un satélite de Santander, se subleva en Lima, para servir al Perú y hacer retazos de la gran patria. Simultáneamente, Pasto monta la guardia contra el Libertador, casi a tiempo en que el valeroso Córdova se subleva en Antioquia, disparando invectivas contra su Jefe, ídolo antes de culto heroico. De todos triunfa la supremacía del hijo de Caracas. La calumnia como reptil cobarde vuelve a su cueva, a tragarse el propio veneno.

El Libertador dice a la gran Convención su queja dolorida: «Todos mis conciudadanos gozan de la forma inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha: sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía...»

Era la acusación de los puristas de la libertad, de los aprendices de la democracia, que habían de negar al Padre de la patria el derecho de guardar la vida de ésta, sus intereses y su



honor, amenazados de muerte por la difusión pestilencial de teorías de trasplante y de contagio.

### La campaña póstuma

Cuando se apagó el sol de Colombia, en el asombro y confusión de la incertidumbre, por la solemnidad del momento y la majestad de la muerte, enmudeció el furor que se había desencadenado contra el caudillo, en la turbulencia de los últimos años, que fueron también los finales de la patria—la de su creación grandiosa.

La liquidación hereditaria de Colombia, las discordias de las desgraciadas patrias americanas, entregadas al filo de la espada y al filo de la lengua de caudillejos y de tinterillos de la política, pusieron un paréntesis de olvido, para que descansasen en paz las cenizas del gran proscrito, que sólo muerto pudo reposar en su patria.

A las puertas de la muerte, escribió el grande hombre, con su ingenuidad habitual: «Tengo hecho mi examen de conciencia, Santander hará el de mis pecados».

Y no fué Santander, sino algunos de su séquito quienes habían de disparar los primeros fuegos contra la reputación del famoso caudillo muerto.

Santander, hombre de talento y cuyas pasiones no se encerraban dentro de la mediocridad, sí calló sus agravios después de su destierro. Comprendió cuán vano resultaba el intento de empequeñecer al Jefe de la independencia, lo que iba también contra todos los que actuaron bajo sus órdenes, compartiendo menguas y grandezas.

Estaba reservado al sombrío Obando—aquél enigma humano nacido en uno de los círculos del infierno del Dante—arrojar los guijarros de su feroz inquina, con ocasión de defenderse inútilmente en el gran pleito del asesinato del Mariscal de Ayacucho. ¡Un guerrillero español implacable y cruel acusando al cultísimo soldado y patricio que puso, en la tormenta de la revolución, el matiz heroico y la generosidad hidalga, que la prodigó tantas veces al mismo capitán de los patianos! ¡Cómo fueron tenaces y bravías las disidencias regionalistas que debían traer la dispersión de la América española! La eliminación misma de Sucre episodio es de la mortal rivalidad entre venezolanos y granadinos...

Más leales fueron a Bolívar los auxiliares extranjeros, los gentiles hombres de la Legión Británica: Brown, O'Leary, O'Connor, Wilson, Fergusson, que los aliados Santa Cruz, Necochea, Lavalle, Gamarra.

Se hizo después el silencio. La majestad de Bolívar iba creciendo con el tiempo; y a despecho de celos nacionalistas y de envidias mantenidas en una como putrefacción histórica, triunfaba siempre el héroe muerto, desde la piedra de su tumba.

Pero habían de venir los rebuscadores y analistas, para sorprender minuciosidades, discutir motivos y rehacer el cuadro de la vieja historia con perfiles y colores nuevos.

No había desaparecido la emulación de las regiones malavenidas en la Unión Colombiana. Si Venezuela había vuelto entusiasta al culto de su genio representativo, en la Nueva Granada, los parciales de Santander y de las septembristas guardaban el secreto rencor de los conjura-

dos de 1828. En el Perú, cuya soberbia nacional no correspondía a la mísera relatividad de sus libertadores nativos, se mantenía por lo menos el desdén a los colombianos y a su Jefe que dieron remate a la emancipación americana. Buenos Aires no conservó nunca simpatía al Libertador, que supeditó a San Martín y formó, con una gran porción del Virreinato del Plata, la República de Bolivia. Chile tampoco se entregó a la seducción que la fama de Bolívar iba extendiendo, más que en América, en los países europeos.

Bolívar, tan celoso de su gloria, ni aun en la solemnidad de la muerte, pudo apartar las consideraciones y temores sobre el fracaso de su fama. Esta era su culto, tan sincero como su ambición, que le consumió en su hoguera: ambición de altas cosas, de crear, de hacer el bien, de sobresalir, sacrificando las partes inferiores de la vida al interés inmortal, que se había de obtener quizás después de siglos, o nunca.

El no juzgó que en la nativa Venezuela se le vituperase, y que su propia tierra decretase la proscripción de su libertador. Suponía, sí, que principalmente Nueva Granada ardía en odio contra el Dictador (nombre que había de perder más tarde casi totalmente sus motivos de condenación). «Me han llamado tirano—escribió a Castillo desde Riobamba en 1828—e hijos de Bogotá han tratado de castigarme como a tal... A mí nadie me quiere en la Nueva Granada».

El resentimiento en aquel espíritu nervioso y sutil le llevaba casi siempre a generalizar. El tiempo había de desmentir su afirmación absoluta. En la Nueva Granada ha tenido partidarios insignes el Libertador, y el arte y la apología de

la historia han rendido al héroe y al genio, por boca de varones eminentes, testimonio de admiración, en forma a veces encumbrada y luciente: Miguel Antonio Caro, Posada Gutiérrez, J. M. Restrepo, M. A. López, Groot, Mosquera, Pérez y Soto y tantos otros.

Los festejos del centenario del nacimiento del Libertador tuvieron una nota ingrata en el Perú: la campaña insidiosa de rencor acedo y antipático del maestro Ricardo Palma, quien recogió murmuraciones, suposiciones y calumnias de la odiosidad contemporánea del Dictador del Perú, al que en vida y en muerte rindió tan majestuosos homenajes la nación peruana.

Una legión de escritores, sobre todo de la antigua Colombia, cubrió con la sombra de sus saetas al imprudente literato, que hubo de callar bajo la presión de la veracidad histórica.

Desde otro campo, el de la emulación nacionalista, ha venido el empeño, sobre todo en la República Argentina, de disminuir la estatura moral de Bolívar, para igualarla por lo menos con la de San Martín. A partir de Rivadavia, no ha cesado la empresa de celosos argentinos y chilenos, que ponderando las hazañas militares y los valores cívicos de próceres del Sur, han procurado, directa o indirectamente, discutir el mérito de las campañas bolivarianas y de los grandiosos proyectos del genio americano para la unidad continental, la paz de las naciones y el triunfo de la democracia sobre los cimientos del orden.

La comparación con San Martín carece de base. Este no tenía punto alguno de afinidad con Bolívar, explosivo, tropical, lírico: no como aquél, discreto, equilibrado, sereno. Bolívar ful-

minó sobre cien campos de batalla; San Martín tuvo, como el general griego, sólo dos hijas, Leuctres y Mantinea: Chacabucu y Maipú.

San Martín, después de la entrevista de Guayaquil, entregó el Perú a su suerte, para que volviese a la sujeción española, y por él se perdió el Ejército y peligraron los destinos de América. Bolívar triunfó de las facciones, y a pesar de traiciones, de la desertión, la escasez y el rencor de los libertados, logró completar la independencia del continente.

San Martín, con su leal sinceridad, no se atrevió a llamarse rival de Bolívar y pidió un puesto bajo las órdenes del gran hombre Libertador de la América.

La historia va ensanchando sus linderos, en invasión a los diversos campos a ella anexos y a lo secreto y lo anecdótico, que completan el cuadro.

En este terreno, trabaja con más fruto el *chauvinismo* de visión limitada y juicio preconcebido. Aquí toman posiciones los partidos llamados doctrinarios. Las políticas adversas a las ideas del Libertador han estropeado los documentos de su actuación y han juzgado, con el criterio actual, las situaciones de hace cien años.

En la Nueva Colombia, los devotos de Santander principalmente, rastrean las caídas y flaquezas de Bolívar, con el fin de justificar actos reprobados en su tiempo, y para absolver a personajes predilectos de su patria, en daño maliciosamente intentado, de la reputación del Libertador.

Tarea frágil y antipatriótica; inútil además, ya que los descuentos de gloria del Caudillo afectan también a sus parciales y satélites obligados

de su fama. Colombia, que ha escrito en la historia universal los nombres de Córdova, Girardot, Ricaurte, Santander, Padilla... no ha menester revisar las excelencias de Bolívar y Sucre, ni restar merecimientos a los grandes soldados cuyas cenizas alberga el panteón nacional de Caracas.

Vano resulta también discutir las ideas sociales del hijo predilecto de Venezuela. Los que le denuestan por su debilidad, que se rindió al imperativo religioso, entre ellos Gil Portoul y los librepensadores colombianos; los que reprueban sus ideales políticos de Constitución vigorosa para países en revuelta; los que condenan su programa centralista y cesáreo—todos los enemigos póstumos de la conducta y principios del estadista—incurren en la equivocación de trasladar el tribunal y la crítica, del teatro en que actuó el Superhombre, al en que escriben ellos tranquilamente, a la luz de su criterio, cernido y destilado con el escrúpulo y cautela de los inquisidores de caso pensado y prejuicio de escuela.

Pero contra ellos, contra los roedores de reputaciones, éstas—las de verdad—triunfan para la inajestad inmortal. Como las mariposas que se agolpan sobre las bombillas eléctricas, perecen con el martirio de la luz ajena y de la propia miseria.

### **El desafío último**

Desde ciudad de tradición heroica, para desquite de sus agravios, sin consecuencia apreciable, se dispara como un obús el libro del Dr. Sañudo contra Bolívar.

En la vasta labor crítica del presente siglo,

se rebusca todo rincón, se escarba el subsuelo, se recompone el escenario íntegro, en apelación de fallos anteriores, para exponerlo ante el tribunal de la crítica contemporánea. Y se va tan lejos en la labor, que se llega a negar hechos evidentes, para restar prestigio hasta a los prohombres de las edades muertas. El libro de Pasto contiene en verdad el examen de los pecados del Libertador, que lo tenía previsto. Y no sólo se apuntan a su cargo las culpas, sino que se aventuran apreciaciones desacordes con la verdad, como procedentes que son de una alta temperatura pasional.

Qué Bolívar traicionó a Fernando VII. Pecado, si tal puede llamarse, en que incurrieron todos los próceres de la emancipación y el mismo Fernando, que se traicionó a sí mismo al entregar el poder al extranjero. Un rey sin territorio dejó de serlo, y desapareció la soberanía española en el Nuevo Mundo, concentrándose ella en las autoridades originarias.

Qué atentó criminalmente contra D. Francisco Miranda. Y no se recuerda que éste—al mando de un gran ejército—capituló entregándose a Monteverde. Se explica el furor que tal acto produjo en el temperamento vehemente de Bolívar.

Qué el valor de éste no se distinguió como el de otros soldados de la independencia; qué Bolívar mostróse cobarde en la noche trágica de Septiembre... Es el primero que ensaya tal acusación contra el héroe de Urica, Carabobo, Bomboná y cien batallas; el caudillo más fuerte en la derrota que en el triunfo; el que resistió el ataque personal del terrible Bertrúez, con la punta de la espada; el que entregó al patíbulo al

indomable Piar; el que, convaleciente en Pativilca, juró vencer, como lo había jurado en el Sacro Monte de Roma y sobre los escombros de Caracas en el año tremendo (1812).

Qué eran superiores a él Nariño, Piar, Mariño, Páez. Es claro que valían más, en el criterio colombiano, Santander y Córdova y Padilla; y según el veredicto de Pasto, el simpático y furibundo Agualongo. Habrá de añadirse que San Martín se encumbró sobre Bolívar, que Sucre, Rivas, O'Higgins y Rafael Urdaneta valían tanto como él, y que en su calidad de estadistas, Rivadavia, Monteagudo y sobre todo Santander, representaban los primeros papeles. Tales asertos antojadizos no corresponden a las liquidaciones definitivas de la historia. Si en vida del Genio no prevalecieron sobre él sus émulos y adversarios, ello se debe a inferioridad de éstos. Lo contrario importaría absurdo y contrasentido.

Qué *La Liga Americana* la tuvo en mientes Miranda, que en 1809 la insinuaron los Estados Unidos, y Martínez Rosas en Chile indicó su posibilidad. ¿Y quién dió forma, extensión e importancia a aquella utopía de los primeros idealistas? El Congreso de Panamá y la Liga Anficiónica que nacieron muertas según la opinión de Bartolomé Mitre, alientan hoy soberanamente en el Panamericanismo y en la Unión Continental Latino americana. El Moisés del Código de Panamá es y será siempre Bolívar.

Qué éste posea pocas ideas políticas. Y nadie en su tiempo le excedió en alteza de concepto, en amplitud de miraje, en originalidad de formas y expresión. Si careció de la sutileza observadora y del talento del detalle, tuvo, en cambio, el don de avance hacia el porvenir, don-



de se acrecentaría su gloria y fructificaría la simiente de sus ideas.

«Cuán otro hubiera sido el efecto de la independencia bajo el impulso del caballero Nariño... y no del infausto Bolívar». Estas palabras de Sañudo compendian su programa posibilista. ¡Qué infantilidad la de entrar en la fácil vía de los supuestos de la imaginación! Si Nariño, aquel mal *bicho* que dijo el paisano Santander, no hubiese sido tal; si hubiera triunfado en la campaña del Sur—más importante que la que finalizó en Ayacucho, según concepto de Sañudo—; si el prócer nacional de Nueva Granada no hubiese muerto; y caso de vivir, hubiese superado a Bolívar, es claro que en las combinaciones posibles de una leyenda—que no fué—Nariño habría tomado para sí el puesto y la honra del prohombre venezolano.

Qué más bien que Bolívar (y todos los demás libertadores desde Méjico a Chile) habían hecho la emancipación americana. Riego y Quiroga, que se sublevaron en España contra el Rey absoluto, en vez de embarcarse a combatir contra los insurgentes del Nuevo Mundo. El aserto debía extenderse a Bonaparte, que destronó al monarca español, y por ello dejó libres a las colonias para gobernarse por sí mismas. Además la guerra de emancipación se considera civil, contra el absolutismo monárquico; y Riego, Quiroga y los doceañistas fueron hermanos de ideas de los libertadores de América, quienes no por ello pierden un ápice de grandeza; antes bien la acrecientan, pues contaminaron sus proyectos a España misma y Bolívar pensó invadirla para fundar allí la República.

Qué Bolívar, escritor y orador, fué medio-

cre, de mal gusto, de limitado horizonte. Bolívar, el primer literato de su tiempo en la América hispana, «el poeta de su siglo» que dijo B. Mitre, tiene por lo pintoresco y lo emocional, por la armonía de la frase y la ingenuidad fresca y hermosa de sus cartas, sitio de honor en las letras universales. Lo que en contrario opine el odio localista y estrecho entra en los términos de la bajeza pasional.

Así se procede malamente en la tarea de censura, apellidando imparcialidad, invocando el hecho—base de todo juicio—y quebrando las pesas y medidas de la comprobación histórica.

### **Monarquía y monocracia**

Sin que aparezca documento alguno que rectifique la afirmación del historiador Restrepo sobre que «el Libertador nunca pensó en fundar la monarquía en América», se afirma en el libro que motiva estas páginas que Bolívar intentó la monarquía para sí. Este pensamiento que llegó al máximo en el Perú después de Ayacucho, no turbó jamás la mente del demócrata y republicano, que lo fué de corazón; no por motivos de inferioridad engreída, sino merced al fondo de piedad en él prevaleciente, que le inclinaba hacia la igualdad y la beneficencia fraternal, que las practicó desde sus verdes años, en calidad de hidalgo rico, señor de haciendas y esclavos.

Eran Itúrbide, San Martín, Monteagudo, García del Río y los miembros del Consejo de Gobierno de Bogotá, quienes aconsejaban la forma monárquica, como expediente para lograr la

paz y el orden, en el tránsito febril de la revolución a la patria.

Si alguna vez, por insinuación de plenipotenciarios ingleses o franceses, o por respetable influencia de patricios y caudillos como San Martín, consintió Bolívar en que se hablase de monarquía constitucional como de una posibilidad, muy luego se sublevó su alma libre y republicana, para defender la democracia e imponerla, aun disgustando a sus mejores amigos.

No se ha de condenar tampoco a los filósofos y estadistas que opinaron por la monarquía constitucional, fórmula de conciliación entre la libertad y el poder, para estabilidad de la una y del otro. (1)

Por razones de temperamento, por antecedentes de vieja convicción, por el carácter vehementemente y expansivo de Bolívar, no podía éste ajustar con el ideal monárquico el credo democrático, que tenía en su alma la fuerza del instinto.

Lo que sí caracterizó el gobierno de Bolívar fué la dictadura, «su única manera de gobernar», por confesión de él mismo.

En la tormenta de la campaña, desde 1810 hasta 1830, cuando vacilaba el suelo, retrocedían las aguas y cabeceaban los montes, en un torbellino de sangre, fuego y cenizas, no se imponía otra organización que la dictadura, el mando militar extendido a lo civil, la concentración de los poderes para salvación común.

Por desgracia, el procedimiento no resultó uniforme, ni la dictadura adquirió las condicio-

---

(1) Nota de Posada.

nes de firmeza y permanencia que convenían a la salud pública.

Bolívar idealista, casi soñador, desde que se le dió un palmo de tierra para sus caballos de batalla, organizó una Legislatura y promulgó una Carta constitucional. Ello resultaba extemporáneo cuando estos países no eran sino un campamento, los ciudadanos soldados y las elecciones una mentira.

Lo desastroso fué que se repitieron sucesivamente los ensayos legislativos, trabándose intensa lucha entre utopistas de diversas banderías: la federación, el centralismo, las facultades legislativas en rivalidad con las ejecutivas, el sistema electoral en improvisación, los proconsulados de los departamentos, los apremios internacionales, el parlamentarismo imposible, la cuestión religiosa... un océano de complicaciones.

Estas llegaron a culminar en la campaña del Perú, y más, después de esta campaña.

Racional e indispensable importaba reservar la organización definitiva luego que se hubiese quemado toda la pólvora, para cuando se arriase el pabellón español en Puerto Cabello, Maracaibo, el Callao y Chiloé.

Las nacientes repúblicas se convirtieron en cátedras de derecho político, proiongándose los debates en la prensa y en la tribuna y formándose la maldita máquina de los partidos. El mismo Bolívar, incurriendo en contradicción, esparcía con el fuego de su palabra, en proclamas y mensajes, la alucinación constitucional, la seducción de la libertad no adiestrada todavía, la enseñanza de todas las artes democráticas, peligrosas a lo menos en países que padecían la locura juvenil y la intemperancia guerrera. Los

conflictos se produjeron, se atropellaron e incendiaron el campo de acción y el aire respirable. Entonces fué cuando Bolívar dió la Constitución que lleva su nombre, obra suya originalísima: más bien que Carta política, ensayo de terapéutica para prevenir y curar los males del instante.

Aquel código, precisamente por sus disposiciones de resistencia a la disolución de entonces, fracasó ruidosamente, renunciando más tarde el autor a ese su *ensueño legislativo*, que intentó vanamente juntar en un todo las franquicias de la república con la firmeza de la monarquía.

No se ha de culpar, pues, al Libertador por su dictadura, que muy poco tenía de tal, sino por sus vacilaciones en mantenerla hasta el fin, hasta organizar la nación en la paz, como lo hizo Washington.

Quien se arrogó el cargo de guarda de la ley y purista del derecho—Santander—escribió pérfidamente al Libertador, cuando su estancia en el Perú: «Usted no debe venir al gobierno, porque éste, rodeado de *tantas leyes*, amarradas las manos y envuelto en mil dificultades, expondría a usted a muchos disgustos y le granjearía enemigos». (Posada Gutiérrez -- *Memorias*, t. I.) Bolívar debía quedarse en el Perú, a manera de proscrito, según consejo del *hombre de las leyes*, el año 1826, al estallar el primer síntoma de la disolución de Colombia. Y al Vicepresidente de Colombia placía la ruptura de la ley y suplir sus insuficiencias, cuando ello venía en su provecho. El mismo General Posada escribe: «Conforme a la ley de 1825, no podían ni Bolívar ni Santander, reelegidos, entrar en 1826 al ejercicio de la Presidencia y la Vicepresidencia sin jurar ante el Congreso. Pero como éste no pudo reunirse,

insinuó Santander que Bolívar expidiese un decreto, nulo a todas luces y falso. Si la presidencia terminaba el 2 de enero, ¿cómo podía el Presidente ordenar que continuase el Vicepresidente ejerciendo el Poder Ejecutivo? Desde ese día, perdió Santander el derecho de ser llamado *hombre de las leyes*.

Por desventura, el mismo caudillo desprestigiaba su monocracia con frases de retórica de colegio: algo como tentativa de suicidio.

Por lo demás, la dictadura de Bolívar se ejercía moderadamente, en términos que nuestro poeta Olmedo la llamó «dictadura de las leyes». Hasta la última de 1830 se ajustó a un estatuto constitucional libérrimo y moderado, producto de meditaciones y desengaños, propios de la majestad veraz de la hora postrera.

Cuán poco importa, ante el criterio actual, la condenación de la dictadura, en esta América que la ha practicado universalmente en cien años. No existen los presidentes vitalicios en las constituciones, pero sí en el hecho. La dictadura como reacción contra las intemperancias liberales, se ha aceptado sin protesta de la mayor parte de los pueblos. En estos, «los esclavos pasan a tiranos», como decía el mismo Bolívar, juntándose así los extremos, en virtud de una lógica implacable.

Y aun los gobiernos llamados constitucionales ejercen la dictadura solapadamente, no con la dignidad y el valor de la franqueza, sino en la forma subterránea de los cobardes y los infimos.

Y hoy, después de un siglo, en que se ha agotado el índice del Código Penal en la mayor parte de las repúblicas americanas, escandalosas

y desprestigiadas; ¡se vitupera el despotismo de Bolívar, que lo requería la fundación misma de la república para su perpetuidad!

Los filósofos de historia no sólo absolverán a Bolívar su tan relativo poder discrecional, sino que le condenarán por no haberlo mantenido franca y eficazmente, a fin de completar la campaña cívica con que debió coronarse la acción militar.

Ni se ha de culpar al Dictador los abusos de sus tenientes, de los que en realidad practicaban la dictadura lejos de la influencia y la vista del Jefe. El militarismo que había de perdurar en casi toda la América española hacía entonces su presentación: la libertad, como apuntó el historiador Restrepo, degeneró en mano de los *Libertadores*.

De ellos no fué el que obtuvo con derecho el título «mayor a que pudo aspirar la humana ambición».

La monocracia, que escritores argentinos y el humanista de Pasto condenan en Bolívar, es una de tantas palabras que no responden a la realidad; palabra a la que se da extensión, sin estudiar el hecho social y los accidentes y circunstancias del medio y del tiempo. La verdad radica en la previsión del Libertador, cuando se esparcía en confidencia (1824) en Huaraz ante O'Higgins y el secretario del comodoro Hull: «Si el corazón no me engaña (y lo dijo llevando la mano al pecho), seguiré los pasos de Wáshington, y preferiré una muerte como la suya, a ser monarca de toda la tierra...»

Acabó en verdad como Wáshington; y la buena fortuna de su Patria no principia aún, si

hemos de compararla con la quieta y feliz del patriarca del Norte...

### **Veracidad militar y de Estado**

Se echa a la cuenta de cargos contra el Libertador su poca verdad en los documentos de guerra y de relaciones exteriores.

Cierto que los reyes santos—Esteban, Fernando, Luis de Francia—habrían redactado con limpia sinceridad y pureza los papeles de gobierno, las relaciones de campaña, itinerarios, informes diplomáticos, declaraciones, memoriales.

A Bolívar se exige un poco siquiera de esta santidad, a él que daba la independencia a la fuerza, a quienes la resistían por no conocerla; al que hubo de mentir por estrategia,—una, de las más reconocidas formas de mentir; y que entró en la encrucijada de la diplomacia, de esa ciencia o arte equívocos que consisten en la falsificación de la verdad. Se juega a la mala partida, por el desquite, en el acecho del espionaje y por las malicias de la traición elegante.

Bolívar, tan ingenuo y leal que pecaba por la franqueza, tuvo que rendirse a la necesidad y pedir auxilio a la imaginación. Se vaciaron los colores de la paleta en el retrato de los héroes republicanos, extremóse la alabanza, calentando la atmósfera hasta el rojo heroico; se hizo leyenda al rededor de las campañas, a que éstas engendrassen triunfos; se acudió a la retórica y poética, trayendo a los héroes de Homero a hospedarse bajo las palmeras del trópico o en los páramos andinos. Así se educaba al pueblo rebelde todavía a la libertad y enamorado de las cadenas.



¿En qué pueblo no se dan estas ficciones como recurso bélico, para resurgimiento del valor y siembra de la historia?

Al Bolívar del Orinoco, al de Margarita, de Cartagena, de San Mateo, del Juanambú, de Pativilca, se le pide cuenta de la pureza de su verdad y se le residencia por sus hipérboles de oratoria. Y le llaman falsificador los que, después de cien años, disfrutan los bienes de la emancipación, y pueden tranquilamente ponderar las delicadezas de la veracidad, la virginal limpidez que ha de gastar un jefe de combate y un señor de Estado, que nunca han sido ni serán modelo de buena conciencia ni espejo de rigidez, hoy sobre todo cuando la moral acomodaticia y pragmática se ha injertado en todas las ramas del árbol de la vida. ¿Y quién no sabe que, sobre todo Bolívar, anduvo lejos de la santidad, que es precisamente la verdad en las acciones?

¡Dios Poderoso! Si trasladásemos a todos los puritanos de cien años después al teatro de la gran guerra de la Independencia—guerra a fondo, enorme, implacable—tendríamos ciertamente el espectáculo de la conversión de aquellos celadores de alta virtud a la inevitable doctrina de *El Príncipe de Maquiavelo*, que en la política marcial, reina y gobierna con secular, ineludible imperio.

No que merezcan aprobación incondicional tales condescencias ni se proclame la ineficacia de la moral pura: sólo que, en filosofía de la historia, se impone el criterio realista, a lo menos para excusas, distingos y atenuaciones.

### La guerra a muerte

La historia tiene lógica, como toda acción humana. Antes que Spengler, ya los viejos sabios habían estudiado las rutas de la historia y el inflexible curso de los acontecimientos. Ellos nos arrebatan; y el individuo dentro de la multitud y a merced de los sucesos, resulta un ser nuevo, *alter ego*, distinto y en veces antagónico.

El fenómeno se juzga con vista al documento de actualidad, a la luz del intento contemporáneo y trasladándose el juez de historia al teatro de antaño, para respirar su ambiente moral. El procedimiento contrario no se adecua a la norma perenne que aquilata los actos humanos, considerándolos en todos los detalles, antecedentes y prolongaciones.

Esto no va a excusar la guerra a muerte, que ni Bolívar la justificó. El hombre salido de una vorágine como la que le arrebató a algo como a la demencia del furor, cambiado el punto de vista, bañó en el agua del arrepentimiento aquellas tremendas responsabilidades.

La guerra no se desarrolla en líneas ni cauces previstos. La enfermedad demanda la cirugía de arte mayor y la terapéutica suprema. La anormalidad rompe precisamente la trayectoria que se dispersa en las intrincadas curvas de la locura colectiva, casi irresponsable.

«Sin la guerra a muerte, habría también triunfo», declaró Bolívar, en tardía rectificación.

Mas la jurisprudencia criminal—de la justificación no aceptada—pasa a las excusas; y la guerra a muerte las tuvo determinantes y ejecutivas.

Recuérdese que la independencia de Venezuela se distinguió por caracteres especialísimos, que hubieron de producir la inclemencia y atrocidad de la lucha. Una inmensa porción de los nativos sostenía la causa de España, y la guerra así entre hermanos degeneró por ello en bravía y cruel sobre toda ponderación.

El Apure,—campo de acción de los centauros invencibles que capitaneaba Boves,—constituía la fortaleza del realismo. Los republicanos juzgaron que únicamente el exterminio vencería la tenacidad de los llaneros.

Los españoles, con actos de inaudita ferocidad de Boves, Antofianzas, Zuazola, Monteverde, Morillo... provocaron las represalias más espantosas. Frente a los monstruos realistas, habían de asomar las fieras republicanas: J. B. Arismendi, Piar, Bermúdez... Bolívar se envolvió en la ola roja; el caballero de finura urbana y piedad sentimental se lanzó también a encenagarse en el charco sangriento y a iluminarse con la tea del incendio.

En esta rivalidad de crueldades, quienes debían perder más eran los republicanos, los que habían prometido libertad. Esta aparecía como una bacante en furor que les procuraba la odiosidad popular.

Además, el Apure se mantenía aún en pie; y sin él, bien puede decirse que no era posible la emancipación. Venido el Apure al campo republicano, se triunfó más presto de lo que la adversidad prometía.

La ineficacia de la lucha a sangre y fuego, por sus mismos excesos, determinó su regularización, la que se acordó en un convenio, mediante el cual se tornó a la humanidad, a la cul-

tura, por lo menos relativas en esos años de tormenta.

Más tarde, como venganza de la historia, para escarnio de los intentos humanos y castigo de los crímenes de la contienda, el Apure—al que temía Bolívar—vino a ser el gobierno que disolvería a Colombia y perpetuase la dictadura.

Por lo demás, no es raro que en una lidia de veinte años, cuando principalmente los pueblos de la antigua Colombia perdieron en la guerra más de una tercera parte de su población, se diesen ejemplos de indisciplina militar y de impiedad en los castigos. La mayor parte de hechos criminales se ejecutaron contra la voluntad de los altos poderes, y sobre todo a espaldas de Bolívar. Este no tuvo participación en el degüello de los misioneros del Caroní ni en el fusilamiento del gentil Barreiro y los prisioneros de Boyacá que friamente ejecutó Santander.

Lo que sí no perdonó casi nunca el Libertador fué las traiciones y la delincuencia militar. Así lo exigía el sumo derecho de conservación, para que no se desquiciase la nación, enferma desde su origen, y a la que había que guardar a filo de espada, según los cánones de la justicia, que enfrente al enemigo, ha de mantener en alto el hierro vengador.

Y se acusan las crueldades de la lucha magna, cuando palidecen ante las hecatombes que han bañado de sangre y lágrimas la primera centuria republicana, desde las Californias hasta el Cabo. ¿Quién habrá de arrojar la primera piedra? ¿Y los tiranos de verdad? ¿Y la guerra del Paraguay, que recuerda las matanzas del Asia primitiva? Léase a Sarmiento y a los emigrados del Plata que espantaron al mundo rela-

tando las ferocidades de Rosas y Quiroga. Las guerras civiles de los Estados Unidos de Venezuela, de Bolivia, de Centro América tienen páginas de oprobio similares a las de una tribu africana. Colombia, que se enorgullece de no haber soportado dictadores, desde el 18 de septiembre demostró respetar muy poco la vida humana. El ciclo del terror de Río Negro y de Mosquera puede competir con algunas jornadas de la Revolución francesa. ¿Y qué diremos del infausto Ecuador?... A todos supera Méjico, en el que hasta este momento la tortura es un deporte y el fusilamiento diversión cinegética. Todo esto no se llama la guerra a muerte: algo peor, la paz de la muerte y la historia a modo de proceso criminal.

Los pueblos libertados han justificado la guerra a muerte, prolongándola. Los libertadores se arrepintieron de ella; los libertados no se arrepienten ni se enmiendan.

#### **Imprudente sinceridad**

De tal puede calificarse la del Libertador, que, por su índole impulsiva, no se detenía nunca en expresar el más oculto pensamiento, irrumpiendo también en la frase mordaz, a impulso del sentimiento fortuito o del estímulo pasional.

Las confesiones de Bolívar que constan de la correspondencia privada, de documentos auténticos y de testimonios verídicos, contienen en veces desplantes, inconveniencias e impresiones momentáneas, que pudieron tener de ingenuidad lo que les faltaba de justicia y sobre todo de prudencia.

No merecen entero crédito las confidencias del *Diario de Bucaramanga*, que publicó en forma poco honorable Don Ismael López (*Cornelio Hispano*), porque las apreciaciones atribuidas a Bolívar por el coronel francés Peru de Lacroix van a su cuenta y riesgo, sin prueba de veracidad, por ser aquel escritor y militar poco equilibrado, no menos que acabó por suicidarse. Para apreciar la versatilidad y poca sindéresis de Peru de Lacroix, léase el informe de investigador especialista tan respetado como Don Ramón Azpurúa, cuya opinión robustece el honrado patricio General Pedro Arismendi Brito.

No empleándose la taquigrafía, nadie aceptará como ciertas las transcripciones de la conversación, de las entrevistas, de las súbitas exploraciones de la palabra. Tales piezas, más bien de literatura que de historia, carecen del valor instrumental. Además, la palabra muchas veces traiciona al pensamiento, y el hombre, en la ligereza de la expansión, no traduce siempre la verdad de su pensar y su sentir. De ahí el que a nadie se le ha de juzgar ni condenar por el dicho volandero, o la frase artificial, que brotan en ocasiones inconscientemente. Cuenta Anatole France que Walter Raleigh había concluido, en su larga prisión de la torre de Londres, los tomos de su historia universal. Y que una tarde fué espectador de un tumulto que se produjo al pie de la torre, el que lo presenciaron además otras personas. Que a este propósito, hubo de recibirse una extensa información, resultando que ninguno de los testigos presenciales estuvo de acuerdo con los demás, y quedando el hecho en la penumbra tanto como sus responsabilidades; lo que hizo dudar al noble escritor acerca

de su propio testimonio. Tanto impresionó el caso a Sir Walter Raleigh que, desconfiando en absoluto de toda veracidad humana y de la fe de la historia, entregó la suya a las llamas.

¿Será exacta la traducción del pensamiento del locuaz y libérrimo Jefe? A los cien años, ¿es dable comprobar las casi vergonzantes transcripciones de un testigo, que está muy distante de un Las Cases, confidente de Napoleón, que revisaba en ocasiones el *Diario*?

No se puede poner en duda que la intemperancia verbal de Bolívar, en cartas y conversaciones, iba más lejos de lo permitido por la más rudimentaria prudencia. Tal flaqueza le era consustancial, desde su vida de calavera en las grandes urbes de Europa. No desperdiciaba la chispa del instante, ni el relámpago de la frase que apuntase en los labios o saltara de la pluma.

El enviado del comodoro Hull, de la armada de los Estados Unidos, sorprendióse de que el Libertador vertiera, en plena campaña del Perú, especies acerbas contra los hombres y las cosas de aquel país, indiscreción a la que aplicó discreta censura el inteligente interlocutor.

No podía prescindir de las afirmaciones absolutas; y lanzada una, que en veces no podía recogerla, llegaba tardío el arrepentimiento. Recuérdese lo que dijo siempre contra el infierno de Bogotá, nidal entonces de leguleyos, fantasistas políticos y terribles libertarios. El Perú, donde fué abrumado por las delicias de Capua, no encontró en él un apologista. Las proclamas, la palabra oficial, no siempre iban paralelas con la charla confidente y la misiva íntima.

En el vértigo de la pelea, en la fulminante organización de aquel caos de la primera Repú-

blica, el Jefe—a manera de placa sensibilísima—recibía las varias y sucesivas impresiones. En el instante, su espíritu febril las vaciaba en el período oratorio o en el papel, sin prever la dañosa publicidad de sus ingenuidades.

Las vehemencias del soldado que le traían desazones y le enajenaban simpatías, explican las súbitas inadvertencias, los puntazos de elegante mordacidad, las vislumbres de ingenio que él no desperdiciaba nunca, pues tenía el corazón en la boca y ponía las entrañas al sol.

El Sr. Sañudo trae, para memento de los incondicionales ecuatorianos, las siguientes frases de una carta de Bolívar a Santander: «Los quiteños y peruanos son la misma cosa; los quiteños, los peores colombianos: viciosos hasta la infamia y bajos hasta el extremo. Los blancos tienen el carácter de los indios y los indios son todos truchimanes, todos ladrones, todos embusteros, todos falsos». Escribía al mismo Santander: «Quito es país que según la fama y según la experiencia, es el pueblo más descontentadizo, suspicaz y chino en todas sus cualidades morales. ¿Cómo quiere usted que me vaya yo y me lleve a Sucre, dejando a nuestra espalda cuatro provincias de Colombia llamantes? (inclusive el Cauca). Estas provincias están a la frontera... y el Perú quiere usurparlas...»

Estas afirmaciones percucientes, quemadoras y crueles, no emparejan con las del mismo Caudillo, en carta dirigida en junio 21 de 1822 a sus hermanos los marqueses de Toro: «Este hermoso país, tan colombiano y tan patriota, que ninguno le excede en estos sentimientos, es bien fértil, poblado, y ofrece las más bellas esperanzas: formará el más grande departamento de



Colombia, y el General Sucre su libertador, lo mandará, con el mayor aplauso de sus pueblos».

Y al saludar a la Municipalidad de Quito, después de Pichincha, proclamó: «El gozo de Colombia ha llegado a su colmo al recibir en su seno al pueblo de la República que levantó el primero el estandarte de la libertad y de la ley contra la usurpación europea».

Tan buena opinión había formado Bolívar del Sur, sobre todo de Guayaquil, que escribió, en vísperas del desquiciamiento de Colombia, a su sobrino Diego Ibarra: que se estableciese y formase hogar en cualquiera de estos departamentos, con preferencia aún a Venezuela.

No se olvida la predilección de Bolívar por Guayaquil, en cuya sociedad permaneció encantado. Hasta la terrible crisis de salud que padeció allí la hizo llevadera entre los amigos y las amigas de esa espiritual ciudad. (1)

Si aquellas cartas a Santander que se dicen incluídas en el *Archivo* de este General y en los papeles y borradores publicados por V. Lecuna, tienen autenticidad, hay que resignarse a suponer por lo menos que ellas obedecieron a sugerencias malévolas de compañeros de armas o a envidiosos de la prosperidad que se prometía a Quito. En los breves días de residencia de Bolívar en la capital del Ecuador, no podía conocer, sino por ajena información, mediante el *se dice* de su carta, las notas denigrantes con que se califica a una población en masa.

En el memorial de agravios contra el padre de la Patria, quizás para entibiar la veneración ecuatoriana, se resucitan y remozan las frases

---

(1) Las Garaicoas.

cáusticas e inmotivadas de aquél, contra una provincia y una ciudad primogénitas de la libertad que dieron abundantemente la primera sangre patricia, en sacrificio por la República.

La hermosa lealtad de la nación ecuatoriana a la gloria de su Libertador no ha padecido mengua, por resentimiento proveniente de chismecillos históricos, más o menos verídicos. El error pasajero y versatilidad de un hombre no podían desviar el criterio de un pueblo consciente de sus deberes de gratitud y de los motivos que le vinculan a su vieja, grande historia.

El tiempo justiciero muy pronto había de probar que Quito, Guayaquil y el Azuay—el actual Ecuador—eran las hijas que representaron, en la tragedia del Héroe y en el fracaso de su obra—Colombia—el gallardo papel de altiva fidelidad, propio del teatro heroico y de la escena griega. Después de Guayaquil, levantará el monumento de culto al Genio la ciudad de Quito, indiferente a las frases de mal humor de las horas de neurosis de aquél; frases rebuscadas en los desperdicios de su agitada existencia.

Venezuela, su madre, reconoció oficialmente que al Ecuador—antiguo Reino y Presidencia de Quito—correspondía la ejecutoria única y eminente de fidelidad al Libertador, mantenida hasta el fin. El Sur le llamó a su seno, cuando las otras secciones le condenaron al ostracismo.

A levantarse hoy la sombra de Bolívar, se inclinaría piadosamente sobre la tierra ecuatoriana, la que le fué ligera, blanda y cariñosa.

### La invasión peruana

Los motivos de la guerra internacional—la primera entre las nuevas naciones hispanas de América—no aparecen, por su complicación, con la límpida claridad que requiere un juzgamiento certero. Varios escritores del Sur, apologistas de San Martín, adictos a todo trance al Perú y a sus causas malas o buenas, afirman que aquella guerra, como la invasión a Bolivia, obedeció a la ambición del Libertador, e importó nada menos que una tentativa de restauración de su dictadura en el Perú y de la hegemonía colombiana en Bolivia. (1)

Los documentos de la época desmienten en absoluto tal afirmación. En la guerra de 1828 a 1829 obraron dos corrientes: la primera y principal, el imperialismo del Perú para atraer a las provincias del Alto Perú y a Guayaquil por lo menos, de entre los departamentos del Sur de Colombia; y segunda, la conjuración contra el Libertador, contra sus proyectos constitucionales y su dictadura.

Entre estas dos corrientes se puso Lamar y obró secretamente Santander, por medio de sus adictos Obando, López, Bustamante... Lo curioso es que se ingirió también en el *casus belli* la cuestión territorial, que venía ventilándose entre Colombia y el Perú desde 1822, referente al distrito de Jaén y a parte de la provincia de Mainas. Pero en realidad era Guayaquil el punto de discordia y el bocado de codicia del Perú.

Bolívar y Sucre aceptaron el desafío, plantearon claramente los problemas de divergencia,

---

(1) Cita de López.

y se lanzaron a la campaña, de la que fué Jefe de vanguardia el valiente General Flores.

La guerra, por intervención de elementos colombianos en suscitarla y protegerla, fué en verdad civil por la mayor parte. Lamar, hijo del Azuay y presidente del Perú, no podía intentar sino la incorporación de su Patria al Perú, o la formación de la República del Sur de Colombia, en los términos del Reino de Quito.

En tal complicación de miras, se aunaron peruanos y malos colombianos, para la disolución de Colombia o el acrecentamiento del Perú. A triunfar éste, es difícil adivinar lo que habría acontecido...

La reintegración de Jaén y parte de Mainas, dados los antecedentes que quedan expuestos, tuvo importancia menos que secundaria. Y a este propósito, debe rectificarse el aserto del autor de *Estudios* sobre que Lamar se posesionó y retuvo aquellos territorios, siendo así que ellos fueron punto especial de reclamo desde la misión del Plenipotenciario Don Joaquín Mosquera a Lima en 1821. Entonces, Berindoaga y Monteagudo presentaron la cédula de 1802—Águiles de la defensa peruana—que Sañudo asegura apareció en las alegaciones de Lima, mucho más tarde, en 1829.

Tampoco puede calificarse, siguiendo al mismo autor, de ominoso el tratado de Guayaquil. Ciertamente que la Cancillería de Bogotá, procediendo siempre según el punto de vista granadino, no manejó el negocio con toda la corrección y escrúpulo que el caso requería, sobre todo tratando con un adversario tan elástico y suspicaz como el herejero del Virreinato de los Reyes. Ha de recordarse la inseguridad de las instruc-



ciones impartidas por el Vicepresidente Santander al Plenipotenciario General Sucre. Es evidente que se hacía poco mérito en aquel gobierno de los intereses territoriales de los departamentos del Sur. Sobre tales intereses y detrás de ellos, aparecía el segundo término de la proyectada disolución de Colombia, acordada entre los generales que la traicionaban. La última página del drama sería Berruecos...

Las instrucciones dadas por el Libertador a Gual, previas al tratado de Guayaquil, no pueden ser más precisas, al revés de las de la Cancillería de Bogotá, tan vacilante.

Así y todo, se firmó el tratado, concediendo Colombia al Perú, en lo territorial, aquello mismo que fué materia de la guerra: es decir, Jaén y parte de Mainas. De Jaén no se nos devolvía sino un retazo, y la zona entre el Chinchipe y el Huancabamba quedaban a definir por las comisiones de límites. Cuanto al Mainas meridional, que es lo que reclamó Colombia, se entregaba íntegro al Perú.

Según el criterio de 1824 y la apreciación de los documentos tan frescos entonces, es claro que la negociación no significaba la victoria de Colombia con la totalidad del territorio del Reino y la Presidencia. La constitución de la Comandancia de Mainas para el Obispado y las Misiones de esa región, que previó la cédula de 1802, no pasó de ensayo y su relativa vigencia comprendió apenas cinco años hasta 1810. El Obispado, las Misiones y la Comandancia se deshicieron, subsistiendo el fondo anterior de las cosas: no menos que—dictador Bolívar en el Perú (1824)—encontró disuelto el Colegio de

misioneros de Ocopa y lo convirtió en instituto de segunda enseñanza.

Quedamos, pues, con el límite del Marañón convenido y constante aun de las instrucciones de la Cancillería de Lima. El Tratado fué *apenas* regular, como lo confesó el Libertador. Así era la angustia de la situación, debida a la labor subterránea de individuos del mismo gobierno de Bogotá, de jefes militares y de traidores, que meditaban la ruina de Colombia.

Han pasado cien años, y las posesiones nuestras no son siquiera las que nos trazó el tratado de 1829. Ello se debe a que las secciones solidarias colombianas han procedido, frente al conquistador del sur, en actitud de desconfianza y dispersión. Los políticos de Nueva Granada desde 1824 determinaron cercenar a Quito al occidente y desde 1841 al oriente. Disuelta Colombia—no por culpa del Ecuador—la diplomacia del norte no ha tenido otra línea de procedimiento que buscar acomodos en Lima, hasta dar en el convenio que obtuvo Olaya Herrera después de la vergüenza de la Pedrera... Obtenida del Ecuador la generosa cesión de vasto territorio, Colombia fué al tratado Salomón Lozano, que entregó al Perú la frontera del Ecuador y tomó cartas en la entrevista de Washington. Esto sí excede de lo ominoso: es lo irritante. Nunca, tal vez, en las relaciones internacionales, se registra sorpresa tan insidiosa y desleal contra una nación de veras hermana y siempre gentil.

### El error capital

El mismo Bolívar lo conoció al final de la jornada. La República unitaria, la forzada liga con régimen centralista de Venezuela, Nueva Granada y Quito no correspondía ni a la tradición ni a la realidad. Se trataba de Estados diversos por su topografía, su origen y su organización. El centralismo, en vez de juntarlos, los separaría. Era el caso de las colonias inglesas de la América del Norte, el de federar a tres secciones para la cohesión y firmeza de la nacionalidad.

El centralismo dictatorial, máquina de la campaña, no podía adaptarse definitivamente, ni traducirse en la Constitución, pues la constitución real era otra.

Además, estos países, desde el régimen colonial, disfrutaban de la semi autonomía de los cabildos. Así que, en los primeros ensayos republicanos de Venezuela y Nueva Granada, se practicó el federalismo, absurdo en plena campaña, que fué al cabo la triste *Patria boba* que había de acabar en los patíbulos prodigados por Morillo y Sámano.

Y siempre se deslizaron en todos los intentos constitucionales las aspiraciones de descentralización: ellas asoman ya en el proyecto de Nariño. La Constitución de Cúcuta, tan centralista, debía producir la reacción de Ocaña, donde se proclamó la federación. Aun bolivarianos tan leales como el General Rafael Urdaneta la pidieron para remedio supremo y único, a fin de evitar la disolución que no se había prevenido a tiempo. El proyecto vino tarde.

La máquina para la guerra debió ser la dic-

tadura, que en mano de un hombre de bien conduce al triunfo, con el menor daño posible. Así que no se puede culpar absolutamente al Jefe de Colombia el que procurase, en la convulsión bélica, la organización de un gobierno central, un gobierno de campaña, reservando para la consolidación el estatuto federal que el Libertador en 1830 llamó su secreto, el remedio específico de los males de la Patria. Sólo que aquél se administró en artículo de muerte...

La federación en la campaña, a raíz de la campaña, habría dado los frutos amargos de las primeras repúblicas de Caracas y Cundinamarca, el fracaso de las *republiquetas* de la Audiencia de Charcas, el ciclón de venganzas de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que tuvieron de federales sólo el nombre y en la realidad el círculo de hierro de Quiroga y de Rosas, los verdaderos *salvajes unitarios*, calificativo con que deshonraban a sus desgraciados adversarios.

En 1829 escribió Bolívar a D. J. Mosquera desde Guayaquil. «Mi opinión es que este Congreso debe dividir la Nueva Granada de Venezuela. Lo contrario es quimera impracticable». Y a sus amigos insinuó el mismo año, desde la misma ciudad: «Todos sabemos que la reunión de Nueva Granada y Venezuela existe ligada únicamente por mi autoridad, la que debe faltar ahora o luego, cuando lo quieran la Providencia... o los hombres. Muerto yo, ¿qué bien pudiera hacer a la República? Entonces se conocerá la utilidad de haber anticipado la separación de estas secciones durante mi vida...».

«Nuestra extensión exige una de dos especies de gobierno... La autoridad real o la liga



federal son las únicas que nos pueden convenir para régimen de esta dilatada región. No concibo siquiera posible establecer un reino en un país constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y más numerosas reclaman la democracia como derecho incontestable».

Los enemigos del caudillo, los intemperantes ambiciosos que preparaban ya la casa aparte, no dieron tiempo a que — con el prestigio del Libertador — se concertase la federación, para reorganizar Colombia.

Mas, el estudio de los caracteres que actuaron en el torbellino de la revolución hace sospechar que ni la federación aceptada por Bolívar habría quizás salvado a Colombia. El celo de predominio en el gobierno central, la capitalidad de Bogotá, las rivalidades entre los generales de Colombia, habrían a no dudarlo producido nuevos conflictos. Se habían encendido las hogueras del rencor, humeaba la sangre de Córdova y la de la rota del Santuario; Páez y el Apure no podían soportar superioridad alguna, ellos que no toleraron la de Bolívar; Sucre, sucesor de éste, reconocido como tal por Santander, y sobre todo el mismo Santander—tan diestro en la intriga política—, ¿eran elementos de estabilidad para una Colombia confederada? El asesinato de Sucre fué la respuesta...

Lo único de verdad en esa inquietud y confusión de intereses, pasiones y fuerzas encontradas, es lo que declaró el Libertador: «Colombia existe sólo por el prestigio de mi nombre. Un país que está pendiente de la vida de un hombre corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte... Yo no quiero engañar ni per-

derme... No puedo más».—(Carta a Vergara, 1829.—Desde Buijo).

Y esta dolorosa verdad significa y prueba la eminencia y la grandeza del Libertador, que valía tanto como tres naciones...

### El problema religioso

Desde el campo sagrado, se hacen también recriminaciones al hombre de Estado, por errores, deficiencias y tibiezas en punto a ideas e instituciones religiosas.

Cierto que en el preliminar de la Constitución bolivariana se establece: que pues la religión mira al secreto de la conciencia, no corresponde al Estado garantizarla ni declararla. También dijo el Presidente de Colombia: «Respeto mucho el carácter sagrado de los eclesiásticos, pero como su reino no es de este mundo, para desprenderlos de los bienes de la tierra, debemos aviarles la conciencia».

Los gérmenes de descomposición moral se echaron presto al surco y germinaron para rebeldías. Comenzó a desatarse la fiera, se afilaron los puñales y surgió la humareda de la boca del abismo. Entonces fué cuando el estadista, el joven de libre pensar de París, el vocal de sociedad secreta, reaccionó apartando el pie del paso a la catástrofe. Y así es cómo, en las constituciones colombianas, interrumpiendo la tradición ideológica de Nariño, el de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, se declaró la religión oficial, de conformidad con las actas de todos los cabildos y por grito espontáneo de América.

En uno de sus más elocuentes mensajes, pidió con ahínco el Presidente a los legisladores:

«protección para la religión santa de los colombianos». En la capitulación de Pasto de 2 de marzo de 1829, prometió en el artículo primero: «El gobierno protegerá en Pasto y en toda la República la religión católica, apostólica, romana»; y en el estatuto dictatorial de 1830 declaró lo propio con toda la sinceridad del alma.

Este procedimiento nacido de convicción profunda le procuró resistencias en la facción de la izquierda, que iba ya formándose a fin de introducir en estas desgraciadas Repúblicas la disidencia religiosa que las dividiese y debilitase, apartándolas de la sanidad y la rectitud de la vida.

En un mensaje, hasta de Santander, se insta para una inteligencia con la Sede Apostólica; y Bolívar envió a Zea y Peñalver a solicitar un convenio en bien de la Iglesia de América, divorciada de Roma por influencias del Rey Católico.

En su calidad de Dictador del Perú, pidió la intervención del obispo de Trujillo con el mismo objeto; y al Vicario Apostólico de Chile expresó, por medio del Ministro general Sánchez Carrión, «ardientes deseos de entrar en relaciones con la Cabeza de la Iglesia».

No se puede concluir, con ciertos adversarios del Libertador, que éste no fué religioso, lo que intentan probar, desde el campo librepensador, algunos historiadores que proyectan rehacer historia, y niegan aun que Bolívar cumpliera, en las últimas horas, los deberes de conciencia.

Bolívar, por su hidalguía española, por su educación y por aristocracia de su espíritu, que le empujaba a la elevación religiosa, nunca per-

dió la ruta de la inmortalidad del alma. En 1814, dirigiéndose a los gobernadores del Arzobispado de Santa Fe, escribió: «En medio de los combates, he confiado siempre en que mi religiosidad ayudaba a mi fortuna. Es injusto mezclar la religión en cuestiones puramente civiles».

Y estas sus convicciones le enajenaban la adhesión de algunos amigos de la extrema izquierda, que esperaban del discípulo de Simón Rodríguez—el extravagante librepensador—reformas que rompieran con los antecedentes del país y sus costumbres. Y el Jefe del gobierno se divorció de aquéllos, observando: que entre los llamados fanáticos y los liberales, prefería a los primeros, ya que no estaban obligados a la tolerancia, según su credo; mas no así los segundos, que debían servir a la libertad y darla a todos.

La revolución americana se hizo cuando la francesa había degenerado en los monstruos del terror, que dijo Bolívar; y en pleno desengaño, lo que los Libertadores Bolívar, San Martín, Itúrbide intentaron fué enderezar los acontecimientos hacia la quietud social y la paz de las conciencias: circunstancia que trajo descontento y conjuraciones en la minoría de los primeros demagogos.

No por esto se ha de deducir que aquel soldado y hombre de mundo fuese cristiano practicante y recto. Para dejar las cosas en su sitio, hay que trasladar parte de la carta del obispo de Popayán y de Pasto, a Obando, escrita en 12 de noviembre de 1828: «No sé quién haya llamado al General Bolívar apóstol de la religión. Yo alguna vez he dicho que él la protege, y para ello tengo varios fundamentos aun en mí mismo.

Usía sabe que en Pasto, sin embargo de haberle hecho yo la mayor guerra... olvidando resentimientos conmigo, hizo esfuerzos para que me quedase en Colombia... y para que accediese... me manifestó varios motivos, todos de religión. En mi concepto, se le puede llamar *arca de salvación de la República*».

Testimonio el anterior procedente de testigo de mayor excepción, no puede ser redargüido, sin incurrir en deservicio de la misma causa religiosa que se pretende defender.

Bolívar fué quizá uno de los primeros mártires, por su valiente adhesión a la moral cristiana y al ideal religioso. Ello se prueba conociendo a sus adversarios, el campo de acción de éstos y sus principios demolidores, desde la noche de septiembre hasta la agonía de Santa Marta, desde el asesinato de Sucre hasta el destierro del Libertador...

### Las culpas menores

De ellas se ha querido hacer inventario, para regocijo de curiosos rebuscadores de secretos de alcoba y de escenas pasionales.

Como Alejandro, César y Napoleón, el hidalgo de Caracas fué consumido por la fiebre sexual, que para el juicio corriente no corresponde a la firmeza del valor ni a la dignidad del poder.

Evidente que nada resultaría más bello, en un varón de virtud a prueba de toda asechanza del bajo instinto, que la fortaleza hiciese una sola carne con la castidad de las acciones.

Pero aquel tipo de excelstitud no se da sino por excepción. Los héroes casi siempre han sido

grandes pecadores, y en torno a ellos dió también espectáculo el escándalo.

Que tal accidente quita lustre a la gloria, no cabe dudar; pero hacer capítulo especial de interioridades en la biografía de las personas eminentes, significa pequeñez de visión, microscopía y deleite malsano de rastrear lo íntimo, espiar faltas, regocijarse en las caídas y desequilibrios de las hembras y los varones que tuvieron sitio en el teatro universal. Voltaire escribió: «No se ha de historiar lo que es indigno de la historia». A lo menos, ¿a qué descender—con ésta—al proceso criminal, o los bajos fondos del sentido, a las funciones míseras que sólo las bestias no esconden?

Además, las faltas del Libertador no tuvieron mediocridad, sino alarde de gentileza y ensayaban casi siempre la arrogancia varonil.

Las intemperancias, los estallidos de vanidad, los actos sin intención casi irresponsables, todo ello se explica en su temperamento; y se habían acrecentado a impulso de la adulación. Cuentan en Caracas, y lo repetían los Generales Alvarado y Arenales del ejército de Buenos Aires, que la campaña del Perú y la molición de Lima habían producido la calentura emocional y súbita que torció la índole del buen terrateniente de San Mateo. En Caracas y en Arequipa, estropeó las mesas del banquete sin respeto a jefes de distinción, enardecido por impresiones que le arrastraron al vértigo.

La humana grandeza se concede así con disloques y desigualdades. «Sólo Dios es grande», dijo el orador francés ante el cadáver de Luis XIV.

No por esto resulta simpática la tarea de la-

vandería de los trapillos de un hombre ilustre, ni cumple a la gracia y al donaire sacudir el polvo de las vestiduras de oro y púrpura de los personajes. Si ello se practica, sea sobriamente y sin morosa delectación, por motivo ejemplarizador y en servicio de la verdad y del bien, serenas deidades que como el sol dan luz a los buenos y a los malos. La psicología de la guerra explica su conjunción con las artes del amor, desde Homero hasta las jornadas épicas de la pampa americana. Al cantar las armas, los poetas habían de incluir las gracias: las armas, el amor, la gentileza, como cantó el vate de Sorrento.

El temperamento del Libertador y de muchos de sus capitanes juntaba la gentileza valerosa y la voluptuosidad, a manera de flor que despuntaba en la espada. Don Domingo F. Sarmiento escribió justamente de Bolívar, Sucre y otros gallardos soldados de la Independencia: «Esos caballeros brillantes, los primeros en las batallas, los primeros para con las damas; si el caso se presentaba, juntaban las travesuras a los duelos y la orgía a las disipaciones juveniles».

La intimidad amorosa de Bolívar no se asemeja a la anormal y poco atractiva de Bonaparte. Aquél, amante del placer gentil, se entregaba a las delicias del baile y a la charla de amor. Al halago de tantos homenajes, cuando las ciudades le presentaban ninfas y diosas, para acariciarle y ceñirles la guirnalda de triunfador, él no es raro que padeciese la dulce enfermedad de Aquiles o la hermosa cobardía de Reinaldo. Nuestro Hércules diminuto, formado de acero y de llama, se rendía a los pies de Onfalia...

Hasta su vituperable pasión por la dama quiteña Manuela Sáenz tuvo detalles de distin-

ción. 'La amazona de Quito empuñó la espada, se afrontó con los conjurados en la noche de septiembre, y salvó la vida del Libertador.

Ella casi sola, intentó en Lima detener la traidora sublevación del tercer cuerpo colombiano.

Es curioso advertir que para otros observadores benévolos y casuístas indulgentes, Bolívar aparece cabal, precisamente por sus complacencias con la galantería. Cuántos han deplorado que el moralista Guzmán Blanco hubiese quemado las cuatrocientas cartas de amor de Bolívar a su célebre compañera de la tragedia de Bogotá. Los apreciadores de anécdotas han escrito muchísimas acerca del Dictador del Perú, que tan bien disparaba la pistola como la aljaba, dando tema a tradiciones y leyendas.

Cuando, terminada la campaña de pacificación en el Bajo y Alto Perú, Bolívar debía regresar a Colombia, desoyó las demandas de civiles y militares, de pueblos y campesinos que ansiaban retenerlo en el Perú. En última instancia, debía recurrirse al tercero y más poderoso Estado, a las hermosas damas de Lima. Ante ellas, la terquedad del caudillo se quebró, deshecha en galanías. «Cuando la beldad habla—dijo—¡qué pecho puede resistirsel! Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella y hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan las flores de la vida».

¿Quién no se había de rendir a estas blandicias del cultísimo decidor? Después de cien años, apenas se acierta a recomponer aquellas escenas de damas y galanes del tiempo heroico? ¿Será por ello que no perdonamos las flaquezas



de los héroes, las que han perdido con el tiempo el hechizo y la seducción? Los héroes hoy se inclinan más a las matemáticas que a la táctica de amor. Los hombres de armas no sirven a otra dama que a la Patria...

### La venganza del terruño

En *Estudios de la Vida de Bolívar*, se esparce cálido ambiente de celo patriótico, de la patria grande y de la patria pequeñita: de Nueva Granada, de Pasto. Se muestra alta predilección por la austera figura de Nariño, se ensaya justificar en todo a Santander, fundador en parte de la disidencia política que nos ha roto a todos los hispanoamericanos, para reducirnos a los átomos de la dispersión; se aventura una equívoca defensa de Obando, de quien a lo sumo se apunta: «Fuertes pruebas hay de que fué el instigador del crimen» (el asesinato de Sucre). Y esto se asegura después de asentar mañosamente que aquel hecho tremendo «lo ejecutaron unos soldados procedentes del Sur y dirigidos por el venezolano Morillo». Se le olvidó decir a propósito del 25 de septiembre que fué de los protagonistas el venezolano Carujo, y que los soldados del Sur—Sarria, Alvarez, Erazo—acudieron enviados por el venezolano Flores.

Así se desliza la parcialidad, en forma sutil, para desviar el criterio, por lo menos en la comarca natal.

Y venga el foco del rencor, la venganza por las retaliaciones ejecutadas en Pasto.

Ante todo, hay que descubrirse ante esa estupenda ciudad. La comarca toda es el héroe

colectivo más famoso de las luchas de la emancipación.

Combatió cosa de veinte años por un ideal, como todo ideal digno de respeto, y más cuando la raigambre procedía de la conciencia religiosa, —lo más hondo, sensible y alto para la dinámica del espíritu y la regencia de la conducta. Pasto lidió como un soío hombre, notándose que el elemento indígena alcanzó el delirio del heroísmo. Niños y mujeres disputaban a mancebos y viejos en el coraje y en la tenacidad. Agualongo, un indio, fué héroe enorme, el representante más encumbrado de la nombradía de Pasto; mártir de su aspiración, que probó cómo, en las razas que se creen inferiores, llega a germinar también la abnegación de los santos y de los locos del valor. Pasto debe a Agualongo el monumento que antes levantó a Nariño, un derrotado por Pasto.

La fortaleza de ese pueblo, que se prolongó hasta los últimos días de la guerra, exigía el empleo de medidas de rigor que quebrantasen su temeridad. Obando escribió después de Bomboná: «Ambos perdieron: los españoles el campo y los patriotas el ejército». Bolívar escribió a Santander: «No puede imaginarse lo que es este país, todos estamos aturdidos... Creo que si hubieran tenido jefes numantinos, Pasto habría sido otra Numancia, y con esto ¡adiós Quito!»

La áspera topografía de Pasto imponía el ineludible empleo de represiones tales que quebrantasen la temeridad bravia de aquellos montesinos, a quienes la naturaleza dió por territorio una ciudadela murada de rocas y defendida por fosos de abismo. Bolívar, Sucre, Flores, el mismo Obando—convertido a la República—, hubie-

ron de ensayar el terror en contra de guerrilleros indómitos; y ni aquello produjo eficacia, pues el desafío perduró hasta el fin, prolongándose hasta 1829, en conflagración con los invasores del Perú.

Bolívar, casi vencido, que intentó y ansió dirigir el torneo de Pichincha, hubo de resignarse, por veto armado de Pasto, a esperar un tardío avance hacia Quito, dando la postrera acometida a Agualongo—después de Boves—, el más formidable realista americano. Las retaliaciones de Pasto no fueron como las duplica y agiganta la parcialidad regionalista y el testimonio de coetáneos recusable por motivo de la inclemencia guerrera. Ya se ha leído el informe del obispo de Popayán; y recuérdese la gentileza de don Basilio García, que hizo honor a Bolívar.

La guerra no es una escuela de moral, aunque la causa de los independientes no pueda justificar totalmente procedimientos que la religión y la moral condenan. Algunos subalternos extremaron la venganza, y en Pasto se repitió mucho de la guerra a muerte.

Esta condujo—por lógica de los hechos—a lamentables extravíos; pero se explica la desesperación de los libertadores en un pueblo rebelde hasta el delirio, colocado entre las almenas gigantescas y las hoyas profundas del Juanambú y el Guátara, desesperación que produjo desequilibrio moral, con el que prevaleció en ocasiones la ferocidad del instinto.

El Libertador honró el heroísmo de Pasto, capitulando con esta ciudad, como no había capitulado con otra alguna, rindiendo homenaje a sus creencias y respetando su simpatía por la institución real.

Pasto, en grado altísimo, como Coro en Venezuela, Córdoba la docta y universitaria en la Argentina y Cuenca en el Ecuador, tuvo preferencias monárquicas, que merecieron cierta tolerancia hidalga de parte de los Jefes republicanos. La quieta y honrada vida municipal bajo el régimen de la Colonia había producido en Pasto íntegro, en la mayor parte de Córdoba, de Coro y en grupo dirigente de Cuenca, la conformidad con el gobierno español, dentro del que alentaba una verdadera autonomía local. Estas ciudades realistas presto se reconciliaron con la libertad, a pesar de trastornos inevitables en la transformación de instituciones, ideas e intereses.

La ciudad de Córdoba después luchó por la cultura y la libertad, al mando del honrado General Paz, resistiendo a las hordas del formidable tirano Facundo Quiroga.

La benemérita ciudad de Pasto, hoy republicana, que pesa tanto en los destinos de su Patria, no debe recriminar a los que la convirtieron de realista en demócrata. Reconcíliese con su vencedor Bolívar, como se reconcilió con su vencido Nariño.

### Conclusión

El viaje anterior en *Estudios de la Vida de Bolívar* no corresponde en realidad a la importancia del libro, de suyo fragmentario y poco afortunado, sino al propósito de considerar y definir ciertos aspectos de la vida del varón más eminente que ha producido la raza española en América.

Este ensayo de crítica no podrá calificarse

de apologético, incondicionalmente. Apunta también errores y caídas en la existencia agitada y complicadísima del Caudillo de la libertad americana.

Después de condenar la censura de tan larga fermentación del libro del Dr. Sañudo, reconoce, sí, en éste el celo de justicia, el patriotismo llevado hasta la pasión pero siempre respetable, y el criterio moral, no por exageradamente escrupuloso, menos digno de estimación.

Desengañense, eso sí, los detractores del Hombre prodigioso: no lograrán disminuir una línea de su estatura, sino más bien agrandarla, merced al cálido ambiente de culto a su memoria, que sus mismos adversarios despiertan en individuos y naciones que han heredado la libertad—más o menos cierta—y siempre la gloria del Libertador, «nombre que excede a todo otro que un mortal pudiera ambicionar».

La excelsa figura se halla hoy más que nunca viva y animada. ¡No la toque la irreverencia iconoclasta; que al roce de ella, responderá el ídolo con internas ondas sonoras! ¡Cuánto más se gaste el odio en la memoria del hombre superior, a los golpes de la piqueta, aparecerán aspectos inéditos de la vida y del alma de aquel ejemplar original y fuerte! Es en vano que pretendáis negarle la capitanía general de la fama en nuestra América.

No se repita el caso de aplicar a *invencidos* enemigos póstumos de Bolívar el castigo que el poeta del Ecuador D. Luis Cordero dió, en versos como proyectiles, al recordado D. Ricardo Palma:

Trajiste, por tu mal, a la memoria  
la heroica hazaña del Pastor hebreo,  
pretendiendo, en tu loco devaneo,  
émulo de David ser en la gloria.

No sólo fué insensata, fué irrisoria  
la audacia criminal de tu deseo;  
porque, ¿quién eres tú, debil pigmeo,  
para herir al Gigante de la historia?

Con la honda primitiva del peruano,  
lanzaste tosca piedra al eminente  
redentor del linaje americano.

Rióse de tu insania el Continente,  
erró el golpe fatal tu alevé mano;  
y el guijarro cayó... sobre tu frente.

## EL PUÑAL DE LA SALUD (I)

### La última evolución de la doctrina

...toute idée révolutionnaire est un outil à deux tranchants: l'un avec lequel on coupe, l'autre auquel on se coupe.—V. HUGO. (2)

Los furibundos retóricos, los incorruptibles republicanos, fieles del culto a Marco Bruto y apologistas del asesinato en nombre de la pública salud, no adquieren sino tarde y desastrosamente la experiencia de su peligrosa doctrina. Los resultados últimos de ésta llegan, con la inflexible rigidez de aquello que el gran poeta de *Los Castigos* llamaba «el magnífico silogismo providencial» (L'histoire de la pensée humaine est pleine de ces retours surprenants. Donc, et c'est ici que se clot le magnifique syllogisme de la Providence).

El *ente de razón* llamado tirano, que decía Menéndez y Pelayo, se burla al fin de la locura

---

(1) En *El Correo del Azuay* escribí, allá en 1882, unos artículos para combatir la estúpida afirmación y práctica del asesinato político, celebradas por Montalvo y corrientes en los escritos y actuación de alguno de sus discípulos. Este trabajo téngase por epílogo al publicado en *El Correo*.

(2) Carta a Boulanger, dada a luz por M. León Séché, 1912.

de la demagogia: esta loca de atar vuélvese al hospicio, maltratada, si es que en la peregrinación le quedó la vida.

La cuestión de la tiranía tiene mucho de subjetivo: su concepto arranca del sentimiento personal, de la pasión brotada de nuestras impresiones repentinas y orientada hacia el término de la individual inclinación. El tirano representa al poder, y el poder significa una institución de superioridad, de soberanía, de presión, de limitación de nuestro albedrío. El individualismo comprende casi toda la filosofía del siglo XIX: la persona, el yo dominador y despótico sobre todos los intereses viejos y nuevos, sustanciales y accidentales, internos y externos, creados y por crearse. De esa doctrina egoísta, de esa idolatría del individuo, de esa omnipotencia del instinto, de esa soledad de su soberbia, de ese engreimiento del átomo social que de germen se torna en ser absoluto y en superhomo irresistible, proceden el menosprecio de la autoridad, el rencor a quien la representa, la crítica acerba e irreflexiva de los actos soberanos, el criterio apasionado que los apellida criminales y que les trae a juicio y los condena a reprobación. El poder, los hombres del poder, la concupiscencia del poder, los conculcadores del derecho, los ladrones de la libertad, el enemigo público, el famoso ente de razón: ¡el tirano!, ¡el enemigo!, ese que nos estorba el paso y nos subyuga. Esclavos, no podemos resignarnos jamás. El es poderoso, y nadie tentará a deponerlo con los medios de la ley, pues se ha sobrepuesto a la ley. ¿Qué hacer? La solución la dió ya la hermosa antigüedad; y los mancebos Harmodios y Aristógiton y los severos patricios y libertarios Bruto y Casio



aparecen en sus pedestales, para enseñar cómo se mata a los tiranos...

La poesía concurrió a ennoblecer el hierro vengador, y el asesinato revistió dentro del arte caracteres de heroísmo. La conjuración alienta en los subsuelos, asoma después la cabeza en la hendidura; y surge y sube y se arma y triunfa. ¡César ha muerto! ¡Patricios y augusto Senado, Roma es libre! Desde las áureas fuentes greco-latinas, dignificado por la Poesía, ha venido así el puñal pascando su relámpago vengador en las sombras de la historia. Aun repite la lira la *souffrance* de Harmodios y Aristógiton y la tragedia envuelve en un cendal de púrpura el puñal de Marco Bruto.

Pero desde el cimiento social ha brotado, como el calor de la tierra, la protesta del buen sentido contra aquella subversión del orden y usurpación de la vindicta: el *puñal de la salud* vale tanto como el veneno de la Brinvilliers o el revólver del apache.

La autoridad, flor y fruto de un estado social, que procede de evolución y antecedentes que no se improvisan, va paralela a las costumbres, y signo es de mayor o menor cultura en los pueblos. La mejora de éstos se traduce en la de la autoridad. Según sea el ejército, será el general que lo dirige. Pueblo corrompido y semi-bárbaro, imperio, dictadura pide. Pueblo educado y obediente, apenas demanda la tutela del superior en el ejercicio de su libertad: cada cual digno resulta de su suerte.

En vano se rebela la ideología contra la brutalidad de los hechos. «Cada pueblo tiene el gobierno que merece», lo dijo el terrible conde de Maistre: el crimen social trae el castigo social,

y la tiranía lo es. Quizás por esto, más bien que por otra afirmación suya, se llamó apologista del verdugo a ese escritor, grande principalmente por su valiente franqueza. La revolución que arma el puñal del asesino y elimina al déspota, no elimina las premisas de la tiranía; y sigue planteado el estupendo silogismo. De la túnica ensangrentada de César renació más pujante el Imperio, que lo consolidó Augusto. La República romana pereció a manos de los conspiradores de los *Idus* de Marzo.

El nexo de los revolucionarios y liberticidas de Grecia y Roma con los de los siglos XVIII y XIX se halla en la conspiración contra Carlos I de Inglaterra. Cayó el hacha sobre su cabeza, levantándose sobre la víctima una de las más furibundas dictaduras: de esas, no de nombre, sino reales y poderosas: una formidable unidad para suprimir todo lo que se levanta, la igualación terrible de Tarquino. Detrás de Carlos I, Cromwell.

Los abusos del régimen monárquico, la magnificencia pecadora de las Cortes en los siglos XVII y XVIII, y la campaña tenaz de retóricos y políticos por aquel antiguo ideal de sangre, mantuvieron vivo el fuego en las cenizas de la hoguera. Los pensadores soplaban sobre la ola de las turbas y se conservaba palpitando la corriente en contra del absolutismo y de la tiranía. Los atentados contra los reyes venían, de cuando en cuando, a enseñar a los estadistas que ardía bajo de sus sillas el volcán de la implacable doctrina.

La República romana resucitó por el esplendor literario, por el ensueño de renacimiento, a fines del siglo XVIII, en Francia. La gran re-

volución fué traducción de Grecia y Roma. Y hubo tirano: ¡el manso Luis XVI!

Los incorruptibles, los enamorados de la virtud antigua: Saint-Just, Camilo Desmoulins, Maximiliano Robespierre dieron la nota artística, la que debía llegar a la brutalmente trágica en Danton y Marat. Capeto el tirano dejó la cabeza en el patíbulo; y vino en venganza de la muerte de aquel improvisado César del Triunvirato, la tiranía de mil cabezas, la más estupenda tiranía colectiva que registran los anales humanos: aquellos reyezuelos terribles del jacobinismo, príncipes con coronas de oropel y puñales por cetro, como se los describe en la magnífica profecía del Libro de Job.

De todas las aberraciones humanas, ninguna más desastrosa, más profundamente antisocial, más contradictoria en sus intentos y más absurda en las consecuencias. La espada fué puesta en mano superior para defensa y para castigo. No tiene este derecho el carácter de individual, sino en el caso inevitable de la agresión y por la imposibilidad del concurso de la fuerza que la comunidad tiene encargada a una sola mano, para guarda de todos.

¡Cuán peligroso el que un ciudadano cualquiera juzgue a un magistrado, en la soledad de la convicción, al calor de un criterio alimentado por las pasiones, sin testigos, sin defensa del culpable; y lo condene a muerte en un tribunal especialísimo, y él mismo ejecute la sentencia!

Doctrina de resultados pavorosos esta que convierte a los asociados en jueces y culpados, sin fórmulas protectoras, dentro de los procedimientos de una inquisición personal. Doctrina que reduciría a cenizas la sociedad, en que tal

derecho de eliminación se admitiese y ejecutase. Doctrina de consecuencias funestas, pues los magistrados, en la desesperación del instinto de conservación, eliminan también al sospechoso y al adversario, y quizás al inocente. Así es como la licencia recrudece la tiranía, según la observación de Santo Tomás.

Siempre hubo crímenes en el mundo, y la ambición de imperio y las granjerías del mando en todo tiempo ensangrentaron tronos y patíbulos. Monarcas sucediéronse por los títulos del crimen, y los sagrados vínculos de la sangre no eran parte a impedir que hijos y hermanos maquinasen la muerte de los suyos, para ocupar luego la ensangrentada silla. En las democracias antiguas, a veces los delitos atroces bastardeaban la libertad, y los pueblos, en la ceguera del albedrío, proscribían la virtud y daban muerte al justo.

Matanzas y asesinatos cuéntanse innumerables desde el terriblemente sencillo drama de Caín. La historia aparece como un mar de sangre, en que se revuelve la ambición, hundiéndose y flotando en uno como naufragio. El animal auténtico y primitivo asoma a cada momento, para disputar el suelo a su semejante; y le ataca, y resistiendo éste, pasa así la humana corriente en el tiempo. Pero sobre este fondo de las pasiones y de la locura del furor y del delito, se extiende como luz de lo alto la caridad, que se traduce en el respeto al derecho ajeno. En definitiva, es la Religión la que encadena, con los lazos de la inmortalidad, las miserias de la existencia presente con las reparaciones excelsas de ultratumba.

Ni son responsables de matanzas y pros-

cripciones solamente los que profesan la filosofía de la destrucción: aun en las épocas de equilibrio moral, aun en países en que el Código del Sinaí se escribió en la ley del Estado y filtróse en las costumbres, la ferocidad se abrió camino; y escribió páginas tan desastrosas como las *Visperas Sicilianas* y la *Noche de San Bartolomé*; el puñal no respetó ni la gloria del simpático Enrique de Navarra.

Pero todos estos hechos se estimaron como transgresión del divino estatuto moral; y no hubo doctrinario ciego, ni político extraviado, que justificasen aquellas desviaciones de la línea recta.

Lo espantoso y trascendental en este pleito de muerte es que se pretenda justificar el crimen, rodearlo de esplendor y coronarle de flores.

Los hechos que forman excepción en la normalidad de las sociedades confirman la ley y aquel eterno principio del respeto al derecho de los demás, en virtud del cual subsiste el personal nuestro.

En este desgraciado Ecuador, no justificará el criterio histórico las acciones perversas, la muerte del enemigo impuesta como venganza personal y no social, y los dolorosos extremos a que nos han llevado las contiendas civiles. Desde la hecatombe de Agosto en los albores de la emancipación, la imparcialidad condena inexorable: la carnicería del Batallón Vargas, la del coronel Hall y sus cómplices, el sumario castigo de Jambelí, tanto como la innumerable serie de muertes y venganzas desde 1876 hasta el día, en que no sabemos si está en la sombra concertando nuevos planes el asesino...

Este como régimen de sangre nos lleva a la

catástrofe. Desde luego que se acepta el principio de la eliminación del adversario, la licitud de la supresión del déspota, quedamos todos bajo algo como un sistema de libre examen y libre juicio, que nos permite deliberar acerca de la criminalidad de nuestro enemigo, al que matamos, si se nos da el cómo y el cuándo. Es el régimen brutal del instinto, —el feroz instinto de conservación. En pleno ejercicio de él, el gobernante que puede eliminar al adversario para no morir, mata. Es la vuelta al salvajismo, a la grosera naturaleza. El asesino aparece peor que Caín: a lo menos éste huyó para ocultar su ignominia, [tuvo vergüenza], no la gloria, que piden sus sucesores.

El crimen ha de considerarse como excepción en el cuadro de las acciones; no da tema a la apología, ni se purifica con razonamientos, ni puede cubrirse con la hermosa mentira literaria. Aun los más explicables atentados, tales eran en el común sentir como en el terreno del arte. La tremenda venganza de Electra y de Orestes deja una impresión de terror, que no la consigue atenuar la admirable y sobria escena del trágico griego.

Afirmar la facultad de matar y de matar al juez, al rey, al presidente, por discurso propio y sin trámite ni juicio, resulta monstruoso. Tal afirmación, con supuestos de filosofía y con argumentación jurídica, raya en el cinismo: el crimen usurpando las ínfulas del derecho y la ciudadanía reducida al oficio de verdugo sin justicia y victimación sin fallo.

El valor de los que a tales actos se aventuran, su exagerado celo por la libertad, su innegable espíritu de sacrificio, lo incierto y temeroso

de su empresa: todo ello, ilustrado por poetas y retóricos que no ven sino la primera apariencia de una acción, constituye el asesinato político en elemento destructor y pernicioso en las relaciones públicas. Impresiona a la irreflexiva juventud, desnaturaliza la justicia y corrompe el criterio de las muchedumbres.

La Historia y su severa filosofía, por fortuna, salen al paso contra estos desvíos de la corriente; y la opinión torna al granítico cauce, de que no es dable separarse sin ir por el despeñadero.

Es de advertir que los filósofos y juristas del asesinato político, personajes de la aristocracia del delito, porción escogida, cuyas acciones fueron siempre *re literaria*, no miden el horizonte ni aprecian la perspectiva. Ignoran que su arma tiene dos filos; y el uno, y más fino, es para la mano que empuña aquélla. Cuando Víctor Hugo visitaba la tumba de dos de los más convencidos regicidas de Carlos I, escribió las solemnes consideraciones sobre aquella jurisprudencia que ha ensangrentado las repúblicas y ha vertido la ponzoña en tantas copas. El fanatismo de la libertad lleva en sí mismo el castigo, que muy pronto llega. Para lavar la sangre de Carlos I, fueron menester ríos del generoso licor humano, bebida de locura para los hombres. Detrás de Luis XVI, los revolucionarios franceses, en uno como suicidio colectivo, se precipitaron en la guillotina, formando un gigantesco racimo de cabezas, desde Vergniaud hasta Marat, desde Dantón hasta Robespierre. La encantadora Carlota Corday, que libertó al mundo de un monstruo, entregó también el cuello al hacha, que se melló en innumerables víctimas, durante esos días lúgu-

bres del Terror, tan largos y henchidos de enseñanza y solemnidad, como no lo fueron siglos enteros.

La doctrina ha seguido sus espantosas jornadas, y donde más estragos ha hecho, ¡triste destino el nuestro!, ha sido en estas tierras de ultramar, así llamadas por los conquistadores europeos. Quedó aquí el surco que trazó el hierro de los Arias de Avila, los Pizarros, los Carvajales, en las primeras alteraciones de la conquista. No sólo rodaron las cabezas de los emperadores Moctezuma y Atahualpa, sino la del gran Vasco Núñez de Balboa, la del Virrey Blasco Núñez Vela, la de los Almagros viejo y mozo, la del Marqués Pizarro y la del magnífico Gonzalo.

En formación las repúblicas americanas, sobre este suelo de sangre, en las juntas secretas de los ciudadanos inmaculados, púsose en medio la sombra de Bruto, y en los banquetes republicanos presidía con siniestra majestad. Al más grande de los americanos, al fundador de unas cuantas repúblicas, al Libertador, al Padre de la Patria, al genio de esa epopeya, se le señaló a la venganza de los conjurados como tirano. Azuero, Soto, Vargas Tejada... los jóvenes ilusionados por esa falsa virtud de la decadencia romana, los republicos para quienes el Evangelio no había quitado el hierro de manos de la fiera humana, hicieron esa tenebrosa noche de septiembre, en que se atentó contra la vida de Simón Bolívar, el César de los novísimos conjurados. ¡Qué ultraje a los nombres y qué falsificación de la Historia!

El castigo encharcó el cadalso; y Colombia, la nación nacida para la gloria y la supremacía,



perció ahogada en sangre. A poco los asesinos, constituidos en verdadero poder, sacrificaban a Sucre, el segundo de Bolívar. Su cadáver, tendido en el fango de la montaña, selló la piedra sepulcral de Colombia, muerta con sus libertadores: Bolívar se extinguió en seguida en una angustia suprema, pues todo había muerto. El puñal hubo vencido, con él se dividió la primogénita del Libertador, y quedó a guisa de cetro en los nuevos Estados.

En este pequeño país, en el Ecuador, ¡oh mala fortuna!, es donde más raíz ha echado ese árbol de fatídica sombra. Y nuestra historia, casi toda ella, va al margen de un solo tema: el pleito de sangre.

García Moreno, varón integérrimo, inadecuado a una sociedad inferior a su genio, por estímulos de un patriotismo generoso y por móviles e ideales de excoisitud no comprendida por los espíritus vulgares, se apasionó por la política; y quiso hacer aquí en el Ecuador, rápidamente, una nación moral y civilizada, dentro del molde cristiano. Hubo de tropezar con obstáculos; y avasallador e impetuoso, los convirtió en polvo de su camino. El país, apenas salido de la servidumbre, hijo del militarismo y viciado por él, ofrecía una masa ingrata a la elaboración del ánfora que el genio se prometía. Mas su esfuerzo luchó sin tregua para ablandar la materia rebelde, y para ello fué menester esa dictadura del bien y de la sana intención que ha honrado a tantos conductores de pueblos. Al frente salió la demagogia: toda esa tropa de ideólogos y charlatanes, peste de las repúblicas, rebeldes contra el progreso. Y comenzaron revoluciones, unas tras otras. Impotentes estas, se acudió desde

luego al ataque personal, y se atentó contra la vida del valeroso magistrado.

Hostigado así, en cuestión perenne de vida o muerte, perdió a veces la rectitud, se extremó en el castigo y cometió incorrecciones que no le perdonará el más benévolo de sus admiradores. Dada su vehemencia, todo ello se explica; mas el Ecuador, no obstante la continua guerra civil y la rigidez de la vindicta, pudo bajo García Moreno, ver con asombro que se hacía la nación, en todos los órdenes de la actividad: la educación y la instrucción insuperables, el progreso material en todo el territorio bajo la honradez escrupulosa de la administración: todo ello con tres millones de pesos.

Ninguna de estas innegables cualidades del magistrado, del patriota, fueron parte a desarmar a sus enemigos, que lo eran además, y principalmente, por odio de secta, por fanatismo anticatólico y por aquello que se viene llamando liberalismo, vanidad filosófica y tiranía muy real y muy difícil de sacudir, que el mundo soporta como soporta tantas mentiras.

En pleno día, en el portal de Palacio, a punto de que el Presidente llegaba a inaugurar un nuevo período de mando, un facineroso, un *bravo* de aquellos de la montaña, atacóle a machetazos, y algunos jóvenes conjurados aparecieron en la escena, disparando alguno de ellos su revólver, en demostración de complicidad.

Esta tragedia, que tuvo como protagonista a un criminal común y basto y que se debió a combinaciones subterráneas de conventículos de subsuelo y a la habilidad cobarde de alguien que a la sombra concertó la concurrencia de diversos

elementos que actuaron en el crimen, (1) ha venido a ser el hecho y tema capital de nuestra corta historia, al rededor del que se ha venido haciendo ésta, y se han desarrollado vastas y contrarias corrientes de opinión.

La porción entre las gentes radicales más notable por el ingenio y la pluma—Montalvo a la cabeza—hizo suya esta hazaña, y uno de los actores—literato y polemista—no dió paz a la mano escribiendo la apología del llamado tiranicidio, que Montalvo apellidó su gloria personal, por la iniciativa de la pluma, y D. Roberto Andrade también suya, por compañía al feroz colombiano Rayo, el verdadero y único ejecutor del atentado.

Más que la muerte del hombre, que a vivir aún algunos años, habría engrandecido al Ecuador, ha sido deplorable que, a propósito de ese sangriento drama, se hubiese aquí afirmado, con los sofismas de la pasión y los del interés personal, la formidable doctrina del asesinato político. La doctrina hubo de dar todos los amargos frutos que de su elasticidad se desprenden, y los dió, para confirmar la sentencia de Víctor Hugo: el arma no dejó ocioso ninguno de sus filos, y hoy mismo podemos comprobar cómo sus apologistas y dueños cayeron al golpe del mismo puñal que desenvainaron ellos primero sobre sus enemigos.

Por las lentas gradaciones de la evolución, al cabo los promotores del drama de Quito, cóm-

---

(1) El escrupuloso historiador don Pedro José Cevallos nos dió todos los datos de su convicción sobre que uno de los principales conjurados—joven abogado muy inteligente, D. Manuel Polanco, y que se mantuvo a una cuadra de distancia del lugar del drama—, fué quien logró la realización de éste, merced a sus intrigas.

plices y herederos universales, llegaron a formar en el poder. Montalvo había muerto. De la altivez de su espíritu y la aristocracia de su literatura era de esperar que, a haber vivido unos años más, espantado ante las últimas consecuencias de la doctrina, habría renegado de ella y de los incondicionales que la usufructuaban.

Quedó la mala semilla en el surco y con sangre brotó lozana la planta, para dar en esta pobre república los ejemplares más tremendos de ferocidad humana. Un mansísimo varón, sin hiel y sin tacha, el Arzobispo de Quito, cayó envenenado en el cáliz del altar. Cuando comenzaba a descubrirse algo del fondo oscuro de aquella monstruosidad, el juez imparcial era puesto a un lado; y el crimen quedó a que lo facilite la conjetura histórica y lo utilice la calumnia contra personas inocentes.

A poco, uno de los hombres de la escuela de García, a los que la opinión señalaba como a sucesor de su sistema, por motivos del carácter y de la rectitud, desapareció, víctima de una emboscada en la montaña. El terrible puñal hacía su camino: de la plaza pública, pasó al altar; del altar a la soledad del bosque. El cadáver de D. Vicente Piedrahita rodó al abismo misterioso de la impunidad, desde entonces omnipotente. En una de las más reñidas contiendas domésticas, se intentó asesinar a otro Presidente de la República, sobre el que se disparó con la seguridad de matarlo. Caamaño, que fué todo un varón, púsose en salvo a nado y ocultóse en los tremedales de un estero, salvando la vida en una hazaña arriesgada y heroica.

Ya en el poder los fautores y cómplices de la doctrina, comenzó aquel sistema de proscrip-

ciones, que dió frutos de muerte en los últimos días de la república romana. La vida del hombre que nuestros legisladores declararon inviolable, pasó a la condición de asuntillo de ínfima cuantía: un soldado cualquiera podía eliminar a un adversario. Así que, suprimiósese, por escarnio, la pena de muerte; y se hizo la justicia, indecente y vil en todas partes, sin proceso, sin juez: bastaba el verdugo.

En una noche negra y horrible, se fusiló a nobilísimo escritor en el cementerio de Quito: los autores del asesinato declararon suyas la responsabilidad y la *gloria*. ¿Qué motivo había para declarar sobre la ley a los matadores de García Moreno y poner bajo de ella al asesino de Vivar?

En otra noche, como detalle de un famoso incendio en Guayaquil, el Jefe del Estado entregaba a un ser anónimo a la furia de la canalla enloquecida por el desastre. Tello, en un instante, resultó culpable, culpado y muerto, y su cadáver, horriblemente mutilado, sirvió para un banquete de caníbales.

La muerte no debía darse por la autoridad como pena, con la alta franqueza y prestigio de la justicia, se daba en la forma más repugnante, la del asesinato... Se mató en la tortura, se mató a látigo; ¡cuántas fosas abiertas en la sombra, cuántos *desaparecidos*! En los trances de la guerra civil, la matanza y el *repase* hiciéronse corrientes. Al prisionero, persona sagrada, ¡qué de veces se le canceló el título y pasó a la lista de los muertos! Se ordenaba buenamente que a ciertos presos se les trajera *con los pies delante*. El joven Guillén fué fusilado en el cuartel de policía de Cuenca y sepultado allí mismo, todo en

brevisimo espacio. Y en esta misma ciudad, se *suicidaba* a un militar distinguido: aquel verbo, como bien dijeron algunos diarios de entonces, con sutil observación, tornóse siniestramente activo.

En Quito, en una manifestación electoral, se mató buenamente a indefensos ciudadanos; y en Guayaquil se fusiló a oficiales y sargentos, a quienes les hizo cargar previamente los ataudes, con rumbo al patíbulo, en escena horripilante de pésimo gusto, como que los autores carecían de la estética del delito. ¿Hubo juzgamiento en forma? ¿pudo imponerse una pena abolida por la Constitución?

La muerte del Coronel Larrea aparece con caracteres y detalles espeluznantes. Se lo busca para cazarlo, se lo sorprende; y luego... los malos tratos y la ejecución feroz y sumaria: hasta se desfigura el cadáver a fin de borrar las huellas del crimen. Hubo necesidad de grandes batallas y de la caída de una oligarquía, para que pudiese desenterrarse a esa desgraciada víctima.

Y todo esto dentro del régimen liberal, vendido para vengar las ejecuciones y las matanzas de otro régimen que, desde el Congreso abajo, condenaba la pena de muerte y la licitud de la jurisdicción militar en las infracciones de esa índole. (1)

Para escarnio de la abolición de aquella pena—garantía imposible y necesidad jurídica impracticable en un país corrompido hasta la mé-

---

(1) Para que no se diga que no se mencionan aquí las ejecuciones capitales del tiempo de García Moreno y Caamaño, sea el caso de expresar que, aunque inconvenientes, sobre todo la de Vargas Torres, ellas estaban dentro de la ley y la jurisdicción de esos Gobiernos. No por esto las excusamos en toda forma: ya lo dijimos otra vez.

dula—los asesinatos y homicidios han venido multiplicándose, en términos que los grandes malhechores se pasean con ínfulas de señores. Los presidios se vaciaron dos veces, por generoso mandato del caudillo y el vencedor. Además, los criminales fueron auxiliares del nuevo régimen: un presidiario suelto resultaba un amigo incondicional de la causa y del jefe: la libertad de estos bandidos era la soldada con que se los tenía a devoción del gobierno. ¡Táctica espantosa para conservarse! El tiempo diría si al cabo aquélla no envolvería en sus fríos anillos de monstruo al necio e imprudente domador...

Bajo un sistema así, se comprende cómo y por qué se mata sin escrúpulo. Si el ejemplo procede de arriba, en las capas inferiores se resuelve en conclusión que hay que eliminar a quien estorba, desde Cicerón hasta el más vil de los histriones. La multiplicidad de los hechos forma pesada atmósfera, que los impone como una necesidad y una resultante social. ¡Ah, cómo había sido la libertad, tan requerida y amada!

Para restablecer terriblemente el equilibrio, en demostración de un principio de filosofía de la historia, en la última etapa de la nuestra—fruto del régimen llamado malamente liberal—debía venir y vino el famoso auto de fe de Quito: el 28 de enero de 1912. ¡La terrible geometría moral, o mejor la geometría de la Providencia!

La enseñanza de esta infame jurispericia, su práctica tenebrosa y repetida, el sistema de eliminación empleado como arma política corrompieron el ambiente, y la corrupción trascendió a las masas y acumuló en los subsucios los gases delictóreos y tremendos que más tarde harían explosión y aventarían, convertidos en cen-

zas, a los mismos gobernantes, con cuya complicidad, por lo menos, se extendió desde el solio y los tribunales, hasta el más apartado rincón rural, la ola avasalladora de la impunidad, que llegó a estado social. No nos sorprende ya la exuberancia tropical del delito. ¡Así fué la libertad!

Y vamos y seguimos hacia los últimos resultados, al margen de una como locura al borde del abismo.

En los días que precedieron a la hecatombe de Quito, como prelude de una serie de atentados, un general prestigioso, político de oficio y de mucho talento, era asesinado en la capital, en público espectáculo. El pueblo no vió, en escándalo, el resultado de una venganza personal, sino la oculta mano de Sila...

Los sucesos precipitáronse después vertiginosamente. Llena ya la medida y en la plenitud misma del poderío, cayó, el célebre 11 de agosto de 1911, el general Alfaro, en una como improvisación del Cielo. Ese mismo día, se vengaba la muerte de Terán, con otro asesinato, el de Quirola. El río de sangre aumentaba pesadamente su caudal.

Las escenas finales de la tragedia son de ayer, las tenemos a la vista y su sangre humea todavía: la sublevación de Montero y los Alfaros, no resignados estos padres y señores de la Patria a dejarla de su mano; su derrota, pues habían ya cansado a la fortuna, y al fin la estupenda venganza, la supresión de los caudillos, de los generales, de todos los que más tarde pudiesen resucitar para la guerra y para el mando.

Al coronel Torres, un jefe de segunda fila, se lo mata en las puertas del Panóptico de Qui-



to: el crimen resulta anónimo, no obstante haberse cometido en pleno día.

Montero es arrebatado a sus jueces, muerto en el tribunal y descuartizado: el fuego completa el lúgubre cuadro.

Los generales Eloy, Medardo y Flavio Alfaro, Ulpiano Pácz y Manuel Serrano y el coronel Luciano Coral, son arrancados a sus prisiones y asesinados allí mismo. Sus cadáveres se entregan a turbas enfurecidas que los arrastran y despedazan: la hoguera es la escena final del horroroso drama, que viene representándose desde los albores de la emancipación; y cuyas principales jornadas son: el 25 de septiembre en Bogotá, Berruécós, el 6 de agosto de Quito... El 28 de enero aparece hasta hoy la proyección última del terrible cinematógrafo... (i)

¿Qué decís del *puñal de la salud*, retóricos enamorados de la virtud antigua? ¿El puñal de oro con empuñadura de marfil era acaso patrimonio de vosotros, aristocracia del delito? ¿No habría de pasar de una a otra mano y luego a las muchedumbres, para el crimen anónimo y la ejecución en masa? ¿Creísteis que vuestra implacable doctrina no se mezclaría a la corriente social, para enturbiar las costumbres y ahogaros a vosotros mismos?

No se habían aun saciado las Furias ni se hubo satisfecho, con todas esas víctimas, la crueldad de los Hados. En otra ingratisima noche, en un motín militar, resultó un solo muerto. Y fué este el *minado de la gloria*, el vencedor de ayer, llamado a restablecer el decoro de su

---

(i) Montecagudo.

partido y el honor nacional: Julio Andrade. Cayó sin luchar, oscuramente, en otra improvisación terrible, ensangrentando el sillón de Ministro de Estado. Fué la víctima—¡sea la posttrera!—en este memorable episodio. Es triste decirlo, pero es menester decirlo, al hermano del hidalgo y limpio ciudadano: quizás la bala que lo mató, hermana fué de la que se disparó el 6 de agosto. En todo caso, nos hallamos ante el término del espantable silogismo. El arma de dos filos melló ya entrambos en la cabeza del llamado tirano, como en las de muchos vengadores. Y la sangre, no la de Luis XV el disoluto, sino la del santo Luis XVI, redimirá a la dinastía. ¿La sangre seguirá derramándose a torrentes, hasta empapar la púrpura literaria que cubre el hierro del mancebo Harmodios?.....

Después de veinticuatro años, se nos ha proporcionado la casualidad de escribir la demostración evidente de la iniquidad del asesinato político.

Entonces lo condenamos, discutiendo con los apologistas del atentado del 6 de agosto. Tras una dilatada época, convertidos éstos en Gobierno y en régimen y en totalidad (que así ha sido su absoluto dominio) hemos visto cómo la doctrina ha completado sus jornadas triunfales hasta acabar con los mismos en cuyo nombre y para cuyo provecho se afirmaba en la cátedra, en el libro, en la gacetilla, en la tribuna y hasta en el texto escolar, la virtud, la gloria y la limpieza del puñal.

Ante las enseñanzas del tiempo, maestro de tanta sabiduría y tan terribles descengaños, preciso es meditar y retroceder. No porque el de-

lito se cometa en los *Idus de Marzo*, vendrá a ser sustancialmente diverso del atentado común.

Si en tiempo de los reyes absolutos, pudo discutirse la licitud de matar al tirano y al usurpador como a enemigos públicos, hoy ello no se explica dentro de la niveliación democrática y cuando el anarquismo—secta, religión, filosofía de sangre y de terror—va sembrando de cadáveres las alturas del poder; y los miserables de abajo atentan contra toda superioridad, y la locura del delito va sobre el orden y amenaza al género humano, en un vértigo de ferocidad, que compendia todos los instintos de la bestia humana rebelada.

De los regicidas de Luis XVI, ¡cuán pocos quedaron sin pasar por la misma plancha, de la que rodó la cabeza de aquel buen soberano! Los anales de la pequeña República del Ecuador demuestran también cómo se ha cumplido esta famosa ley de la Historia.

Llegados a los linderos de la catástrofe, no hay conciencia que no rechace este furibundo sistema, frío y despiadado. Ya no podrá la poesía dignificar a los héroes criminales ni el derecho absolverlos, a no ser que consintamos en la disolución social.

A algunos regicidas de Carlos I tranquilamente se los echó en la tumba, y se pudo escribir en la losa mortuoria, el *in Dominio obdormivit* del justo, porque entonces aun prevalecía el engaño acerca de la licitud de acciones hoy llegadas a sus más deplorables consecuencias.

Víctor Hugo, cuando visitó en Suiza los sepulcros de dos de esos regicidas—Ludlow y Broughton—maravillábase de la simplicidad de su delincuencia, que creyó buenamente que de

ella pudieran proceder, alguna vez, el progreso, la regeneración, la piedad; algo de la relativa ventura social: la sangre no da de sí sino sangre.

Hoy, pues, el anarquismo enseña al mundo que son todos unos—los matadores de César como los de Sadi Carnot, los de García Moreno, como los de Humberto de Saboya: las instituciones vacilantes ante la feroz acometida de falanges de libertarios, congregan a todos los hombres de buena voluntad a la defensa de las murallas.

La gran fermentación criminal de las masas nos conducirá a la catástrofe, si no restauramos las leyes de la ciudad y empuñamos el arma contra ese tirano feroz que se ha constituido en señor de horca y cuchillo, árbitro de la espada y rey de vidas y haciendas. Se mata a Lincoln, se mata a Garfield, se mata a Mc. Kinley, con tan poca lógica como se mató al Zar Alejandro. Los monstruos no respetan ni la majestad de la desgracia, y cae a manos de Lucheni la santa Emperatriz Isabel y se empapan en sangre los arcos nupciales de la Reina de España. En acometida súbita, cae despedazada casi toda la familia real portuguesa. Contados están los días de los soberanos, esos miserables de arriba.

El crimen va más adentro y más adelante: contra toda superioridad y mando y jerarquía; contra el poder, el tener, el saber: es la terrible envidia de la felicidad ajena, el rencor al bien de los demás, el odio a la sociedad. ¡Ni Dios ni amo, ni ley ni caridad! Las bombas arrojadas en las calles, en los teatros, en los sitios públicos más concurridos crean la inseguridad más espantosa, ante el crimen anónimo, multiplicado, universal y heroico hasta lo temerario y lo inver-

símil: Guitteau, Czolgoz, Angiolillo, Caserio, Morral, matan y saben morir con el valor del martirio: la lírica del crimen, la épica de la ferocidad.

La doctrina se encuentra en el período máximo de evolución; ha dado sus más amargos frutos, y los dará más copiosos todavía. La humanidad ha llegado a las puertas de un apocalipsis, cuya adivinación infunde terror: el principio del fin.

Precisamente cuando han venido aciagos tiempos y pasan estas cosas, despierte el sentido moral y rechace aquella filosofía de sangre; y en nombre de la vida, júntense los elementos sociales, a conservar la casa, la heredad, la paternidad del poder y la inviolabilidad de la ley. No es ocasión en que pueda excusarse a los héroes del puñal. Dejemos la espada en manos del magistrado, la sentencia en el criterio del juez y la justicia en la mano de Dios y en la de los que El puso para regir a los pueblos.

En esta formidable inversión de las ideas, cuando la impunidad, desde la cumbre hasta el estado llano, ha cubierto de cadáveres el campo, no hay sino un remedio: el que acaba de proclamar Fouillée, librepensador, a las rebeladas sociedades, inermes en su lucha con el delito: el regreso a la moral. Más todavía: el gobierno de la misericordia en la vida de relación, el imperio de la justicia, inflexible con el crimen, y la caridad y eficacia de la pena, a fin de suprimir el puñal, cetro de las tinieblas.

Tengamos presente que resonará, en el eco de todos los siglos, la terrible sentencia: el que a hierro mata, a hierro morirá; que lo único que conserva a las naciones es el sentimiento de la

equidad y el poder de la justicia. De otra suerte, el mundo moral se descompone y se derrumba. Elocuentemente escribió Víctor Hugo: «Todo se deshace, aun las fortalezas levantadas sobre el cadalso: que las revoluciones no son sino olas, en las que no es dable ser ni espuma ni fango; que toda idea revolucionaria viene a ser arma de dos filos, el uno con que se corta y el otro que corta: que el desterrado que destierra, que el proscrito que proscribe llevan sobre sí mala sombra: una piedad mezclada de rabia, reflejo de las ajenas miserias, que sobre ellos pesan...»

El reinado del puñal es el reinado de la venganza, la perpetua elaboración del odio y de la revuelta. La doctrina del perdón, la práctica de la misericordia restablecen el equilibrio en la ciudad y traen la salud y la paz, que perduran en el amor mutuo y en el temor al Legislador del mundo.

El nos perdone estos nuestros espantosos crímenes; ¡y no tengamos que añadir hechos y nombres a estas páginas escritas con lágrimas sobre tablillas de sangre!

## GARCIA MORENO (1)

*El hombre, el ciudadano, el magistrado, el genio*

Ilmo. señor Obispo, señor Presidente del Directorio Conservador, señor Presidente del «Comité García Moreno», señor Gobernador, señores:

¡Gracias se den al piadoso Cielo que nos permite, en esta incertidumbre de los tiempos y en suelo agrietado por la discordia, un rincón de luz y sitio en la tribuna, para hacer el elogio del grande hombre de nuestra Patria, nacido cien años ha, sacrificado ha cosa de media centuria! Para medir su estatura, con la medida de Dios, concédanos el Inmortal, el Fuerte, el Santo de los Santos, un destello del sol de su justicia!...

**No ha muerto**

Nos hemos juntado aquí, no para conmemoración de gloria difunta, restaurando un cuadro borroso y casi perdido, o para levantar de la tumba a un cadáver de la historia, al que pre-

---

(1) Conferencia del Dr. Remigio Crespo Toral, en representación del Directorio Conservador del Azuay.

tendiésemos despertar del eterno sueño con vanos ritos de culto retrospectivo. El personaje cuyo nombre nos congrega vive en toda la vida de esta Nación, vive en el rencor de sus enemigos, vive en el alma de sus admiradores, sol que ha prolongado su resplandor en largo crepúsculo. Este hombre, grande verdaderamente, el más nuevo de los antiguos, «el más antiguo de los héroes modernos», como le llamó Veuillot, no dejó quizás su ideal de gloria y elevación como Alejandro a caudillos secundarios: quedó él mismo, en el corazón de su pueblo, para gobernar desde el sepulcro: su sepulcro tiene la majestad de la soberanía. ¡No ha muerto!, si muerte se apellida solamente el fracaso de la materia. No ha muerto, pues la muerte no alcanza a la mejor y más sana parte del hombre, que persiste en la corriente de las ideas, en la máquina de las doctrinas, en la perpetua renovación de la simiente que dejó en el surco el cultivador. Casi toda su alma y su osadía perduran en esta tierra: nadie podrá arrancar las raíces del árbol ya secular; la ingratitud será impotente a impedir que el tiempo esparza las semillas del gigante de la selva; los roedores que muerden los tallos y la raigambre no alcanzarán a debilitar sus fundamentos, que tienen savia de inmortalidad...

No es un libro dormido en el polvo de la biblioteca, que si logró un día la piedad del aplauso o la tolerancia del patriotismo, fué enterrado luego en la soledad, y devorado por los insectos que dan la última muerte a esa ruina de la inteligencia humana. ¡García Moreno! No se encontrará tal vez en otro país fenómeno así de persistencia de la voluntad y del sistema de un hombre que se ha prolongado sobre tantas generaciones,



en una puesta de sol maravillosa. En otros, explicase ese revivir por el imperio de la gloria militar; en los sabios y los jefes de grandes naciones, por la senda abierta en los campos de la historia o por su arrogante tentativa por resolver el problema de la vida en su proyección a la eternidad. En nuestro eminente varón, no sólo permanece el fulgor de su genio, no únicamente su credo, que es el mismo que ha construido la civilización occidental: representa él, entre nosotros, la única solución en la incógnita de la política, la afirmación—por la energía—del patriotismo, la justicia como medio y como fin: el programa ingenuo, breve y luminoso de ser, de vivir, de prosperar, dentro del orden, sin las desviaciones de la libertad y para completarse en Dios: la Religión, justicia suprema para con el Hacedor, lo que afirmó Cicerón: *Justicia ergo deos religio nominatur*.

Cuando golpea ahora en los muros la piqueta y la catapulta horada los baluartes, el sistema lógico, férreo y lineal de ese inmenso político, que se anticipó a su tiempo y sobrepujó a tantos de muchas generaciones, levántase hoy como ayer, símbolo y bandera del último combate de la civilización. Aquel hombre trascendental supo encumbrarse, en la visión del panorama del futuro, a la síntesis única, en que, al cabo han de resolverse, quizás al empuje del cataclismo, los conflictos de la sociedad contemporánea, que arrancó a la libertad de las manos de Dios, para empujarla al abismo, y con la Libertad al mundo, que ha idolatrado en ella.

### Su retrato

A través de las nieblas de la tradición y del recuerdo, se os aparecen las líneas y contornos de su fisonomía. Se destacan, como centro de atracción, sus negros y grandes ojos de acero bruñido y fulgurante: ojos terribles de vengador, de acusador, de exterminador. Sobre la pálida blancura del semblante, bajo la amplia curva de la frente y de la cabellera negra, en el cerco de zarza oscura de las cejas, centellean las miradas: profundas cuando tranquilas, miradas de investigación, de meditación, en rumbo a lo infinito, escrutando la profundidad de los cráteres y sorprendiendo el misterio de las estrellas a través del lente fascinador; miradas de sangre, miradas de llama blanca por la intensidad, en el combate; miradas de contracción, como resistentes a la luz, para castigar el crimen... De su figura de prócer, puede decirse lo que se lee en *La República*, de Platón: «Qué cosa más bella que un alma hermosa encerrada en formas arrogantes, que responden armónicamente a la hermosura del alma?» Lleva soberanamente sobre los robustos hombros el peso de su cerebro, gallarda la postura, alto el cuerpo, levantado el pecho para el desafío de la batalla y el arranque de la tribuna; los brazos y las manos diestros en la labor del cultivo como en las caricias de la espada, en las delicadezas de la pluma como en las ternuras del buen amor; la palabra rápida, estallando en chispas eléctricas, derramada en frases de súbita fosforescencia, para hincar la saeta del escarnio en el enemigo, para iluminar el derrotero, para sorprender la admiración circundante. El valor no tuvo en él caso de excepción; hasta

en la derrota aparece indomable, impone las capitulaciones y honra con su amistad al vencedor. La esencia de su fisonomía moral está en la acción; es su motor la voluntad, un motor que no paró un instante sino bajo el hacha del asesino. Sin pedir prodigalidades a la naturaleza, mide el sueño, tasa el pan y el agua, en una intensa higiene física y moral. El trabajo mismo es su pasatiempo y su descanso; recorre todo el territorio por los ásperos senderos de la serranía y los tremedales de la tierra baja; duerme al campo, al margen de los caminos, va de incógnito por sorprender a sus subalternos, a vigilar los cuerpos de guardia, con el fin de anticiparse a una agresión criminal, o para desafiar al delincuente en su propia madriguera. Avaro del tiempo, habla poco, escribe corto, conversa menos: en el parlamento, más son sus proyectos de ley, que su argumentación tribunicia. Se vence, se tiraniza a sí mismo, en la tormenta de las pasiones juveniles. Su altivez no procede de soberbia, sino de la conciencia de su superioridad: no aparece premeditada, sino natural. La palma endereza su copa invenciblemente hacia lo alto, porque no es el sauce que inclina forzado las ramas hacia la tierra: es el orgullo que se funda en la jerarquía de la grandeza y que se mantiene por el carácter, arma invencible de nuestra personalidad. Osado, terrible en el ataque y en la defensa; en el periódico, desde el club, en el sillón de magistrado, desde la cátedra y sobre la tribuna, a partir de los primeros años, en el aula, en la calle, impónese por el absolutismo de la energía: nacido para imperar, es la espiga que lozanea y se yergue sobre la superficie. Hombre irresistible, venido para extraordinarios fines,

caído al acaso en suelo ingrato, su nacimiento mismo fué una proscricción. Arde en él la llama de los videntes, el fuego de los apóstoles y la constancia de los héroes. Bien pueden ser suyas estas palabras del inmenso y *santísimo* Savonarola: «Quisiera descansar y no hallo lugar para ello; quisiera permanecer callado y no hablar, pero me es imposible; pues la palabra de Dios arde en mí como fuego y me consume, si no me desahogo...». Toda la vehemencia de la pasión que agitaba a este noble ejemplar humano se traduce en una explosión de ingenuidad, que denuncia la vocación de aquella alma, para la lucha, para el apostolado y para el martirio: un hombre de Dios, un misionero, un caballero de la Cruz: el héroe, el loco... el genio...

#### Su vida

Nació en Guayaquil, ciudad afortunada, que tuvo por hijo al patriarca de la poesía hispanoamericana. Sus padres procedían de limpio linaje español, floreciente de próceres y nobles ejemplares, que había de producir al cabo, como flor y fruto definitivos, a uno de los mayores patricios de América, genio de la política, excepcional y completo, por la variedad de los conocimientos y la amplitud de la acción.

Hizo su educación primera en las estrecheces de la pobreza, que forman los caracteres rectos y bien templados; acrisoló la virtud a la sombra de santos varones y piadosas mujeres, y en el colegio y en la universidad fué siempre el primero.

Investigador de los recursos literarios, manifestóse escritor desde adolescente; y patriota

hasta el delirio, sorprendió a sus compañeros con el propósito de intervenir en la vida pública y hacer francamente la Nación, que hasta entonces resultaba creación improvisada, a la que algunos patriotas superiores intentaron dar forma, sin obtener sino ensayos efímeros de adaptación de la ley al hecho social.

Su juventud tuvo, por la exuberancia del temperamento, desbordes y desvíos en él agrandados por la censura inclemente de los libertinos, jueces siempre implacables, y que serían los fundadores del infierno, si Dios no lo hubiese puesto como uno de los fundamentos del universo moral.

Pero sus alardes de bohemio jamás llegaron al margen de la vulgaridad y la bajeza: hasta en sus declinaciones aparecía en la simpática postura que se recomienda al perdón. ¿Sus faltas? Venturosas fueron, porque de ellas derivó su arrepentimiento de místico y su regeneración de hombre sin tacha.

En 1845 tomó parte en el movimiento nacionalista inaugurado en la revolución de marzo. Después de la caída del General Flores, hizo oposición al gobierno de Roca que substituyó a aquél. Mas, preparada una revolución en Guayaquil contra el Presidente, aceptó la comisión de desbaratar aquella tentativa. Fueron sus primeros empeños. A los veintiseis años—Gobernador interino del Guayas—logró conjurar el motín y contuvo los desmanes de la soldadesca, procurando el castigo inmediato de los asesinos del desventurado vecino de Cuenca, Don Antonio Soler.

Luego se inscribía en el catálogo de abogados de la República. Se le llamó al honroso cargo de concejal de Quito; y, redactando *El Ven-*

gador, fué uno de los más ardientes promotores del rechazo a la invasión del General Flores, que pretendía algo como una restauración colonial.

Vinieron después los pesados años de campaña contra el Gobierno del General José María Urvina y de su continuador Robles. Fué preocupación de toda la vida de García Moreno la animosidad contra Urvina, a quien dijo, solemnemente, no le correspondía en el Ecuador más sitio que el cadalso.

El Ecuador ha sido para cierta facción algo como una dependencia política de las naciones vecinas, sobre todo de Colombia, cuya sombra se proyecta sobre nuestra nación, desde el célebre Santander y el dictador Mosquera, y Obando y López.

Del Norte se importó la intolerancia sectaria que determinó en nuestra República la expulsión de los Jesuitas. Su defensa con la pluma y la palabra desarrolló la nobilísima pasión de nuestro caudillo por la causa de la Justicia y de la Moral, que se conculcaban en aquellos santos y civilizadores, que mantuvieron el Marañón de Quito, guardas de nuestra casa, procuradores de nuestro derecho.

En la balanza de la crítica, aparecen un tanto severos los cargos y recriminaciones de García Moreno contra el General Urvina, al que no es posible negar cualidades de estadista y de soldado. García Moreno luchó sin descanso hasta inutilizar a su rival. Concejal, legislador, periodista, Rector de la Universidad, desde todos los puestos de combate lanzó sobre Urvina sus frases aceradas, a modo de proyectiles. El Gobierno de éste desencadenó sobre él la persecución, por lo que hubo de retirarse a Lima y lue-

go a París. En esta espléndida ciudad, donde conviven la virtud y el vicio, la barbarie moral y el esplendor de la civilización—son palabras de Veuillot—, García Moreno se dedicó al estudio de las instituciones, del progreso y de las ciencias que tenían su foco en esa ciudad, de la que irradiaba la cultura hacia todos los horizontes. Allí completó sus estudios de química y de matemáticas, así como los de historia, de derecho y de ciencias públicas. Las matemáticas se conformaban singularmente con la rigidez de su inclinación, para la rectitud del carácter y la fórmula exacta del orden, norma de su política.

Regresó al Ecuador para intervenir decididamente en un cambio de régimen. Se trazó la senda, y nadie podía desviarla de ella. Los sucesos diéronle ocasión oportuna para, al amparo de una causa nacional, presentarse caudillo y protagonista de ella, y luchar y vencer.

En 1859, en campaña vertiginosa, cuando el extranjero tocaba a nuestras puertas, organizó la defensa nacional. Fueron los años de ignominia, en que una facción consintió en la anulación del Ecuador, por la mutilación de buena parte del territorio. El patriotismo ecuatoriano hubo de resistir contra la invasión peruana y contra la traición doméstica. García Moreno se improvisó soldado junto al brillante General Flores; y en una accidentada y sangrienta campaña, forzando la artillada defensa de Guayaquil, la ocupó por asalto.

García Moreno entraba triunfalmente al gobierno, Jefe Supremo indiscutible, genio por todos reconocido en el vigor y lozanía de la vida, con el ensueño de hacer la Patria, de engrandecerla y de perpetuarla.

### En el poder.—Obstáculos

Cuando llegó al poder, la mayor parte de los problemas de la vida nacional, o no se habían planteado; o planteados, no se habían resuelto.

Desde la liberación, arranca el conflicto de intereses e ideales, los que, definidos, habían de determinar la formación de la nacionalidad ecuatoriana.

Disuelta la Gran Colombia, máquina de combate en la Independencia y de prestigio para el renombre del Libertador, debieron organizarse las tres antiguas secciones colombianas, de manera que cada una de ellas quedase en condiciones políticas y económicas de constituir nación y mantener el decoro de la soberanía. El Libertador, en sus postrimerías, insinuó la agregación del Cauca a los departamentos del Sur, para que éstos tuviesen estadistas que los gobernasen, además del complemento territorial y económico, conveniente a la fundación de una República que mantuviese relativo equilibrio entre las tres antiguas hermanas que formaron la hija primogénita de Bolívar. Al principio, la *acción de la Montaña*—Obando y López—a ello se inclinaron, para hacer del Sur su patrimonio político. Mas, para tal combinación resultó obstáculo insuperable la jefatura en el Ecuador del bizarro General Flores. El gobierno del Sur, a entregarse a un caudillo extranjero, debió serlo al virtuoso Sucre. Pero los hombres de la *Montaña* dieron cuenta de él, no en provecho propio, como previeron, sino en beneficio de su afortunado rival el General Flores. Los pañales de la recién



nacida República, por maldad de los hombres, manchados están con la sangre de Berruecos. Desde entonces, país somos de lamentación y de tragedia...

Flores, con talento y valor no comunes, logró la fundación del Ecuador en 1830. Nadie sino él pudo hacerlo, pues carecíamos de caudillos. Los que pudieron intentarlo con más popularidad—Sucre y Lamar—fueron arrebatados en las primeras convulsiones de la libertad, que no encontraba equilibrio. El Ecuador, en tales circunstancias y entre dos secciones poderosas del Continente, surgió, no sólo cortadas sus aspiraciones de expansión en el Norte hasta el río Mayo, sino inconsistentes sus derechos territoriales, no obstante que acababan de triunfar en la frontera del Sur.

La formación de una nacionalidad no obedece sólo a antecedentes históricos, sino que se funda en las condiciones geográficas y étnicas y en la cuestión capital de los recursos económicos, indispensables a la conservación del Estado; consideración, la última, reagravada, en nuestros primeros años de casa aparte, por el mantenimiento de un ejército—el de la Independencia—, ejército extranjero y numeroso que pesaba sobre los pueblos esquilados, para hacerles imposible la vida.

No se culpe a Flores, no se culpe a quienes le sucedieron, los males anexos a los obstáculos que concurrieron a la génesis misma de nuestra República, cuya existencia por ello se anunció enfermiza y con previsión de tristes destinos.

El Ecuador, formado con los departamentos de Quito, el Azuay, el Guayas y los territorios orientales hasta la hoya amazónica, resultaba un

país de casi imposible cohesión, no sólo por la diversidad del clima dentro de no muy vastas extensiones, sino por la enorme dificultad de comunicarse a través de una de las cordilleras más altas y complicadas de la tierra, y por hoyas de rápido descenso e inverosímiles profundidades, no adecuadas a senderos y caminos que mantuviesen la vida de relación, que es propiamente la vida social.

A los inconvenientes de carácter geográfico se añadía la diversidad de razas, que tiene tanta importancia para la unidad nacional. Las planicies andinas albergan hasta hoy su inmensa masa de población autóctona, no incorporada a la civilización europea, representada por un núcleo pequeño de blancos y criollos, entre ellos una buena porción de mestizos, gente malcante que trasfunde, por lo general, en su hibridación, los defectos del primitivo origen. La costa la habitan masas de población más despiertas a la cultura, pero indóciles y bravías: los montañeses de las selvas occidentales. El elemento extranjero, no español, se limitaba en 1830 a unos pocos inmigrantes sin mayor influencia. La población de la comarca oriental, excepto pequeños centros de colonización, en su mayor parte se componía de salvajes de tribus trashumantes, que no prometían a la civilización expectativa alguna.

En un territorio extenso así y casi desierto, con formidables barreras de montaña y antros pavorosos, habitado por raza esclava y perezosa y por cimarrones levantiscos, es evidente que, siendo nula la sociabilidad, no podía desarrollarse la riqueza. Y, pobres los vecinos, mal tenidas las villas, desabrigados los puertos, las vías im-

posibles y primitiva la navegación, no podíamos mantener el decoro de la autoridad ni asegurar la ejecución de las leyes, por medio de la exigüidad de los recursos. El soldado sin paga acudía al saqueo; el empleado con poco o ningún sueldo, al agio. La familia pobre no esperaba mejorar la heredad, y el pueblo resignábase, en un fatalismo matador, a encomendar inútilmente al tiempo la realización del bienestar de todos y cada uno—ansiado objeto de la economía social.

Algo hizo el General Flores por conjurar aquellos males. Quien los tentó a fondo, estudió los remedios, y la enmienda y las mejoras, según lo permitía la mezquindad de los medios, fué Rocafuerte.

Ensayó la extensión de la enseñanza, dió el primer paso en las vías de comunicación de la costa al interior, impulsó en valiente empresa la organización de la hacienda pública, ahogó el predominio militar por los medios de un civilismo férreo y despótico, e hizo respetar la normalidad, la moral y la ley, por los estímulos de un patriotismo sin tacha y mediante los procederes de la cultura, secundados por la represión enérgica e implacable.

#### Los predecesores:

#### Rocafuerte y Portales...

El predecesor ecuatoriano de García Moreno fué Rocafuerte. De él proceden los principios y el método de orden, de severidad, de patriotismo, que en García Moreno, iluminados además por el resplandor de lo Alto, llegaron al desarrollo casi total de un programa sabio y culto, de lógico ensamble y sólida estructura.

La obra de nuestro famoso estadista no fué improvisación, ni su nombre meteoro arrancado a lejana conmoción sideral.

A tiempo mismo de la emancipación, Bolívar, Sucre, Urdaneta y otros publicistas y filósofos meditaban la forma de organizar definitivamente las colonias libertadas, para que su libertad no se pudiese con la sangre de las revueltas y diese en el surco frutos de civilización.

Bolívar, en grito de angustia suprema del naufragio, dijo al final de su mensaje a la Convención de Ocaña: «Considerad, legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad... Sin fuerza no hay virtud y sin virtud desaparece la república!... ¡Legisladores! ¡En nombre de Colombia os ruego, en plegarias infinitas, que nos deis, a imagen de la Providencia que representáis, como árbitros de nuestros destinos, para el Pueblo, para el Ejército..., *leyes inexorables!*»

Los más ínclitos capitanes de la Independencia rodaron arrollados por la corriente militarista y bárbara que trocó la libertad en licencia y la emancipación en nueva tiranía: Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre...

Quedó casi íntegra la labor para los reestructores, los restauradores de la máquina política, apenas montada en los apremios del combate y descompuesta y rota por los legionarios desbandados o los demagogos, que suponían que la independencia se había hecho para sacar a las fieras de sus jaulas y a las serpientes de sus cubiles.

En la Plata, hicieron la primera campaña

sus famosos civilistas Rivadavia, Moreno, Sarmiento, Albordi; en Chile surgió el carácter originalísimo y sorprendente de Don Diego Portales, modelo que fué superado sólo por García Moreno.

En nuestro Ecuador, lo fué Rocafuerte, a quien su compatriota respetó como maestro. García Moreno se formó en su escuela, y de Rocafuerte proceden sus excelencias y también sus demasías.

El le había enseñado que «en América sólo en un gobierno enérgico como el de Prieto (es decir de su Ministro Portales) o de Rosas, que raya en despotismo o en feroz tiranía, puede sostenerse y conservarse el don precioso de la paz... Estamos en la mitad de nuestra carrera política, hemos conquistado la independencia... y ahora nos queda que hacer la conquista de la libertad. Tardamos treinta años en sacudir el yugo de la Península, y tardaremos quizá más de sesenta en obtener la libertad». «De día en día me persuado más de la importancia de dar al Ejecutivo una energía que raye en benéfico despotismo». «¡Feliz tiranía la del Ecuador, pues impide que unos a otros se estén matando!» «Me he propuesto conservar a todo trance la pública tranquilidad, y sólo revestido de una firmeza que inspire terror, podré conseguirlo».

Estas terribles sentencias de Rocafuerte hallaron expresión más concisa y artística en estas formidables palabras de García Moreno: «A los que corrompe el oro, los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo, a los peligros que hoy corre el orden sucederá la calma, y si para conseguirlo es preciso sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme... Los exterminé el brazo de

la justicia, envueltos en su propia sangre. De hoy más, el patíbulo del malvado será garantía del hombre de bien...».

Cuanto a Portales, el paralelismo de García Moreno con él es evidente, y las mismas alabanzas de éste al célebre estadista chileno, sacrificado en la lúgubre escena del Barón, demuestran que el político ecuatoriano tuvo siempre frente a sí la austera figura del intégerrimo y desinteresado fundador de la organización política más bien combinada y perfecta de la América del Sur. Parecen escritas para nuestro compatriota las siguientes pinceladas de un elocuente biógrafo de Portales:

«Portales aparece como el coloso de la historia. El está solo, y por lo mismo se le ve más grande. El va a hacer la mudanza de la sociedad, después de... su trastorno; pero no consiente auxiliares, ni consejos ni inspiración alguna superior, porque se encuentra capaz de hacerlo todo, con tal de hacerlo por sí solo». «Sus más altas dotes fueron el sublime desinterés, la inclita franqueza, el amor innato a la justicia, su rígida moral en el manejo de las rentas públicas, su inmensa laboriosidad, su severidad inexorable con los subalternos y consigo mismo, la elevación de sus miras... y un patriotismo que excedió a todos sus méritos. Sus defectos eran en grado muy inferior, y pertenecían más bien al hombre que al mandatario... Era caprichoso, altanero, violento con todo lo que se le resistía: hombres, leyes o acontecimientos. En los venideros siglos, cuando las pasiones y los hombres descansan en la misma osamenta, no quedando de sus luchas sino el único sentimiento que engrandece a los pueblos—el amor a la Patria—,

Portales será perdonado de sus errores y su memoria limpia de sombras». (B. Vicuña Mackenna. — *Don Diego Portales*).

### Labor intensa y heroica

Su primer gobierno puede llamarse el período heroico del Presidente García Moreno. Aquellos años fueron los de la prueba desde el Gobierno provisional hasta 1865: el motín en los cuarteles, las invasiones a mano armada, el puñal aguzándose en la sombra, dos guerras internacionales: la que dió fin en la derrota de Tulcán, episodio extraño, sólo explicable por la irritabilidad del patriotismo que se irguió en frente de Arboleda, un casi hermano de García Moreno, un ilustrísimo patriota, poeta y soldado; y la que tuvo trágico remate en Cuaspud, donde comenzó el ocaso militar del General Flores y padeció eclipse el astro de García Moreno.

Pero éste triunfó de todo, hasta del descrédito de la derrota, que la rectificó en los tratados. Los vencedores pusiéronse de pie, y ante él se descubrieron respetuosamente: no podían mancillar el infortunio del genio que se lanzó a la batalla, sin que le siguiesen sus camaradas. Se veía claramente que el hombre excedía al país que gobernaba.

En esos años lúgubres de furor, de desesperación, hiciéronse en parte los trabajos gigantescos de la carretera, las vastas empresas de la enseñanza, de la beneficencia, del sancamiento moral de la República, de cuyo territorio, desde los claustros para abajo, barrióse toda inmundicia que corrompiese el ambiente o trascendiese para pestilencia o contagio. En años tan difíci-

les, con rentas adecuadas apenas para sustento de la vida, tuvo el Erario la elasticidad que da la honradez. Las entradas aumentaron en un setenta por ciento, sin contribuciones nuevas: se comenzaba a administrar, se recaudaba y se invertía limpiamente. El Presidente limitó su renta a un presupuesto de sacrificio, o no la cobró; impuso con su ejemplo el ahorro, renunció a los dispendios de representación y a los festejos oficiales: padre de familia, en la crisis de la hacienda, limitó los gastos, puso tasa en los haberes, sin desperdiciar en perjuicio de lo necesario, de lo estricto. Fueron los años de la penitencia oficial...

#### Paréntesis

Concluido el primer período, se hicieron los interregnos de Carrión y de Espinosa: las medianías agigantaron mucho más la estatura del genio, que se retiraba a la sombra. En esos años, estériles y cortos, su labor se hizo en la diplomacia y en la comisión de reconstruir la magnífica provincia de Imbabura, destruida por terremoto gigantesco, que transportó eminencias, convirtió valles en montañas, hundió los poblados y borró sendas, cauces y linderos. Previsto para los servicios que requerían el prodigio del valor, fué llamado, como el único, para organizar, defender y hacer la paz después de las convulsiones de la naturaleza, secundadas por el renacimiento de la barbarie. Misionero y gobernante, mantuvo inflexible el orden, salvó y dió albergue y pan a los sobrevivientes, improvisó habitaciones y senderos, y restableció va-



lientemente la vida civil, entre las aclamaciones de la gratitud y los aplausos de la nación.

Su misión a Chile tuvo el incidente del asalto, en Lima, a mano armada, de Juan Viteri, *un bravo* que disparó sobre el Plenipotenciario del Ecuador. La valentía de éste desarmó al asesino; y el crimen quedó impune. Por poco la víctima pasa al banco del acusado: se habían combinado así el atentado y el proceso judicial.

El interregno de Carrión y de Espinosa denunciaba, no precisamente el alejamiento de los ciudadanos mejor preparados que bien pudieron sustituir a García Moreno, sino el poco acierto de éste en la elección de sucesor. Porque, era evidente: su opinión debía ser decisiva en el grupo de sus parciales y en la masa neutra en la designación de candidato. A juicio de unos pocos, quien debía continuar la marcha civilizadora del caudillo de 1859, era el Doctor Benigno Malo, que en la efímera administración de Ascásubi, demostró de cuánto era capaz como magistrado; el valor que acaso le faltaba había de suplirlo García Moreno: uno y otro habríanse completado. Pero se decidió la suerte del Estado en una como mesa de juego; y fué elegido un caballero que apenas excedía el límite de la vulgaridad: Carrión; y después de él, un santo varón de reconocidas virtudes privadas, y que en política no tenía otro valor que el de una incógnita, que luego encontró solución, bien desairada por cierto...

Además, es evidente que, vivo García Moreno, los demás se eclipsaban: brillando el sol, se apagaban las estrellas. Cuando él no gobernaba, el gobierno resultaba como las escenas de un drama en que actúan los actores de segunda

fila: todos los espectadores aguardan impacientes la vuelta del protagonista...

### Segunda administración

Volvió al poder al empuje de una revolución, la que él hizo para anticiparse a Urvina. Su veracidad, traducida en lo íntimo de la correspondencia epistolar, así como datos de otro orden igualmente verídicos, atestiguan esa anticipación, muy explicable en el habilísimo estratégico político, que detrás de Don Francisco X. Aguirre, bien podía repetir la escena del confiado Noboa...

Con todo, la deposición de Espinosa no ha sido absuelta por la historia, aunque los sucesos posteriores y la revolución del General José de Veintimilla demostraron que las baterías habían estado cargadas, para el movimiento urvinista. García Moreno, Jefe Supremo, sin derramamiento de sangre, apareció en el teatro que era suyo y convocó la Convención de 1869, a fin de hacer la Carta y las leyes secundarias, conforme a su invariable programa de 1861, y comenzó el segundo período de su mando después de reticencias, promesas y desistimientos, no muy propios, en verdad, de la alteza del personaje.

En esos seis años fué la paz, el desarrollo estupendo de la nación y la cumbre de su progreso. Con menos de tres millones de entradas al año, se realizó el prodigio de extensión, de encumbramiento, de exaltación de nuestra pobre República, al punto y grado de incorporarse ella en la sociedad internacional, como dechado de honradez, de sana política y de alta cultura. Esta abrazó todos los ramos de adelanto mate-

rial e intelectual y abrió amplia vía, para que él llegase, no muy tarde y sin mayor sacrificio, al término a que aspirar se puede en la carrera de la civilización. No hubo necesidad de imposiciones, fueron raros los castigos y la mansedumbre iba formando atmósfera: el Presidente no era ya un vengador, que acaso se complaciese en las revueltas para reprimirlas. Aparecía tranquilo, a la primera luz del ocaso, en el otoño de paz de una vida gloriosa, aunque turbulenta.

#### La última etapa

En 1875 debía renovarse el poder. Los verdaderos amigos del Presidente creían oportuno que descansase el batallador, el caudillo, reservándose quizás para una posterior elección. Pero los celos de partido y las simpatías palaciegas se inclinaron hacia una reelección, que fué la condena a muerte de García Moreno. El país, convulso y removido subterráneamente, las gentes no preparadas dentro de una buena educación política, se mostraban cansadas de la prolongación del espectáculo con unos mismos actores; y el *puñal de la salud*, que se armó contra Bolívar, que suprimió a Sucre, que castigó la grandeza de Portales, relampagueaba en las tinieblas. Su presentación literaria y pública la hizo, con áurea pluma, el magnífico retórico que resucitó las pálidas figuras de Casio y Bruto y las de sus continuadores Colá di Rienzi, Stéfano Porcaro y Girolamo Ogliata, conjurados que compran la libertad con moneda de sangre, para establecer, en las infortunadas sociedades, el dilatado imperio de la venganza.

En las puertas de palacio, una fiera humana pésima, súbitamente, partió la cabeza y el brazo del invicto Presidente con un gran cuchillo de monte, a tiempo que Bruto y Casio disparaban sus elegantes pistolas sobre la víctima, para representar el papel de comparsas.

Cayó el patricio, el estadista más sorprendente de la América española, entre los rugidos de dolor del pueblo y el furor de quienes pedían el castigo. El asesino, antes que el mártir, hubo de dar el salto hacia la eterna ribera. Esa tarde fúnebre, cerráronse las puertas de nuestra grande historia, en la que andando los tiempos, debían actuar muñecos de *guignol*, y repetirse por generación terriblemente providencial, escenas más bárbaras todavía.

Nuestra Patria, en cambio de ese hombre indiscutiblemente superior, había de poseer verdugos y manchar con sangre, en horas aciagas, las ínfulas del poder...

#### Su obra.—Constructor

Pocas historias presentarán un ejemplar de constructor, de civilizador, como García Moreno. Otros han llegado al poder, para conservarse ante todo en él; su objetivo primordial ha sido mantener el dominio, con la violencia, por los motivos casi únicamente animales del instinto: mandar y seguir mandando para usufructo de la política, para los medros personales, para beneficio de agnados, cognados y gentiles, para engordar de la facción, para el ocio de los genizaros, de los usureros de Estado, de los correveidiles de la bolsa política, para la hampa y la sarna

humana de los parásitos y los mendigos de blusa y de casaca.

No así nuestro modelo... En su larga carrera, si se le tachó de ambicioso, si se le acusó de aquello que se tradujo en frase retórica: *concupiscencia* del mando, no pudo condenársele jamás como a pretendiente vulgar, que hiciese de la política una industria de sangre.

Estudiados el temperamento, el carácter, la soberbia del personaje, aquellas acusaciones no se explican ni se fundan: pertenecen a lugares comunes de periódico de combate. Si él intervino en los negocios públicos, movido fué por el deber, por la pasión del patriotismo. A la Patria ofreció su vida desde el momento en que hizo las primeras armas. No comprendió nunca la palabra prescindencia política, que importa la renuncia de la ciudadanía, ni tuvo para él sentido alguno la mísera palabra neutralidad, que no se explica ni puede ser dentro del sistema representativo, en que todos los ciudadanos llevamos en nuestra diestra la Carta constitucional. Señores somos según el pacto político y, por él, designamos a los representantes de la soberanía. ¿Se llama esto ambición? ¡Honrada ambición como la de Washington o de Lincoln, de Bolívar o de O'Higgins; ambición de servir a la felicidad y grandeza nacionales, sin más recompensa que el fallo de la conciencia y el veredicto de la historia...!

### Su programa

Desde que pisó las gradas de palacio, García Moreno preparó la jornada, trazó la línea y se encaminó a la meta. Su amplísima vista de-

terminó el plan y el conjunto del sistema, con prolongaciones a la remota edad venidera, a que alcanzaba su mirada de profeta: se anticipó por el largo alcance de su visión.

En 1861, en su corto discurso (todo en él era breve como la acción e instantáneo como el genio), presentó los capítulos de su programa que no los había de variar nunca:

«Restablecer el imperio de la moral, sin la que el orden no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera; moralizar el país en que la lucha sangrienta del bien y del mal... ha durado por espacio de medio siglo, y moralizarlo por la represión enérgica del crimen y por la educación religiosa de las nuevas generaciones; respetar y proteger la santa Religión de nuestros mayores y pedir a su influencia la reforma que las leyes y los gobiernos no pueden conseguir por sí solos; fomentar el desarrollo de los intereses de nuestra empobrecida sociedad, removiéndole los obstáculos que la falta de conocimientos y de vías de comunicación oponen a su industria, comercio y agricultura; sustituir las conquistas pacíficas del trabajo y de la riqueza a las peligrosas y absurdas teorías que, en la juventud... extravían el patriotismo; arreglar la hacienda pública sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito nacional; cuidar de que el ejército sea el escudo y la gloria de la república...; en una palabra, lanzar al Ecuador, con mano vigorosa, en la senda del progreso».

En el último mensaje, su testamento político, tuvo la gloria de entregar su programa, cumplido en gran parte:

«En esos seis años — dijo — ha marchado re-

sueltamente la República por la senda del verdadero progreso, bajo la visible protección de la Providencia. Mayores hubieran sido sus adelantos, si yo hubiera tenido para gobernar las cualidades de que carezco, o si para hacer el bien bastara el vehemente deseo de conseguirlo.

«Si he cometido faltas, perdón os pido mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario creéis que en algo he acertado... atribuidlo... a Dios...»

Cumplió su palabra de creyente, de caballero y de patriota. «Las curvas de sus primeros años de lucha se enderezaron, para inclinarse hacia una recta triunfal». Muy bien podían aplicarse a él aquellas palabras del solemne filósofo de las *Memorias de ultratumba*. Pocos como él podrán contar que hicieron lo pensado y lo querido, en una jornada de paciente premeditación, logrando sellar la fama de su honrada osadía con la sangre del sacrificio, y cumplir en todas sus partes el programa de la vida.

#### La educación nacional

Para redención social, para elevación de todas las clases, su primer empeño fué impulsar la educación en todas sus formas, fundándola en la moral y en la religión, indispensables para domesticar a la bestia humana y para mantener los vínculos de la asociación. «La unidad de creencias—expuso en su Mensaje de 1869—es el único vínculo que nos queda en un país dividido por los intereses y pasiones de partido, de localidad y de razas».

El *hombre animal*, que dijo el sublime Apóstol, es el último de la escala de los seres, y la sociedad que no reconoce la dignidad de su destino y la grandeza de su fin, no es sino un rebaño, algo peor que el rebaño, pues carece del instinto. Hasta el helado Gibbon proclama por lo menos la utilidad de la Religión para domar la fiera que cada hombre lleva dentro de sí. Y para la supremacía de un imperio, nada más solemne y glorioso que el vincular su grandeza al Omnipotente. En ocasión memorable, declaró Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos: «Si importa al pueblo de este país invocar sus derechos, más le vale recordar sus deberes. En definitiva, la obra del hombre de estado y del militar, la obra del pueblo no alcanzan nada, a no basarse en el espíritu cristiano que debe animar los millones de nuestros hogares, a fin de establecer su fundamento social, espiritual y moral, sin el que nación alguna puede llegar a la grandeza permanente. El bienestar material, la prosperidad material, el progreso de las artes y las letras, los triunfos industriales... se desvanecen, a no apoyarse en la rectitud que exalta a una nación».

Sin la creencia (no las creencias, negación de aquélla, como dijo García Moreno), el individuo degenera en el salvaje indómito, y la sociedad en una tribu de bárbaros. El Poder que educa a las masas, desviándolas de su origen y destino, degenera en corruptor, que engendra las alimañas que han de arrancarle los ojos, los degenerados que bastardearán el linaje, los ejemplares humanos de hospital, de presidio o de hospicio.

El problema de la felicidad social se traduce



en problema pedagógico. La enseñanza abraza todos los horizontes de la existencia: lo presente y el más allá, el campo de la percepción y el infinito no visto y adivinado. En este universo, preside como centro motor, principio de gravitación y equilibrio, Dios. Sin él nada se explica, su negación significa el salto en el vacío. Nuestro educador, que poseyó la soberana intuición de los seres superiores, abarcó la amplitud de la enseñanza; y para difundirla, procedió desde arriba, desde la cumbre de la síntesis—la Divinidad—para bajar a la materia, en el mecanismo prodigioso de los mundos y de los espíritus.

Para él, el problema de la educación fué el básico y fundamental; y para aplicarlo y resolverlo, no acudió a la tiránica ley de la enseñanza obligatoria, usurpando a la familia sus derechos primordiales.

La educación ante todo es función moral, directriz de la voluntad. El ser racional, consciente de su origen y su destino, se prepara para el viaje, con las armas de la razón, llevando en su frente el sello de Dios, a fin de llegar, como las aguas, al inevitable océano de lo infinito. Es el programa religioso y total de la enseñanza, que comprende la universalidad de la vida y no mutila al hombre, reduciéndole a la carne mortal, de la que separa, *jempresa imposible y local*, el alma imperecedera.

Como evolución escolar, dió a la educación la faz útil y práctica, inclinándola hacia las artes manuales, a las ciencias de la naturaleza, a las ciencias exactas, para lograr así *conocer el suelo* que nos sustenta y ser dueños de él, descubridores de sus tesoros, usufructuarios de ellos, independientes de la tiranía científica de los extran-

jeros y de la imposición del trabajo, de los orgullosos mercenarios de afuera. Quiso que, por la educación y el trabajo, tuviésemos la autonomía de la riqueza y fuésemos en nuestra casa los banqueros, los comerciantes, los maestros, los técnicos, los empresarios, los constructores. Trajo sabios de Europa a fin de introducir aquí ciencias nuevas e industrias nuevas, a fin de que la nación lo fuese en verdad, no sólo por la independencia política, sino por la emancipación económica y la soberanía del trabajo. Un pueblo que entrega sus industrias a los extraños, tributario de la ciencia y del dinero que le convierten en esclavo, muy presto dejará de ser, para mendigar, en su propia casa, y perder su nombre y su personalidad, en una confusión de intereses y de ideales, que tendrá de cualquier cosa el carácter, pero no de sociedad, que es familia más o menos grande, más o menos numerosa, pero familia, por la unidad, la fraternidad y la aspiración colectiva.

No por ello descuidó las bellas artes, la enseñanza clásica, la predilección de las especulaciones filosóficas, la elevación de las altas disciplinas, la poesía—fulguración casi divina del pensamiento. Envío a las escuelas de Europa los alumnos sobresalientes, para que tuviésemos pintores, músicos y arquitectos nacionales, no enfermos de *snobismo* y de nostalgia de ajenas tierras y de envidia del ocio dorado de las grandes y terribles ciudades de Europa.

A tanto y a mucho más se extendió su solitud gobernante, su administración paternal. Casi nada teníamos que nos constituyese dueños efectivos de la tierra que habitamos, para aprovecharla. Nuestra civilización estaba en el grado

cero, como dijo Rocafuerte, así en arte y ciencia, como en industria y agricultura. Había que crearlo todo, aprovechando los elementos del terruño, dando vigor a la propia simiente y limando las asperezas de organismos bastos y rebeldes, podando demasías y enderezando inclinaciones torcidas por la rutina o la degeneración. Entonces, desde la escuela primaria hasta la Universidad y la Politécnica, desde el Protectorado hasta el Colegio y el Instituto normal, se enseñaba intensamente, se aprendía intensamente, sin renunciar a las fuentes greco-latinas y a las puras aguas de la ciencia cristiana. Enseñaba el que sabía, y no el político, el concesionario, el presupuestivoro, murciélago alevoso, que apaga a veces la luz del pensamiento para devorar la cerilla del sueldo. ¡Qué sabios los frailes que nos dieron la química maravillosa, que abrieron a nuestros ojos el infinito del cálculo, que enderezaron hacia las estrellas el telescopio descubridor, que clasificaron para la botánica el océano de la floresta y trazaron, en el libro y en la carta, la geografía nacional! Los ingenieros, los mecánicos, los arquitectos, los cirujanos, los técnicos de la sabia Europa, sin pretensiones de dominio, llegaron, por primera vez, a asumir el magisterio en nuestra Patria; trazaron las carreteras, afirmaron los primeros rieles, levantaron junto al caserío colonial y la cabaña indígena el chalet elegante, la lonja comercial y el palacete de lujo. Todo esto se hizo y mucho más, con mínimos recursos, en el milagro de la multiplicación de los dineros, algo como el de las orillas del lago de Genezareth, y todo esto realizóse con un presupuesto de indigencia, por medio de personas religiosas y a impulso de las Congregaciones re-

ligiosas. La virtud se traducía en la baratura y la baratura en el sacrificio: el heroísmo en la enseñanza.

### Saneamiento social

Después de su empresa de educación, se recomienda la del saneamiento moral que tomó a su cargo con el brío de la más ardiente acometida. Conocía bien que las costumbres son la base de las leyes y la garantía de la prosperidad de las naciones. Estimaba sustancial preservar a las nacientes repúblicas americanas de las enfermedades infecciosas de los pueblos viejos y corrompidos. Afirmaba, con Michelet, «que se va positivamente a la catástrofe con generaciones entregadas a los excesos del alcohol, de la poligamia y de los narcóticos...». Impuso el saneamiento, la profilaxis y el contagio de salud.

Recorrió bizarramente todos los círculos sociales, para limpiar de lepra las familias y hasta las casas religiosas. Su celo se excedió en veces hasta el grado de que el *Obispo de afuera* usurpase funciones espirituales y acudiese al arma del escándalo, para remedio y seguro de la moralidad: demasías de su *óptica moral*.

La higiene del alma, la policía preventiva que impide las epidemias sociales, la ética y la estética de las acciones fueron su preocupación de todas las horas: su mirada iba desde los salones a las cárceles, desde el rincón salvaje hasta la capital, vigilando la corrección, la rectitud, la normalidad de las costumbres.

Si un pueblo se ha de constituir a fin de ser algo en la historia, deberá preparar individuos sanos de alma y cuerpo, aptos para el trabajo,

el ahorro, la obediencia, la moderación, que forman razas fuertes y disciplinadas. El hombre listo como soldado de su propia ventura; la familia en paz; la iglesia como luz sobre el monte, sin mancilla y soberana por la virtud; el municipio, honrada casa solariega de los vecinos, y el Estado como protector de personas y colectividades: ¡así era la bien trabada y recia arquitectura que, en sus meditaciones de patriota, ideó y realizó en gran parte el famoso Magistrado, «el gobernador más grande que hemos conocido hace siglos, para timbre envidiable de la insignificante republiquilla del 'Ecuador», como escribió, en hipérbole de elevada sinceridad, el inclito cantor de la epopeya de Vasconia, Navarro Villoslada.

#### La beneficencia, como función social y de Estado

La educación prepara al individuo en la lucha de la vida y para la empresa de su bienestar. La educación previene al hombre contra los elementos destructores, le arma contra los agentes naturales rebelados en lid con lo imprevisto y lo fortuito y para reparar el mal y las desigualdades contra las que el ser humano se subleva. La educación redúcese a la higiene individual y pública en las costumbres, a la sabia anticipación al daño, a que el hombre y el ciudadano sean útiles a sí mismos y a sus semejantes, factores de su propia felicidad, organismos conscientes de su destino.

Mas, como las batallas de la existencia producen bajas inevitables, y junto a los muertos caen los heridos, y la desigualdad procede del

fondo mismo inclemente y duro de la naturaleza, que a unos deshereda y a otros encumbra, a éstos inutiliza y a aquéllos guarda y escuda para la dicha, se imponen la reparación, el remedio, el salvamento, para un posible y relativo equilibrio en la economía de la ciudad. Realizables serán—afirmó Augusto Comte—la libertad y la fraternidad; pero, ¡ay!, la igualdad, nunca... A procurarla, la caridad da el único recurso, la única tentativa de nivelación, inspirada por el Cielo, predicada por los Apóstoles como el alfa y omega de la doctrina. A la caridad se ha prometido la bienaventuranza, ella obtiene la recompensa en la estrecha cuenta de la Justicia final.

La caridad no es sólo virtud privada y dádiva voluntaria: ha de ser función social y capítulo obligado de las garantías de la comunidad política. En sociedades que a tal nombre aspiran, no son echados al arroyo el enfermo, el huérfano, el inválido, el preso, el vencido de la vida.

Nuestro gobernante, a compás de su labor educadora, hizo la beneficencia pública, rudimentaria antes de él, considerándola como servicio nacional preferente, a fin de pagar al caído y al proletario la deuda a que, como hermanos nuestros, tienen derecho, por ley de Dios, por mandato de la conciencia social. Se improvisaron hospitales, asilos, hospederías; comenzó la policía moral a prevenir la degeneración, se dió al régimen celular la condición de redención por el trabajo. Y el trabajo mismo se multiplicó, a fin de dar al pobre esa limosna de honor, que salva y engrandece, suprimiendo en la cuna el monstruo de la miseria.

En esta campaña de extensión de la caridad y por cumplir sus fines, se ahorran los dineros

fiscales con santa codicia; desde el Jefe del Estado hasta el campesino, daban ejemplo de modestia en la indumentaria y en fiestas y regocijos; rara vez se encendían las antorchas del banquete, que más que aceite, quemaban el precioso metal, cuyos desperdicios deben entrar al tesoro del indigente. Y la beneficencia se organizó con la economía, de la abnegación, por medio de las familias religiosas y según los móviles de la compasión: el Presidente echaba, en veces, su sueldo en las púdicas reservas de la caridad.

Anticipóse, como en muchos otros servicios, a las urgencias de su tiempo, planteando y resolviendo entonces mismo el problema hoy candente del proletariado, por medio de la beneficencia pública, que arranca, en forma de contribución, el exceso de los ahitos, para saciar el hambre del desvalido, y hace obligatorio el ahorro de la nación, para enderezar en lo posible las curvas de la desigualdad.

El, tan recio para la acometida, tan fuerte contra las inclemencias de la naturaleza, tan inexorable en el castigo, tenía blandas entrañas para el niño que lloraba de hambre, para el anciano, la viuda, el huérfano, el recluso, el abandonado. Creía que nuestro pequeño país sería dichoso el día en que en todas partes, en el punto más desolado del territorio, pudiesen remediarse, por la misericordia, las dolencias humanas. Su genial furor contra el crimen obedecía a su piedad hacia las víctimas: con los argumentos de aquélla, se excusaba ante sus acusadores, y ante la nación, por la severidad de la vindicta. Tal era también la opinión del Libertador, que escribió: «La clemencia con el malvado es un

castigo del bueno; y si es virtud la indulgencia, lo es ejercida por un particular, no por un gobierno». Así es como la misericordia llegaba a ser hermana de la justicia, en el pensamiento de estos magistrados, que miraban las cosas y a los hombres desde la altura de la filosofía de los derechos, para su concordia en la mecánica social.

### Militarismo

Lo más urgente era reformar la milicia, instrumento de tiranía, arma del motín. Fué el más arrogante civilista que ha tenido América. El redujo a la clase militar, dentro de las honradas murallas de su nobilísima institución.

La milicia es una de las más sobresalientes representaciones de la nacionalidad: como el aire y la luz para todos los partidos y para defensa de las garantías de los ciudadanos, sin distinción alguna.

Fundó el Colegio Militar, centro de amplia cultura para ingreso de la juventud distinguida que, inspirándose en la noble pasión de la Patria, encontrase medio propicio al desarrollo de su generosa inclinación.

En los años de su gobierno, el militarismo no asomó, sino afuera, la cabeza erizada de serpientes; casi no hubo pronunciamientos de cuartel, y los castigos más solemnes y terribles del temido Presidente cayeron sobre los militares revoltosos, los piratas y «las galoneadas sanguijuelas del tesoro», como llamó, en frase vibrante y pintoresca, a los que desempeñau el menguado oficio de vender y comprar sangre humana, en cambio del mendrugo fiscal.



Cuando el asesinato del Magistrado, apareció con toda evidencia que la clase militar ocupaba ya el puesto de honor que le correspondía. No obstante desaparecer el árbol gigante que a todos daba sombra, la milicia se mantuvo en el sitio del deber, no se alteró la paz, y pudo hacerse tranquilamente la elección popular, en un ambiente de libertad, casi único en nuestra historia.

No muy tarde, debía volver el pretorianismo, centuplicado y con pretensiones e ínfulas de un largo imperio. Casi toda la historia del Ecuador, en los últimos años, con pocas excepciones, es un desfile de uniforme militares.

En paz y en guerra, la milicia resultó la gran incubadora de la soberanía. Resucitó para nuevos destinos de sangre y para apaciguar las contracciones de sus fauces. De los colores de la bandera nacional, escogió quizás el color de la amenaza, alistándose en una bandería, dividiendo así a la nación, haciendo odiosa la institución militar y desnaturalizándola, para convertirla en guardia de palacio, en poder constituyente, en el poder electoral: la usurpación constante, la Dictadura armada perpetua.

### Progreso material

El más largo capítulo de su programa se refiere a las mejoras materiales: los puertos, los faros, el arreglo y reparo de las ciudades, los puentes, los caminos: ¡los caminos ante todo! Construyó la gran carretera central, línea matriz, arteria inmensa de la vida nacional; construcción entonces única en toda la América, que hasta ahora se impone a la admiración sobre todo de

los extranjeros, que más imparcialmente suelen aquilatar los esfuerzos y las resistencias que significaba esa empresa colosal. Su arranque en la costa fué el primer ferrocarril del Ecuador. Debía completarse la red de comunicaciones en Cuenca, en Imbabura, en Loja, en Guaranda, en Manabí. ¡Quedan aún los escombros!...

Las obras se hicieron por cuenta del Estado, con una economía casi al margen de la avaricia. No se tentó siquiera el contrato, ni se tocó a las puertas de los usureros de ultramar: nuestros escasísimos caudales se multiplicaron para todo. «Rechuso pedir prestado—dijo—sobre las bases ruinosas que sólo un usurero puede proponer, y que sólo podrían aceptar la mala fe o la demencia».

Tampoco, a pretexto de adelanto, se pedía más al pueblo. No podía hacerlo quien condenó desde sus primeros años el procedimiento: «Se malgasta, se desperdicia lastimosamente en el seno de una espantosa miseria y se prodiga el dinero del pueblo para decirle *dad más, seguid dando*». No se quería el progreso a costa de la vida...

Las precauciones patrióticas del Presidente modelo habían de quedar como un antecedente en la historia, un alarde de patriotismo, una bella posición sin imitadores. Vendrían más tarde el extranjerismo, nuestra mísera idolatría a lo extraño, nuestra inmigración de señores del dinero y de las empresas, a que muy pronto nada sea nuestro, nada de los hijos de la tierra, tal vez ni ésta. El ferrocarril que comenzó García Moreno, que hizo en parte, sin dejar la triste herencia de la deuda, hecho está ahora, paralelo a la gran carretera nacional y sobre sus ruinas.

Se ejecutó mediante un contrato que apenas merecía suscribirse en una tribu de gitanos. Se hizo con dinero que pedimos prestado, que lo debemos íntegramente, que pesa como montaña sobre el crédito nacional; y sin embargo el ferrocarril no es del Ecuador, y quizás no lo recuperaremos nunca. ¡Nosotros costeamos hasta el látigo que cae en nuestras espaldas! Si García Moreno hubiera de resucitar, ¡cómo relampaguearían sus ojos sobre las medianías que celebran olímpicamente nuestra esclavitud económica y el idiotismo de la nación!

#### **Pasión por la Justicia.—Honradez**

Otra de las excelencias del hombre providencial fué su pasión por la justicia, pasión de almas superiores, pasión casi divina. Cuando asomaba en algún rincón la impunidad, disparábase sobre la debilidad o la prevaricación de los jueces, en quienes imprimía el hierro del vituperio. Caía sobre los logreros para hacerles restituir granjerías arrancadas a la indigencia; limpió de agiotistas las gradas de palacio y lanzó el rayo sobre la usura internacional y las filtraciones y desperdicios que nos legó la mala fe apellidando patriotismo, en alianza con los conquistadores financieros, malhechores públicos y polilla de los Estados.

Puso en la conciencia nacional el sentimiento del terror, del asco al papel, como mentirosa promesa de moneda. Sabía que la honradez es la política por excelencia y que en la riqueza privada se funda la riqueza pública. Guardador vigilante de las cajas nacionales, cerradura de ellas, comprobador y fiscal, no perdió de vista el

centavo rezagado en la rendija, ni la cifra acaso perdida en los descuidos o las intrigas de la contabilidad. Alcances de cuentas casi no los hubo, la palabra *prima* no se conocía, el parasitismo roedor fué arrancado del árbol del fisco antes roñoso y cubierto de liquen y de orugas, y que después había de ser comido hasta la médula y el tronco. Suposiciones, insubsistencias, comisiones, pesquisas, encargos secretos, gratificaciones y sobresueldos, jubilaciones y retiros, contratos y negociados, no pudieron proponerse siquiera a aquel inquisidor del tesoro nacional, que veía a través de las cerraduras y atalayaba todos los horizontes, para descubrir algo que pudiera desperdiciarse o perderse.

Con solicitud incansable y minuciosidad que rayaba en exageración, él mismo revisaba las cuentas, repasaba las cifras y sorprendía descuidos o desfalcos: la restitución venía inmediata y la justicia inexorable. Cuando se perjudica al Estado—pensaba él—no sólo se daña a la más respetable institución del país, sino a todos y cada uno de los ciudadanos, dueños de una cuota de la riqueza colectiva.

¡Cómo estamos lejos, muy lejos de aquella limpieza fiscal! Se llegó al caso de que, en largos años, no hubo cuenta de la hacienda pública, que fué *casus belli* al principio y después botín de conquista; y el río de los millones, que había crecido mucho, se fué al océano del olvido, dejando poca humedad y levísima capa de detritus en las orillas!

En su máquina administrativa de extrema sencillez, se consultó el ahorro, el servicio más bien patriótico que retribuido, la corrección nimia y escrupulosa en todos los detalles. Los

empleados pocos; eliminados el dispendio y el lujo, reducida la etiqueta de palacio al rigor de los pocos recursos, sin festivales ni aniversarios de aparato; el gobierno correspondió a la limitación de la hacienda y a la dignidad de nuestra pobreza. Así, la empleomanía apenas alentaba, y eso en las bajas capas sociales; sobraba dinero para mejoras, para caridad y para educación del pueblo. Honrados gobiernos hubo después hasta 1895, que imitaron la discreta economía que recordamos, y que no volverá, cuando ya hemos entrado con el propósito de emular ridículamente con las naciones espléndidas, en los ritos de la disipación. En ese terreno, aparece más ínfima nuestra pequeñez.

### El hombre veraz

Entre las virtudes del personaje, destácase su sinceridad. En la adolescencia y juventud, a través de la intimidad y en los altibajos de la vida pública, en los negocios y con motivos de simple cortesanía, no supo, no pudo mentir jamás. Léanse sus periódicos, sus cartas, sus discursos, sus mensajes: en ellos le veréis en la desnudez diáfana del alma, conforme el pensamiento con la acción. Jamás negó ni atenuó sus faltas, lloró sobre ellas, para que de su arrepentimiento brotasen, como flor de bendición, la propia enmienda y el ejemplo a los demás.

Puede decirse que la franqueza le hacía daño en ocasiones, y que la violencia de su palabra iba más allá de sus actos. Lucen como relámpagos todavía sus grandes frases históricas, que crisan los cabellos y dan el escalofrío del miedo: su sinceridad se adelantaba a su intención.

Parece que el maquiavelismo diplomático y la reserva y la trastienda, como contraste, debían llegar más tarde, a convertir nuestra política en mascarada, donde todos procuran engañarse. La palabra se trueca en careta y no se puede juzgar a los gobiernos por los documentos de más solemnidad: de la hipérbole se pasa a la mendacidad y de ésta a la calumnia: los más bajos delitos de la palabra y de la pluma, engendros del miedo en las alturas del mando.

### El regionalismo

Uno de los mayores problemas por resolver en la vida nacional se radica en el regionalismo, no sólo el de las localidades, casi todas con tendencias a la disgregación, sino principalmente en la malquerencia y antagonismo entre las ricas comarcas de la costa y algunas de los Andes, donde preside la capital.

El temeroso problema, que no lo planteó Flores, que tampoco lo resolvió Rocafuerte—entrambos deudores de la sangre de Miñarica—, García Moreno lo hizo casi desaparecer. Hombre de la tierra baja, el hijo mayor de la imperiosa Guayaquil, puso todo empeño en la unidad, por el intercambio de ideas e intereses entre la sierra y la costa. Difícil empresa ciertamente la de coordinar anhelos y provechos de moradores de zonas tan diversas como la playa marina y los declives y planicies de las cordilleras: un cosmos en poca extensión, los conflictos del medio ambiente, producidos en unas cuantas leguas de territorio; un imposible de cohesión para un milagro de homogeneidad. La divergencia de cos-

tumbres engendra la guerra perenne, según advertencia de Cornelio Tácito.

Comenzó el magistrado la reconstitución de la unidad de las secciones, aboliendo la igualdad de representación de los distritos que daba al Guayas una preponderancia política, que, añadida a la económica, se convertía en omnipotencia. Hizo luego enormes y rápidos esfuerzos a fin de mejorar las comarcas andinas y dar esplendor a la capital. Quito fué el campo de sus más ahincados empeños, y logró levantarla a la condición de ciudad monumental, completando sus magníficas construcciones coloniales, y dotándola de instituciones, edificios y mejoras en los ramos de instrucción, beneficencia y servicios del Estado. Comprendió que la constante y rápida comunicación entre la costa y la sierra había de fundir en una el alma nacional; y para ello, emprendió el ferrocarril, hizo la vasta carretera y comenzó las otras vías al norte y al sur de la República.

Así, con prudente equilibrio, se procuraba la unificación y la concordia. La costa, poderosa por su riqueza y el genio y preparación de sus estadistas, continuaría gobernando al país; pero éste se reduciría a una familia sin celos de preponderancia ni querellas de servidumbre. Poco a poco, progresando el resto del Ecuador, desaparecería la congestión vital de nuestro puerto casi único, y como tal, sede metropolitana, emporio comercial, tesorería y estado mayor de la política.

¿García Moreno eliminó el conflicto? Preparó sabiamente su solución, y en él debemos buscar al político de largo vuelo que conoció la dificultad, estudió las causas, comenzó el reme-

dio y adelantó la consolidación de aspiraciones e intereses opuestos.

### La Constitución de 1869

¿Su obra constitucional? La Carta del 69, tan vituperada y poco conocida y estudiada, ensayo es más respetable que la Constitución Boliviana.

Como Bolívar, García Moreno estudió el hecho social, para deducir de él las leyes: sólo que García Moreno no dejó en su Carta huella alguna monárquica: el Presidente vitalicio, el Senado vitalicio, los Censores, *Pares* de la República, instituciones arcaicas en una organización republicana. Dijo cuerdamente que la Constitución era para el pueblo y no el pueblo para la Constitución; es decir, procedió desde la base consuetudinaria, traduciendo el hecho social en la Constitución, según la lealtad de su entender y la hidalguía de su saber.

Jamás fué tentado de utopías, ni se inspiró en las leyendas de la virtud grecorromana. Para él, simple retórica fueron quizás el arado de Cinacinato, la limpieza de Fabricio, la impecabilidad de los Gracos y la intransigencia de Catón. Sabía muy bien en dónde y entre quiénes se hallaba él; en un núcleo racial de indios y mestizos, de hombrecillos de toga y de yatagán: ¡bueno resultaba todo ello para fingir una república ideal! Tampoco creía en la posibilidad de trasplante de la democracia de Washington, Franklin o Jefferson, pues carecíamos de la tradición democrática de aquel país inimitable—los Estados Unidos—y no podíamos vestir a su medida.

Quiso una organización sencilla y propia,



sin complicación ni demasías, para un gobierno fuerte, barato y homogéneo, dentro de una ciudadanía ligada por la unidad religiosa y política. No le pareció desacierto ni retroceso la reelección presidencial que constaba en la magna ley de los Estados Unidos. Cuando un país halla su hombre, ha de conservarlo al frente de sus destinos, por el mayor tiempo soportable, a fin de usufructuar un don de la naturaleza, que raras veces se concede a la esterilidad de los pueblos.

Fortificar la autoridad, y que sea respetada, para consolidación de la paz, es práctica que aconseja la filosofía del derecho. Convertir al personero del mando en personaje de teatro, vestido un instante con las ropas de la escena y entregarlo luego al escarnio, no conduce sino al menosprecio de la autoridad, al descrédito de la sociedad civil y a la ruina de la nación. En caso de agresión y trastorno, las garantías se limitan por la ley de la guerra, durísima, pero necesaria; el *habeas corpus* cesa ante la consideración suprema del instinto: primero, la vida; en la tempestad, el arma es el rayo.

La autoridad revista caracteres de dignidad, proceda de legítima fuente, guíese al tenor de la justicia, represente la paternidad en la vida pública. Constituido así el poder, no teme la libertad: es su aliada. Pero si ésta se lanza a la revuelta, la autoridad, significa el orden; y el orden prevalece sobre la libertad, si entonces ésta merece su nombre.

Motivó rechazo, desde su discusión misma en la asamblea, la restricción de la ciudadanía que acordó la Constitución de 1869, limitándola a los católicos. Tiempos eran aquellos en que la unidad religiosa no tenía quizás caso de excep-

ción, y el legislador creyó declarar lo justo reconociendo un hecho y convirtiéndolo en derecho. La avasalladora corriente llamada *espíritu del siglo* no podía conformarse con aquella limitación, que además aparecía única en toda la tierra. Pero García Moreno no tuvo nunca miedo a la opinión de los demás, ni se dejó aplastar por la atmósfera, aunque ésta pesase sobre el mundo entero.

Por lo demás, la organización constitucional y las leyes secundarias se encaminaban a una reforma completa, en el sentido de simplificar la máquina política, abaratar la administración y hacer más llevadera la comunidad civil. Desde luego, se limitaba «la profusión de elecciones populares y suprimíase la influencia decisiva y casi irresponsable de las Municipalidades en la función electoral»: gallarda tentativa que hoy apenas se tolera en la cátedra o en la prensa del Ecuador.

En un estudio comparativo de nuestras constituciones, a pesar de sus defectos, no llevará la del 69 la marca de escarnio que le aplicaron sus adversarios, de entre los contemporáneos. Por lo menos, esa Carta fué hecha de una sola pieza: surgió del molde sin arruga, mella ni escoria: obra al fin de un profesor de energía.

### La cuestión territorial

¿Se escapó ésta a la vigilancia del Jefe de Estado?

Desde las campañas de simple ciudadano, conoció que nuestra posición internacional padecía crisis, que nosotros no podríamos conjurarla

sino en la forma positiva de la ocupación de los territorios que había comenzado a invadir el Perú. A las argucias del vecino usurpador, contestamos con la ocupación de lo nuestro, con la defensa de la casa, añadiendo a los motivos del derecho el argumento del dominio real. En su gobierno, García Moreno mantuvo la posesión en el Napo casi hasta su desembocadura: sus leyes de división territorial, los informes de gobernadores y misioneros comprueban que, con la cruz y la espada, se guardaba bravamente el territorio amenazado. Fué necesaria la eliminación de las Misiones, para que nuestras tierras quedasen a merced de la usurpación extranjera. Sólo la locura sectaria ha podido suprimir al misionero, el heraldo de la civilización en todo el mundo, en la Era Cristiana. La acción del Gobierno, de los Concilios provinciales y de las Ordenes religiosas, conservó, hasta 1894, el mayor dominio en el Oriente, hoy invadido en todas direcciones por el Perú. Su avance, contenido casi a la desembocadura del Napo, llega hoy hasta el Aguarico, es decir, al corazón de nuestro territorio: Es la conquista metódica y sin resistencia: detrás de la cruz, huyó la espada...

Desde 1862 comienza la organización formal de las Misiones de Quijos, Mainas, Macas, Yaguarzongo.

Hubo entonces mismo de producirse la locura del sectarismo, que atacó a los misioneros en el centro de sus conquistas heroicas. Unos desterrados insurgentes, hasta bajo el gobierno de García Moreno atacaron (1864) y dispersaron la misión del Napo. En 1894 debía repetirse la salvaje escena, siendo actores en ella elementos similares a los de 1864; y en 1895 fué la dispersión

de los misioneros jesuitas, de raíz y para siempre.

España, todas las naciones colonizadoras, amparan hasta a los presidiarios que mantienen el respeto a la nacionalidad; ¡y nuestros Césares de similor decretaron la proscripción en masa de los misioneros, cuyos puestos de defensa y de pacífico combate han ocupado al punto nuestros adversarios...!

De Galápagos se preocupó el eximio patriota especialmente, y una de sus campañas de prensa contra Urvina se explica por el temor de cesión del Archipiélago a los Estados Unidos. En ello, movíale no solamente el interés nacional, sino el más amplio del americanismo.

En el Senado de 1858 habló así: «Establecido en esas islas el nido de la águila americana, emblema de la rapacidad y de la fuerza, ¿qué sería de la independencia del Ecuador y de las demás Repúblicas vecinas?»

Pudo alguna vez, cuando a ello le inclinaban los desengaños del patriotismo, soñar en el protectorado extranjero (el de Francia, su segunda patria), como el que andando los años aceptarían Cuba y Panamá. Pero muy en breve rectificó su efímera opinión, hasta el grado de rechazar, con toda la vehemencia del alma, aun la reconstitución de Colombia, la famosa creación boliviana.

Amenazados por imperios vecinos, desvalidos en cuanto a la restitución de nuestras posesiones, no puede siempre imputarse a mengua la tentativa de ingresar en un cuerpo social más poderoso, mediante la confederación que salve la vida, aunque se pierda algo de lo doméstico y tradicional de la nacionalidad.

¡Y los traidores, los que nos vendieron al

extranjero, los que pedían amparo a Mósquera y mendigaban la intervención del conquistador del Sur, acusaron a García Moreno de antipatriota! ¡Jueces ellos, ellos por quienes nuestro patricio llegó a pensar en un recurso de naufragio, en un salvamento, a costa de la libertad...!

### La protesta por el Papa

Episodio de gran relieve en su gobierno, se recomienda la protesta contra Víctor Manuel por la ocupación y conquista de los Estados Pontificios.

Se tachó de ridículo el documento, porque procedía de país débil y de Cancillería no llamada a los orgullosos Consejos de las Naciones. Mas, precisamente por ello, aparece solitario y nobilísimo el reproche del Benjamín de los pueblos, en medio del silencio de los poderosos, que con él sancionaban la iniquidad y la derogación de los principios de justicia invocados mentirosamente; la conquista quedaba como antecedente, para que más tarde la fuerza salvaje determinase la vida o la muerte de las sociedades, como en los tiempos en que la maza de Tamerlán o Gengis Kan o el alfanje de Mahomet señalaban los límites de los Estados.

Ayer no más, al suscribirse el tratado de Versalles, el último de los aliados, caballero al fin de la caballería española—el representante de Portugal—, protestó contra aquel pacto, sentencia de muerte, extenso y complicado padrón en que se derogaron hasta el derecho natural y casi todas las llamadas conquistas de la civilización, en daño de la majestad de la victoria, invocando como complemento de ironía, los moti-

vos de una imaginaria liga de pueblos, que tentarían a surgir como el fénix en las cenizas del incendio.

Es que en esa junta, la más solemne de la historia universal, no se pronunció el santo nombre de Dios, y se cerraron las puertas al Pontífice, que con el báculo en la siniestra y la cruz en la diestra, pudiese exclamar: «¡El Señor y la paz sean con vosotros!» Sin el Pontífice se hizo el tratado, y el tratado no contiene un atomillo de misericordia, y no consolidará la quietud moral del astro en que rodamos enloquecidos.

Y por fin, García Moreno, el varón de Dios en la vida pública, entregó su pueblo a Jesucristo. Tuvo el valor único de iniciar, en la desolación de la incredulidad, el rito solemne de dedicación al Señor, al Redentor, al Mártir, a su Corazón, la Patria y sus destinos. Confesó a Dios, en el esplendor del poder y no en la penumbra de la caída o en la afrenta de la derrota: acción excelsa de pensador y de estadista, que reconoció el imperio divino en el universo, exaltándose hacia la transfiguración, en un espectáculo de fe y de gloria digno de las cumbres luminosas del espíritu humano.

No juzgó que, en la tarde de los siglos, en la desolación del escepticismo, un jefe de diminuta nación pudiera avergonzarse de echar la cruz sobre los hombros, arrodillarse ante el altar del sacrificio en que Dios mismo se consumía en holocausto, y confesar con brío y gentileza su rendición ante la soberanía del Hacedor.

El, primeramente en el mundo, hizo la consagración magnífica de su Patria al Amor de Jesucristo, anticipóse en la descubierta de este movimiento de sublime polarización de la Tierra

hacia el Primogénito, el Príncipe de la Paz, el Juez de vivos y muertos. Ayer, en la buena España, que nos dió la cruz y la vida, en el centro geográfico de la heroica Península, se dió el sorprendente espectáculo del Cerro de los Angeles: el Monarca, los grandes de Estado y los Ministros con la Iglesia española, entregaron la España a Dios, en pacto solemne y perpetuo. El espíritu de García Moreno, oriundo de la mística Castilla, allí debió de estar, sin los obstáculos del tiempo y del espacio, que no existen en las moradas de ultratumba y en el luciente infinito espacio del Divino Imperio.

### Originalidad

¿Qué distingue a una persona? El sello característico de su obra que la separa del común de los mortales y lo espontáneo de ella dentro de la misma originalidad y novedad, que constituyen al hombre inventor y descubridor: el genio mismo es la originalidad elevada a la potencia de lo sublime, la originalidad por excelencia.

En el prócer ecuatoriano, buscaréis vanamente la realización de las curiosas doctrinas de los biólogos y psicólogos modernos; ni la de la imitación, fórmula del tradicionalismo de Gabriel Tarde, ni la del medio, la hora y el ambiente de Taine, ni la tan conocida de los hombres representativos, de aplicación inevitable según Carlyle y Emerson.

García Moreno, sin pretenderlo, sin premeditar, fué absolutamente original, solitariamente original, heredero casi sin herencia, ejemplar de

elección, desarrollado en la espontaneidad de la autodisciplina.

La República, nacida de la rebelión, resultaba hasta él, hasta ayer, la hija más o menos revolucionaria, en el sentido de emancipación de la idea religiosa respecto de la ley cristiana. Nuestro legislador encontró el punto de ensamble de la democracia y del Evangelio, dos corrientes paralelas que esperan aún el día glorioso para la humanidad, en que se confundan, en una sola línea dinámica, para la trayectoria de la tierra al cielo. El no imitó a nadie, ni tuvo de quién imitar su sistema sencillo, de contextura a prueba de las veleidades de la fortuna y de los embates de la fuerza. En la química social, juntó los elementos primordiales para combinaciones y reacciones que habían de producir la hermosa sorpresa de la República Cristiana, última de las hijas de la Iglesia, bautizadas en la joven y libre América.

La dispersión de la soberanía en la democracia compromete el principio de autoridad, y sin ésta, justa y respetada, se produce el desequilibrio que degenera en el inevitable régimen de la fuerza: los elementos sociales en lucha determinan, vencedores o vencidos, la ley del desquite y las represalias de la guerra; la libertad se convierte en conquista y la Constitución en código penal. Nuestro estadista dió respetabilidad al elemento autoritario y organizó la democracia para su realidad, no para los efímeros espectáculos de una libertad que, en rivalidad con el poder, prepara la tiranía, que al cabo brota, como el hongo malsano, de la descomposición social.

El medio, la atmósfera, no podían inclinar



ni quebrantar el temperamento del estadista católico. Precisamente, no fué el medio quien influyó en él, sino él quien trasmitió a la sociedad en que nació el espíritu vital, el aliento sugeridor, el brioso movimiento. El hombre hizo al pueblo, el pueblo no engendró al hombre; el pueblo casi no lo era, casi no podía comprender el sistema y la osadía de su constructor.

No pudo, por lo mismo, ser para nosotros un representativo: llevaba sobre sus hombros toda la carga, y su patria estaba representada en él, por elección, por selección, por superioridad. No era representativo: tal juicio respecto de él menguaría su estatura y le reduciría a la mediana condición de coeficiente social. Su grandeza consistía en excederse a sí mismo y a la raza, al tiempo y al medio físico. Así es siempre el genio.

He aquí uno de los motivos de su exaltación y su nombradía. El mundo ríndese ante todo en frente de los exploradores, de los que se adelantan a su siglo, de los que descubren y se imponen por la genialidad de su temperamento y de sus obras, de los que se sobreponen a la atmósfera y se encumbran para mantener, en los dominios del viento, el equilibrio de las alas...

Los representativos casi siempre son los mediocres.

Todavía, en esta empresa de espiritualidad y progreso asoma solo; los movimientos paralelos al suyo, en otros pueblos y otros hombres, casi no han pasado de tentativas.

A la caída de Luis Felipe en Francia, se proclamó la República y el general Lamoricière (el gran colonizador de Africa, el soldado al ser-

vicio del Pontífice), aceptó la nueva forma de gobierno.

De él escribe el Abate Bonnard (*La foi et ses victoires*): «Era de los hombres que se hacen de la República un ideal social, al que todas las libertades y prosperidades son llamadas a florecer, a la sombra de todas las virtudes. Por eso, él la quería... católica al modo de García Moreno, o siquiera religiosa como la de Washington, con el Catolicismo especialmente respetado en la común libertad de las demás religiones».

Ideal sin complicación y de extrema sencillez en su aplicación, si la humanidad no llevase en el seno la levadura de rebeldía y el germen de disolución...

#### El escritor, el poeta, el orador

No sólo experto químico y naturalista, no sólo matemático consumado como discípulo del famoso Duhamel, García Moreno, sin alardes de enciclopedia y pretensiones de universalismo, invadió todos los campos del conocimiento, completando la educación, en términos que no se encuentra prohombre como él, sino en tiempos y países de excepción.

Napoleón fué todo y para todo; Bolívar, como Napoleón. García Moreno estudiaba intensamente las disciplinas de su tiempo, desde las ciencias exactas hasta las teológicas, desde el derecho privado hasta la agronomía: artes, técnica industrial, economía, política, cálculo diferencial y poesía: fué el genio de la elasticidad y la amplitud.

Prosador, su manera aparece muy suya, de

concisión extrema, iluminada por chispas de ingenio y lumbres súbitas de pasión. A continuar escribiendo, habría logrado mayor sobriedad y limpieza, y llegado a maestro.

Su oratoria surgía animada y precisa, se podía decir de ella que iba al blanco como el cazador:

Donde pone la vista, el punto pone.

No amplificó jamás; como Julio César, más bien que artista de la palabra, se mostraba artista de la acción.

¿Y poeta? Sí que lo fué, y de los de fuego y empuje, poeta a lo Juvenal. Su obra primaria es una epístola terriblemente acerbá, que tiene la solemnidad de la *Elegía a las Musas*, una de las obras maestras de la Antología castellana, y el vigor olímpico de las invectivas de Jovellanos:

Quien a las altas cumbres la andaz planta  
mueve y subir procura, no consigue  
sino elevarse a la región del rayo...

Termina con la visión de su martirio:

Conozco, sí, la suerte que me aguarda,  
présago triste el pecho me lo anuncia  
en sangrientas imágenes que en torno  
siento girar en agitado sueño...

Presidente poeta, como Núñez, Caro, Mitre y Cordero y tantos otros magistrados artistas de la palabra y de la forma, su nombre es un mentís al supuesto divorcio entre la poesía y el arte de gobernar, que ya consideró el maestro indiscutible, Víctor Hugo: «Prejuicio vulgar y absur-

do el que considera al poeta inhábil para los negocios humanos... Al contrario, el poeta es el hombre de Estado por excelencia: brazo y cabeza, corazón y pensamiento, hierro y antorcha... conquistador y legislador, rey y profeta, lira y espada, apóstol y mesías...».

De sus obras oratorias poco se conserva: recogidas en extracto, no dan la impresión cabal de su nerviosa contextura. Los que le oyeron recuerdan el efecto súbito de emoción que producía su elocuencia.

«No quiero profanar este recinto, dijo en momento solemne, pronunciando su nombre aborrecido (el de Urvina); y sin embargo ya sabéis todos quién es... Por desgracia, el Presidente de la República tiene por ese hombre una sujeción que degenera en aquella obediencia ciega de que sólo se hallan ejemplos en la disciplina monástica, o en aquella que pone a un hombre en poder de otro, como el bastón en manos del anciano, como la segur en manos del leñador, como el cadáver en manos de los que lo llevan a sepultar. Al hablar así, nada nuevo anuncio... lo único que hay de nuevo es la libertad con que lo expreso, en un país que la opresión ha envilecido...»

Sus proclamas centellean como la hoja de la espada y debieron producir escalofrío en los momentos en que, a sus vislumbres, cerrábanse los ojos, de terror. En esa literatura tan banal y difícil, acertó a dar la nota originalísima y la impresión adecuada al momento, a la acción y al medio circundante.

## El patriota

El patriotismo se ha disipado en música verbal, en boca de los sofistas de la política; casi ha perdido su primitiva sustancia de renunciamiento, de sacrificio, de culto a la Patria; esa otra religión de la ciudadanía.

En nuestro pequeño país hemos conocido, ¡bendito sea el Cielol, esta nobilísima pasión a la Patria; y uno de nuestros compatriotas que más la encumbró, hasta la suprema abnegación, fué García Moreno.

Pocos son los políticos y Jefes de Estado que aman a su país, a pesar de su mezquindad y pequeñez. Los más estiman la patria como la tosca vena de metal a que se debe arrancar el oro o la plata para edificar el tesoro privado, que ha de desperdiciarse en los inagotables centros del placer, en tierras opulentas, en donde compramos a gran precio la esclavitud personal. Otros superhombres, desde el olimpo de su elevación, descargan sobre sus hermanos, el denuesto y sobre la desvalidez de su tierra el desdén, que cae como la saliva lanzada al cielo, a la propia frente de los menospreciadores de su madre.

Hasta el patriota Rocafuerte exclamaba: «Estoy cansado del alto honor de ser ecuatoriano de nacimiento, y tan hostigado de la horrible prostitución que impide los progresos de este hermoso país, que estoy casi resuelto a irme a Europa... a no volver nunca más a esta bendita América, tan llena de reptiles venenosos en los bosques como en las ciudades».

No así García Moreno. Si a alguien, tanto como a Bolívar, podían permitirse recriminaciones y querellas contra la ingratitud de la Patria,

es a él. Pero su virtud, firme como el cimiento de la montaña, jamás se desvió hacia la soberbia de la queja o la amargura de la reconvención: no pasó de flechas de sátira elegante o de lamentaciones sin hiel de pesimismo.

Acechado por el ojo vigilante de los asesinos, no comprendido, siempre calumniado, sólo acertó el inocente desahogo del poeta:

¡Oh si la patria abandonar pudiese,  
y en apartado clima, oscuro asilo  
do vivir ignorado se me diese,  
donde de acero fraticida el filo  
no amenazase cruel mi edad lozana  
donde latiese el corazón tranquilo!...

Nunca se encontró en plena paz de corazón sino en su tierra; a su tierra vinculó su fortuna. Tuvo a la vista siempre el cuadro sangriento de su muerte, y no la esquivó; porque, en el cálculo altísimo de su visión sobrenatural, entendió que debía consolidar la prosperidad de su patria con la sangre del sacrificio...

Fué algo más que el patriota: el héroe, el santo del patriotismo. A sus adversarios, si se llaman patriotas, desarmarles debe esta virtud de nuestro caudillo, que no tuvo instante de flaqueza y llevó la locura del patriotismo más allá de los umbrales de la vida: en muchos países extranjeros y en muchas historias, por ese gran patriota se sabe que existimos los ecuatorianos bajo el sol...

Para su patria vivió, por ella murió: preparó reflexivamente los motivos de su martirio. No cayó como gladiador en el circo del castigo, ni en súbita asonada de vengadores enfurecidos. Se entregó al holocausto para reparación, para

redención de su patria; y su sangre empapó el terruño que la guarda, para fecundidad de virtud y de gloria.

### La oposición

En su carrera de magistrado tuvo García Moreno, como resistencia, no solamente la miseria del país, la rebeldía de la inercia y la indiferencia de la masa ignara y bruta, sino la rebelión constante de dos núcleos de oposición.

«¡Infelicidad del buen príncipe, exclamó Cervantes, ser culpado de los súbditos, a causa de que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor!» Ciertamente las faltas del magistrado casi siempre resultan faltas de su pueblo: proceden de la atmósfera, brotan del humus social y prosperan con el calor y la humedad del terruño. Es indudable que, en país mejor, el hombre de nuestra Patria habría tenido toda la serenidad del equilibrio y la prevalecencia armónica que participan del suelo y del ambiente: habría luchado menos y logrado más.

Reducido el elemento militar a postergación y nulidad por el Jefe Supremo de 1859, hubo de soportar éste las acometidas, las invasiones, las celadas: todo ello al rededor y con el prestigio del general Urvina, fundador del militarismo nacional, adversario nunca insignificante, pues midió sus fuerzas con las de García Moreno.

El naciente y exiguo liberalismo lo atacaba también desde las trincheras de la prensa, con redoblado furor. Moncayo, el patriarca, añadía a las invectivas de periodista los alardes de su oratoria de alta tensión; y sobre todos sus adversarios, se adelantaba Montalvo, estilista for-

midable, consumado lidiador de la pluma, que manejaba el sarcasmo con tanta habilidad como la maza de Hércules de su literatura de combate.

Los más numerosos, y tal vez de más prestigio entre los émulos y acusadores de García, fueron los del partido moderado, cuya sede estaba en Cuenca: los periodistas republicanos y bien preparados de entonces; católicos sin reserva, profesaban además como una religión *el republicanismo*, ideal muy hermoso, aunque bastante utópico y sin adecuación al estado social de la época. En el primer período de 1859 adelante, los patricios de Cuenca con el Dr. Benigno Malo a la cabeza, estuvieron con García Moreno: el mismo Doctor Mariano Cueva, personaje de nota, fué Vicepresidente de la República, gobernador el Dr. Manuel Vega y candidato para suceder al Doctor Cueva el Doctor Antonio Borrero. A fines del primer período, separado del gobierno de Cuenca el Dr. Vega, renunciando la candidatura el Dr. Borrero por escrúpulos de puritanismo; casi todos los escritores de *La Prensa*, *La República*, *El Constitucional*, *El Centinela*, enderezaron sus armas contra el antiguo caudillo de 1859.

La historia dirá de los periodistas y republicanos de Cuenca, tan rectos y patriotas, si procedieron correctamente, separándose de la colaboración política en torno de García Moreno, entregada desde entonces casi exclusivamente a un círculo que no discutía sus actos, ni le servía quizás de contrapeso, para normalidad en el ejercicio de la magistratura.

En obsequio al valor del famoso magistrado, fuerza es recordar que él iba derechamente a su objetivo, insensible a las calumnias de *El*



*Cosmopolita* y a la tenaz campaña de los escritores del Azuay. Los proyectiles de la pluma saltaban sobre él como sobre una superficie de acero: la serenidad del ofendido adivinaba tal vez que no muy tarde el puñal había de abrir en su cuerpo la puerta a la venganza. Ante tal perspectiva, las heridas de la pluma parecíanle una caricia.

Su divisa era jadelante!, sin volver los ojos al pasado, con la mirada fija en el derrotero y en la pista de su vocación. Pudo él, discípulo de Pablo, el misionero de los gentiles, exclamar: *Ego me non arbitror comprehendisse; unum autem quae retro sunt obliviscens; ad ea vero quae sunt priora extendens meipsum ad destinatum prosequor ad bravium supernae vocationis.* (Philipp. X. 13-14).

No muy tarde comenzaría para él la justicia, y del campo contrario le llegaban homenajes: la sinceridad que brotaba del fondo del desencanto, al hacerse el aterrador balance en las liquidaciones de la historia. Montalvo confesaba en *El Regenerador*: «García Moreno, ¡qué hombre! Este sí, ¡qué hombre! Nacido para grande hombre... Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invenciónero, ardidoso, rico en arbitrios... imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor...». Borrero escribía también, al rectificar la más vehemente y bella apología de García Moreno (la del Padre Berthe): «En esa época, la más brillante de la vida pública del héroe (la tumultuosa del primer período) manifestó éste cualidades que lo enaltecen sobre manera: valor a toda prueba, infatigable actividad, inquebranta-

ble firmeza, indomable energía; todo esto unido a altísimas dotes intelectuales...»

Casi no habrá político sincero en el Ecuador que no se haya rendido a la evidencia y confesado que aquel fué nuestro hombre: los mismos que soportaron sus agravios, los que heredaron resentimientos y venganzas. Al rededor de aquél gira nuestra historia; a aquél se refiere el problema aún sin solución de la vida nacional, y no se podrá jamás prescindir de su genio, que resucita todos los días, para mostrarnos el derrotero y alumbrar la senda...

Cuando se hizo la noche como noche del polo de las dictaduras de Veintimilla y otras dictaduras, todos, excepto los ciegos y los sordos de nacimiento, sintieron la nostalgia de la grandeza y el patriotismo que, envueltos en sangre, cayeron, en aquella escena como de jaula de fieras del 6 de agosto, fecha en que paró el sol, no para prolongar el día, sino para largo, futuro imperio de tinieblas...

### Errores y faltas

¿Preguntáis por sus errores y flaquezas? Débense aquéllos y éstas a su naturaleza impetuosa. No tuvo premeditación al excederse, irrumpió en el acto primo: torrente inclinado sobre el abismo, hubo de ser cascada, prodigio del desborde y de la fuerza. ¿Que, por esto, le perdonamos sus revoluciones, su inclemencia y súbito furor, sus castigos en voces de mal gusto, como los azotes dados a un viejo general, su congestión casi despótica que llevaba a la cabeza toda la sangre y la vida, para absorción de poderes y monopolio de responsabilidades, en

menoscabo de los factores secundarios, causas segundas en la dinámica social? ¡No le perdonan! La historia le ha discutido, la historia le ha residenciado. ¡Los hombres perdonan menos que Dios...!

¿La exageración de las represiones? ¡Ay, cuán triste hablar en un país en que la violencia de las situaciones explica la severidad de los castigos! Quizás la clemencia habría dado más fruto, y para una cosecha definitiva de paz. Pero la noche de aquel tiempo y la crudeza de los caracteres no consentían otra forma de procedimiento. A lo menos, éste aparecía franco y muy leal, con alardes de justicia y para bien de la patria. El vengador no se conformaba con el engaño ni los proceder a la sombra, que son los que han sustituido a la terrible liturgia del cadalso: la farsa, la eliminación, el tormento en las tinieblas, el crimen anónimo, el veneno al fondo de las copas, no se compadecían con la plena luz que se derramaba, en la situación creada por ese personaje, que no padeció nunca aquel espasmo mísero del alma: la hipocresía, miedo de los viles y sofisma de los intrigantes.

¿La doctrina de la *insuficiencia de las leyes*? ¿La imposibilidad constitucional en las conmociones interiores y ante la invasión exterior? Se han escrito y pueden escribirse bellos discursos, discutiendo tales conflictos. Pero nadie negará que, en las tormentas revolucionarias, cuando los caudillos de la revuelta practican la abolición de las garantías, la autoridad no puede presentarse en posición inferior a la de sus agresores. «¿Cómo gobernar—dijo García Moreno—donde gobernar es combatir? ¿Cómo asegurar la existencia y la libertad de la República y promover

su progreso, a pesar de los que desean el desorden para medrar, porque saben que, cuando el agua se revuelve, el cieno es el que sube?» Si la ley se hizo mal, sobre ella se impone el hecho, y éste prevalece. «Donde muchos mandan—escribió Montalvo—el orden viene mal servido y la desobediencia vuelve inútiles los esfuerzos del valor. Si el más fuerte no los dominara con el poder olímpico, término llevaran de ser todos dictadores».

Bolívar gritó en medio de la tormenta: «La República se pierde si no se me confiere una inmensa autoridad; para sujetar a la ley del deber tantas pasiones irritadas, se necesita un poder colosal».

A ese recurso han acudido cónsules y tiranos, patricios y tribunos, y nadie más que los faranduleros de libertad, cuya tiranía, ejercida en nombre y por cuenta de aquella calumniada palabra, resulta tiranía sin apelación. La Carta Fundamental y las leyes objeto fueron antes de culto, idolatría, de nuestros respetables antepasados. Posteriormente, en plena normalidad, se nos hacía saber que la Constitución era un pedazo de papel, sobre todo en manos del poder Legislativo; y el oráculo de la prensa fulminaba esta amenaza: «¡Se vencerá con el signo de la mano fuerte que se cierra sobre la balanza de la justicia, cuyo fiel es la espada!» (*M. J. Calle*). Ni siquiera se habló del despotismo legislativo, del despotismo sin recurso a la justicia, la omnipotencia irresistible, sino de la apelación definitiva a la espada, de la conquista del derecho de los demás, de la última evolución de la fuerza.

## Revolucionario

¿Y la revolución? ¿No fué él acaso revolucionario? En circunstancias de solemne expectación exclamó: «Lejos de cometer el delito de conspirar, he cometido el de no haber conspirado... He cometido, sí, este delito de lesa Patria, y para expiarlo ¡la muerte misma no sería demasiado!»

Ha de saberse, ante todo, qué se entiende por revolución. Esta corresponde a desorden, trastorno, inversión de los valores jurídicos. Ahora bien: un usurpador, un gobernante que invierta dichos valores, que atente contra las garantías del hombre y del ciudadano, ¿será poder, tendrá legitimidad? Justa es, honrada y nobilísima, y casi siempre heroica la resistencia contra los malhechores públicos, que suprimen los derechos primordiales anteriores a la sociedad política, y los suprimen desde la posición privilegiada del poder. ¿Conservará los atributos de tal quien ataca los fueros de la familia, para tiranizar la conciencia y corromper a las sociedades en sus mismas fuentes? La revolución se hace desde abajo y desde arriba: aquélla es bien conocida y nadie la niega el nombre: la autoridad, por sí y en nombre del pueblo, la rechaza para restablecer el orden. La revolución que se hace desde arriba resulta mucho peor, poderosa y casi invencible; pero no por hacerla los poderes públicos, se ha de rehuir la resistencia, para salvar las libertades primarias, la creencia, la vida, la propiedad. La sociedad no se hizo a que, entrando en ella, agrave su situación el individuo, sino para que la mejore. A la luz de estas consideraciones, no sólo se atenúa, sino se explica la

doctrina proclamada por García Moreno, de oposición armada contra los malhechores de arriba.

Ciertamente, no todas sus arrogancias proceden del fondo de la justicia, menos se absolverá incondicionalmente la violenta destitución de Espinosa. Pero quedan a salvo los fundamentos de la doctrina, aunque encuentre inconvenientes en la aplicación, y no pueda entregarse al criterio inconsistente de las multitudes. Cuando se rompe la jerarquía de los derechos, cuando llega la contradicción entre las libertades primordiales y la máquina política, prevalecen aquéllas; y el enemigo de Dios, del individuo y de la familia, esté donde estuviere, abajo o arriba, criminal es público; y el crimen, agresor o triunfante, ha de rechazarse, sin las armas, o con las armas.

El Libertador definió nítidamente la doctrina, cuando dijo: «La verdadera libertad es la libertad civil». Si ésta se conculca, el pacto político deja de ser, y la autoridad también: queda en el fondo lo originario, el derecho divino de la naturaleza.

Cierto que la doctrina halla tropiezos en la aplicación, y que se completa con la práctica inevitable del desquite, la otra hoja afilada del puñal. Mas la conciencia, la justicia de la naturaleza, la ley de Dios no engañan jamás; y el hombre, colocado en esa sede de elevación y de equidad, no se engaña tampoco.

Y no son los libertarios los llamados a condenar por ello a García Moreno; ellos que bien quisieran exclusivo suyo el derecho de insurrección, para que sus vencidos sean eternos esclavos. Si la doctrina de resistencia pasiva fuese en todo tiempo la única defensa del derecho, la

usurpación se consolidaría y la conquista suprimiría pueblos enteros. Para ventura de la humanidad, en jornada de siglos, se ha visto cómo revivió Polonia, y Turquía devolvió la libertad a una familia de naciones; y los irlandeses salvan triunfante su libertad después de un naufragio de sangre.

### La intervención electoral

Intervino siempre en el debate electoral, pero respetando la libertad ajena, y con la noble franqueza de quien no tiene miedo a decir la verdad. Los gobiernos, ya sea en el régimen parlamentario, ya en el de responsabilidad única del jefe de Estado, han de terciar y terciar en las elecciones: lo contrario significaría suicidio. Pero esta intervención ha de realizarse dentro de la máquina de los partidos y conforme a leyes apropiadas, no como la actual nuestra, que vicia a las Municipalidades, convirtiéndolas en sentinas políticas. García Moreno no se engañó ni engañó a nadie, no mintió prescindencia jamás: antes bien, dirigió circulares intimando a los funcionarios públicos que votasen por los candidatos de simpatía del gobierno. Este ni siquiera los designaba, sino las agrupaciones provinciales de amigos y partidarios. Muchas veces producíanse escisiones, con las que se abrían las válvulas a la libertad.

Además, ha sesenta años, el pueblo no estaba acostumbrado al sufragio; y las clases directoras, el clero, los terratenientes, la juventud, debían empujar hacia las urnas a los electores, a riesgo de quedar ellas desiertas. La función

electoral, eso sí, practicábase correcta y limpia: la justicia castigaba severamente el fraude o la violencia, no se dió quizás un caso de falsificación, y el escrutinio se practicaba en asamblea abierta, haciendo valer los ciudadanos el respeto a la ciudadanía, fuente de la autoridad. Todas las agrupaciones y los partidos estaban conformes en que se eligiese y se escrutase honradamente. Se extremaba el celo hasta asegurar el secreto inviolable del sufragio, para impedir que el temor lo desnaturalizase. Así, escribió el Dr. Benigno Malo: «¿Queréis ser fuertes? Dejad que el pueblo os elija, pero no pongáis luz entre vosotros y la conciencia asustadiza del pueblo. No llevéis testigos, en ese instante del alumbramiento de la autoridad. La sociedad, como la mujer, quiere el secreto para entregar el fruto de sus entrañas».

Han pasado sesenta años; el sistema electoral ha evolucionado en todo el mundo, hasta en Haití y en la república de Liberia, llegando a la forzosa representación de las minorías. Y en el Ecuador, ¡no se mantienen ni siquiera las listas de principales y suplentes de García Moreno! Se hacen hasta los accesitarios, se preparan las bases de la elección y del escrutinio, se ordena la jerarquía. Se ha evolucionado francamente hacia el delito: los registros son padrones de ignominia, las urnas una cloaca, las candidaturas pueden llamarse, parodiando una frase célebre de 1875, *candidaturas del crimen*; la representación se incuba a la sombra, por varonil empuje militar y se completa con fórmulas y papeles que entran en las encrucijadas del Código Penal. Desde la urna hasta la mesa escrutadora, todos esos sitios pueden llamarse *latebrosa loca*, y casi



siempre la elección deriva en un proceso criminal. Legislatura, Gobierno y Concejos que así nacen, no deben llamarse poder, aunque usurpan el nombre de tal: y mal puede hablarse de legitimidad y condenarse las revoluciones, en un país donde sistemáticamente se ha abolido la libertad electoral, convirtiéndola en función de oficina a cargo de soldados, alcabaleros, covachuelistas y mendigos de abajo y de arriba, cesantes o ahitos de la mesa del presupuesto.

Es la fórmula y la práctica del jacobinismo eliminar al adversario, no darle sitio en el combate. Madame Stael calificó acertadamente el sistema: «Esas elecciones no son para elegir, sino para proscribir».

#### Justificaciones y excusas

Nadie intenta, entre los admiradores del gran hombre, absolverle de sus culpas, resucitar todos sus métodos y mantener la unidad y el sistema, después que nuestro país ha roto aquélla y carece de las virtudes de su primera independencia. Enferma está la Patria y enfermos también nosotros. Y precisamente por ello, hemos de excusar los errores y caídas del egregio varón. Tales errores y caídas se atenúan y tal vez desaparecen ante estas consideraciones:

La intención casi siempre redime la flaqueza del acto, la intención es algo como la castidad de la fuerza, esa castidad que se traduce en la de la historia, según frase de uno de los padres de su filosofía. (*Fustel de Coulanges*). Además, su precipitación más allá del término, la genial osadía de su voluntad, que no se acomodaba a

las ductilidades de la transacción y a las concesiones, explican muchas de las vehemencias de ese hombre singular. ¿Queréis juzgar al león como al conejo de monte? El cóndor, rey de la amplitud, ¿se comparará, en el arrebato y la acometida, al halcón atado a la muñeca de su señor? También este coloso de la potencia y de la resistencia, puesto tal vez encima de medianías, rodeado de lacayos, cuando se equivocó, fué siempre por motivo de los satélites, por intrigas oficiales y proconsulares: los satélites juzgaban casi siempre solución única la de la fuerza, más segura para ellos, la de más compromiso para el superior.

«La intención es la mirada del alma», dijo Bossuet. La buena intención santifica las acciones como la mirada que endereza e ilumina el paso en el sendero». Enemigos que discutís sus responsabilidades, ¡juzgadle por su intención, juzgadle como vosotros querríais ser juzgados! ¡Ay! del mundo, ¡ay! de la historia, si la justicia no procediese sobre la base inmutable de ese documento humano de la intención, y según ese criterio de soberana rectitud que arranca de lo profundo de los corazones...

Y por fin, las sombras que determinan el vigoroso contorno de esta figura, no la oscurecen, porque resultan el fondo natural en que se mueven los protagonistas de la historia. El soberbio, el cruel, el revolucionario, el burlador de la ley, preséntase nimbado con el resplandor del genio. ¿Quién puede negarlo, ni aun sus más inclementes acusadores? Genio, es decir, superioridad, soberanía por naturaleza, potestad que se ejerce en nombre de ella sobre el pueblo afortunado, a quien el Cielo concedió aquel don casi sobrena-

tural. Se le teme, pero se le admira; la pequeñez rebélase humillada ante su preeminencia, pero no puede esquivar la sujeción. Varón inmenso, dechado de la raza, honor del hombre, tuvo todos los valores: el valor militar, el valor moral más grande todavía, el valor civil tan raro y casi sorprendente, y el valor sobre sí mismo, para formar su vida como una estatua de marfil, limándola y puliéndola hasta el fin. Y esto en una republiquilla de improvisación, sin impresionarse de la pequeñez del espectáculo, ni renegar un instante de su Patria. Supo vivir, luchar, reinar y morir sin espasmos de flaqueza, con rectitud casi ultraterrena y heroísmo reflexivo y tenaz, a la manera antigua.

No acomodó sus pasos conforme a la norma de la helada severidad del justo, que propuso el austero Varón, para ejemplar y arquetipo. Fundó su virtud en la roca del Cristianismo; y el orgullo de su talento y la violencia de su voluntad se inclinaron también hacia las blanduras de la humildad y la compasión, moderadoras de la naturaleza.

Se ha intentado compararlo con déspotas vulgares, se ha rastreado en él la huella hereditaria del desequilibrio. ¡Demencia la de los que suponen al margen de la locura a un espíritu de férrea normalidad, que realizó la geometría de la vida, abarcando las vastas perspectivas de la Providencia! ¿Los nombres de Rosas, de Melgarejo, de Francia se han de escribir en seguida del de García, llamado el tirano, nombre que enaltece, cuando la justicia absuelve la tiranía? ¡Absurdo y contrasentido! García Moreno fué conquistador y misionero, civilizador y evangelista: no tuvo las limitaciones de lo que se llama

vocación, sino la amplitud total de la capacidad humana.

¿Qué ha quedado de su obra

Este ser extraordinario, tan combatido, tan discutido, ora levantado a la cumbre de la apoteosis, ora lanzado en las gemonías de la historia, ¿dejó aquí su obra? ¿Ha tenido ella la dureza del bronce, para ser perenne? ¿Su semilla encontró humedad y sol, en el ancho y profundo surco que trazó su valor?

De los de su misma casa y cámara, ¡cuántos desertaron de las banderas, incorporándose a situaciones incompatibles con la síntesis político-religiosa del caudillo! Y, ¡fenómeno singular!, casi la mayor parte de los moderados entre sus adversarios, con las duras lecciones del tiempo, convirtiéronse al capítulo sustancial de su doctrina: la moral religiosa, el orden y la justicia, la adecuación de la ley al estado social y la firmeza de la autoridad.

¡Triste es decirlo!, y había de callarse, si no fuera evidente el hecho: al rededor de aquel famoso político, quizás porque él absorbió todo como una esponja enorme y recogió el calor total, astro de soberana atracción, no se formó y desarrolló un verdadero partido, con los caracteres de unidad, de régimen y disciplina, partido que recogiese su herencia, la acrecentase y la esparciese. Arbol colosal de los trópicos, cubría una gran extensión con el parasol de sus ramas; y al caer, ¿no quedaron, en la superficie de su influencia, sino arbustos para la sombra y vegetación de enfermedad?

El fué casi todo en su círculo y en su país: de entre sus parciales, muy pocos, sustraídos a su seducción dominadora, lograron obtener simpatía y popularidad. Se hizo el vacío en torno de todos ellos: era la inflexible lógica de los acontecimientos. Era el sol: al apagarse desaparecería el sistema, y vendría el caos. El instinto popular despedazaría las riendas; muerto el domador, la fiera, no bien domada, recobraría sus instintos...

La opinión se inclinó llanamente hacia los estadistas de Cuenca y a quien entonces los representaba, para fundar la República ideal, de limpieza como sobrehumana: debíamos realizar un episodio de Tito Livio. Casi en seguida, el monstruo del militarismo arrinconó las ínfulas de Camilo: aquél, como los caimanes de los llanos de Venezuela que describe Humboldt, había estado dormido bajo el bohío, y de repente alzóse con el bohío y sus moradores sobre las recias escamas. Tornó al palenque el militarismo nacional; el vivaz Urvina alentaba, y pudo lidiar y vencer: teniente fué suyo en el campo de Galte el joven Alfaro, gran promesa de dictador: se iba encadenando la historia en un proceso de hierro...

Antes, los maliciosos liberales habían pedido al timorato y civilista Borrero que se declarase dictador, y provocase una asamblea constituyente, arbitrio socorrido en el Ecuador desde los tiempos del general Flores. Detrás de esa intriga, se deslizó la traición en los cuarteles, y a un traidor se le improvisó caudillo para un gobierno de sarracenos... La dinastía militar, la que imperó hasta ayer, tuvo cuna el 8 de septiembre,

día mil veces maldito, que tuvo por aurora el beso de Judas...

Resucitó el peculado, la horda militarista cubrió el territorio; y hasta se acordó, después de 1881, la dictadura del soldado que usurpó el poder por el camino de la traición... Como en 1851 y 1860, un poderoso movimiento nacionalista aventó al Jefe dictador a playas extranjeras. Casi todos los partidarios del héroe mártir, unidos a los moderados y a la masa neutra, formaron el vasto movimiento de la Restauración. Pareció que entonces había de revivir la parte sustancial del programa de García Moreno. No se dudaba que uno de sus cooperadores asumiese el papel de protagonista. No fué así: lo asumió un político novel del Guayas, de grandes arrestos, de ingenio y valor.

Desarrolló buena parte del programa del famoso estadista, en pasmosa actividad, hasta en las zozobras de constante lucha y extendió por el territorio el empuje civilizador. Parecía que con Caamaño habíamos recuperado algo de la perdida grandeza. Pero él no aspiraba a una concentración nacional con la norma de justicia, progreso y energía que representaba el prócer sacrificado el 6 de agosto. Los diversos matices de la comunidad católico-republicana se dividieron en dos fracciones, definitivamente, por divergencias de temperamento, por celos de predominio, por nimiedades de detalle.

Caamaño consintió en dividir a los católicos y republicanos que se organizaron en 1883, y se hizo llamar jefe de una fracción de ellos. Dividida la colectividad, se produjeron la dispersión y la caída: roto el arco, no disparaba la saeta: fué la desolación, en un cúmulo de extravíos,

rencillas intestinas y claudicaciones: las vísperas bizantinas de la venida del conquistador...

Lo demás es lo vivido por nosotros, lo palpitante, lo de ayer, la dictadura más larga de nuestra historia, la anarquía a medio organizar, la crisis del patriotismo, la bancarrota de la justicia, la formidable máquina de los impuestos, la mayor que puede soportar la acémila humana castigada con el destierro del mundo, el saqueo del Erario, el avance extranjero y la impotencia nacional... ¡Por Dios! ¿Adónde hubimos llegado? ¿Qué somos? ¿Y adónde vamos?...

¿Estéril ha resultado la sangre del mártir? ¿Se le ha borrado del libro de la vida? ¿No queda el fuego sagrado en el ara, donde se sacrificó el genio de nuestra República?

¡Solemnes preguntas a que debemos dar respuesta, ingratos ecuatorianos!...

### El culto a la gloria

Han desaparecido tal vez todos los que actuaron en la brillante historia de García Moreno. En torno a su sepulcro, estamos de pie los que aceptamos el legado de su alma nobilísima, los que alcanzamos las últimas olas de su prodigiosa expansión: la juventud que le conoce sólo en la historia y no puede negarle homenaje de respeto y simpatía; el pueblo que sabe bien que, si algo resta de sobresaliente en este país, procede de aquel hombre excepcional, que, para inmortalizarse, ascendió a la cumbre del martirio. Selló él con su sangre nuestro sagrado símbolo *Religión y Patria*; y *Religión y Patria* se escribió en su bandera, empapada en el purpúreo licor

de su corazón. Esa leyenda compendia el programa: *Dios, Patria y Libertad*, leyenda de los buenos caballeros de la ciudadanía.

Esta generación nueva no viene a justificar equivocaciones ni a aceptar responsabilidades, por más que correspondan al augusto personaje. Ciertamente que a él se le ha abrumado de cargos, sobre todo después de muerto. Resulta fácil imputar culpas y desvíos a los que duermen en la tumba, como acertadamente observó Julio César: *Causam peccati facillimi mortuis dellegare*. Pero, aunque tamizados por la crítica y absueltos en gran parte por la justicia, no aceptamos en nuestra cuenta errores y flaquezas, por más que vengan del modelo y del prohombre. No en vano han pasado los años, y aunque el cauce y el torrente sean los mismos, distinto corre hoy el caudal de las aguas. Aceptamos sí con amor, con reverencia, la limpia doctrina, la esencia espiritual, el perfume de verdad y de hermosura de aquella alma que respiró en esfera superior. Depurado el programa por el tiempo, rectificado en las circunstancias presentes, nos declaramos sucesores del caudillo que mantiene en nuestro pueblo la tradición religiosa y la pasión a la Patria. Tuvo el heroísmo del creyente y la locura del ciudadano: las nobles partes de su ser quedan para alimentar la llama cordial de tan sublimes ideales...

Así se encadena su obra de fe, de patriotismo, con nuestras débiles tentativas de reconstitución nacional. Ventajosamente, los errores y faltas del eminente político han pasado a mano de sus enemigos, herederos de aquéllos, a título universal. El político tan acusado y maldecido, bien puede decirles: «Mis pecados son vuestras



virtudes: *Num men peccata virtutes tue sunt*, según escribió el valiente doctor San Jerónimo. Así es como, en las luchas del bien y del mal, las menguas de los varones sin tacha pasan a ser noblezas y ejecutorias de sus adversarios; y así es como los residuos mismos de nuestra depuración se recogen por nuestros rivales...

No proclamamos, al conmemorar al eminente repúblico, el exclusivismo de partido: García Moreno representa altísima gloria nacional, gloria americana. Magnífico ejemplar del linaje español, su vida pertenece a la historia universal, y su nombre es el segundo nombre que tiene el Ecuador en el senado del mundo. El pueblo ecuatoriano inclínase respetuosamente ante la memoria de quien le dió la vida en holocausto, genio indiscutible, centro de atracción de nuestros anales. En su glorificación, puede decirse lo que la señora de Girardin escribió, a propósito de la recepción de Víctor Hugo en la Academia Francesa: «Hoy desaparecerá el espíritu de partido, quedando sólo el partido del espíritu»...

La mayor porción de los bienes sociales corresponde a un interés común: el territorio, el orden, la riqueza, el régimen constitucional, el talento, el valor y la virtud de los hijos de la Patria. Ante tales excelencias, división no cabe, y todos los ciudadanos, fieles somos de un solo culto—el culto nacional. Los partidos se determinan por los puntos de divergencia sustancial que no se transigen, sobre todo cuando la divergencia se produce, ¡ay!, por la estéril y baldía negación, en frente de la afirmación de la verdad, cimiento y remate del edificio.

Que el dinero, el arte y hasta la beneficencia han de ser políticos y patrimonio del partido,

no puede proclamarse, dentro del que tal nombre merezca, sino por una secta de subsuelo, paréntesis social, donde se incubaba la putrefacción de la anarquía.

Conocemos, sí, que perdura aún la inquina, que la envidia mordería el bronce de la estatua del genio, que tiene desde años atrás su simulacro en Roma: allí, bajo las doradas cúpulas, reciben homenaje los varones ilustres de Plutarco, junto a los mártires y príncipes cristianos. Cosmópolis, la ciudad señora, París, se apresta a la pleitesía que Francia rinde siempre a la fama. Muy luego el arte de la divina Italia esculpirá la figura del gran hijo del Guayas, para los jardines del Vaticano, donde las abejas virgilianas liban en los lirios y rosas de Cristo. Para nosotros también llegará la serenidad de la hora, en que logre nuestro grande hombre el perdón a su gloria. Después de un siglo de turbulencia, tiempo es ya de que se haga la paz en el panteón de los inmortales. Indignos seríamos del imperio del espíritu, indignos de Dios y de la Patria, si no cumpliésemos con este sagrado deber del culto nacional.

¡Que la mole de su monumento se levante orgullosamente al pie del Pichincha, como una montaña de soberanía, de excelsitud, de honor; y que la República ecuatoriana al fin se reconcilie con la grandeza y con la gloria...!

## VIRGILIO

### DESPUES DE DOS MIL AÑOS

*Discurso pronunciado por el Sr. Dr. D.  
Remigo Crespo Toral, en la velada del 15 de  
Octubre de 1930, en el Teatro Sucre.*

*Semper honos nomenque tuum lan-  
desque manebunt.*

Siempre será tu nombre, tu honor  
y tu alabanza.

(VIRG.—ÉN. I.)

---

Celébrase hoy, quizás la mayor apoteosis de Virgilio, el poeta universal, el poeta eterno. Hasta en estos ignorados confines del planeta, a la luz de nuevas constelaciones, se dan también los cultos seculares al creador, al adivinador, al vate, cuyos versos con la frescura del manantial, nos sorprenden y seducen, tanto como a sus contemporáneos, duplicada la emoción por el asombro de que, ha dos milenios, un varón escogido pensó, sintió y amó también para nosotros; y pensará, sentirá y amará todavía con las generaciones de mañana.

Este prodigio de la corriente tradicional esparcida en los pueblos y amorosamente correspondida por ellos, nos convence de que la humanidad, a través de las centurias, gran familia es—familia única—y que el espíritu—sutil esencia—junta los muertos a los vivos, los de ahora a los de más allá. El océano de la vida, en el tiempo y el espacio, se derrama en todas las riberas, y esparce espuma rociando las estrellas:

*Ter spuma elisam et rorantia vidimus astra.*

Nosotros—cristianos, que sobre las cenizas de los dioses muertos—sorprendemos en las sagradas tumbas, las chispillas de oro de los símbolos helénicos; nosotros, separados del viejo mundo por mares que no conoció Neptuno ni a donde llegó Jasón, somos también de la estirpe intelectual de Homero y de Virgilio. Ellos vinieron a esta India oculta y prometedora, a hurtadillas, detrás de la cruz, a manera de flores adheridas a aquel árbol de austeridad.

Ayer, decía yo saludando a Dante, heredero y hermano del vate latino:

«Virgilio, nacido en los aledaños de Mantua, en el rinconcillo de ANDES, vive también aquí, en la dulzura del idioma, en el ritmo de la inspiración que alienta al pie de la más excelsa cordillera del mundo, la que por asombrosa correspondencia y asociación de ideas y sentimientos, se llama los ANDES».

¿Qué humanista, qué monje vidente de las escuelas virgilianas de la Edad Media, pudo sospechar que este colosal baluarte del globo, que lo afirma de un polo al otro, hubiera de tener, por industria del acaso, el mismo nombre de la

patria del poeta? ¡Santo decoro para la índica tierra, culminante triunfo del genio latino, que vino acá con Cristóbal Colón, que pudo llamarnos Columbia, la que—por intriga de los hados—se trocó en el nombre de un oscuro geógrafo: Américo: uno y otro, en cambio, nombres de Italia, tierra de milagro, sede de inmortalidad, altar y cumbre, península adelantada como muslo de gladiador de la historia y pie asentado sobre el Mediterráneo—mar en que más largamente ha navegado y navegará la barca de la civilización!

### El poeta de la tierra

Nacido junto al Mincio, su genio surgió de la gleba, con la limpidez de un alcacer nutrido por el rocío. Hasta que el bozo, como plumón de seda, le prometió la gracia de la toga viril, no conoció tal vez la Roma consular y batalladora: reteníale el amor del suelo, para la labranza, en la inocente compañía de las bestiecillas humildes, para aprender en su ciencia del instinto, las labores, el ahorro, la mansa serenidad. Moreno, con el color oscuro del oro de los trigos que esconde la blancura del candial que es su virtud, robusto por el humus nutricio del manjar campesino, casto como lirio que se cierra para defenderse del céfiro falaz, dulce como la miel de los panales; no aspiró, en la huraña mocedad, sino a gobernar el rebaño de pintadas cabras y de ovejas y a alegrar las faenas pastoriles, soplando, con ritmo de paz, en la zampoña:

De hermosa grey pastor y él más hermoso,  
*formosi pecoris custos, formosior ipse.*

Una iniquidad, que podía llamarse política, arrancóle a sus soledades. Del monstruo de la guerra procedió el despojo. Los legionarios pedían tierras, y había que darlas a esos dueños y señores armados, arrebatando a los campesinos su tesoro, esa como alma suya y de sus antecesores: entre los desheredados Virgilio y su padre. ¡Cómo lloraban la despedida hasta los terrones, los sauces viejos, las aguas murmuradoras, el tizón del hogar y los corderos arrancados al redil! Los campesinos habían de ir lejos del terruño, al Ponto, a Scitia, para morir de dolor. Esa la íntima tristeza de las cosas, de las que se despedían los pastores, los pobres granjeros, las hembras desoladas.

Virgilio va a Roma a plañir por la heredad perdida, que la codicia del soldado tenía por suya. A Roma fué a recaudar el rinconcillo de Mantua con la flauta de pastor. Y la flauta domó a las fieras del poder y a los voraces legionarios, se abrió senda hacia el Capitolio, para deslizarse al oído de Mecenas, para llegar al amor de Polión, a la indulgencia de Octavio, al corazón de las sensibles matronas de palacio. ¡Ah el triunfo del canto!

Ya vendrían más altas victorias. Después de una recitación de versos del poeta de la campiña, hubieron de levantarse en masa los concurrentes al espectáculo, exaltados por la armonía que en efluvios de fascinación enloqueció las almas. Los versos triunfaban sobre Roma, tanto como las haces imperiales. ¡Ah tres veces, cuatro veces afortunados poetas! *terque, quaterque beati!*

El secreto de la victoria procedía principalmente del oloroso hálito campestre que venía a

refrescar la fiebre de placer y la glotonería de fama de la ciudad acostumbrada al ritmo de acero y al estro de marfil que cederían a la simplicidad agraria, a la ternura sentimental, a la pintura de los risueños cuadros de la naturaleza. La sociedad de conquistadores, la urbe señora, los austeros senadores, rindiéronse al hechizo de la poesía de la tierra, a la pasión del labrador por el surco, por la cabaña, por los toros arrogantes: el caballo generoso, el perro fiel, las cabras saltarinas, el palomar, hasta los lechoncillos blancos dignos de ofrendarse a los dioses; la república de las abejas, la campaña estratégica de las hormigas, el amor honesto, la placidez de las horas, el cetro del arado para gobernar el suelo, no envidiado aún por los poderosos de espada y por la codicia y ocio de los plebeyos.

Y desde el campo de la égloga, levantar el vuelo a más altas regiones, a los astros, descender luego al lago de las sombras, a la ciudad de Dite, a la muchedumbre de los precitos, sorprender al padre Orfeo, a la inconsolable Euridice y a Elisa que habla con el gran silencio y mira con mirada de llama del Cocito, al que traicionó el amor.

Al cabo, traer los restos de Troya a la tierra de Latino, a Italia, futura madre de las mieses y los héroes:

*Magna parvis frugum Saturnia tellus.  
magna virum.*

El poeta de la naturaleza, que dió alma al paisaje quizá por primera vez, desde el cerco de lumbre que rodea las estrellas, hasta el tallo de hierba, desde los monstruos oceánicos, hasta la

golondrina de primavera, él sintió todo el encanto, la ansiedad de vivir y el delirio de la naturaleza. ¿Qué árbol pretirió su numen, cuáles las flores cuyo perfume no entregó a las auras? En sus poemas desfila toda la historia natural, desde las focas hasta los peccillos de colores, desde el escorpión hasta el insecto: el león opulento, el tigre traidor, las aves de la domesticidad cariñosa, las garzas desplegadas como grandes flores blancas al viento, el jabalí de ojos de sangre, el ciervo que ciñe a la cornamenta la rama de laurel.

¡Qué hermosura de la tierra, aunque enferma y casi siempre triste! el contraste de las estaciones, la convulsión del volcán que se dispara contra el cielo, el alarido del mar en los escollos, el mar a que el esteta amó con ardor pasional, sus olas de oro teñidas de sol, coronadas de nivea espuma y de delfines de plata; el mar en tempestad abriéndose en vastos canales para devorar las naves; la voluptuosidad de las mareas, el lánguido tremor de la resaca; el mar de Sicilia encumbrado en penachos en el estrecho de Caribdis; el mar dormido a la luz de la luna sobre el golfo Partenopeo, en donde será la tumba del poeta... ¡Oh su deliciosa poesía de ternura a la tierra materna, altitud de su canto hasta los astros! A los mismos dioses confunde el poeta, en los repliegues, matices y cambiantes de la naturaleza, sus dioses esfumados en la niebla, sutilizados en el éter, diseñados en el iris, cabalgando en el viento, acechadores en el cristal de las aguas, personificación de las cosas, su vida oculta, más bien que seres reales, creación de ensueño, obras de hechicería, emanación del numen creador; dioses redimidos del pecado de los



poetas griegos, dioses bautizados ya con el agua, preludio de la que pronto había de brotar en el Oriente, iluminado por los vaticinios...

El valor máximo del hijo de Mantua, su renombre perdurable proceden del amor a la tierra madre, a su sanidad, a la delicia de su paz. La gran poesía hasta la del himno y el salmo, los poemas de la guerra, la alegría pasional, la épica civil, el raudal de llanto que amarga las olas del Ponto, no poseen la atracción y el filtro de inmortalidad de la poesía campestre, a donde regresan las almas después de estériles viajes, a través de la aridez urbana de falsías, fiebres, inquietudes y vanidad de hermosura. La madre tierra, ella la cuna, la nutriz, el lecho del sepulcro: Virgilio dió, de esa madre, el arte, la ciencia, la religión.

Y este poeta arranca de la realidad, para embellecerla, adelantándose hacia los modernos. Los analistas del sentimiento, los artistas experimentales, los psicólogos rebuscadores de la inconsciencia, podrán aprender en Virgilio la precisión del diseño, la interpretación del espíritu del universo, la gradación pintoresca, la música que completa el idioma de los seres, espirando en las trémulas notas de la melodía.

#### El poeta de Roma

La Eneida es el poema de Roma; y Roma, la nunca muerta Roma, antes testa coronada del mundo, hoy y siempre su cabeza espiritual.

Después de los hermosos siglos de la República, las contiendas intestinas produjeron los caudillos: las sublevaciones de la plebe habían de traer la venganza de los patricios y con ello

los caudillos inevitables para la tiranía, venidos de arriba o de abajo: Mario, Sila, el relámpago de Catilina, para llegar a César y a Pompeyo, y después de la rota de éste, los rivales Antonio y Octavio.

Cupo a éste la fortuna de levantarse en el **DIVORTIUM AQUARUM** de las edades. Entonces Roma, más que el imperio de Alejandro y de los conquistadores asiáticos, afirmó el poderío sobre toda raza y gente y nación. En esa mitad de la historia, esplendió la cultura latina en el zenit. El arte, la poesía presidieron los juegos olímpicos y las jornadas marciales. Encendióse el astro de Virgilio, el vate que se adelantó a los augurios de Roma máxima, ciudad imperial y eterna. La paz de Brindis era la paz del mundo.

Quedaba en el horizonte el destello del largo crepúsculo de oro de Grecia, que debía encarnarse en Roma. Imposible separar a Grecia de la nueva cultura, nacida en la Hielade germinal y avasalladora. Los poetas crean las teogonías, descubren los orígenes, descifran los signos del destino y trazan los derroteros, para que los muertos que no deben morir, resuciten en las nuevas edades, y la humanidad se encadene, en el raudal del tiempo que no se corta ni retrocede, manteniendo la unidad, hilo conductor de la historia.

Virgilio trajo los Penates de Troya y al piadoso Eneas, a fundar el Imperio romano, que debía juntar el Asia milenaria con la novel Europa: Troya para Italia, Eneas para Lavinia. Una gentil venganza de la heroica Ilíon contra Grecia vencedora. Aquiles y Agamenón habían de ceder el cetro a un consanguíneo de Priamo. La empresa griega fué por la adúltera Helena,

la de Eneas por la casta Lavinia. Con tan grandiosos presagios, había de fundarse la ciudad regia, consular y cesárea. Y Roma desde Augusto, sería más que Grecia alejandrina; la gran patria, el Capitolio—caput—cerebro, brazo, la balanza, el hierro y el oro, el arado: toda la civilización, que más tarde pondría la cruz como remate de la espada y de la corona imperial.

Antes de arribar a las playas italianas, el Hado conduce a Eneas hacia los pensiles de Cartago, donde la hermosa viuda de Siqueo, Dido, envuelve al peregrino en dulce hechicería. La Reina intenta ligar a Troya y al piadoso Eneas la fortuna de Cartago. Pero los espíritus conductores del héroe vigilan al huésped, que no es para el Africa secundaria, sino para Europa.

¡Cuadro estremecedor, que cierra el gran ciclo de la tragedia griega, aquél de la sin ventura Dido, víctima de la fatalidad, por la esquivéz de Eneas! Este, desde la popa de su nave capitana, contempla con majestad de austero dolor, las llamas de la hoguera que consumirán los huesos, ya consumidos por el amor, de la reina de Cartago, cuya venganza vendrá muy tarde, cuando las huestes de Hannón acampen frente a los muros de Roma. Pero Roma vencerá, y su soberanía dispersará las cenizas de Cartago, donde plañirán los vientos los adioses de Dido, reina predecesora de otra menos bella aunque arrogante—Cleopatra—que subyugó a su infortunio los hados de Antonio. Cartago siempre en vano intentaría levantar la cimera de sus murallas, desafiando a las siete colinas de Roma.

Roma nació de la poesía, y la poesía es inmortal.

Eneas se adelanta sobre los mares, a merced de la tormenta que levantan dioses y genios conjurados contra la audaz aventura. ¿Dónde la ambicionada Italia? ¿Cuándo será la siembra de gloria para heroísmo y grandeza imperatoria?...

Así, en venideros siglos, en la travesía del océano tenebroso, un nauta genovés desorbitaría los ojos sin encontrar tierra. Así Eneas no adivinaba, detrás de las crestas de espuma y de las montañas de sombra, la requerida costa, hasta que debajo de una cortina de niebla, como América a la vista de Rodrigo de Triana, apareció la Virgen Italia para la sorpresa del fiel Acates:

La aurora florecía y ausentes las estrellas  
cuando lejos oscuros collados asomaron.  
Italia, Italia exclama primeramente Acates,  
luego Italia repiten alegres camaradas.  
*Italiam, Italiam primus conclamat Acates,*  
*Italiam lacto socii clamore salutant.*

El anciano Anquises llena la copa con vino de oro e invoca a los dioses. ¡Es el descubrimiento! algo como el del Nuevo Mundo, pórtico de hechos grandiosos, tantos y mayores como los trabajos de Hércules. Ya el Asia y Europa trabaron alianza de perennidad.

Luego la conquista, en jornadas como las de Troya. Evandro acoge a Eneas, a quien el rey latino ha prometido dar su hija, la virgen Lavinia. Pero Turno, con el derecho de casta, con el título regional, en nombre de los antepasados, disputará a Lavinia para mantener la primitiva limpieza del linaje de Ausonia.

Y en certamen de sangre, en justa de honor y valentía, vence el caudillo extranjero, por el poder del Cielo, exclamando:

«Mi progenie arranca del supremo Jove,  
«*Et mihi genus ab Iove summo*.  
Y Jove declarado había;  
«A la empresa no puse de aqueste pueblo límite,  
díle imperio sin fin».

Y el adversario digno del hijo de Ilión: Turno no le sobrepuja en arrogancia, por el señuelo de la noble causa que defiende, por la osada tenacidad, por el sacrificio y la santidad del patriotismo. En él resucita Héctor, Eneas ha de resignarse a empequeñecer su grandeza, ante Turno porque en éste, se comprendía la de Italia, heroína de la historia, la madre de Roma épica y legendaria.

Roma más allá del Eufrates, remontará sus corceles en la India misteriosa, lanzará sus naves en rutas nunca sorprendidas, en los senderos del sol, por sobre la meta de los años, encima del celífero Atlante que hace girar sobre sus hombros la esfera tachonada de estrellas, hasta el Caspio y las lejanas grutas de donde surge el misterioso Nilo.

El Lacio sea, sean por siglos los albanos reyes  
y poderoso sea el romano linaje por el valor de Italia.  
*Sit Latium, sint Albani per saecula reges,*  
*Sit romana potens Italia virtute propago.*

### El poeta futuro

Así se llamó Virgilio, en un arrebató de ingenuidad: poeta no sólo de su tiempo, sino de todos los tiempos, que habían de comprenderle y emocionarse con sus versos.

Para llamarle poeta, no sólo de su edad, sino de las venideras, desde luego, nos sorprende

con escenas como las de ayer, las de hoy, de la vida corriente. El rey de la lira, cantor de batallas y peregrinaciones marinas, cultor del culto de los héroes y los dioses, baja también a la arena de los juegos, a celebrar a los vencedores de los certámenes olímpicos: en las ágiles regatas, en el tiro al blanco con la saeta disparada sobre una paloma, a la que diestro contendor arranca el hilo que la sujeta al mástil y otro la mata cuando se encumbra por los aires. Y el lanzamiento del disco, la gallarda carrera ecuestre, la no menos emocionante a pie de los mancebos y hasta la lucha de los feroces campeones de ese viejo deporte de los boxeadores.

Y en el sector espiritual y sentimental, él es nuestro como de la Edad media, del Renacimiento y de los modernos siglos. El sintió soplo insólito que le encendía para otros amores que no eran los de su tiempo: bullió en su pecho el gérmen que ya era flor en el oriente—algo como el Evangelio de Cristo, la sangre del gran sacrificio: el árbol de la cruz, como el de Polidoro, que reventaba en sangre. Quizás su intento de entregar la Eneida a las llamas obedecía a un pudor, a una alta virtud, no conocida entonces, y de ese maravilloso libro puede decirse que fué rescate de culpas no cometidas, según acertada frase de Giovanni Papini.

Las anticipaciones cristianas saltan entre las cadencias de los poemas virgilianos, a manera de flores exóticas y desconocidas, arastradas en la corriente de armonía.

Los dioses de Virgilio cuán distintos de los dioses de Homero: aquél cubre con discreto velo la antigua impudicia de los poetas, que trasladaron a los dioses las culpas de los hombres. La

inverecundia de la fábula en los poemas virgilianos, se esfuma, casi desaparece; los dioses se mueven en un ambiente de elevación, como iluminados por celeste lumbre. Amanecía el Cristianismo: sus emanaciones llegaban, desde lejos, a la poesía occidental.

El poeta futuro no ha de mancillarse con la lengua maligna, dijo él en palabra de virtud. Desde lejos, desde la Palestina de sol, rubia de trigo, purpúrea de vino de misterio, llegaban a Roma ya inspiraciones de una moral filtrada en el tamiz de la poesía.

El poeta futuro que maldijo su edad «sin color, en que reinaban la ira de la guerra y el amor de la riqueza», algo vertió, unas gotas, del Sermón de la Montaña, en el raudal de los hexámetros.

Y el perdón, la dulce piedad, no sólo para los muertos, también para los vivos. El puso en sitio de tormento al enemigo de sus hermanos, al que denostó a sus padres, al traidor de sus amigos. El dolíóse amargamente de los incógnitos esclavos de la batalla, esos que hoy se llaman el héroe, el soldado desconocido:

Almas viles, turba insepulta, por nadie llorada,  
tendidos quedarán en los campos de batalla.

El episodio de los incomparables amigos Niso y Eurialo procede de aquella íntima simpatía que ya culminó en la de Coridón y Alexis: el amor en la amistad, la afinidad espiritual, la dulce compañía.

Niso y Eurialo, en el campo de sangre, disputan morir; y muerto el uno, el otro busca entregarse al amigo para el abrazo del eterno

sueño. Esos adolescentes de tan subida hermosura del alma, pertenecen a una edad que no es la suya. Preludian el martirio de los adalides de Cristol: su sacrificio su multiplicará más tarde en la arena de los circos, en el anfiteatro, frente a los atrios proconsulares. El poeta estimó aquel idilio de la muerte, como lo más precioso y tierno de su poema, título máximo de su glorificación. Por ello, de los héroes niños, dijo a los venideros siglos:

«¡Feliz pareja! Si mis versos algo  
logran, perpetuamente, en la memoria  
vivirán de las gentes, mientras pueble  
el linaje de Eneas  
el inmoble peñón del Capitolio  
y rija al mundo Roma soberana».

Entre tantos primores de ternura y de pasión, ¿habrá uno más excelente que el de la virgen Camila, aquella Juana de Arco de las tierras del Latino? Casandra no merece comparársele, ni la audaz Pentesilea. Camila es una virgen de la edad venidera, en ella arde la sangre del Calvario, esa sangre cuyas gotas todas se estremecen, como cantó Alighieri. Por el suelo natal, en guarda del natío y de los paternos lares, largamente vencedora, el parecer invencible, sucumbe al fin en trance de heroísmo, sólo igual en esplendor, en eminencia, para la simpatía universal, al sacrificio de la Doncella de Orleans.

Por esto, por mucho más, nuestro es Virgilio; y sus poemas, para este siglo y todavía para los siglos que vendrán.

*Nulla dies unquam memoria vos eximet aevo.*



### El poeta de la raza latina

La raza latina no radica su existencia únicamente en el vínculo irresistible de la sangre que dijo Cicerón—*Potius non est sanguinis consistere*—, sino en la empresa colosal que Roma presidió, en la homogeneidad de las ideas matrices, en el empuje civilizador, en la conquista de ciudades, tierras y mares para la cultura de Occidente.

El latinismo, por el arte, por el idioma, como puente para que Grecia pasase a las tierras del ocaso y a todo el mundo y difundiese, mezclados al genio romano, la gracia y el numen helénicos, se caracteriza por la universalidad.

Los bárbaros, bretones, germanos, francos, eslavos, que llegaron (que llegarán) en invasiones seculares, a los dominios de Roma para raerla de la faz de la tierra, se contagiaron presto de su grandeza, se rindieron al efluvio de su numen, a la seducción de su varonil hermosura. Los vencidos enriquecieron los ásperos idiomas suyos con las dulzuras y cadencias de las hablas mediterráneas: de Grecia, la madre que habíase entregado, toda entera, a Roma ya grande y única.

Integra subsiste la cultura latina, con el hechizo poético, con la pureza de la línea y el contorno para la imagen, la concisión para el ajuste de la idea en las formas, la transparencia del concepto, el curso armónico de la frase, para la impresión emocional; todo ello patrimonio latino y cristalización de él—la obra de Virgilio.

En el tesoro artístico, para empleo diario, para imitación constante, están allí los primores

y detalles del arte imperecedero: el ensamble del ritmo del pensamiento en el ritmo de la palabra, la amenidad de los contrastes, la exquisita selección de los epítetos, la sobriedad del pincel, la traslación del sonido y del movimiento de los seres al metro armónico, la aristocracia de las voces que elevan e iluminan los más vulgares asuntos: ¡qué artista y qué selecto su arte! Por él vendrán los grandes siglos que anunció; por él la eterna Roma será cabeza prevaleciente como presintió Ovidio, con él se realizará la virtud de la fé, de la justicia y del honor que cantó Horacio.

El vate profeta también de su gloria, de su raza, predecesor del Cristianismo, anticipóse a los ritos de su fama:

«Tentaré, dice, la vía en que pueda levantarme sobre la tierra, vencedor en lengua de la fama, el primero yo en la patria, para traer a las musas».

*Tentanda via est, qua me quoque possim  
tollere humo, victorque virum volitare per ora.*

El adivina, desde la cumbre ausonia, la glorificación de Mantua, la dichosa tierra natal. «Levantaré, añade, para mi Patria un templo de mármol en la verde campiña junto al cristalino Mincio. Yo allí, como un rey, revestido de púrpura de Tiro, desataré las cuadrigas con cien carros. Vendrá conmigo Grecia a mi llamamiento. En puerta de oro y de marfil, haré esculpir las armas de Quirino, triunfadoras sobre pueblos y gentes, desde la Bretaña hasta los Partos y el Asia domeñada, llegando a la materna Troya».

*Ab Jovi gentis  
nomina, Trosque parens et Troie Cynthius auctor.*

Es la proclamación del predominio latino, la de su poder ecuménico, la de su grandeza trascendental, la de la Roma céntrica, imperio de la tierra, que levantará su genio hasta el Olimpo:

*Illa inclita Roma  
imperium terris, animosque aequabit Olimpo.*

#### El poeta mesiánico

En la cima divisoria de los tiempos, en el imperio de Augusto, en los años de la paz, se produjo la poesía de Virgilio, flor de una nueva primavera.

Nerviosa inquietud embargaba las conciencias; rugían los arúspices en convulsión adivinatoria y la Sibila anunció la renovación, el advenimiento de un ser superior, entrevisto, esperado, desde la cuna de la familia humana. En el palacio de César, hablaban los augures; y un estupor universal hacía que los rostros se inclinasen, en espectación, hacia el Oriente, de donde vendría la salud.

Herodes, un Rey del Asia Menor, trajo a Roma la confirmación de los vaticinios. El Restaurador vendría... el Restaurador vendrá... ¿Quién es él? ¿Dónde está él? ¿Trae la paz? ¿Llegará con el cetro del imperio?—Incertidumbre, ansiedad, alucinación, terror...

El vate es profeta: a él se le revelan también el secreto de los tiempos, los signos de las estaciones de la grande historia y las paralelas

rutas estelares. Para el poeta auguran las Sibillas y los tripodes se estremecen declarando el oráculo.

Virgilio el mago que platicaba con los espíritus del aire, que descifraba los arcanos de Cumas, el misterioso viajero que con Orfeo visitó las moradas de dolor y se bañó en el Alba de los Elíscos Campos, sintió sobre su cabeza pasar las alas de la inspiración. El la merecería como un justo de su tiempo, como un elegido del cielo para transmitir el secreto de Dios a las épocas remotas. A propósito de un asunto doméstico— el próximo nacimiento del hijo del amigo Polión, entregóse al delirio augural y dictó los versos sibilinos, poema de prolongación universal, incomprendible entonces, que había de evidenciarse en vísperas de la edad mesiánica con el anuncio de la quietud del Reino en el milenario distante y perdido en las postrimerías de los siglos.

La gran promesa, la profecía para la humanidad: la progenie nueva que descende del cielo, la Virgen Madre; la éra que comienza de grandes centurias, el preludio de la paz venidera, allá muy lejos, después, muy tarde.

Este vaticinador se añade a los encumbra- dos profetas hebreos, es el último de los profetas. Píncela con rayos de sol, sobre los campos latinos, las delicias del siglo de oro que hasta hoy no conoce el mundo, enfermo, dolorido, ensangrentado. Debe enderezarse el eje de la tierra, la que tendrá entonces la lozanía de otra juventud y será Rey el hijo de la Virgen, vencida la serpiente antigua, renovadas las cosas. Idilio de la tierra que cantó Isaías, se transmitió, por el camino del relámpago, a los hexámetros de Virgilio. Este anunció también al Salvador, no

viéndolo sino a través de la niebla poética, en el éxtasis de la serenidad campesina. ¡Ah si hubiera conocido al hijo de Jehová, al divino Adonai, al Santo de la promesa! Y bien mereció conocerle! Habríale visto enamorado de las campiñas, de la montaña y de las aguas, solicitando encarnarse en la blancura del trigo, en la sangre de la vid, rodeado de niños y vírgenes, de corderos y palomas, apasionado de la naturaleza, huyendo de las ciudades, orando en las cumbres —trono y cátedra suyas desde donde dictaría el código de la bienaventuranza, ambulando en las orillas del lago, para vaciar el ánfora olorosa de las parábolas, acariciando los lirios que bajo su mano se plegaban como párpados para un sueño de amor:

«De hermosa grey pastor y él, más hermosos».

Mas de esta faz semidivina de Virgilio, no os debo hablar yo. Corresponde ella a la disertación del poeta erudito a quien inmerecidamente precedo en la palabra, al vidente de los pocos que se han construido un observatorio espiritual, para contemplación e inquisición de los altos misterios que flotando debajo de las estrellas, no siempre llegan a la miseria de la tierra y a la obscuridad de las inteligencias. (1) «La profecía —escribió San Efrén— antorcha es que luce en lugar oscuro y no disipa todas las tinieblas». Así acontece, por la ceguedad de la culpa humana y la cerrazón del horizonte, en cuya sombra no acertamos a romper una abertura que dé pa-

---

(1) Se alude al Sr. Francisco Gómez Hernández, quien disertó acerca de la Eglóga IV y su interpretación mesiánica.

so a la plena luz de los cielos, murada por la atmósfera que es nuestro paño de duelo.

Del profeta de Mantua sabréis luego—por boca de un intérprete de su numen—algo oculto, que se ha deslizado desde hace veinte siglos y crece ahora con la comprobación del anuncio, cuando los primeros rayos de la mañana que esperamos emprenden quizás la ruta hacia nuestro horizonte.

Para dar fuerza al misterio del divino poeta, recordad que Dante, el hijo espiritual de Virgilio, se acompañó de él en la travesía de las mansiones tenebrosas, hasta llegar al pórtico del paraíso. Virgilio, ese santo de la antigüedad, vuelve al siglo moribundo, cuando otra vez se renueva el grito de Dante:

*Vegna ver noi la pace del tuo regno.*

Dante verá el regreso de Virgilio que le conduzca a los albores del nuevo día, cuando será la paz y se enterrará el hierro y será la victoria contra la muerte, bajo los cielos nuevos, en la tierra nueva.

Ya Virgilio, que en la primera peregrinación, dolíose de no haber merecido el cielo y la contemplación del alto luminar eterno, aparecerá redimido por la nueva fé y por la infinita caridad. No en vano hubo esperado, en el perezoso curso de los siglos, el alba en que comenzará el gran siglo futuro, luego que se incline el eje del planeta y tierras, cielos y mares se regocijen con el advenimiento de la suspirada edad.

*Convexo nutantem pondere mundum...  
venturo lactantur ut omnia saeculo.*

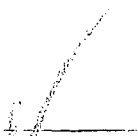
Por eso ¡providencia admirable! el único patriarca de la poesía, el único profeta del que quedan las cenizas—Virgilio— duérme en amorosa gruta del golfo napolitano. En él, aguarda los grandes siglos, como cuando cantaba en la dulce Parténope:

*Illo Virgilium me tempore dulcis alebat...*

El Vesubio enciende la llameante antorcha para los ritos funerales del poeta del universo, del poeta oriental y occidental, del anunciador de la edad de oro y del reino de Saturno. El aguarda quizás como uno de los primogénitos de la maravillosa resurrección, la primera, la de los escogidos.

También a nosotros nos ha sido dado celebrar estas ceremonias del mundo latino y cristiano, no con un CARMEN SECULARE, un poema sinisecular, sino con la humilde zampoña de los Andes, enviando desde aquí, para el sepulcro del vate, lirios silvestres y flores sin nombre de púrpura, como esas con que el poeta magno ornó la tumba de Marcelo.

Manejo de lirios y purpúreas flores!  
*manibus date lilia plenius purpureas spargam flores.*



## GONZALO ZALDUMBIDE

...En Gonzalo Zaldumbide se aprecia, además, su obra de propagandista de letras americanas, de crítico de literatura, de estilista; autor de ensayos donde se advierten, desde luego, la penetración honda y original de explorador en el mundo de las ideas, la sutil labor psicológica, la adaptación de la manera tradicional castiza, a las ondulantes, nerviosas y elásticas formas del arte francés, desde el ciclo romántico, hasta el momento presente.

Pertenece al centro de escritores americanos que colocados en París — punto de conjunción de todas las ondas sonoras — reciben en la placa del cerebro las impresiones de luz y armonía de todas las zonas, y en posición tan alta, pueden dirigir, como desde una oficina central, el ritmo de las ideas para su expansión en los países nuevos de Ultramar.

Su prestigio extenso y merecido en Europa y América, aporta honra y decoro a su patria.

Esteta por sangre y temperamento, como hijo de un caballero que hizo vida y labor de arte, posee la distinción como cualidad prevaleciente; la distinción que se traduce en la gallardía de las formas, en la corrección de la etiqueta literaria, en la limpieza de la cultura, en la actitud magnánima y protectora para los nuevos, los improvisados, todos los menesterosos que llevan la pluma en las manos como instrumento de ce-



lebridad: Un GENTLEMAN de Academia, que ejerce el ministerio de austeridad crítica, pero también la piedad, y que ha tenido triunfos en la tumultuosa república de las letras.

Hermoso espíritu y mejor corazón: ve en los demás duplicados su propia excelencia; y tiene concesiones y suavidades de gran señor que compadece a los pobres de talento y saca del fondo de la nada a los perdidos, a los olvidados, con caridad muy poco acostumbrada en el intrincado oficio de aprendizaje y magisterio de la literatura.

Su prosa, artística, derramada en corriente de emoción, tiene peculiaridades que hacen su originalidad, no estudiada, sino genial y sincera. Maneja el epíteto con maestría: ese secreto virgiliano del calificativo único y preciso lo han logrado muy pocos escritores. Su frase no pertenece a los formularios de manual y de prontuario de enseñanza, tan socorridos por periodistas y gentes menores de la casa literaria. Tampoco gusta preferentemente técnica de moda y la postura preconcebida y solemne: es un artista de nacimiento, educado para la perfección de las dotes naturales e iluminado por la belleza del arquetipo: astro conductor en las travesías del alma en pos de las Islas Afortunadas. Independiente, dueño de sí, conductor de otros, su vocación es la de heraldo, de guía.

Su pensamiento se multiplica en las fases y curvas del concepto y en veces se entrega al difícil equilibrio de la paradoja, salvando en ella la media parte de verdad que contiene, dando también a la zona de sombra de Rembrandt el atractivo que para sí demanda la zona definitiva de luz.

Que a veces la densidad de su pensar aprieta las sienes del lector y tortura a los no preparados en esta gimnasia del pensamiento: es verdad. Pero lo es igualmente que este alimento fuerte, ~~este caviar intelectual~~, no, por inadecuado a la asimilación de las medianías, carece de virtud y sustancia para fortalecer la médula y el cordaje del cerebro. ~~Séneca el viejo, Gracián,~~ Emerson, Carlyle y tantos otros no se adaptan a la incomprensión ordinaria; y las tortuosidades de su discurso y el aparente desorden de sus ideas al cabo se resuelven en una recta de luz triunfal.

Zaldumbide se recomienda además por su campaña de análisis y vulgarización de las letras hispanoamericanas y de las del Ecuador, país nunca secundario en los viejos y en los nuevos tiempos de la historia literaria. La edición de los libros de Montalvo, la reconstitución de la antes borrosa figura del Padre Aguirre, la apología del gran Obispo Villarroel, el escritor máximo de la colonia, patentizan que el crítico quiteño va hacia la empresa de la grande historia de la literatura nacional, a partir de sus fuentes.

Y eso le pide la opinión de su patria. Sus estudios acerca de letras extranjeras no tienen el interés que los del movimiento intelectual americano. En este punto, ya ha dado ejemplo valioso con el ensayo sobre José Enrique Rodó, que tiene con el humanista ecuatoriano muchos puntos de contacto, siendo Rodó más pintoresco y Zaldumbide más profundo y justiciero, y entrambos navegantes en las aguas tranquilas de la Estética pura; alumbrados por la luz distante del Renacimiento, resurrección de Grecia y Roma eternas, cuanto más enterradas en el corazón

de las muchedumbres, revolucionarias, más vivas en el alma y en el signo inmortales.

El es tipo del psicólogo, preparado para la labor del escalpelo. M. Marius André lo llama el Bourget de habla española. Reclamaráse quizá de tal comparación, por la tendencia de nuestro escritor, tan inclinado a las concesiones de la libertad, como lo fueron sus mayores, y lo han sido casi siempre los magnates y los hijodalgos de Quito, desde la emancipación.

Pero, sin inferioridades de vasallaje, Zaldumbide resulta especialista en el examen y las diferencias de caracteres y fisonomías, de hechos y corrientes de entendimiento y civilización; y se guía además por un ideal de elevación que no transige con las inferioridades del arroyo y los artificios y ficciones del arte de última hora.

Para esplendorar su fisonomía de pensador y artista, domínale la generosa pasión por el arte retrospectivo, por las humanidades clásicas, por las letras matrices greco-latinas y por sus áureos idiomas, —obras maestras del pensamiento y la civilización. Quedan en el Ecuador con él poquísimos cultivadores de la antigua manera, que vaciada en las nuevas ánforas, posee, con el encanto del arcaísmo, la originalidad de adecuación del genio antiguo a las múltiples formas del arte moderno.

América, el Ecuador reciben amorosamente el eco sonoro del homenaje a Zaldumbide. Sus amigos le damos el calor de nuestros abrazos, los patriotas de esta tierra le estrechan la mano que ha merecido tan galantes caricias.

---

## UNA PALABRA MAS SOBRE VIRGILIO

Epílogo de las fiestas bimilenarias de Virgilio en el Ecuador fué el acto académico de profesores y estudiantes del Seminario de Cotacollo, acto celebrado en el histórico Colegio San Gabriel de Quito.

En aquella noche memorable de homenaje al poeta de la raza y del mundo, sorprendió la serie del magnífico programa: la prolucción sobre el significado de la glorificación universal del vate latino; los estudios literarios acerca de «*Las Eglogas de la expoliación*» y del «*Poeta de la patria italiana*»; la recitación artística de la Bucólica IX, en lengua castellana; «*El último natalicio de Virgilio*», diálogo en griego de apoteosis del poeta de Mantua; la oda alcaica del P. Chacón; la de Tennyson traducida elegantemente por el P. Aurelio Espinosa P.; y al fin la conferencia de este mismo religioso, representante del humanismo en el Ecuador: «*La poesía viva de Virgilio*». El lucido programa se completó con música adecuada y coros, particularmente la interpretación orquestada de la «*Tennyson's Ode to Virgil*» del insigne maestro, P. John G. Hacker, S. I.

La conferencia del Padre Espinosa, incluida en el volumen que hoy se da a luz, anticipaba

las excelencias y primores de su libro: "*Virgilio. El poeta y su misión providencial*."

Van al frente unas palabras más liminares, a modo de humilde entrada a una mansión de encanto, a la que habrán de acudir los amantes de la literatura, y hasta los simples aficionados, que anhelan apreciar varios, nuevos y definitivos aspectos de la obra virgiliana, su destino céntrico en la historia universal, en la de las literaturas, y en el desarrollo y complemento de la civilización cristiana.

Indudablemente, en las solemnidades milenarias, el Ecuador tomó sitio de distinción, por bellos discursos, monografías y traducciones. Superó en importancia el acto literario del Colegio San Gabriel, que bien pudo presentarse en cualquiera Universidad, Academia o Colegio de países que cultivan todavía las letras dentro de la amplitud del viejo, áureo humanismo.

Como monumento precioso y sobresaliente, quizás en toda América, se recomienda el sabio, ameno y cautivador estudio: "*Virgilio. El poeta y su misión providencial*," estudio que honra a la literatura hispano-americana, y que vale como un despertar entre nosotros de la bella antigüedad, sentida y valorada por el más delicado gusto moderno.

Este libro resume la erudición universal acerca del poeta máximo, a partir de los primeros atisbos y desde las comprobaciones y glosas medioevales, hasta los comentarios más o menos aceptables, precedentes al bimilenio, coincidentes con él y posteriores.

El estudio del Padre Espinosa, ajustado a su tesis, convence al más despreocupado lector y lo emociona y electriza, además, por la fluidez

y ritmo del estilo, vivo, ondulante y sonoro, a compás de la idea y del ardor sentimental. Sin la hechicería de la forma, la siembra intelectual casi siempre resulta ingrata y estéril: por el estilo penetra la enseñanza, triunfa el magisterio y convence la demostración.

Con este libro, el joven Jesuita avanza al frente donde gallardean egregios humanistas de lengua inglesa, italiana, francesa, que han interpretado y escoliado últimamente los poemas de Virgilio.

Añádase la seducción del tema de magníficas prolongaciones sobre la misión del poeta de Roma y sobre la vocación de la egregia ciudad, manifestas en la corriente de los acontecimientos, con proyecciones a la *ultima tellus* del porvenir. Se evidencia el permanente influjo del vate latino en la edad moderna y contemporánea, que culmina hoy, después de dos mil años, cuando, tras la cerrazón tenebrosa del momento, borda quizás la cresta del nublado la primera luz del siglo de oro de Isaías y Virgilio.

En este libro hallaréis el delicioso sabor añejo del licor antiguo conservado en los vasos grecolatinos, y también el límpido néctar del arte moderno, destilado también con jugos de Grecia y Roma. Es el sabroso perfume que impregnó el vaso, y quedó en él para siempre, según el concepto de Horacio:

*Quo semel est imbuta recens, servabit odorem  
testa diu.*  
(I Ep. II, 69-70)

Os sorprenderá la amplitud de visión del crítico hacia todos los campos del conocimiento y de la intuición poética, su mirada escrutadora

al misterio interior y al secreto de las nobles pasiones, el discreto avance en el derrotero del genio, y sobre todo el sentimiento artístico fino y acendrado, para hallar su armonía con el ambiente cristiano, reconciliando la literatura pagana con la de la regeneración de la humanidad, bautizando así a Virgilio con agua del divino Jordán. Cuántos primores de pensamiento y de dicción del filósofo, el teólogo, el historiógrafo, el poeta, enamorado de la gran poesía y de su amado poeta, el más moderno de los antiguos, el de todos los tiempos, incorporado al séquito de Cristo vencedor, "el Hijo, al cual instituyó el Padre heredero de todas las cosas, y por el cual hizo también los siglos" (Hebr. I, 2).

\* \* \*

La persistencia del pensamiento de Virgilio en tan largas edades, ese como culto a su memoria en los tiempos a él posteriores, se explican por causas trascendentales de evolución providencial.

Por ello resultan frescos y vivos el arte y la gloria del poeta romano, que actúa en el movimiento intelectual y sentimental de ayer, de hoy y que actuará sin duda en el de mañana, hasta el fin.

Los milenios no han desteñido el lienzo donde el poeta diseñó sus cuadros, ni las piedras de su tumba han perdido un solo átomo, resistiendo a las mordeduras de la intemperie, a la calcinación solar y a las rudas caricias de los siglos. Poeta eterno, pero también nuestro, con más simpatía quizás que la que logró en vida, en

la ciudad augusta, su Roma consular, tribunicia e imperial. Poeta de todas las edades, pues recogió en su milagroso bajel los tesoros que debían pasar al futuro, juntándolos a su caudal e imprimiendo en ellos su forma y sello, conforme exigía discretamente Séneca; a fin de lograr la originalidad sapiente, que no consiste en ingenuidad ignorante, sino en cristalización del saber y el sentir humanos, desde sus orígenes. El nombre del vate de Mantua se halla por fin incorporado a la idea cristiana, a su extensión, a su raíz divina y a su final triunfo, que cierra la epopeya del humano linaje a través del tiempo y del espacio.

\*  
\* \*

El curso de los acontecimientos contemplado desde la más alta cumbre, aparece, rectilíneo y luminoso, como el de un relámpago que junta dos extremos del horizonte. Que aquel curso haya empleado la trayectoria de siglos, no importa argumento contra la asombrosa unidad de la jornada triunfal humana conducida por el Ser Supremo; pues un siglo, en la matemática del infinito, apenas vale un segundo, tal como declaró el primer pontífice del Cristianismo, al profetizar las últimas escenas del drama de los siglos (II Petr. III, 8).

La creación de la materia, del mundo, de la progeñe humana se completan con la elección de una familia, tribu después, pueblo, raza al cabo, de índole ecuménica; raza en la que el Creador mismo tomaría ser y vida humanos, para finalizar la creación y redimir al hombre,



rebelado también, como tantos ángeles, contra el propio Hacedor.

Teatro de la acción maravillosa: la tierra; personajes: Jehovah y los escogidos; hechos culminantes: la vocación de Abrahán, "heredero del mundo, por la justicia de la fe", al decir del Apóstol (Rom. IV, 13), la herencia de Jacob, el mayorazgo de Judá, la misión social y guerrera del caudillo Moisés:—la trayectoria providencial se manifiesta en portentosos lincamientos. La civilización egipcia—la más antigua,—por medio de los descendientes de los Patriarcas y por el Exodo mosaico, se vincula a la oriental de Asiria y Media. Los Fenicios havegantes y mercaderes la extienden al Mediterráneo de Occidente: el Occidente donde será la dominación de Roma.

En esta forma, se hizo el proceso de avance de la familia escogida y su futura concentración, para preparar el advenimiento de Cristo, anunciado en el jardín del Edén; Cristo de estirpe de Abrahán, profetizado por Israel, presente en el sacrificio del primer pontífice Melquisedech.

Y se funda la ciudad capital del mundo—Jerusalén,—la sede de David, de cuya progenie nacerá el Salvador.

Para enderezar y compendiar la acción divina en la historia, se va lentamente sobre el camino de los siglos. Jerusalén preparará la extensión de su influencia y predominio con peregrinaciones y conquistas, iluminada por la Revelación y conducida por caudillos y profetas.

Al cabo, el Oriente milenar y monoteísta se abrirá paso hacia el Occidente, núcleo de gigantes evoluciones y centro futuro del gobierno de Dios en el mundo.

Grecia avanza a la costa oriental del Mediterráneo, a vengarse de Troya. Y en Troya inmortal por la poesía, se esboza la primera virtud gentilica, trasunto de la del pueblo de Dios: la virtud natural, la honestidad familiar, la adivinación de la gran justicia, el acatamiento a la divinidad, la honradez doméstica, el amor a la Patria, el heroísmo, la lealtad, la pasión y culto de la gloria que entrañan los de la inmortalidad fuera del tiempo, y hasta las vislumbres de la aurora de la compasión y la piedad.

De las ruinas de Troya, abriendo camino a la nueva humanidad, procede la emigración de Eneas, el proscrito de Troya, el huésped del Africa tentadora, el precursor de Roma. Junta él el mundo antiguo y los viejos continentes, en preparación del imperio de la Roma sempiterna. La seducción de Dido no le detiene: Eneas será para Roma, la futura vencedora de Cartago, nunca para Cartago. El Africa perderá cultura y preeminencia; el Asia se extenderá al Mediterráneo, a Grecia, espíritu fecundo y perenne de la civilización: todo ello encaminado al triunfo de Roma.

Si Alejandro, el héroe representativo de Grecia, en vez de marchar sobre el Asia, hubiera dispersado huestes y colonias en el Mediterráneo Occidental, Grecia habría recogido la herencia de la cultura universal y cristiana, y el habla de Homero y de Platón habría invadido todas las riberas. Pero estaba fijado por el Alto que Atenas cedería la primacía a Roma; y en las armas de ésta, preparada la Gran Grecia en Italia, sería la civilización mediterránea al cabo romana, para llegar a gloriosa universalidad.

Jerusalén, Troya, Atenas, Roma, y al fin

ésta—nación de naciones, centro de la gentilidad, *Roma felix, imperatoria et magna*.

En tal proceso de prodigiosa simplicidad, se resuelve el poema de la historia. La divina Escritura parte de las jornadas de ésta en tres: la de la esperanza, desde la creación a la Cruz, en la que el pueblo de Israel, guardador del tesoro de la promesa, realiza el ministerio primario de su vocación. La segunda jornada corresponde a la vocación de los gentiles, participantes de la promesa de redención, cuando el cetro de Israel pasa a las naciones. La última jornada, la de reconciliación, de Israel con el Señor, el desconocido—más que de los gentiles— de los hebreos. Entonces vendrán el castigo de las gentes y naciones, el establecimiento del Reino y la paz universal.

Tal es la ruta gigantesca sobre la que recorre su órbita la acción de la Providencia en el planeta. Y así es como dos ciudades constituyen los dos puntos de conjunción de la línea triunfal del gobierno de Dios: Jerusalén—la ciudad santa, para llegar a Roma—la ciudad eterna, por la eternidad de la esperanza; y al fin Jerusalén, puerto de salida y de arribada de la peregrinación humana: el escenario, el protagonista, los personajes, las comparsas del drama de la historia, todo ello combinado con altísima y sublime sencillez.

Conforme a la predicación de Jesús, a los discursos del Apóstol de los gentiles, a la misión del primer pontífice de la Iglesia, y a la del mayor de los profetas evangélicos—Juan—, aparece la unidad magnífica y sin ruptura del destino del Hombre, predilecto del Padre, encumbrado sobre los ángeles, escogido para complemento

de la creación, mediante la unión de las dos naturalezas divina y humana.

\*  
\* \*

La magnificencia, el sacramento augusto, el real secreto de esta grandeza, revelados fueron al pueblo de Dios, y por él a todos los moradores de la tierra. Las luces de aquella revelación se extendieron en la poesía de los profetas, alcanzaron a la filosofía de Grecia, a Sócrates y Platón, y a la poesía nacionalista de Virgilio, a la *Eneida*, al anuncio del Niño, cuya cuna en el Oriente prometía la paz universal y la serie de las nuevas y magnas centurias.

Quienes dispersan a la humanidad, sin considerarla como una sola familia, y limitando el estudio del Cristianismo sin visión a su vasto horizonte y a su preparación y desenvolvimiento en el tiempo, aíslan razas y pueblos que precedieron a Cristo, en los que también persistía y persiste la esperanza del Salvador. En los monumentos de todas las gentes, se encontrará huella luminosa de la promesa de redención, desde Egipto, Asiria, Media y el Extremo Oriente, hasta culminar en tierras del Ocaso, maravillosamente completadas por el descubrimiento de América y de las rutas oceánicas del Oriente.

La revelación fué para toda la progenie humana, y la palabra de Dios en los primeros tiempos, como acaeció en la predicación del Evangelio, no se dió oculta y en rincón de soledad, para ser entendida por unos pocos, como declaró el Apóstol en su defensa ante Festo (Act. XXVI, 26). La profecía no puede estimar-

se patrimonio exclusivo de seres predilectos de la raza elegida, cuya sangre corre en las venas del Señor. Aunque imperfecta, habló también por boca de las Sibilas e inspiró a los poetas. "Dios quiso que gran parte de la divina revelación llegase a la humanidad envuelta en poesía y vestida de hermosura" (P. Espinosa, p. 280). En Homero sorprendió San Agustín la fundación y destino de Roma; y la facultad adivinatoria, los antiguos la juzgaban propia de los poetas. Bien que ellos no sospechasen el alcance de sus vaticinios, no por ello carecían éstos de virtud. Era la luz que no alumbra al que la lleva, según la sabia advertencia de Dante:

*L'accesi come quei che va di notte...*  
(Purg. XXII, 67)

Y el inspirado fué un poeta para todos los siglos, precursor de la civilización cristiana, nuncio del reino venidero y del Redentor y Príncipe de la paz. Tal vez el augurio procedía del fondo de la inconsciencia, quizás del ambiente que se respiraba entonces, impresionado por flúido de esperanza cuya realidad se advertía cercana. Mas tales son los términos del vaticinio, que no pueden acomodarse a hecho distinto del advenimiento del Salvador.

Y no solamente anunció la Nueva Edad aquel canto adivinatorio, que grandes Padres de la Iglesia estimaron revelación, y que la Edad Media comprendió y valorizó en candor de sabiduría, —canto misterioso, magnífico *intermezzo* milenario del poeta campesino—; sino también el inmortal poema, la *Eneida*, apoteosis del piadoso Eneas, héroe adelantado hacia el Cristia-

nismo, fundador de Roma, sede del orden en las nuevas centurias, para el largo y esperado siglo de oro.

\*  
\* \*

Grandiosa la síntesis de la historia, observada así, desde la cumbre profética.

Una pequeña nación de la que nacerá el Mesías, depositaria de su promesa, pueblo de Dios, raza escogida, predilección del Señor, preparará los caminos del Enviado del Cielo. Para el predominio de éste, habrá de realizarse antes un prodigio histórico: el Imperio romano, con su cabeza, Roma: imperio universal, sobre el que edificarían el suyo Cristo y su Iglesia.

Las obras de Dios no se originan de improvisación; obedecen al designio de lo Alto, que empuja la caravana de los siglos, encadenando los efectos a las causas, y concentrando la acción hacia un vértice donde concurren los planos y líneas componentes de la pirámide de la historia.

De Jerusalén, donde se levantó el árbol de la cruz, en que Cristo atraería a la humanidad, desde la Santa Ciudad, feudataria de Roma, los predicadores de la Cruz, los maestros del Evangelio, operaron dentro de la civilización romana. El Apóstol de las gentes, ciudadano romano, llevará por todo el Mediterráneo la bandera de Cristo y la palabra de fuego de su misión. El primer pontífice, Cefas,—piedra angular de la Iglesia y obispo de Roma,—afirmará su potestad en la gran ciudad junto al Capitolio; y la Iglesia será cabeza y corazón de la humanidad. La *antigua loba*, maldita por la idolatría, ben-

decida será por agua de bautismo y sangre de martirio; se trocará en el cordero, el de las deliciosas ternuras, el de las grandes iras del juicio de Dios; y el insigne Agustín, otro profeta, podrá hacer suyas las palabras de Virgilio (Aen. I, 279-285; VI, 847-853) que asignan a Roma, como destino propio, el gobierno del mundo (*De Civ. Dei*, L. V., c. 12).

Virgilio, al cantar a su Patria, canta a la patria universal, a la nueva Roma. Ozanam escribió acertadamente: "*Virgile ne fait qu'ensevelir avec une pompe toute divine la liberté romaine.*" Vendría otra libertad, la verdadera libertad de la Cruz.

\*  
\* \*

El latín, idioma del derecho, de la liturgia, idioma sacerdotal, vehículo de la ciencia, transmisor del alma de Grecia, interpretación definitiva del arte; el latín, matriz de los idiomas romances, incorporado a las lenguas bárbaras y a los dialectos de Europa, dará la clave de la inteligencia y comunidad universales.

El latín, enlazado íntimamente al griego de los filósofos, los poetas y los Padres eclesiásticos, nutrido también de savia hebrea desde la empresa griega de los Setenta, completada por los doctores de la Iglesia latina; el idioma en que San Agustín amplificó, hasta llegar a las últimas riberas del pensamiento cristiano; el latín que, en siglos de intensa labor, produciría la inmensa literatura humanística, vínculo entre la docta antigüedad y la cultura moderna; se ha mantenido y se mantiene en las ciencias, en las artes, en la

técnica, como centro de convergencia de las corrientes de la civilización, mediante la inmortal soberanía de la Iglesia. En ella persiste Roma, y conservan eterna juventud los grandes maestros de la latinidad.

La poesía, a su vez,—lo sintió un poeta, Schiller,—responde al vuelo más encumbrado de la inteligencia. Los vates son a veces profetas, y a ellos se ha encomendado el secreto sibilino. El poeta es un ser de excepción y se lo incluye entre los héroes por Carlyle, que lo considera pensador, legislador, filósofo, “que es todo, para todas las cosas.”

En los poemas bíblicos culmina el derrotero de la humanidad. La unidad de la especie arranca de los sagrados libros; de éstos, el puro manantial de la ética y de las instituciones orgánicas de la sociedad; de ellos, el prodigioso destino de los hombres, hasta llegar a la idílica condición de un solo rebaño y un solo pastor, en la edad de la paz.

La poesía, vehículo ha sido de la intervención y manifestación divinas. Ella explica el itinerario de la Providencia en la historia; desde Homero a Virgilio y de Virgilio a Dante, patente se halla el rastro de la marcha. El viaje a las mansiones tenebrosas, de Ulises, se amplifica en Virgilio, y se cierra en la *Comedia* de Dante. Este concluye con el concepto cristiano, antes esbozado en los poetas paganos, el curso de ese como cometa gigante, en la parábola colosal de los siglos.

De esta suerte, por ministerio del genio, se prepararon los caminos de Cristo hasta llegar a Virgilio. Con alas del numen, el ave del Paraíso recorre el espacio que media entre éste y el Cal-



vario y del Calvario al monte de Sión, sede del principado en la edad de oro de la paz.

El Mesianismo, que arranca del Génesis, resume el poema de la historia, engrandeciéndolo majestuosamente. La poesía, desde las esferas superiores de intuición y de adivinación, descubrió el secreto del humano destino, que es secreto de Dios, comunicado al hombre, a seres predilectos, cumbres del pensamiento, iluminados por los primeros rayos del sol de la revelación.

El poderoso genio de San Agustín explicó la misión de Roma como preparación y máquina en que operaría el Cristianismo. Para Agustín, Roma llegará a ser la Patria: "Los héroes cristianos, exclama en la *Ciudad de Dios*, nos han ganado esta patria. A ella te convidamos,—dice a Roma. Abraza la celestial, por lo que será muy poco lo que trabajarás, y en ella verdaderamente para siempre reinarás... El verdadero Dios, sin poner límites a la grandeza que has de tener y a los años que has de durar, te dará imperio que no tenga fin" (L. II, c. 29).

"Para la obra divina importaba que el mundo estuviese confederado en un solo imperio," observó San León Magno, a quien cita acertadamente el Padre Espinosa (p. 346). Bosuet, en su discurso sobre la Historia Universal, continúa en el sendero abierto por los Padres, por el que también había de avanzar Vico, en pos del Doctor Africano.

Y la poesía habrá de continuar la travesía de las centurias. El Evangelio traería a la tierra, a los continentes, las islas y las naciones, el imperio de la caridad, las bienaventuranzas de la vida, la abnegación, la piedad, la castidad, la

santidad. Con el Evangelio vendría la más encumbrada ascensión, la sobrenatural y mística; y con ella la nueva edad, en la que conforme al viril acento de Aurelio Agustín, "la victoria será para la verdad, el honor tendrá el nombre de santidad, la paz de felicidad y la vida de eternidad:—*ubi victoria, veritas; ubi dignitas, sanctitas; ubi pax, felicitas; ubi vita, aeternitas*" (*De Civ. Dei*, L. II, c. 29).

Otro poeta inmenso, hijo espiritual de Virgilio,—Alighieri,—espíritu forjado en el yunque de Roma al fuego del ideal cristiano, enlazará con puente colosal a Moisés, Homero y Virgilio, continuando el viaje descubridor, desde el Infierno,—la edad antigua,—hasta el Purgatorio,—la edad de las naciones y su vocación,—para arribar al Paraíso,—final jornada hacia el Reino de Dios.

Y Dante, el poeta de los siglos y para los milenios, tendrá en las dos primeras etapas de la peregrinación, por maestro y guía a Virgilio, que desaparecerá del sendero súbitamente, cuando el albor del Cielo borde la crepuscular montaña del Purgatorio:

*E quale annunziatrice degli albori,  
L'aura di maggio move ed olezza,  
Tutta impregnata dall' erba e da' fiori.*  
(Purg. XXIV, 145-147)

Virgilio se despide de Dante, su hijo, a las puertas del Edén, que el poeta latino no puede franquear; y tristemente le muestra el sol que se levanta sobre los dos, la hierba naciente y los árboles en flor:

*Vedi là il Sol, che in fronte ti riluce;  
Vedi l' erbetta, i fiori e gli arboscelli.*  
(Purg. XXVII, 133-134)

\*  
\* \*

Virgilio, a pesar de las rastrerías de la crítica positivista, vive vida de perennidad en la familia humana, como profeta de la gentilidad hoy imperante, como apologista de la incipiente virtud, que encumbrada más tarde por la gracia, se llamaría cristiana.

Vive el poeta en la constitución presente de los pueblos, por la creación de su héroe, Eneas, paradigma de anticipación asimismo cristiana, y genitor del latinismo céntrico y trascendente, en pro del cual pudo decir Dante, que Cristo es ciudadano de Roma:

*...di quella Roma onde Christo è Romano,*  
(Purg. XXXII, 102)

El mismo Florentino, en el *Convite* demuestra que la Providencia divina preside los destinos de Roma; y Ozanam escribe: "Toda la misión de la Edad Media se reduce a continuar a Roma"; a aquella Roma de quien es glorioso representante Virgilio, como lo dijo Sordello, que en la *Divina Comedia* lo saluda:

*O gloria de' Latin!* (Purg. VII, 16)

¿Cuál el secreto de la persistencia del arte virgiliano? ¿Cuál el motivo de considerar a Virgilio poeta de todos los tiempos, poeta cristiano y moderno? ¡Cuán poco queda, en la corriente

de las ideas y sentimientos modernos, de la obra de los antiguos poetas! Mas Virgilio subsiste íntegramente, por la seducción del ritmo, por el sentido íntimo de la naturaleza, por la actualidad de sus creaciones en toda época y gente, por la interpretación vital, por el aprovechamiento del arte que le precedió, por la virtualidad precisa y pintoresca de la expresión. El misterio se explica por sí mismo. Lo que perdura, es porque debió perdurar, por la fuerza interna y el espíritu esencial, por la sustantividad del genio y por el designio divino.

Virgilio dió forma lapidaria y permanente a tantas ideas y sentimientos que han informado las costumbres de los siglos venideros, y que permanecen hoy con el candor y pureza primitivos.

¡Cuán bella, aun bajo el cendal de la metáfora y la alegoría, su creencia en Dios regidor del universo, y en la inmortalidad, complemento de la gloria!

*...Nec curare deum credis mortalia quemquam?*

(Ecl. VIII, 35)

*...nec morti esse locum, sed viva volare  
siderie in numerum atque alto succedere caelo!*

(Geor. IV, 226-227)

El poeta virginal (Parthenias) reclamaba para la poesía, — la futura poesía, — la que vendría con Cristo, que no pueda dañarla la malignidad de la lengua:

*...ne vati noceat mala lingua futuro.*

(Ecl. VII, 28)

Corresponden a nuestra cultura los tipos de

piedad, de heroísmo, de virginidad, de sacrificio de tantos personajes de la *Eneida*, como la inevitable Andrómaca, casi cristiana en Virgilio, como tantos dechados del amor paternal, del filial, de la amistad, en la que prevalecen Niso y Euríalo. Seductora la figura de Lauso, la de Lavinia, Creúsa, Camila. Tantos otros después de Anquises, Evandro, Mecencio, Turno; en ellos se anticipa el alma moderna. Y sobre todo en Eneas. En él, el valor que se vence a sí mismo en la tragedia de Dido: él es—no para el amor,—para Italia, para Roma, para la latinidad perenne. Su crueldad de amante es grandeza de heroísmo que le vuelve al derrotero de la patria que debe fundar, como centro de la humanidad venidera.

Y este guerrero proclama y practica la compasión y se llama piadoso. Despedida la triste comitiva que devolverá a Evandro el cadáver del hijo muy querido, dice a los matadores:

*Pucem me exanimis et Martis sorte peremptis  
oralis? Equidem et vivis concedere vellem!*  
(Aen. XI, 110-111)

La piedad, no solamente para los muertos, sino también para los vivos; esa piedad que apenas la conocía y la adivinaba el rencor antiguo.

Eneas, no sólo iba en pos de la nueva patria, sino de un alma nueva, de algo como un destello de la luz evangélica. Por ello, pudo decir de Eneas el grandilocuente Ovidio:

*Facta fugis; facienda petis. Quaerenda per orbem  
allera, quaesita est allera terra tibi.*  
(Heroid. VII, 13-14)

Al héroe de Virgilio y a éste, bien puede aplicarse la afirmación de San Pablo: "En la fe murieron todos éstos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos... Porque los que tales cosas dicen, claramente manifiestan que van buscando patria..." (Hebr. XI, 13-14).

Virgilio sobrevive por su espíritu, que es nuestro, y su arte palpitante en el latinismo,— fuerza quebrantada alguna vez, mas resistente a evoluciones heterogéneas y perdurable en sucesivos renacimientos.

La latinidad, por el genio y el numen, es el foco, el núcleo de Europa y de la civilización y de sus prolongaciones en la inmensa América, el Africa colonial romana, el Asia remota, los archipiélagos oceánicos, adonde los navegantes de Hispania, Albión, Francia, Holanda llevaron la simiente latina, aclimatada también en Britania y Flandes, tanto como en las naciones que fueron colonias de la República y el Imperio Romano. Podría eclipsarse la latinidad, pero aun de lo imposible triunfará ella, "con la esperanza,—son palabras del Padre Espinosa,—que bate con ciega pertinacia las cerradas puertas de lo imposible" (p. 215). Será siempre el triunfo de Virgilio y de Roma: ya lo declaró el mismo Ovidio:

*Tityrus et fruges Aeneiaque arma legentur,  
Roma triumphati dum caput orbis erit.*  
(I Amor. XV, 25-26)

\*  
\* \*

A los motivos de raíz tan profunda para la popularidad del cantor de Eneas, se añaden

otros relacionados con la adecuación del arte virgiliano a la cultura de Occidente, desde la Edad Media que lo comprendió con más vehemencia, y el Renacimiento que casi lo deificó, hasta la literatura del siglo XX, en cuyas varias escuelas se advierte el sentimiento y el primor del arte virgiliano.

El poeta psicólogo, más que Homero, determina los caracteres y las situaciones con sutil conocimiento: en las escenas de pasión, en la bella postura de Andrómaca, en el admirable sacrificio de Niso y Eurialo, en la excelsa heroicidad de la doncella Camila, en tantas y complicadas escenas de la epopeya, como en los doloridos acentos pastoriles, por la pérdida de las heredas que los soldados arrebataron a los pobres campesinos, mezclado todo ello con sencillos lances de amor, encontros y esquivaces de realidad intensamente sentida.

Añádase la singularidad pintoresca que distingue al poeta, por la que él es ejemplar al gusto actual, enamorado del paisaje, que lo considera traslado del alma y estado espiritual, por íntimas correspondencias de la naturaleza con el alma. El libro V de la *Eneida* está engalanado con grandes y magníficos cuadros del mar. Nadie como Virgilio sintió la enorme turbulencia del mar, nadie como él,

*il tremolar della marina,*  
(Purg. I, 117)

que dijo Dante.

Virgilio, el labrador de Mantua, que amaba los rediles y cantó la hierba humilde y la domesticidad animal, súbitamente llegó a la admiración

y comprensión de los estupendos aspectos del cielo y del mar, de las constelaciones y de las riberas, donde la ola se aduerme en la arena, o —golpeada en el cantil—se levanta en cresta de espuma. Bajo las estrellas y sobre el mar, experimentó algo como el anonadamiento, contemplando que el cielo y el océano se juntaban en el círculo del horizonte:

...*Maria omnia caelo*  
*Miscuit...* (Aen. V, 790-791)

Y en cuanto al dolor, a esa inspiración eterna de la poesía eterna, el poeta latino recorrió todas las notas de la tristeza, desde la flauta del pastor hasta el grito del vencido en la batalla. El cantó la tristeza de las cosas, lloró las lágrimas de la naturaleza, aquellas lágrimas que más tarde se congelarían en el rostro de los precitos de Dante. Y a veces, ¡cuánta dulzura en llorar, siendo el llanto a manera de bálsamo de consolación! “Lo que en él llora, no es la carne hastiada,..., es el alma herida de una preocupación superior, es el espíritu que aletca por escapar de la prisión en que se ahoga, es un anhelo nunca satisfecho, un temblor de esperanza” (P. Espinosa, p. 265). Con oportunidad, el comentador de Virgilio cita a Hugo, que llamó a Virgilio “casi ángel”. Los poetas le han considerado siempre precursor del arte cristiano y de su sentimiento elegíaco. Así pudo un poeta francés de estos días notar, aun en el ángelus, un dejo virgiliano:

...l'angélus lointain semble être jour et nuit  
un vers virgilien par un ange traduit.  
(Léo Largier)



La forma misma de Virgilio está muy cerca de nosotros. En ella se encontrarán anticipaciones románticas, el relieve parnasiano, y también preciosidades del simbolismo. Como un dato entre muchos, venga el primor de descripción de "la púdica testa del garzón dardanio, que resplandece como piedra preciosa, engarzada en oro rojizo, prez de la garganta o de la cabeza, que reluce cual marfil embutido artísticamente en boj o en terebinto de Orico, cayendo sobre el lácteo cuello la cabellera, muellemente suelta y prendida con anillo de oro":

*Dardanius caput, ecce, puer detectus honestum,  
qualis gemma micat, fulvum quae dividit aurum,  
aut collo decus aut capiti, vel quale per artem  
inclusum buxo aut Oricia terebintho  
lucet ebur, fusos cervix cui lactea crines  
accipit et molli subnectens circulus auro.*

(Aen. X, 133-138)

\*  
\* \*

A cuántas otras consideraciones y comentarios se presta el libro magistral del Padre Espinosa. No es sólo el desarrollo del tema, hábilmente comprobado, sino detalles de labor que manifiestan los altos estudios del joven literato, llamado a regenerar la literatura, con inyección de savia antigua, de médula de león, de linfa virgiliana; aquella que en el pasado siglo, pidió, para regeneración, el más poeta de los críticos franceses y quizás de todo el mundo, Sainte-Beuve.

Recomiéndase la capacidad y acierto del humanista ecuatoriano que traduce, en nítido

verso castellano, a poetas latinos, ingleses, franceses. Bien podría darnos completa una traducción de Virgilio en la forma y con la destreza con que ha trasladado tantos pasajes de él y de otros poetas del Lacio. Entre muchos, vayan los siguientes:

¡Oh! ¡Cómo te fiaste tan seguro  
del cielo claro y de la mar serena!  
¡Desnudo yacerás, oh Palinuro,  
de ignota playa en la desierta arena!

Se alza la brisa y en la noche anhela,  
fulge cándida luna,  
y a su trémula luz el mar ríela.

Más que nada en la vida,  
vierten en mi alma las sagradas Musas  
divina dulcedumbre...  
y dulcísimo amor por senda erguida  
nos arrastra del Parnaso a la alta cumbre.

El conocido verso de Lucrecio:

*...medio de fonte lorum  
surgit amari aliquid...*  
(De Nat. Rer. IV, 1129-1130)

se amplifica así con desenvoltura:

¡Ay! que del manantial de los amores,  
callado brota un dejo de amargura,  
que es viva angustia entre las mismas flores!

Primorosas las interpretaciones de Racine en Andrómaca y de Tennyson en la oda a Virgilio. Adviértase la destreza de aprisionar a Catulo en una rima de Becquer: Lesbía resucita en versos sevillanos del siglo XIX:

Odio y amo. Querrás saber sin duda  
cómo vivo yo así...  
¡Yo mismo no lo sé, pero lo siento,  
y sentirlo es morir!

\*  
\* \*

*Virgilio. El poeta y su misión providencial* inicia en estos países de Hispano-América nueva simpatía por los estudios clásicos, que más bien debían calificarse seculares y universales. El Ecuador que extendió el ímpetu revolucionario, por sugestión de vanguardia y menosprecio de la tradición, hasta los campos de la literatura, desterrando de las aulas el griego y el latín, hoy ha vuelto a las letras sabias, con el establecimiento de la Facultad que las sustenta en la Universidad Central. En ella enseñan doctos varones y dicta una asignatura el Sr. Gómez Hernández, apologista de Virgilio y corifeo del mesianismo ortodoxo.

En las corporaciones religiosas, continuando la labor de los predecesores insignes desde la Edad Media hasta hoy, ha permanecido encendido el fuego a los númenes greco-latinos, sobre los que se levantó triunfal el arte cristiano, mediante un ensamble de belleza, que forma la parte más delicada de la cultura moderna.

Acepte el sapiente comentarista de Virgilio el modesto aplauso de uno de los rezagados de la vieja enseñanza, que, después de años de intermitente faena, en el tumulto de la literatura actual, siente auras de renovación, recorriendo una y otra vez las áureas letras de su libro, que

ha logrado la síntesis crítica de Virgilio con artística concisión, lógica ajustada y pasmosa erudición, utilizando casi todo lo que hasta el presente se ha dicho acerca del tema, en sus múltiples aspectos y prolongaciones.

Cierro estas mal hilvanadas páginas con unos versos del poeta magno, amor de juventud y añoranza de ancianidad:

*Accipe iussis*  
*carmina coepta tuis, atque hanc sine tempora circum*  
*inter victrices hederam tibi serpere lauros.*  
(Ecl. VIII, 11-13)

Acepta esto que escribo,  
fiel a tu inspiración,  
y permite a esta hiedra que circunde  
tu sien que orna el laurel de vencedor.

Cuenca, Octubre de 1932.



# INDICE

---

|                                               | <u>Páginas</u> |
|-----------------------------------------------|----------------|
| Prólogo .....                                 | 3              |
| Tabaré.....                                   | 13             |
| Cien años de emancipación.....                | 41             |
| Ellogio de Zorrilla .....                     | 76             |
| Las letras en el Ecuador.....                 | 93             |
| Coronación del busto de Luis Cordero.....     | 111            |
| En honor del Doctor Miguel Moreno.....        | 140            |
| En el Centenario de Olmedo.....               | 170            |
| Ante el Centenario de Dante Alighieri.....    | 215            |
| Sobre nacionalización de la literatura .....  | 249            |
| La conciencia nacional.....                   | 279            |
| La última diatriba contra el Libertador ..... | 318            |
| El puñal de la salud.....                     | 370            |
| García Moreno.....                            | 394            |
| Virgilio después de dos mil años.....         | 470            |
| Gonzalo Zaldumbide.....                       | 491            |
| Una palabra más sobre Virgilio.....           | 495            |



## ERRATAS

| PAGINAS | LINEA | DICE                 | DEBE DECIRSE       |
|---------|-------|----------------------|--------------------|
| 35      | 31    | atofial              | otofial            |
| 48      | 28    | en                   | de                 |
| 51      | 23    | tomarlos             | tomarlas           |
| 54      | 34    | habría               | lo habría          |
| 55      | 13    | exsiste              | existe             |
| 62      | 2     | que el pretorianismo | el pretorianismo   |
| 64      | 23    | ya                   | desde              |
| 85      | 23    | Madrid               | Sevilla            |
| 86      | 18    | abdicando            | abdicando de       |
| 91      | 34    | sus famas            | su fama            |
| 95      | 7     | oríficos             | órficos            |
| 96      | 2     | periodistas          | publicistas        |
| 124     | 18    | Snoos                | Snobs              |
| 166     | 8     | Patroclo             | Príamo             |
| 175     | 31    | Virreinato           | antiguo Virreinato |
| 185     | 27    | acaban               | acaba              |
| 187     | 27    | tranhantur           | trahunt            |
| 191     | 17    | su                   | tu                 |
| 267     | 27    | altos                | saltos             |
| 283     | 30    | literario            | solitario          |
| 320     | 33    | da                   | daña               |
| 327     | 12    | del                  | al                 |
| 340     | 30    | condescencias        | condescendencias   |
| 352     | 19    | a definir por        | a definir          |
| 362     | 30    | ceñirles             | ceñirle            |
| 385     | 9     | les                  | se les             |
| 468     | 1     | men                  | mea                |
| 483     | 4     | su sacrificio su     | su sacrificio se   |
| 483     | 26    | el                   | al                 |
| 501     | 31    | Alto                 | Altísimo           |
| 502     | 5     | parte de             | parte              |

En la página 246, después de bautismo y de punto final, suprimanse las palabras siguientes del texto.

En la página 388, por error de copia de los borradores, no fue lo siguiente que ha de añadirse en la nota:

Monteagudo, ministro omnipotente de San Martín, fue quizá la primera víctima del ascenato político, en Lima teatro del crimen. Antes fueron allí mismo y en Jamaica y en el Orinoco, las tentativas para suprimir al Libertador.